Fulton J. Sheen

EL COMUNISMO Y LA CONCIENCIA OCCIDENTAL



FULTON J. SHEEN
(Doctor en Filosofía y Letras y Doctor en Leyes)
Adjunto en Filosofía de la Universidad de Lovaina
y de la Universidad Católica de los Estados Unidos

EL COMUNISMO Y LA CONCIENCIA OCCIDENTAL

Dedicado a
MARÍA
GENTIL MADRE
del
SALVADOR DEL MUNDO
con la
DEVOTA ESPERANZA
de que
RUSIA SE CONVIERTA

BUENOS AIRES

1961

ÍNDICE

P R E F A C I O

Todo libro debe contener por lo menos una idea. La de este libro es que la filosofía del comunismo, y hasta cierto punto la revolución del comunismo, pesan sobre la conciencia del mundo occidental. Esta idea no es nueva. Dentro de la tradición cristiana, se ha considerado siempre que la culpa de la humanidad en cualquier segmento del círculo es hasta cierto punto la culpa del propio círculo. A esto, se vincula íntimamente la otra idea de que el llamado problema ruso no es básicamente económico o político, sino filosófico: gira en torno de la naturaleza humana. También aquí está en juego la conciencia del mundo occidental, ya que éste ha perdido el concepto del hombre como ser hecho a la imagen y semejanza de Dios y lo ha reducido a una parte integrante del universo, a un animal económico o a una "bolsa fisiológica llena de líbido psicológica". Cuando el hombre se materializó y atomizó en el pensamiento occidental, fué simplemente natural la aparición de un totalitarismo que reuniera los fragmentos en un nuevo conjunto y sustituyera al hombre individual, aislado de todas las responsabilidades sociales, por el colectivo.

La deformación de la verdadera naturaleza humana se debió más que nada a la filosofía del liberalismo histórico, para la cual el hombre no tenía un más alto destino que el económico. No hay palabra más "peligrosa" que la de liberalismo, porque oponerse al mismo es el nuevo "pecado imperdonable". La palabra puede usarse en tres sentidos: (a) Como una filosofía que cree en la conquista progresiva de libertades civiles, sociales, políticas, económicas y religiosas, dentro del marco de una ley moral. (b) Como una actitud que niega todos los patrones extrínsecos al hombre mismo, que considera la libertad una

fuerza física más bien que una fuerza moral y que identifica al progreso por la altura de la pila de tradiciones morales y religiosas descartadas. (c) Como una ideología identificada por lo general con la doctrina del laissez faire. *La primera especie de liberalismo debe ser alentada, fomentada y obtenida. Las otras dos son falsas, por razones bien conocidas a todos los familiarizados con Laski, Hocking, Tawney, Weber y las encíclicas papales. El tercer tipo de liberalismo, llamado liberalismo histórico, es el que tratamos muy sucintamente en este libro. Un hecho poco conocido es que el comunismo y la Iglesia Católica están identificados en su oposición al liberalismo histórico, pero por motivos muy distintos. La inmensa mayoría de los pensadores profundos que ven los peligros del capitalismo monopolista, así como los del capitalismo totalitario, se oponen también a él. El profesor William Ernest Hocking, entre otros, señala tres defectos: "(1) Se ha mostrado incapaz por sí solo de lograr la unidad social. (2) Ha cultivado una perniciosa separación de los derechos individuales y de los deberes individuales. (3) Ha perdido su fuerza emotiva, porque su base emotiva era en alto grado antirrealista"* *.

Pero esto implica asignarle una importancia indebida a una palabra y una idea que no desempeñan un papel de magnitud en este libro y distraen de la idea general que debe ser expresada, a saber, que hasta ahora la civilización occidental ha sido la más perfecta de este mundo. Esto no se debía al hecho de que fuese "blanca" —aunque muchos imperialistas, entre otros, suponían que lo era— sino al hecho de que éramos cristianos. Al perder su cristianismo, la civilización occidental pierde su superioridad. La ideología del comunismo surgió de los restos secularizados de una civilización occidental cuya alma fué antaño cristiana. Por lo tanto, el comunismo, como dice Waldemar Gurian, es a un tiempo un "efecto y un juicio" sobre la civilización burguesa occidental.

Por esa razón, el comunismo no es tratado como una doctrina económica, cosa que no es esencialmente, sino como una filosofía de la vida. Tampoco se lo considera un desafío al capitalismo monopolista, tan necesitado él mismo de regeneración. Más bien se ve en el comunismo la deshumanización del hombre, ya que lo convierte en un animal social para el cual una máquina económica es el sentido total de la existencia. El comunismo representa

* "Elementos del Individualismo", página 40.

una barbarie "activa" al margen de la civilización occidental y que ha hecho estragos debido a la barbarie "pasiva" interna de la misma, que se ha manifestado en la desmoralización general de la sociedad. Es la barbarie pasiva externa porque, como lo señala Toynbee, 16 de cada 19 civilizaciones decaídas desde los albores de la historia hasta ahora han decaído desde dentro.

Hoy, básicamente, la lucha no se plantea entre el individualismo y el colectivismo, la libre empresa y el socialismo, la democracia y la dictadura. Éstas solo son las manifestaciones superficiales de una lucha más profunda que es moral y espiritual y que plantea más que nada estas interrogantes: ¿Ha de existir el hombre para el Estado o el Estado para el hombre? ¿La libertad la da el espíritu o es una concesión de una sociedad materializada? No todas las épocas de la historia han tenido el privilegio de ver el problema con tanta claridad como la nuestra, ya que nosotros tenemos un doble incentivo para trabajar por la paz y la prosperidad del mundo: el primero es el Evangelio en su plenitud, el segundo el comunismo de la Rusia Soviética. El primero nos enseña que la felicidad se obtiene viviendo como es debido: el segundo, que el dolor aparece cuando se obra indebidamente.

El autor les expresa su gratitud a los editores por su cuidadosa edición, al reverendo Marcellus Scheuer, a O. Carm por haber leído sus originales y al señor Blair Taylor por sus numerosas y útiles sugestiones.

LA DECADENCIA DEL LIBERALISMO HISTÓRICO Y LA APARICIÓN DEL ESPÍRITU ANTIRRELIGIOSO

Una de las características de toda civilización en plena decadencia, es que las grandes masas populares no tienen conciencia de la tragedia. La humanidad, durante una crisis, no advierte por lo general la gravedad de los tiempos que vive. Los hombres no quieren creer que su época es lamentable, en parte porque ello implica demasiada autoacusación y más que nada porque no tienen más patrones que ellos mismos para medir su tiempo. Si no existe un concepto fijo de la justicia... ¿cómo sabrán los hombres que la violan? Sólo quienes viven con la fe, saben realmente qué sucede en el mundo: las grandes masas sin fe no tienen conciencia de los procesos destructores que se operan, porque han perdido la visión de las alturas desde las cuales han caído. La tragedia no consiste en que nuestra civilización haya encanecido, sino más bien en que no lo notamos. Ya lo ha expresado Reinhold Niebuhr: "Es una extraña ironía de la historia el hecho de que una civilización comercial e industrial, que podía haber tenido razones especiales para ser aprensiva con respecto a su vitalidad y longevidad, sea particularmente optimista". Niebuhr atribuye más que nada este falso optimismo a la circunstancia de que nuestra civilización es mecánica antes que orgánica. Nada engaña con más certeza a los hombres sobre la naturaleza de la vida que una civilización cuyo cemento de cohesión social consiste en los medios de producción y de consumo[1].

[1] Reinhold Niebuhr, "Reflection on the End of an Era" (Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1936), p. 3. Citado con autorización de los editores.

El día en que destruyeron Sodoma, el sol, dicen las Escrituras, era radiante: la gente vió que Noé se preparaba para el diluvio ciento veinte años antes de que ocurriera, pero los hombres no querían creerle. En medio de la aparente prosperidad, aparece el mandato a los ángeles, pero las masas prosiguen con sus sórdidas rutinas. Ya lo dijo Nuestro Señor: "Porque como en los días que precedieron al diluvio, ellos comían y bebían, se casaban y se daban en matrimonio, aun el día mismo en que Noé entró en el arca, y ellos no lo supieron hasta que se produjo el diluvio y los arrebató: así será también el advenimiento del Hijo del Hombre". (Mateo XXIV, 38, 39). Bien pudo decirnos Nuestro Salvador lo que les dijo a los saduceos y a los fariseos en Su tiempo: "Cuando anochece, decís: el tiempo será bueno, porque el cielo está rojo. Y de mañana: hoy, habrá tormenta, porque el cielo está rojo y amenazador. Sabéis descifrar, pues, el rostro del cielo. ¿Y no podéis leer los signos de los tiempos?" (Mateo XVI, 2, 3) [2].

¿Conocemos los signos de estos tiempos predestinados? La mayoría de la gente teme afrontar el desagradable hecho de que no se ha alcanzado uno solo de los fines *positivos* de mayor cuantía por los cuales se ha librado la guerra. Pocos comprenden que la barbarie no sólo está fuera de nosotros, sino en lo más hondo de nosotros; que la ciencia, al convertirnos en espectadores de la realidad, nos ha cegado ante la necesidad de ser actores; y que la bomba

[2] La historia no es determinada económica, sino moralmente. Así como la violación de una reglamentación sanitaria comporta una enfermedad así también la violación de las leyes morales comporta ciertas consecuencias, que son llamadas juicios. La palabra "crisis", en griego, significa juicio.

"La guerra es el colapso del orden divino que Dios se esfuerza por establecer en el mundo con la cooperación del hombre. El colapso de este orden se debe a la desobediencia del hombre. El propio colapso es el juicio de Dios." Charles Clayton Morrison, "The Christian and the War" (Chicago: Willett, Clark & Company, 1942), p. 43. Citado con autorización de los editores.

"El juicio de Dios no sólo es ejecutado en las postrimerías de la historia, sino también periódicamente en la historia." Reinhold Niebuhr, "Beyond the tragedy" (Nueva York: Charles Scribner's Sons, 1938), p. 202. Citado con autorización de los editores.

"El castigo que recae sobre el orden de explotación existente proviene de los resultados inevitables de su propia actividad... La justicia de Dios es ultrajada por la desobediencia: el desastre es el resultado inevitable del funcionamiento de la ley moral de Dios, no una ira irrazonable." Basil Mathews, "Supreme Encounter" (Londres, S. C. M. Press, 1940), página 182.

atómica, al poner en nuestras manos el poder humano, ha ocultado la debilidad de nuestros corazones. Los signos de nuestros tiempos señalan la verdad de que hemos llegado al término del capítulo de historia post-renacentista que hizo del hombre la medida de todas las cosas. Sobre todo, los tres dogmas básicos del mundo moderno se están desintegrando ante nuestros propios ojos. Presenciamos, primero, la liquidación del hombre económico, o la presunción de que el hombre, que es un animal evolucionado, no tiene más función que producir y adquirir riquezas, y luego, como las vacas de las praderas, durar años y morir.

La presunción fundamental de la civilización burguesa era que se podía servir a los mejores intereses del mundo. el Estado y la comunidad permitiendo que cada individuo elaborara su destino económico como lo creyera conveniente. Esto se conoce con el nombre de principio del *laissez faire*. Dentro de lo posible, la vida individual no es regulada por el Estado, cuya función es puramente negativa, como la de un policía. Cuanto menos haga el Estado, mejor. Lo malo de este principio no tardó en manifestarse. Si a todo individuo se le permitiera elaborar su destino económico como lo creyera conveniente, la riqueza no tardaría en concentrarse en manos de unos pocos y la inmensa mayoría se vería reducida, como lo probó Hilaire Belloc, a la esclavitud[3]. Así, partiendo de un falso sistema económico que sólo insistía en el derecho *personal* a la propiedad y olvidaba el *uso social*, el mundo

---

"Europa volverá a la fe o perecerá." Hilaire Belloc, "Europe and the Faith" (Nueva York; Paulist Press, 1939), p. 261. Citado con autorización de los editores.

"El rechazo de la intención de Dios por el hombre, opone al hombre a sí mismo y lleva a la autodestrucción; y esta resistencia atestigua la verdad y necesita la victoria de la verdad." John Macmurray, "The Clue to History" (Nueva York: Harper & Brothers, 1939), p. 117. Citado con autorización de los editores.

"Hay un propósito divino subyacente en los altibajos de la historia y la estructura original de los seres humanos está deformada a tal punto que sólo por la intromisión divina puede darse un sentido a la historia." Otto Piper, "God in History" (Nueva York: The Macmillan Company, página 42. Citado con autorización del autor.

"Es propio del monoteísmo ético que la historia se base en la voluntad moral de Dios y sea fiscalizada por ella, y que esa voluntad moral de Dios establezca una relación contractual con Sus adoradores." Eugene W. Lyman, "The Kingdom of God in History" (Londres: George Allen & Unwin, 1938), p. 88. Citado con autorización de los editores.

[3] Hilaire Belloc, "Restoration of Property" (Londres: Sheed and Ward, 1936).

pasó a una economía totalitaria, que insistía en el *uso social* y olvidaba los derechos *personales*. La consecuencia fué que murió el *homo oeconomicus* y nació el *homo politicus* [4].

En segundo lugar, el mundo moderno presencia la liquidación de la idea de la bondad natural del hombre, que no necesita que Dios le dé derechos ni que el Redentor lo salve de la culpa, porque el progreso es automático e inevitable, gracias a la educación y a la ciencia. Esta falsa presunción tiene sus raíces en Rousseau, que reinterpretó la tradición cristiana haciendo al hombre naturalmente bueno y culpando del mal a las instituciones y civilizaciones. Más tarde, se invocó a Comte, Darwin y Spencer para respaldar la idea de que el hombre estaba en camino de convertirse en dios. Pero la filosofía moderna ha destruído esta falsa filosofía del hombre, ya que el intervalo entre las guerras indica que el hombre se deshumaniza cada vez más. El intervalo entre las guerras napoleónicas y la francoprusiana fué de 53 años, el intervalo entre la guerra francoprusiana y la primera guerra mundial, de 43, y el intervalo entre la primera guerra mundial y la segunda, de 21: y esto, en una época en que el hombre tenía todas las condiciones *materiales* necesarias para su felicidad. Habiendo perdido la finalidad de la vida que le proporcionaba la religión, el hombre moderno se sintió cada vez más frustrado cuando su decepcionado hedonismo se volvía hacia el pesimismo. Por eso el hombre, que se aisló de la comunidad religiosa, es absorbido ahora por reacción por la comunidad política, a medida que la desesperación se convierte en la nota dominante de la filosofía y la literatura contemporáneas [5].

[4] Conf. Peter Drucker, "The End of Economic Man" (Nueva York, The John Day Co., 1939)."

"Una cosa es negar totalmente el móvil de lucro, con el comunismo, y otra muy distinta mantenerlo dentro de ciertos límites en bien de la sociedad." John F. Cronin, "Economics and Society" (Nueva York: American Book Company, 1939), p. 155. Citado con autorización de los editores.

[5] "Ese es el dilema del modernismo humanitario: que condena sus mejores impulsos hacia la frustración continua y el desastre reiterado. Esto es, para la fe cristiana se trata de una variante única del dilema central de la humanidad." Robert L. Calhoun, "The Christian Understanding of Man" (Chicago: Willet, Clark & Company, 1938), Parte I. Citado con autorización de los editores.

"Las nuevas religiones totalitarias se deben a que las filosofías del progreso automático no han logrado dar los frutos de la prosperidad y la paz." Maurice B. Reckitt, "Religion in Social Action" (Londres: The Unicorn Press, 1937), p. 27.

En términos más generales, nuestra época presencia el fin del liberalismo histórico. Es peligroso usar el término liberalismo, simplemente porque el espíritu moderno nunca hace distingos. Si el liberalismo implica un sistema para el cual el avance hacia la libertad es el *derecho de hacer* todo lo que el hombre *deba*, hay que alentarlo. Si implica un repudio gradual de la ley y la verdad en el sentido de que la libertad implica el derecho de hacer todo lo que el hombre *quiera*, debe ser condenado. En este último sentido, el liberal se opone al reaccionario, aunque ambos tienen algo en común: nunca ven juntos la permanencia y el cambio. Aceptan lo uno con exclusión de lo otro. El reaccionario se aferra a la permanencia con exclusión del cambio y el liberal al cambio con exclusión de la permanencia. El reaccionario quiere que las cosas sigan siendo como son: el liberal quiere el cambio, aunque poco le importa la orientación. El reaccionario quiere el reloj, pero no el tiempo: el liberal el tiempo, pero no el reloj. El reaccionario cree conveniente quedarse donde está, aunque nunca pregunta si tiene o no derecho a estar ahí: el liberal, por el contrario, nunca sabe adónde va, sólo se siente seguro de que está en camino.

Los términos reaccionario y liberal son tan relativos, que significan poco para los hombres que piensan y que conocen la historia o tienen un resto de razón. El liberal de la última generación, por ejemplo, invocaba al liberalismo para librar a la actividad económica de la fiscalización del Estado: el liberal de hoy, invoca al liberalismo para aumentar la fiscalización del Estado sobre el orden económico. El viejo liberal era un defensor del capitalismo: el nuevo, reacciona contra el capitalismo y quiere algún tipo de colectivismo o fiscalización estatal. El viejo liberal quería libertad de prensa, de palabra y de culto dentro del marco de la democracia: el nuevo, reaccionando contra el viejo liberalismo, quiere la libertad

del hombre, inviolable, celoso de su inmanencia y de su autonomía, y finalmente bueno en esencia... Sin embargo, en poco más de un siglo, esta orgullosa personalidad antropocéntrica ha perecido..." Jacques Maritain, "True Humanism" (Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1938), p. 20. Citado con autorización de los editores.

Una brevísima pero excelente presentación de la idea de que cuando la "razón" se convierte en rasonamiento del bienestar social, los derechos pierden su adquisición exterior. Ver William Ernest Hocking, "What Man Can Make of Man" (Nueva York: Harper & Brothers, 1942), p. 42 ff.

La tercera idea que se está liquidando hoy es el racionalismo, entendido en el sentido de que la finalidad suprema de la vida no es el descubrimiento de su sentido y objetivo, sino solamente el logro de nuevos progresos técnicos para hacer de este mundo una ciudad del hombre que desaloje a la Ciudad de Dios. El racionalismo bien entendido es la razón preocupada por los medios y los fines para llegar a un objetivo; el racionalismo moderno es la razón interesada por los medios con exclusión de los fines. Esto se justificó sobre la base de que el progreso tornaba imposibles los fines. El resultado fué que el hombre, en vez de avanzar hacia un ideal, cambió de ideal y llamó al nuevo progreso. Paul Tillich dice que "el rasgo decisivo del período de la burguesía victoriosa es *la pérdida de fiscalización de la razón humana sobre la existencia histórica del hombre*" [6].

La reacción se ha operado y el hombre que abandonó su razón al servicio adecuado del término, descubre que el Estado se ha asegurado su prioridad como razón *planificadora*, de modo que ahora no hay más razón que la del Estado, lo cual es fascismo, o la razón de clase, que es el comunismo, como hubo antaño la razón de raza, que era el nazismo. Otras manifestaciones de irracionalismo aparecen en el freudismo, que hace del subconsciente el principio determinante de la vida, o el marxismo, que suplanta a la razón por el determinismo histórico, o en la astrología, que culpa a las estrellas. [7].

"Todo el resbaladizo optimismo que ha desvitalizado tanto a los pueblos democráticos no ha surgido de errores accidentales de interpretaciones sobre determinados hechos: ha nacido de un defecto esencial, que se ve mejor en su desnudez intelectual, en la filosofía del liberalismo pragmático." Lewis Mumford, "Faitth for Living" (Nueva York: Harcourt, Brace & Company, 1940), p. 120. Citado con permiso de los editores.

Para una historia de esas ideas, ver Cristopher Dawson, "Progress and Religion" (Londres: Sheed and Ward, 1929); John V. Nef, "The United States and Civilization" (Chicago: University of Chicago Press, 1942); D. R. Davies, "The Two Humanities" (Londres: James Clark & Co., 1940); Norman Nicholson, "Man and Literature" (Londres: S. C. M. Press, 1944).

"Es evidentemente incierto que estamos progresando mecánicamente y que las Iglesias y la religión deben darse prisa para adaptarse a todas las novedades de la época." Karl Mannheim, "Diagnosis of Our Time" (Nueva York; Imprenta de la Universidad de Oxford, 1944), p. 132. Copyrigth 1944, por la Imprenta de la Universidad de Oxford.

6 Henry P. Van Dusen (ed.), "The Christian Answer" (Nueva York: Charles Scribner's Sons, 1945), p. 5.

7 "Primero con Descartes y luego con Rousseau y Kant, el racionalismo ha creado una orgullosa y espléndida imagen de la *personalidad*

otro objetivo definido que acumular riquezas, ni otro criterio mensurable de la función y el estado social que la capacidad de adquirirlo...[8] El antecedente más remoto del liberalismo histórico puede hallarse en el tratado clásico de R. H. Tawney, "La Religión y la Aparición del Capitalismo", en que vincula íntimamente al puritanismo con la aparición del capitalismo[9]. "Un dogma que transformó la adquisición de la riqueza de penoso trabajo o tentación en deber moral, fué la leche de los lactantes... El buen cristiano no era muy desemejante del hombre económico."

El asunto es abordado desde un punto de vista divergente, pero correlacionando siempre el colapso de la unidad religiosa con la aparición del hombre económico, en el igualmente importante tratado de Max Weber: "La Ética Protestante y el Espíritu del Capitalismo". Su tesis es que lo que convirtió una flaqueza innata en una virtud fué el cambio de los patrones morales[10].

En cualquier caso, se advierte con creciente claridad que el liberalismo histórico se parece a un reloj de sol, que no puede indicar la hora en las tinieblas. Sólo puede funcionar en una sociedad cuya base sea la moral, donde los restos y echazones del cristianismo floten aún por el mundo. El liberalismo histórico es un parásito de una civilización cristiana, y cuando el cuerpo al cual se adhiere deja de ser la levadura de la sociedad, el propio liberalismo histórico debe perecer. Las libertades individuales que subraya el liberalismo histórico sólo están seguras cuando la comunidad es religiosa y puede darles un fundamento ético. Bien puede ser que el liberalismo histórico sólo sea una época histórica de transición, entre una civilización que ha sido cristiana y otra que será definidamente anticristiana[11].

[8] Harold J. Laski, "The Rise of European Liberalism" (Londres: George Allen & Unwin; Nueva York: Harper & Brothers, 1936), p. 36. Citado con autorización de los editores.

[9] R. H. Tawney, "Religion and the Rise of Capitalism" (Londres: John Murray; Nueva York: Harcourt, Brace and Company, Inc., 1926), p. 253. Citado con permiso de los editores.

[10] (Londres: George Allen & Unwin, 1930). Ver John H. Hallowell, "The Decline of Liberalism as an Ideology" (Londres: Kegan Paul, 1947).

[11] "En los adeptos occidentales liberales del progreso del siglo XIX y los marxistas comunistas rusos del siglo XX, vemos a dos sectas fatalistas de un modo de pensar ateo cuyo carácter tiene manifiesta afinidad con el de los adeptos teístas del Ídolo de la Necesidad... El eslabón histórico entre el calvinismo del siglo XVI y el comunismo del siglo XX, es el liberalismo del siglo XIX." Arnold J. Toynbee, "A Study of History" (Lon-

sin ese marco como salvavidas. El viejo liberal se rebelaba contra los impuestos sin responsabilidad: el nuevo, quiere los impuestos como una dádiva sin responsabilidad. El viejo liberal, hace cincuenta años, era materialista en las ciencias. Su hijo, que se califica a sí mismo de liberal, es el reaccionario de hoy para el cual la ciencia es idealista. Los liberales franceses que protestaban contra la autoridad del rey y del altar en nombre de la libertad eran reaccionarios, porque no creían que conviniese extender esa libertad al proletariado. Muchos liberales que afirmaban creer en la igualdad de los hombres tenían esclavos. Para cambiar eso radicalmente, todos los reaccionarios están protestando contra el último liberal. A veces, el liberal y el reaccionario se identifican en un mismo hombre, como en el caso de Milton. Milton era un liberal partidario de una prensa libre y que protestaba contra el otorgamiento de licencias para publicar libros; y luego, cuando le ofrecieron un bonito sueldo, se volvió contra su liberalismo y se convirtió en censor oficial de libros.

Tenemos, en el mundo, reacciones contra las reacciones, y rebeliones contra las rebeliones; el reaccionario y el liberal forman un vaivén y creen llegar a algo porque suben y bajan o ven su momentáneo triunfo sobre su adversario. Los nuevos liberales están en guerra con los viejos: los nuevos rebeldes, se rebelan contra las viejos rebeldes. El liberal de hoy será el reaccionario de mañana. Este sedicente liberalismo sólo es una reacción contra el liberalismo novísimo.

Cuando decimos que el liberalismo se está muriendo, no nos referimos ni al liberalismo en el sentido de una adquisición gradual de la libertad racional ni a una deterioración progresiva de los patrones racionales, sino al liberalismo histórico cuyas raíces están en el siglo XVII o antes aún, que en el orden económico se convirtió en capitalismo, en el orden político en nacionalismo y en el orden social en laicismo, y que por reacción se ha convertido hoy en totalitarismo.

Los tratados clásicos sobre la historia y el desarrollo del liberalismo histórico les son conocidos a todos los eruditos. Harold J. Laski, por ejemplo, en su libro "La Aparición del Liberalismo Europeo", refiriéndose a la relación de éste con una filosofía anterior de la historia, dice: "El liberalismo violó la disciplina de la *Respublica Christiana* medieval por razones de lucro... Como sociedad organizada, el hombre liberal no tenía en el fondo

La segunda gran verdad que presagian los signos de los tiempos es que estamos claramente en las postrimerías de una era no religiosa de la civilización, que ha con-

---

dres: Imprenta de la Universidad de Oxford, 1939), Tom. 5, p. 616. Citado por cortesía de los editores y el Royal Institute of International Affairs.

Sobre la relación del catolicismo con el liberalismo, ver Emmet John Hughes, "The Church and Liberal Society" (Nueva Jersey: Imprenta de la Universidad de Princeton, 1944).

Christopher Dawson contribuye mucho a despejar la confusión existente en torno del término "liberalismo" distinguiendo entre el liberalismo como partido político, el liberalismo como ideología y el liberalismo como tradición. "Al socialismo continental, tal como lo ha representado más que nada Karl Marx, se le debe atribuir no sólo el descrédito de la ideología liberal, sino también la transformación totalitaria de la libertad bajo cuya sombra estamos viviendo hoy." Christopher Dawson, "The Judgment of Nations" (Nueva York: Sheed and Ward, 1942), p. 66. Citado con autorización de los editores.

"El capitalismo es inconcebible como economía "sagrada". Es el resultado de la secularización de la vida económica, y con el mismo se invierte la subordinación jerárquica de lo material o lo espiritual." Nicolás Berdyaiev, "The End of Our Time" (Londres: Imprenta de S. C. M., 1935).

En cuanto a los malos efectos económicos del liberalismo histórico tales como se manifiestan en el capitalismo, ver Herbert Agar, "The Land of the Free" (Boston: Houghton, Mifflin, 1935), pp. 90, 811; Amintore Fanfani, "Catholicism, Protestantism and Capitalism" (Londres: Sheed and Ward, 1937), p. 142 ff.

"La época del individualismo y del *"laissez faire"* en la política y de la competencia sin restricciones en la industria ha pasado. En el futuro, tendremos una sociedad colectivista: la única interrogante que cabe formularse, es si tendremos un colectivismo de la tiranía o un colectivismo de la libertad." Nathaniel Micklem, "The Theology of Politics" (Londres: Imprenta de la Universidad de Oxford, 1941), p. 73. Citado con autorización de los editores.

"Así como el liberalismo no creó ideales morales, tampoco puede conservarlos. Vive con el acervo espiritual que heredó de la civilización cristiana, y cuando éste se agote algún otro deberá substituirlo. Cuando la sociedad se haya lanzado al camino de la secularización, no podrá detenerse a mitad de camino en la posada del liberalismo y deberá seguir hasta el amargo fin, sea ese fin el comunismo o algún tipo alternativo de secularismo totalitario." Christopher Dawson, "Religion and the Modern State", (Nueva York: Sheed and Ward, 1935), p. 64.

"Hoy, el individualismo liberal y el tradicionalismo conservador del siglo XIX han desaparecido por igual, y la política del *laissez faire*, que ha sido abandonada ya en la economía, es abandonada también con justicia en la cultura." Christopher Dawson, "Beyond Politics" (Nueva York: Sheed and Ward, 1939), p. 26.

"La rebelión totalitaria en su forma más intransigente, es una realización completa del dogma de transformación que ha formado ya el advenimiento central de la época del liberalismo moderno." V. A. Demant, "The Religious Prospect" (Londres: Frederick Muller, 1939), p. 110.

produjo el capitalismo y como resultado la indiferencia ante esas doctrinas: pero una negación completa de *todas* las doctrinas católicas y un

siderado la religión como un agregado de la vida, una piadosa extra, una fuente de moral de lucha para el individuo pero socialmente fuera de lugar, una ambulancia que ha cuidado de las ruinas del orden social hasta que la ciencia llegó a un punto en que no habría más ruinas, y que sólo invocaba a Dios como a un defensor de los ideales nacionales o un socio comanditario cuyo nombre usaba la razón social para darle respetabilidad a la empresa, pero que no tenía voz ni voto para el manejo de los negocios.

La nueva época en que penetramos es lo que se podría llamar la fase religiosa de la historia humana. Con el término *religiosa* no queremos decir que los hombres se volverán hacia Dios, sino más bien que a la indiferencia ante lo absoluto que caracterizó a la fase liberal de la civilización le sucederá la pasión por un absoluto. Desde ahora, la lucha no se librará por las colonias y los derechos nacionales, sino por las almas de los hombres. No habrá ya espadas desenvainadas a medias, ni lealtades divididas, ni generosos golpes de novata tolerancia: ni siquiera habrá grandes herejías, porque las herejías se basan en una aceptación parcial de la verdad. Las líneas de batalla están ya diseñadas con toda claridad y los problemas básicos no inspiran dudas. Desde ahora, los hombres se dividirán en dos religiones, entendidas también como una rendición a un absoluto. El conflicto del futuro se planteará entre el absoluto que es el Dios-hombre, y el absoluto que es el hombre-Dios; el Dios Que se convirtió en hombre y el hombre que hace de sí mismo un Dios; hermanos en Cristo y camaradas en Anticristo.

El Anticristo no se llamará así: en caso contrario, no tendría adeptos. No usará calzas rojas ni vomitará azufre ni llevará tridente ni meneará una cola rígida como Mefistófeles en "Fausto". Esta máscara le ha ayudado al diablo a convencer a los hombres de que él no existe. Su poder es mayor cuando ningún hombre admite su existencia. Dios se ha definido a Sí Mismo diciendo "Yo soy Quien soy" y el diablo diciendo "Yo soy quien no soy".

En ningún pasaje de las Sagradas Escrituras hallamos una justificación del popular mito del diablo como un bufón que viste como el primer "rojo". Más bien se lo llama un ángel caído del cielo y un "príncipe de este mun-

ateísmo intenso produjeron el comunismo materialista." Hilaire Belloc, "The Crisis of Civilization" (Imprenta de la Universidad de Fordham, 1937), página 160.

do", cuya misión es decirnos que el otro no existe. Su lógica es simple: si no hay paraíso, no hay infierno, si no hay infierno, no hay pecado, si no hay pecado, no hay juez, y si no hay juicio, lo malo es bueno y lo bueno malo [19]. Pero por sobre todas estas descripciones, Nuestro Señor nos dice que El se parecerá tanto a El mismo que engañará hasta a los elegidos: y, ciertamente, ningún demonio, ni siquiera uno de los que se ven en los libros con ilustraciones, podría engañar hasta a los elegidos. ¿Cómo aparecerá en esta nueva época para ganar adeptos de su religión?

La creencia precomunista rusa es que vendrá disfrazado con la apariencia del Gran Humanitario: hablará de paz, de prosperidad y de abundancia, no como un medio de llevarnos a Dios, sino como fines en sí mismos. Escribirá libros sobre la nueva idea de Dios, para amoldarse a la forma como vive la gente; inducirá a creer en la astrología, para que se crea que son las estrellas y no la voluntad las responsables de los pecados: explicará psicológicamente la culpa como un erotismo inhibido y hará que los hombres se avergüencen si sus prójimos dicen que no son generosos y liberales; tendrá un espíritu tan amplio que identificará la tolerancia con la indiferencia ante el bien y el mal, ante la verdad y el error; divulgará la mentira de que los hombres no serán mejores hasta que mejoren a la sociedad y hagan así que el egoísmo provea de combustible a la próxima revolución; estimulará a la ciencia, pero sólo para que los fabricantes de armamentos usen una maravilla científica a fin de destruir otra; alentará nuevos divorcios con el pretexto de que otro compañero es "esencial"; aumentará el amor por el amor y disminuirá el amor por la persona; invocará a la religión para destruir a la religión; hasta hablará de Cristo y dirá que fué el hombre más grande que vivió nunca; su misión, dirá, consistirá en liberar a los hombres de las servidumbres de la superstición y el fascismo, que nunca definirá; organizará los juegos de los niños, le dirá a la gente con quién debe casarse y descasarse, quién debe tener hijos y quién no; sacará de sus bolsillos con aspecto bondadoso barritas de chocolate para los pequeños y botellas de leche para los hotentotes.

Tentará al cristianismo con las mismas tres tentaciones con que tentó a Cristo. La tentación de convertir las pie-

[19] Denis de Rougemont, "The Devil's Share" (Nueva York: Pantheon Books, 1944), p. 46.

dras en pan como Mesías terrenal se convertirá en la tentación de vender la libertad a cambio de la seguridad, haciendo del pan un arma política que sólo podrán comer los que piensen como él. La tentación de obrar un milagro arrojándose temerariamente de un campanario, se transformará en una súplica de abandonar los elevados pináculos de la verdad donde reinan la fe y la razón, a cambio de las abismales profundidades donde las masas viven de los lemas y la propaganda. No quiere la proclamación de principios inmutables desde las alturas de un campanario, sino la organización de las masas mediante la propaganda, en que sólo un hombre corriente dirige las idiosincrasias de los hombres corrientes. Opiniones y no verdades, comentaristas y no maestros, encuestas y no principios, naturaleza y no gracia: a esos becerros de oro se arrojarán los hombres desde su Cristo. La tercera tentación en que Satanás le pidió a Cristo que lo adorase y le dijo que todos los reinos del mundo serían suyos, se convertirá en la tentación de tener una nueva religión sin cruz, una liturgia sin un mundo futuro, una religión para destruir a una religión, o una política que es una religión y que le da al César hasta lo que es de Dios.

En medio de todo este aparente amor por la humanidad y de su locuaz charla sobre la libertad y la igualdad, ese diablo tendrá un gran secreto que no le dirá a nadie: no creerá en Dios. Como su religión será la fraternidad sin la paternidad de Dios, engañará hasta a los elegidos. Edificará una contraiglesia que remedará a la Iglesia, porque él, el diablo, es el remedo de Dios. La casa tendrá todos los detalles y características de la Iglesia, pero a la inversa y vaciada de su contenido divino. Será un cuerpo místico del Anticristo, que se parecerá en todos los aspectos externos al cuerpo místico de Cristo. En su desesperada necesidad de Dios, a quien sin embargo se niega a adorar, el hombre moderno, en su soledad y frustración, ansiará cada vez más ser miembro de una comunidad que le dé amplitud de propósitos, pero a costa de perderse en alguna vaga colectividad. Se comprobará una paradoja: las mismas objeciones con que los hombres del siglo pasado rechazaron a la Iglesia, servirán de motivos para que acepten ahora a la contraiglesia.

El siglo pasado rechazó a la Iglesia porque era infalible; se negó a creer que el Vicario de Cristo pudiera estar libre de error al hablar de cuestiones de fe y de moral, como pastor principal de la cristiandad. Pero el siglo XX se plegará a la contraiglesia porque ésta afirma ser infa-

lible cuando su cabeza visible habla *ex cathedra* desde Moscú sobre economía y política, y como pastor principal del comunismo mundial.

La Iglesia fué desdeñada críticamente durante estos últimos siglos porque afirmaba que era católica y universal y que unía a todos los hombres sobre la base de un solo Señor, una sola fe y un solo bautismo. Ningún hombre, afirmaba el siglo XIX, podía ser un buen norteamericano, un buen francés o un buen alemán si aceptaba la égida, aunque fuese espiritual, de un jefe espiritual. Pero en la nueva época, lo que le gustará más a la extraviada alma moderna en la contraiglesia es que es católica o internacional. Destruye todos los límites nacionales, se ríe del patriotismo, libera a los hombres de la devoción por la patria que Cristo prescribió, hace que se enorgullezcan de no ser norteamericanos o franceses o ingleses, sino miembros de una clase revolucionaria gobernada por un vicario cuya sede está en el Kremlin.

El siglo XIX rechazó a la Iglesia fundándose en que era intolerante, ya que excomulgaba a los herejes que no aceptaban las tradiciones apostólicas y enseñaba que Cristo sólo fundó una Iglesia y que la Verdad es sólo una, que sus dogmas eran a modo de seres vivos, y que, como una criatura, uno tenía que aceptar a todo el niño o nada. Pero en esta hora aciaga, los hijos y los nietos de quienes objetaban esto se adhieren a la contraiglesia simplemente porque es intolerante, porque depura a sus heréticos, liquida a sus trotzkistas y excomulga a todos los que no aceptan la línea partidaria: para que no pueda haber un redil y un pastor, sino un hormiguero y un oso hormiguero.

El mundo liberal rechazó a la Iglesia porque era demasiado dogmática con sus precisas definiciones de la Unión Hipostática y la Inmaculada Concepción, demasiado jerárquica con sus obispos que derivaban su autoridad de los apóstoles y afirmaban ser custodios de la fe y la moral del pueblo. Pero he aquí que hoy millones de personas se pliegan a la contraiglesia por estas razones: porque aman sus dogmas infaliblemente definidos del materialismo dialéctico y del determinismo económico y su teoría sobre el valor del trabajo; porque les gusta su jerarquía de líderes partidarios aprobados, quienes, como obispos de la nueva contraiglesia, derivan su autoridad de los apóstoles Marx y Lenin, y, en su papel de policía secreta, mantienen al vagabundo en una línea partidaria, hasta la consumación misma del mundo.

El espíritu moderno se siente molesto por cualquier alusión al diablo. Pero lo positivo es que, aunque el ateísmo contemporáneo no nos ha convencido de que no hay Dios, nos ha convencido de que hay un demonio. Cuando el hombre olvida que tiene alma, olvida también que se la disputan las fuerzas del bien y del mal. Los que penetran en la superficie de las cosas a mayor profundidad que los demás han visto que si no hay demonio, todo el mal del mundo debe serle atribuído a la naturaleza humana, y que ningún miembro de la especie humana quiere creer que su estirpe es tan diabólica.

Paul Tillich, por ejemplo, considera seriamente lo demoníaco un factor de la historia y correlativo del estado de gracia. "En ambos fenómenos, son las fuerzas creadoras primitivas quienes, desbordando la forma, irrumpen en la conciencia. En ambos casos, el espíritu es sacado de su autónomo aislamiento: en ambos casos, es sometido a un nuevo poder, que no es un poder natural sino emergente del estrato más profundo del abismo que subyace también en la naturaleza. La paradoja del estado del poseído es tan fuerte como la paradoja del estado de gracia; la una es tan difícil de explicar como la otra por el pensar ocasional, por las categorías de observación racional de la naturaleza. La diferencia radica solamente en que, en el estado de gracia, las mismas fuerzas están unidas con la forma superior, que contradice a la forma superior del estado de posesión. Por eso, la gracia causa un efecto más realizador y creador de forma sobre el portador de la forma mientras que el demonismo tiene por consecuencia destruir la personalidad despojándola del ser y vaciándola de sentido. El divino éxtasis provoca una elevación del ser, de la fuerza creadora y formativa; el éxtasis demoníaco provoca el debilitamiento del ser, la desintegración y la descomposición. La inspiración demoníaca revela sin duda algo más que cordura racional: revela lo divino, pero como una realidad que teme, que no puede amar, a la cual no puede unirse.[13].

Berdyaiev ha admitido también el elemento demoníaco en la historia[14]. Empieza con la proposición de que el hom-

[13] Paul Tillich, "Interpretation of History" (Nueva York: Charles Scribner's Sons, 1936), p. 87. Citado con autorización de los editores.

[14] Nicolás Berdyaiev, "Meaning of History" (Nueva York: Sheed and Ward, 1940). (Del mismo autor en la Colección Austral de Espasa-Calpe Argentina: "El cristianismo y el problema del comunismo" y "El cristianismo y la lucha de clases". N. del E.)

bre, no teniendo fuente alguna de vida en sí mismo, debe buscarlo en lo superior o inferior a él y concluye por enfrentar al hombre con la alternativa de Dios o de Satanás. "El ser sólo es libre cuando está unido en ese amor mediante el cual se vincula a Dios. Sólo en Dios y mediante Dios todo se liga y lleva a la unidad. Separado de Dios, todo es extraño y remoto y se conserva unido simplemente mediante la fuerza. Satanás, valiéndose de sus poderes espirituales superiores, ha logrado extraviar a los hombres, insinuándoles que se convertirán en dioses. Pero con la persecución del mal y la substitución de Dios por él mismo, el hombre, lejos de convertirse en el ser semejante a Dios de sus sueños, se convierte en el esclavo de su inferior naturaleza, y, al mismo tiempo, al perder su naturaleza superior, queda sometido a la necesidad natural y deja de ser determinado espiritualmente desde dentro. Está despojado de su libertad. Por eso, el mal involucra ese desplazamiento del verdadero centro del ser y la revolución completa de la jerarquía del universo, que involucra no sólo la posesión del espíritu en su orgullo por el principio material, sino la substitución efectiva de lo espiritual por lo material. La tenaz y resistente apariencia del mundo material, se debe simplemente a que éste perdió su verdadero centro en el mundo espiritual [15].

La mejor presentación de este tema por los tendientes a negar el mal o lo demoníaco, es la brillante obra de Denis de Rougemont, "El Papel del Diablo", donde sugiere que el conocimiento del verdadero peligro puede curarnos de falsos temores. Afrontando inmediatamente la dificultad de que Satanás es un mito y por lo tanto no existe, responde: "El diablo es un mito; por consiguiente, existe y sigue siendo activo. Un mito es un relato que describe e ilustra en forma dramática ciertas estructuras profundas de la realidad" [16].

"Este diablo no ha surgido de una serie de textos más o menos auténticos o antiguos. Porque es un instrumento permanente de la realidad humana tal como la vivimos cuando vivimos realmente, en nuestro estado de seres libres, es decir, enfrentados sin cesar con alternativas, en la contradicción y la perplejidad, la paradoja, la tragedia. Todo esto, presume y plantea la existencia de un bien y

[15] Nicolás Berdyaiev, "Freedom an the Spirit" (Nueva York: Charles Scribner's Sons; Londres; Geoffrey Bles Ltd., 1935), p. 168. Citado con autorización de los editores.

[16] Denis de Rougemont, "The Devil's Share" (Nueva York; Pantheon Books, 1944), p. 23. Citado con autorización de los editores.

de algo más que el bien. De no ser así... ¿dónde estaría la elección, la tragedia, la libertad? Cuando este no-bien, este mal, adquiere un sentido, lo llamamos demonio, y acepto ese nombre" [17].

C. S. Lewis, en una imaginativa serie de cartas cambiadas por Wormwood, un demonio que está en la tierra, y Screwtape, otro demonio que está en el infierno, brinda profundas lecciones espirituales en sentido contrario. Resulta particularmente interesante el consejo dado al joven demonio que trata a fuerza de argumentaciones de arrebatarle un alma a Dios ("El Enemigo"), en beneficio del materialismo. "Tomo nota de lo que me dices sobre la conveniencia de orientar las lecturas de tu paciente y de procurar que vea a menudo a su materialista amigo. Pero... ¿no serás un poco ingenuo? Por lo visto, crees que la discusión es la manera de mantenerlo al margen de las garras del Enemigo. Esto habría podido suceder si él hubiese vivido unos pocos siglos antes. En esa época, los seres humanos sabían aún perfectamente cuándo estaba probada una cosa y cuándo no lo estaba: y si lo estaba, creían realmente en ella. Vinculaban aún el pensamiento con la acción y estaban dispuestos a alterar su modo de vivir como consecuencia de una cadena de razonamientos. Pero con los semanarios y otras armas semejantes hemos alterado en gran parte esto. Nuestro hombre se ha habituado, desde su infancia, a que le bailen en la cabeza una docena de filosofías incompatibles. No considera las doctrinas esencialmente "verdaderas" o "falsas", sino "académicas" o "convencionales" o "despiadadas". La jerga, y no la discusión, es nuestro mejor aliado para mantenerlo a distancia de la Iglesia. ¡No perdamos tiempo tratando de

---

[17] "Aquí, el diablo juega con nuestro terror de reconocernos culpables de nuestras vidas. Antes, podía apelar al disfraz en el vestir. Hoy, el disfraz nada significa ya. El fenómeno del disfraz se ha vuelto hacia adentro y convertido en una evasión moral. Es antes que nada ante uno mismo, y como en un sueño, donde uno representa un papel con impunidad. El mundo de hoy está lleno de individuos que llevan dentro de sí un disfraz prestado. Se ocultan a sus propios ojos. ¿Cómo podrían conocer a Satanás, si no quieren ver su propio ser, el que toma sus decisiones, el único ante el cual podría revelarse el Tentador?

"El Angel caído nos dice: yo soy vuestro cielo, no hay otra esperanza. El Príncipe de este mundo nos dice: no hay otro mundo. El Tentador nos dice: no hay juez. El Acusador nos dice: no hay perdón. El Mentiroso lo sintetiza todo ofreciéndonos un mundo sin deberes ni sanciones, cerrado sobre sí mismo pero incesantemente recreado en la imagen de nuestra autocomplacencia: no hay realidad. Finalmente, la Legión profiere la última blasfemia: no hay Uno." Denis de Rougemont, op. cit., página 45.

hacerle creer que el materialismo es verdadero! Hagámosle creer que es fuerte o severo o valeroso: esa es la filosofía del futuro. Esas son las cosas que le importan[18].

Joseph Roth, en uno de los libros más vigorosos que hay sobre el particular, "El Anticristo", a pesar de sus tendencias extremistas, hace mucho para despertar la conciencia del hombre a la realidad del diablo. "Porque nos ha herido la ceguera, la ceguera que estaba escrito nos afectaría antes del fin de los tiempos. Hemos tardado muchísimo en advertir la naturaleza y el aspecto de las cosas con las cuales tenemos contacto. Como los que son físicamente ciegos, tenemos tan sólo nombres para todas las cosas de este mundo que no podemos seguir percibiendo. Se diría que estamos construyendo una Torre de Babel horizontal que los ciegos, incapaces de advertir la proporción, creen vertical y suponen cada vez a mayor altura; y les parece que todo está bien porque se entienden perfectamente... mientras que su comprensión de la proporción, la forma y el color de las cosas sólo es la de los hombres sin vista. Los términos que se aplicaban originariamente en forma correcta, y adecuados a los fenómenos de este mundo, son aplicados por ellos en un sentido falso e invertido. A lo erguido lo llaman aplastado, y a lo aplastado, erguido, ya que un ciego no puede distinguir entre lo encumbrado y lo que está a ras de tierra. En tiempos de Babel, sólo reinaba confusión en las lenguas y oídos de los hombres. Unos pocos de los constructores podían comprenderse aún mutuamente con el lenguaje de los ojos, a los cuales llaman el espejo del alma. Pero ahora los ojos de los hombres están cegados (y las lenguas sólo son siervos, mientras que los ojos son amos, en la jerarquía de los sentidos humanos). ¿Cómo podemos creer aún que no ha venido el Anticristo? Esta fe y esta esperanza son una prueba más de nuestra ceguera. Porque así como un hombre sin vista puede ser persuadido de que la noche es día y el día es noche, también a nosotros, que hemos perdido la vista, nos pueden hacer creer que el Anticristo no está aquí, que no nos quemamos en el fuego de sus ojos, que no estamos parados a la sombra de sus alas"[19].

Todos estos escritores consideran fundamentales a los

18 C. S. Lewis, "Screwtape Letters" (Nueva York: The Macmillan Company, 1943), p. 11.

19 Joseph Roth, "The Anti-Christ" (Nueva York: Imprenta Viking, 1935), ps. 4-6. Citado con autorización de los editores. Ver William Robinson, "The devil and God" (Londres: Lutterworth Press, 1945); Karl Pfleger, "Wrestlers with Christ" (Nueva York: Sheed and Ward, 1936);

rusos del siglo XIX, que en forma profética previeron que el diablo ejercería una gran influencia sobre los hombres y que el Anticristo aparecería bajo la forma del Gran Humanitario. Fedor Dostoyewsky consideraba capaz al hombre de alcanzar altas cumbres no soñadas por la razón, y de degradarse sin embargo a un abismo de maldad que aterrorizaría hasta a sus víctimas. El hombre, para él, sintetiza todas las tensiones del mundo. Como profeta del totalitarismo, Dostoyewsky vió que el mundo del siglo XIX se organizaba en forma colectiva para rebelarse contra toda perspectiva de jugar la partida de acuerdo con las reglas de Dios y de convertir al hombre en amo. En 1877, escribió: "Me parece que este siglo acabará para la vieja Europa con algo colosal. Quiero decir con algo que, si no podrá parangonarse exactamente con los sucesos de la revolución francesa del siglo XVIII, será tan colosal, tan irresistible y aterrorizante que cambiará la faz de la tierra por lo menos en la Europa Occidental"[20]. En la quinta parte de su gran novela "Los Hermanos Karamazov" el Gran Inquisidor, que es el Anticristo, parece lleno de piedad por el hombre, es un ser humanitario que se interesa aparentemente con pasión por la humanidad, pero es en realidad su enemigo porque es el destructor de su libertad. Hasta se parece a Cristo para engañar a los elegidos. "Llegó silenciosamente, sin ser observado, y sin embargo, por extraño que parezca, todos lo reconocieron. La gente se siente irresistiblemente atraída por Él, lo rodea, se agolpa a Su alrededor, lo sigue. Él se mueve silenciosamente entre ellos, con la dulce sonrisa de la compasión infinita. El sol del amor arde en Su corazón, la luz y la fuerza brillan en Sus ojos, y su luminosidad, derramada sobre la gente, conmueve sus corazones con un amor que responde. Tiende sus manos hacia ellos, los bendice, y del contacto con Él, hasta de su ropa, brota una virtud curativa. Un anciano de la multitud, ciego desde la infancia, grita: "¡Oh, Señor!" ¡Cúrame y te veré!". y, por así decirlo, las costras caen de sus ojos y el ciego lo ve. La multitud llora y besa la tierra bajo Sus pies. Los niños arrojan flores ante Él, cantando, y gritan hosanna. "¡Es Él..., es Él!"

El Anticristo le habla a Cristo, que no contesta, pidiéndole que renuncie a la libertad por la seguridad. "Juzga Tú Mismo quién tenía razón, si Tú o el que Te interrogó

J. Huizinga, "In The Shadow of Tomorrow" (Nueva York: W. W. Norton & Co., 1936).

[20] Fedor Dostoyewski, "Diario de un escritor", mayo-junio, 1877.

entonces. Recuerda la primera pregunta: su sentido, en otros términos, era éste: "Tú querías ir al mundo y vas con las manos vacías, con alguna promesa de libertad que los hombres en su sencillez y natural ingobernabilidad no pueden comprender siquiera, que temen y miran con pavor: porque nada ha sido más insoportable para un hombre y una sociedad humana que la libertad. Pero... ¿ves Tú esas piedras en esta calcinada y estéril soledad? Conviértelas en pan, y la humanidad correrá tras de Ti como una majada de ovejas, agradecida y obediente, aunque siempre trémula por temor a que retires Tu mano y les niegues Tu pan." Pero Tú no querías privar al hombre de la libertad y rechazaste la oferta, pensando... ¿Qué vale la libertad si la obediencia se compra con pan? Contestaste que no sólo de pan vive el hombre. Pero... ¿sabes que por ese pan terreno el espíritu de la tierra se sublevará contra Ti y luchará Contigo y Te vencerá, y todos lo seguirán, clamando: "¿Quién puede compararse con esta bestia? ¡Nos ha dado el fuego de los cielos!" Tú les prometiste el pan de los cielos, pero, vuelvo a repetirlo..., ¿puede compararse eso con el pan terreno a los ojos de la débil, siempre pecadora e innoble especie humana? Y si por el pan del cielo miles y decenas de miles de hombres Te seguirán... ¿qué será de los millones y decenas de miles de millones de seres que no tendrán fuerzas para renunciar al pan terreno a cambio del celestial? ¿O te preocupas solamente de las decenas de miles de los grandes y fuertes, mientras que los millones, numerosos como las arenas del mar, que son débiles pero Te aman, sólo deben existir en beneficio de los grandes y fuertes? No. Nosotros cuidamos de los débiles, también. Son pecadores y rebeldes, pero en definitiva también ellos serán obedientes. Se maravillarán ante nosotros y nos creerán dioses, porque estamos prontos a soportar la libertad que a ellos les ha parecido tan temible y a gobernarlos: tan tremendo les parecerá el ser libres. Pero nosotros les diremos que somos Tus siervos y los gobernaremos en Tu nombre. Volveremos a engañarlos, porque no Te permitiremos que vengas hacia nosotros de nuevo. Ese engaño será nuestro dolor, porque nos veremos obligados a mentir" [21].

Igualmente poderosa es la visión profética de Vladimir

[20] "The Brothers Karamazov", ps. 299-300. Ver J. A. T. Lloyd, "Fyodor Dostoyewsky" (Nueva York: Charles Scribner's Sons, 1947); Nicolás Berdyaiev, "Dostoyewsky" (Nueva York: Sheed and Ward, 1934; Edward Hallett Carr, "Dostoyewsky" (Boston: Houghton, Mifflin, 1931).

[21] Traducido particularmente del ruso.

Soloviev, que en los albores de este siglo escribió "Tres Conversaciones" [22]. Pinta a un joven de treinta y tres años que se siente tan desalentado en su ingobernable egolatría que piensa en el suicidio. Enloquecido por la idea de que Cristo es más grande que él, se lanza a un abismo: "Oyó una extraña voz metálica, al parecer sin alma ni sentimiento, pero muy nítida. "Amado hijo mío, a ti va mi gran favor. ¿Por qué no me buscaste? ¿Por qué adoraste al otro, al tonto y a su Padre? Yo soy el Dios y el Padre. El otro, el infeliz que fué crucificado, es un extraño para mí y para ti. Tú eres el elegido, el hijo único, mi igual.

"Yo te amo y nada te pido. Rebosas belleza, eres grande y poderoso. Cumple con tu deber *en tu propio nombre y no en el mío*. No te envidio, te amo. El que adoraste antes como Dios exigía obediencia, una obediencia sin límites hasta la muerte misma en la cruz. Él no le ayudó en su cruz. No te pido nada y sin embargo te ayudaré. Te ayudaré a causa de ti, a causa de tu maravilloso yo. a causa de mi grande y desinteresado amor por ti. Comparte mi espíritu. Mi espíritu te condujo a la belleza y ahora te conduce *al poder*."

Bajo la inspiración de Satanás, el joven escribe un libro titulado "El Camino Abierto a la Paz y a la Prosperidad para el mundo", que se vende en proporciones fantásticas en el mundo entero. Muchos cristianos lo aceptan, aunque el nombre de Cristo no es mencionado, justificándose ellos mismos. "En tiempos pasados, todas las materias sagradas han sido estropeadas a tal punto por fanáticos no autorizados que un escritor religioso realmente profundo tiene que andarse con cautela. Con tal de que el contenido esté pleno del espíritu cristiano del amor y la caridad... ¿qué otra cosa puede pedirse?"

Finalmente, el superhombre es nombrado presidente de los Estados Unidos de Europa y el mundo entero acepta su dominio y su autoridad. Después de haber desterrado de Roma al Santo Padre para proclamarse a sí mismo "Emperador Mundial de Roma", emite este manifiesto: "¡Pueblos del mundo! Os prometí paz y os la he dado. Pero sólo resulta maravilloso vivir en el mundo cuando hay prosperidad para todos. La paz sin prosperidad es la paz sin alegría. Venid a mí los que tenéis hambre y frío y yo os alimentaré y os daré calor."

Al iniciarse el año cuarto de su reinado, el Emperador del Mundo convoca un Concilio Mundial de Iglesias en Jerusalén, y concurren 3.000 representantes del catolicismo, el protestantismo y los ortodoxos, así como medio

millón de peregrinos. Entre los miembros del Concilio, hay tres que merecen atención preferente. El primero. es el Papa Pedro. El Papa no confía en el Emperador del Mundo. El caudillo verdadero —aunque extraoficial— de los cristianos ortodoxos es el padre Juan, bien conocido entre los rusos. El jefe de los miembros evangélicos del Concilio es un teólogo científico alemán, el profesor Ernest Pauly. La inauguración del Concilio es impresionante. Los dos tercios del gran templo dedicado a la unificación de todos los cultos están llenos de bancos para sus miembros, mientras que el tercio restante es ocupado por un estrado central, en el cual se eleva un trono imperial. Los diversos miembros del Concilio celebran sus misas en sus respectivas iglesias y la inauguración del Concilio está exenta de toda ceremonia religiosa. Cuando aparece el emperador con el gran mago, la orquesta empieza a tocar el himno de las Naciones Unidas, que a esa altura se ha convertido en el himno Imperial Internacional.

Al acabar el himno, el emperador se levanta del trono y con un magnífico ademán les agradece a los músicos y le dice al Concilio:

"Cristianos, cristianos de todas las sectas, leales súbditos y hermanos míos: Desde los comienzos mismos de mi reinado, nunca tuve oportunidad de mostrarme disgustado: vosotros cumplisteis siempre con vuestros deberes. Fuisteis fieles. Eso no me basta. Mi sincero amor por vosotros, hermanos, ansía la recíproca. Me siento ansioso de provocar un estado de cosas en el cual no haya una sensación de deber, sino un sentimiento de profundo amor, en el cual me consideréis vuestro jefe en toda empresa que iniciéis en beneficio de la humanidad. Además, deseo consumar un acto de caridad especial. ¿Hay alguna manera de que yo pueda haceros más felices, cristianos? ¿Hay algo que pueda daros? Cristianos míos. decidme qué os es más caro, para que yo pueda ejercer mis esfuerzos en esa dirección".

Cuando calla, un gran bramido llena el templo. Los miembros del Concilio cambian susurros. El Papa Pedro prosigue una grave plática con los que lo rodean. Lo mismo hace el profesor Pauly. El padre Juan se inclina hacia un grupo de obispos orientales y monjes católicos y se esfuerza por impresionarlos con sus pensamientos. Después de varios minutos de silencio, el emperador vuelve a hablarle al Concilio, no sin un dejo de fastidio:

"Amados cristianos, comprendo cuán difícil resulta lograr una respuesta directa. Trataré de ayudaros. Desde tiempos inmemoriales, habéis estado divididos en tantos

sectores y grupos que no tenéis en realidad un objetivo común. Ni siquiera os habéis reconciliado en muchas cosas. Me esforzaré por unir a todos los sectores y grupos y trataré de satisfacer el verdadero anhelo de cada grupo. Amados cristianos, sé que muchísimos de vosotros creéis a la autoridad espiritual la herencia más preciosa de la cristiandad. Amados hermanos católicos, comprendo muy bien vuestro punto de vista y ansío afectuosamente reposar mi real cetro sobre vuestra espiritual cabeza. Para que no creáis que éstas son palabras vacías, declaro que de acuerdo con mi real voluntad el supremo arzobispo de la Iglesia Católica. el Papa de Roma, es reinstalado desde ahora en su trono de Roma, dándosele todos los derechos y privilegios que se le hayan otorgado desde tiempos inmemoriales e iniciados con el reinado de Constantino el Grande, y todo lo que os pido, mis católicos, es que me consideréis en el fondo de vuestros corazones vuestro único protector y benefactor. Quienquiera me reconozca como tal, que venga a mí".

En ese momento, el emperador señala con el dedo los bancos vacíos del estrado. Entre gozosos gritos de "¡Gratias agimus! ¡Domine! Salvum fac magnum imperatorem", casi todos los príncipes de la Iglesia Católica, los cardenales, los obispos, la mayoría de los fieles legos y casi la mitad de los monjes suben al estrado y después de inclinarse en dirección al trono del emperador, se sientan. Abajo, enhiesto y silencioso como una estatua de mármol, se halla sentado el papa Pedro II. El emperador mira con asombro el Santo Padre, y se vuelve hacia los demás. alzando la voz:

—Amados hermanos, hoy firmaré un edicto. En ese edicto, le lego al mundo una suma de dinero para promover el estudio del antiguo *folklore* cristiano, de las leyendas y otras antigüedades. Ese museo estará situado en nuestra ciudad imperial de Constantinopla.

Una gran parte de los jerarcas del Oriente y el Norte, la mitad de los ex creyentes antiguos y más de la mitad de los sacerdotes y monjes ortodoxos y legos, con gozosos gritos, suben al estrado y se sientan. El padre Juan no se mueve. Lanza un ruidoso suspiro y cuando la multitud circundante ralea, abandona su banco y se acerca al Papa Pedro y a su círculo. Los ortodoxos que no se unieron a los del estrado, siguen a Juan. El emperador vuelve a hablar:

—Ya sé, hermanos cristianos, que muchos de vosotros creéis que lo más sagrado para los cristianos es la libertad

de estudiar la Biblia. Puedo aseguraros que, dentro de pocos días, me pedirán que sea doctor en teología honorario de la universidad de Tubinga.

Más de la mitad de los eruditos teólogos se acerca al estrado, aunque algunos se sienten algo inquietos y otros miran al profesor Pauly. que no se ha movido y que se diría pegado a su asiento. Está muy cabizbajo. Ahora, levanta la cabeza, se pone de pie y camina entre los bancos desocupados hacia el padre Juan y el Papa Pedro. Allá abajo, quedan tres pequeños racimos de hombres que se retuercen en torno del padre Juan, del Papa Pedro y del profesor Pauly.

Con voz triste, el emperador les dirige la palabra a esos grupos.

—Sois gente extraña. ¿Qué otra cosa puedo hacer por vosotros? ¿Qué otra cosa pedís? No lo sé. Decidme eso, cristianos a quienes abandona ahora la mayoría de vuestros hermanos y dirigentes de vuestro pueblo condenados por la voz de vuestro pueblo... ¿Qué consideráis más sagrado en el cristianismo?

Al oír esto, el padre Juan se levanta como un alto cirio blanco y responde humildemente:

—Gran emperador, sólo hay una cosa carísima para nosotros en el cristianismo, y es el Propio Cristo. Es Él, y todo proviene de Él y sabemos que en Él vive el espíritu de la divinidad física. Estamos prontos a recibir de ti toda suerte de bienaventurados dones, mientras reconozcamos en tu generosa mano la Santa Mano de Cristo el Hijo de Dios, y cuando nos preguntas qué puedes hacer por nosotros. nuestra respuesta es: reconocer simplemente aquí, en nuestra presencia, el credo cristiano. Di... "Creo en Nuestro Señor Jesucristo. el Hijo de Dios"... Reconoce Su nombre y te acogeremos con amor. Te acogeremos como un precursor de Él, un precursor de su segundo y glorioso advenimiento en la tierra.

El padre Juan mira fijamente al emperador, que guarda silencio. Luego, se vuelve repentinamente hacia su grey y le grita:

—¡Hijos, el Anticristo!

En ese preciso momento, un gran rayo penetra en el templo y fulmina al anciano. Se oye un terrorífico trueno. Por un momento, reina el más absoluto silencio y cuando los ensordecidos y cegados cristianos vuelven en sí, el padre Juan yace muerto en el suelo. Súbitamente, una resonante palabra vibra en todo el templo, y esa palabra es "¡Contradicitur!" El Papa Pedro II se levanta, y con el rostro

arrebolado por la ira, alza su báculo hacia el emperador.

—¡Nuestro único gobernante es Jesucristo, el Hijo del Dios Viviente! ¡Ya has oído quién eres! ¡Vete de aquí! ¡Caín, asesino de tu hermano! ¡Vete, recipiente del demonio! Para siempre te expulso de aquí, sucio perro, te echo del redil de la Iglesia y te devuelvo a tu padre el diablo.

Se oye el bramido de otro trueno, que ahoga con su estruendo el último anatema. Y el último de los Papas se desploma, inerte.

En el templo, quedan dos cuerpos exánimes y un estrecho círculo de cristianos casi muertos de pánico. El único que no pierde la cabeza es el profesor Pauly. Toma un trozo de papel abandonado por uno de los reales secretarios y comienza a escribir. Cuando concluye, se levanta y lee en alta voz:

"En nombre y gloria de nuestro único Redentor, Jesucristo, el Concilio Mundial de las Iglesias Cristianas se ha congregado en Jerusalén. Cuando nuestro buen hermano Juan, el representante del cristianismo oriental, hubo condenado al gran impostor como enemigo de Dios, acusándolo de ser el verdadero Anticristo, como se predice en las profecías, Pedro, el representante del cristianismo occidental, excomulgó justicieramente y para siempre al impostor, expulsándolo de la Iglesia de Dios. Hoy, estoy parado aquí ante los cuerpos de ambos mártires, muertos por creer en la verdad. Siendo testigo por Cristo, el Concilio ordena: interrúmpese todo comercio verbal con el excomulgado, con todos los que lo reconozcan. Todos los fieles deberán partir a las soledades y esperar allí un temprano advenimiento del verdadero Señor Jesucristo."

Como los signos de nuestros tiempos indican una lucha entre los absolutos, podemos esperar que el futuro será una época de pruebas y catástrofes, por dos razones: la primera, para evitar la desintegración. La impiedad perduraría si no hubiera catástrofes. La catástrofe es a una civilización inicua lo que la muerte a un pecador: la interrupción de su impiedad. ¿Por qué apostó Dios a un ángel con una espada flamígera del Jardín del Paraíso después de la Caída, sino para impedir que nuestros primeros antepasados entraran en el jardín y comieran del árbol de la vida, que, si lo hubiesen probado, habría inmortalizado su maldad? Dios no permitiría que su perversidad fuese eterna. La revolución, la desintegración y el caos deben servir para recordar que nuestro pensar ha sido erróneo, que nuestros sueños han sido impíos. La verdad moral es reivindicada por el desastre que se produce

cuando ha sido repudiada. El caos de nuestros tiempos es el argumento negativo más fuerte que pueda presentar el cristianismo. La catástrofe se convierte en un testimonio del poder de Dios en un mundo carente de sentido, porque con ella Dios conduce a la nada a una vida sin sentido. La desintegración que sigue a la renuncia a Dios se torna así un triunfo del sentido, una refirmación del propósito. La adversidad es la expresión de la condenación del mal por Dios, la comprobación del Juicio Divino. Así como el infierno no es el pecado, sino el efecto del pecado, estos perturbados tiempos no son el pecado, sino el galardón del pecado. La catástrofe revela que el mal se derrota a sí mismo: no podemos apartarnos de Dios sin dañarnos.

La segunda razón que hace prever una crisis, es que deberá impedir una falsa identificación de la Iglesia y el mundo. Nuestro Señor se propuso que Sus prosélitos fuesen distintos en espíritu de los que no lo eran. "Yo os he sacado del mundo, por eso el mundo os odia". (Juan XV, 19.) Aunque tal es el designio divino, es desgraciadamente cierto que la línea demarcatoria entre los prosélitos de Cristo y los que no lo son queda a menudo borrada. La mediocridad y la transacción caracterizan las vidas de muchos cristianos. Muchos leen las mismas novelas que los paganos modernos, educan a sus hijos en la misma impiedad, escuchan a los mismos comentaristas, que no tienen más patrón que juzgar el hoy por el ayer y el mañana por el hoy, permiten que se infiltren en su familia costumbres paganas como el divorcio y el nuevo casamiento. No faltan los llamados dirigentes obreros católicos que recomiendan a los comunistas para el Congreso, o escritores católicos que aceptan presidencias en organizaciones del frente comunista para insinuar ideas totalitarias en las películas. Ya no subsisten el conflicto y la oposición que presuntamente nos caracterizan. Influimos sobre el mundo menos de lo que influye el mundo sobre nosotros. No hay separación. Sin duda. San Pablo podría muy bien decirnos lo que les dijo a los corintios:

—¿Qué tiene que ver la inocencia con la licencia? ¿Qué hay de común entre la luz y las tinieblas? ¿Qué armonía existe entre Cristo y Belial?

San Pablo afirma aquí que los que fueron enviados a crear un centro de salud han contraído la enfermedad: por lo tanto, han perdido el poder de curar. Desde que se produjo la amalgama del espíritu cristiano con el pagano, desde que el oro se desposó con una aleación, el todo debe ser arrojado al crisol para que la escoria se consuma. El

valor de la prueba consistirá en separarnos. El mal debe venir a repelernos, a despreciarnos, a odiarnos, a perseguirnos, y entonces definiremos nuestras lealtades, afirmaremos nuestras fidelidades y diremos en qué bando estamos. ¿Cómo se revelarán los árboles fuertes y los débiles, a menos que sople el viento? Sin duda, nuestra cantidad disminuirá, pero nuestra calidad aumentará. Entonces se comprobarán las palabras de Nuestro Maestro: "El que no se une a mí, se separa". (Mateo, XII, 30.)

Estos son Tiempos de Tormenta, y no se debe temer tanto una tercera guerra mundial como el renacimiento del Leviatán, la llegada del Día de la Bestia. cuando ya no se comprará ni venderá a menos que los hombres hayan sido marcados con el signo de la Bestia, que devorará al hijo de la Madre de las Madres. Todos los grandes espíritus, cristianos y no cristianos, ven que estos días son peligrosos. Spengler creía que estábamos en el invierno de la civilización[23]; Fisher, en la agonía de la civilización europea[24]; Sorokin, en las postrimerías de la cultura sensata[25]; Berdyaiev, en el término de los días de la razón iluminada por la fe[26]; Marx, en el colapso del capitalismo[27]; Lippman, en una hora en que los hombres ya no creen prudente, necesario ni útil legarles a las nuevas generaciones la buena herencia cristiana del pasado[28]; Tonynbee, en la tercera etapa de la crisis del teatro griego. Las tres etapas son "Hybris", o el orgullo de la prosperidad material, que se revela en el poder; "Nemesis", o la altanería o espíritu de contradicción contra Dios en que el hombre se arroga los atributos de la Divinidad; y finalmente "Ate" o el desastre, en que la justicia divina humillará la vana pretensión de los hombres[29]. Remontándose más atrás aun, Lord Gray, en las postrimerías de la primera guerra mundial, dijo que las luces se estaban apagando en toda Europa y que no volverían a encenderse en nuestra generación. Antes de esto un gran poeta alemán y un novelista ruso pusieron en guardia al pueblo sobre los augurios de los tiempos. En 1834, en "La Religión y la Filosofía en

[23] "Decline in the West" (Nueva York: Alfred A. Knopf, 1929).

[24] "The Passing of the European Age" (Cambridge: Imprenta de la Universidad de Harvard, 1943).

[25] "The Crisis of Our Age".

[26] "Fate of Man in the Modern World (Londres: S. C. M. Press, 1935).

[27] "Capital".

[28] "Preface to Morals" (Nueva York: The Macmillan Company, 1929).

[29] "A Study of History" (Londres: Imprenta de la Universidad de Oxford, 1939). 6 tomos.

Alemania", Heine advirtió que debía tenerse cuidado con Alemania cuando la cruz de Cristo no proyectara ya su hechizo sobre Su pueblo". "El cristianismo —y ése es el menor de sus méritos— ha mitigado un poco la brutal ansia de batalla de los alemanes. Pero no ha podido destruirla: y roto ya el talismán domador, la cruz, volverá a estallar el salvajismo de los viejos guerreros, la demente ira sobre la cual tienen tanto que decir y cantar los bardos nórdicos. Ese talismán es frágil. Llegará un día en que se hará añicos lamentablemente. Entonces, los antiguos dioses de piedra se levantarán de las olvidadas ruinas y se quitarán de los ojos el polvo de un milenario; y Tor se erguirá de un salto y con su gigantesco martillo empezará a destruir las catedrales góticas... y cuando oigáis un estruendo, el más terrible de los estruendos de la historia humana, sabréis que el trueno alemán ha dado en el blanco. Al resonar ese ruido, las águilas caerán muertas del cielo y los leones de los más lejanos desiertos del África encogerán sus colas y se escabullirán a sus reales cavernas. Se representará un drama a cuyo lado la revolución francesa parecerá un inofensivo idilio..."

En 1842, Heine, amigo de Karl Marx, el fundador del comunismo, comprendió los perniciosos efectos de su filosofía e hizo esta advertencia: "El comunismo es el nombre secreto del temible antagonista que opone el gobierno del proletariado, con todas sus consecuencias, al actual régimen burgués. El duelo será tremendo. ¿Cómo acabará? Nadie lo sabe, salvo los dioses y diosas que conocen el futuro. Nosotros sólo sabemos esto: el comunismo, aunque es poco discutido ahora y holgazanea en ocultos desvanes sobre míseros jergones de paja, es el oscuro protagonista predestinado a un papel grande, aunque temporario, en la tragedia moderna...

"Eso significaría la guerra, la más espantosa guerra de destrucción, que llamaría desgraciadamente a la liza a dos de las naciones más nobles de la civilización, para ruina de ambas: Francia y Alemania. En una guerra política normal, Inglaterra, la gran serpiente de mar siempre pronta a volver a ocultarse en su inmensa guarida acuática, y Rusia, que tiene también los más seguros escondites en sus vastos bosques de abetos, en sus estepas y heladas extensiones desérticas, no pueden ser aniquiladas ni aun por las más abrumadoras derrotas... y eso, con todo, sería el primer acto del gran melodrama, su prólogo, por así decirlo. El segundo acto es la revolución europea y la mundial... ¿Se sublevarán las doctrinas religiosas del pasado, en todos

los países, en desesperada resistencia... y será quizás esa tentativa el tercer acto?... ¿Cómo podría terminar ese drama?...

"No lo sé. Pero creo que eventualmente le aplastarán la cabeza a la gran serpiente de mar y despellejarán al oso del Norte. Entonces, sólo podrá haber un rebaño y un pastor..., ¡un pastor libre de cayado de hierro y un rebaño humano de vellón y que proferirá balidos?

"Se acercan bramando tiempos salvajes y sombríos, y el profeta que quisiera escribir un nuevo Apocalipsis tendría que inventar bestias totalmente nuevas..., bestias tan terribles que los más antiguos símbolos animales de San Juan parecerían a su lado tiernas palomas y cupidos. Los dioses están velando sus rostros por piedad ante los hijos del hombre, las viejas cargas que los agobian y quizás su propio destino. El futuro huele a cuero ruso, a sangre, a impiedad y a muchos azotes. Yo les aconsejaría a nuestros nietos que nacieran con piel muy gruesa sobre la espalda" [30].

El Santo Padre dice que estamos ante la reaparición de los primeros siglos de la Iglesia. Muchos otros creen que sólo nos hemos salvado del caos total gracias a los hábitos del pensar, a las normas del camino y a los convencionalismos que dependen para su validez de creencias abandonadas desde hace mucho tiempo. Ahora que la familia se desintegra, que hay un divorcio por cada dos matrimonios en las treinta y cinco ciudades más importantes de los Estados Unidos y cinco divorcios por cada seis matrimonios en Los Ángeles, no cabe duda de que se ha destruído algo. Fuera de todos estos hechos trágicos y de otros, tales como la tentativa de fundar la paz sobre transacciones entre los poderes, antes que sobre la justícia y sobre compromisos tales como la Carta del Atlántico, queda en pie el sorprendente hecho de que nuestros tiempos —y sólo nuestros tiempos— han testimoniado, por primera vez en la historia humana, la persecución del Antiguo Testamento por los nazis y la persecución del Nuevo Testamento por los comunistas. Todo aquel que tiene algo que ver con Dios es aborrecido hoy, ya sea que su vocación sea anunciar a Su Divino Hijo, Jesucristo, como lo hacía el judio, o seguirlo, como lo hace el cristiano. De vez en cuando, en la historia, al diablo le dan una oportunidad, porque no

[30] Heinrich Heine, "Works of Heinrich Heine", traducidas del alemán por Charles Godfrey Leland (Londres: William Heinemann, 1893), tomo VIII, ps. 301-302, 303-305.

debemos olvidar jamás que Nuestro Señor le dijo a Judas y a su pandilla: "Ésta es vuestra hora". Dios tiene su día, pero el mal tiene su hora, en que el pastor será fulminado y las ovejas dispersadas. Pero aunque hablamos de la aparición del Anticristo frente a Cristo, no se crea que eso se debe a que tememos por la Iglesia. No hay tal: tememos por el mundo. No nos preocupa la infalibilidad, sino la reincidencia del mundo en la falibilidad: no nos hace temblar el temor de que Dios pueda ser destronado, sino el de que reine la barbarie; lo que puede perecer no es la transubstanciación, sino el hogar; no los sacramentos, sino la ley moral. La Iglesia no puede decirle a las mujeres llorosas sino lo que dijo Cristo durante su trayectoria hacia el Calvario: "No lloréis por Mí: sino por vosotros y por vuestros hijos". (Lucas XXIII, 28). La Iglesia ha sobrevivido a otras grandes crisis en sus diecinueve siglos de existencia y vivirá para cantar un requiem por los males del presente. La Iglesia podrá tener sus Viernes Santos, pero éstos sólo serán preludios de sus Domingos de Resurrección, porque la Divina Promesa nunca debe ser anulada: "...y las puertas del infierno no deberán prevalecer contra eso". "Vedme aquí con vosotros todos los días, hasta el acabamiento mismo del mundo." (Mateo, XXVIII, 20). "Quienquiera caiga sobre esa piedra, se magullará." (Lucas, XX, 18). Nunca hubo hasta entonces tan fuerte argumentación de la necesidad del cristianismo, porque los hombres están descubriendo ahora que su miseria y sus dolores, sus guerras y sus revoluciones, aumentan más y más a medida que lo abandonan. Los cristianos comprenden que un momento de crisis no es una época de desesperación, sino de oportunidad. Cuanto más podemos prever la fatalidad, más podemos eludirla. Cuando comprendemos que nos amenaza la Divina Ira, somos elegibles para la Divina Misericordia. Debido al hambre, el pródigo dijo: "Yo me levantaré e iré hacia mi padre..." (Lucas XV, 18). Las propias disciplinas de Dios crean la esperanza. El ladrón de la derecha vino a Dios con la crucifixión. El cristiano encuentra una base para el optimismo en el más acabado pesimismo, porque su Pascua está a tres días del Viernes Santo.

Cuando contemplamos el mundo que nos rodea y vemos que la nueva barbarie empuja a pueblos enteros a la esclavitud, podemos preguntar: "¿Por qué sufre tanta gente inocente? Dios debiera apiadarse de ellos." Dios se apiada. Una de las sorpresas del cielo, será ver cuántos santos surgieron en medio del caos y la guerra y la revolución. Cuando Juan vió una "...gran multitud, que ningún hombre

podría contar, de toda clase de naciones y tribus y pueblos e idiomas, parada ante el trono, y frente al Cordero, cubierto con blancas vestimentas y con palmas en las manos; y ellos gritaron con sonora voz, diciendo: "Salvación a Nuestro Dios, el Cual está sentado sobre el trono y al Cordero. Y todos los ángeles rodeaban al trono y los ancianos y las cuatro bestias vivientes: y todos cayeron de cara al suelo ante el trono y adoraron a Dios." (Apoc. VII, 9-11). "Y uno de los ancianos contestó y me dijo: Esos que visten de blanco... ¿quiénes son? Y yo le dije: Mi señor, tú sabes. Y él me dijo: Ésos son los que salieron de un grave trance y han lavado su ropa y la han vuelto blanca en la sangre del Cordero." (Apoc. VII, 13, 14). Cuando Nuestro Divino Señor hubo pintado las catástrofes que se desplomarían sobre una civilización moralmente perturbada, luego que predijo cómo acogerían aquello los militares y cómo sus lugares santos serían profanados, no dijo "Temed", sino "Cuando empiecen a suceder esas cosas, mirad arriba y alzad las cabezas, porque la redención está a vuestro alcance." (Lucas, XXI, 28).

Tanto los judíos como los protestantes y los católicos y todos los hombres de buena voluntad, comprenden que el mundo exhorta a sus almas con un horrible llamado: el llamado a los esfuerzos heroicos de espiritualización. Una alianza entre los judíos, protestantes y católicos no es necesaria para combatir contra un enemigo *externo*, porque nuestra "lucha no es contra la carne y la sangre, sino contra las soberanías y los poderes, contra los gobernantes del mundo de esta tiniebla, contra los espíritus de la maldad en los altos lugares." (Efesios, VI, 12). Tampoco abogamos por una unidad de religión, porque es imposible cuando se la compra a costa de la unidad de la verdad. Pero abogamos por una unidad de los pueblos religiosos, cada uno de los cuales marcha separadamente de acuerdo con la luz de su conciencia, pero obra con los demás para el mejoramiento moral del mundo: una unidad mediante la plegaria, no mediante el odio. Si Satanás tiene sus compañeros de viaje... ¿por qué no habrían de tenerlos Dios y Su Divino Hijo? El sargento romano que construyó un templo para los judíos fué su compañero de viaje en su fe en Dios. La mujer de Tiro y Sidón llegó a ser una compañera de viaje de Cristo. Las fuerzas del mal están unidadas: las del bien, divididas. Quizás no podamos encontrarnos sobre el mismo banco de iglesia —ojalá pudiéramos— pero podemos encontrarnos *de hinojos*.

Ninguna mezquina transacción ni el llevar agua sobre

ambos hombros nos sacará del trance. Más vale que quienes tienen fe se conserven en estado de gracia y que quienes no tienen lo uno ni lo otro averigüen qué quiere decir, porque mañana sólo habrá una manera de evitar las rodillas trémulas y será postrarse sobre ellas y orar. Hoy, el problema más importante del mundo es el alma, porque en torno de eso gira la lucha. Como les dijo San Pedro a los romanos en los días de delirio: "Si se advierte entonces que todas esas cosas se desintegrarán... ¿qué clase de gente sereis vosotros en la santa plática y en la santidad?" (2 Pedro III, 11).

La solución de esta crisis es fundamentalmente espiritual, porque la dificultad no estriba en la forma de llevar nuestros libros, sino en la forma de llevar nuestras almas. La hora está más cerca de lo que creemos. En 1917 Lenin, al hablarles a un grupo de estudiantes en Suiza, dijo: "Quizás yo no viva lo suficiente para ver esa revolución". A los tres meses, la acaudillaba. La lucha es tan esencialmente espiritual, tan vinculada a las fuerzas de Cristo y del Anticristo, que existe una política definida, puesta en práctica por los comunistas en Corea. Éstos van a los hogares cristianos de los coreanos convertidos por los misioneros y preguntan: "¿Creen ustedes en Cristo?". Si el dueño de casa contesta afirmativamente, el comunista le dice que volverá en la semana siguiente. Si entonces el coreano contesta: "Creo en Stalin", conserva su casa y su tierra. En caso contrario, le son confiscadas y es hombre al agua. ¡Y algunos creen que la lucha se ha entablado entre el individualismo y el colectivismo! Como se libra entre el reino del ateísmo de las masas y el Reino de Dios, hay que invocar una vez más a San Miguel como lo invocaba Chesterton: "¡Oh, Miguel, Príncipe de la Mañana, que venciste antaño a Lucifer que quería ser Dios, sálvanos de nuestro mundo de diosecillos! Cuando el mundo se resquebrajó una vez porque en el cielo reían sarcásticamente, tú te levantaste y arrancaste a los siete cielos el orgullo capaz de mirar con desdén a los más encumbrados". De modo que ahora:

"Miguel, Miguel, Miguel el del dominio,
Miguel el de la marcha sobre las montañas del Señor,
ordena el mundo y depúralo de podredumbre y revueltas,
gobiérnalo hasta que se aquiete;
decreta solamente cuando el mundo esté desintegrado
que lo único intacto es el Verbo."

CAPÍTULO II

¿ES EL COMUNISMO EL ENEMIGO DEL MUNDO OCCIDENTAL?

Pocos están dispuestos a afrontar las realidades de la época en que viven porque ello involucra demasiada autocensura. Quizás sea ésa, también, la razón de que no tengamos sátira en el teatro moderno. No somos lo bastante humildes para reírnos de nuestras flaquezas y para confesar nuestros pecados. Otros, más alerta ante la gravedad de nuestros tiempos, se inclinan a creer que la causa de todo el infortunio del mundo es ajena a nuestro tipo democrático de vida y que ese infortunio se debe más que nada al comunismo. Esto sólo es parcialmente cierto y si lo aceptamos, es porque nos ciega el hecho de que hasta la existencia de toda la cultura moderna está amenazada. Para ver con claridad el asunto, hay que plantear el problema categóricamente: *¿Es el comunismo el enemigo de nuestra civilización occidental?*

No se puede responder a esta interrogante sin hacer este distingo: ¿qué se entiende por civilización occidental? Evidentemente, puede significar dos cosas distintas. Puede significar, antes que nada, la civilización cristiana con su acentuación de los derechos humanos como un inalienable don de Dios, su insistencia en el valor y la dignidad de la persona humana por estar modelada de acuerdo con la Divina Imagen, su afirmación de la libertad como derivado del Espíritu e inteligible sólo dentro de la ley y no fuera de ella, y finalmente el uso sacramental de la creación ayudado por la gracia redentora para alcanzar la gloriosa libertad de los hijos de Dios.

Por otra parte, la civilización occidental puede significar nuestra civilización materialista, burguesa, capitalista, originada parcialmente por la revolución francesa, que afirma

que el hombre sólo es un animal económico muy evolucionado, que el mal se debe a la ignorancia y puede ser curado con la educación, que el propósito esencial del hombre es adquirir riquezas o disfrutar de placeres.

Volvamos a la interrogante: ¿es el comunismo el enemigo de nuestra civilización occidental? Sin duda, es el enemigo de nuestra civilización cristiana, pero la civilización cristiana está avasallada y se le niega una influencia importante en la vida económica y política de nuestros tiempos. Pero el comunismo no es ciertamente el enemigo de nuestra civilización occidental, burguesa, capitalista, materialista. La verdad del asunto es ésta: el comunismo está emparentado con nuestra materialista civilización occidental, como la podredumbre con la enfermedad. Muchas de las ideas que nuestra civilización burguesa ha vendido al menudeo, el comunismo las vende al por mayor: lo que ha aceptado el mundo occidental en bocados selectos aislados e inconexos, lo ha armonizado el comunismo en una filosofía completa de la vida. Entre ambos no hay identidad, sino afinidad. Hay diferencias básicas que serán tratadas más tarde, pero *existe* una relación. Ambos creen en la egolatría: nuestra civilización occidental cree en la egolatría individual, el comunismo cree que debe ser colectiva. Nuestro mundo burgués occidental es no cristiano: el comunismo es anticristiano.

Tomemos, por ejemplo, el tema de la economía política. El comunismo derivó su noción de que la economía política es la causa básica y motivadora de toda la historia humana del mundo occidental del liberalismo histórico, según el cual la finalidad principal del hombre era el lucro[1]. Si

[1] "El marxismo y por lo tanto el bolsheviquismo sólo expresan la secreta e inconfesada filosofía de la sociedad burguesa cuando consideran a la sociedad y la economía como lo absoluto. Son fieles, asimismo, a su moral, cuando procuran ordenar el absoluto que es la sociedad económica en forma tal que la justicia, la igualdad, la libertad, los gritos de guerra primitivos del progreso burgués, puedan abarcar a todos. La aparición de la burguesía y la evolución de la sociedad burguesa han hecho de lo económico el centro de la vida pública." Waldemar Gurian, "Bolshevism, Theory and Practice" (Nueva York: The Macmillan Company, 1932), p. 237.

"El individualismo del derecho de disponer en forma ilimitada de la propiedad privada motiva una anarquía económica, pero el comunismo deriva casi inevitablemente hacia la anarquía totalitaria..." Emil Brunner, "Justice and the Social Order" (Nueva York: Harper & Brothers, 1940), página 179. Citado con autorización de los editores.

Las quejas contra el capitalismo burgués expresadas por el marxismo hallan parangón en las encíclicas papales. El hecho de que la moral cristiana deba oponerse tanto a la economía del capitalismo monopolista como a la economía del comunismo es una prueba de su afinidad. Pío XI, en "Quadragesimo Anno", expresó: "Es evidente que, en nuestros tiem-

Marx hubiese vivido en cualquier otro siglo que el que hizo de la economía política el súmmum de todo y el final de todos, sus ideas habrían caído en un terreno estéril. Hay otra analogía más entre el capitalismo y el comunismo: la circunstancia de que el primero concentró las riquezas en las manos de unos cuantos capitalistas, mientras que el comunismo las concentra en las manos de unos cuantos burócratas. Para hacerlo, tanto el liberalismo histórico como el comunismo tuvieron que divorciar a la economía política de la moral. El único aporte del comunismo al capitalismo es desviar el botín y el saqueo de un bolsillo a otro, dejando intacta la codicia adquisitiva. Todo comunista es un capitalista sin numerario en los bolsillos. Es el capitalista involuntario: pero su corazón ama tanto los materialismos como el señor de la economía a quien quiere desplazar. El comunismo, desde el punto de vista económico, es un capitalismo podrido, con la diferencia de que en uno de los casos la gente vive de la liberalidad de un capitalista y en el otro de la liberalidad del burócrata. Pero el primero acepta el derecho de huelga y reconoce las libertades civiles básicas: el segundo, no.

En el dominio de la moral... ¿no es acaso un principio aceptado de nuestro mundo burgués occidental el de que no existe una distinción absoluta entre el bien y el mal, arraigados en el orden eterno de Dios, y que son relativos y dependen por completo del punto de vista de cada uno? De ahí que, cuando el mundo occidental quiere decidir cuál es el bien y cuál es el mal hasta en ciertas cuestiones morales hace una encuesta, olvidando que la mayoría nunca basta para que una cosa sea justa, porque lo justo es justo aunque nadie sea justo, y lo injusto es injusto aunque todos sean injustos. La primera encuesta para auscultar la opinión

---

pos, no sólo se acumula riqueza, sino que un inmenso poder y una despótica dominación económica se concentran en manos de unos pocos, que en su mayoría no son propietarios, sino solamente fideicomisarios y directores de los fondos invertidos, que administran para su propio placer."

"El comunismo es, por una parte, el producto de esta economía sin Dios, y por otra, una protesta contra la misma. El propio Marx hablaba de la influencia que ejercían Ricardo y la economía política de su tiempo sobre sus doctrinas económicas. Deriva la mayor parte de su teoría de la economía sin Dios de la sociedad europea contemporánea. Hasta el propio Marx creía que una economía sin Dios, guiada exclusivamente por el interés de la ganancia, era la base eterna de la sociedad y de la cultura. Igual es el capitalismo sin Dios, porque en su centro está el desarrollo industrial sin Dios en vez del hombre y de su derecho a vivir una vida digna. El individualismo de la sociedad capitalista reconoció, en vez del valor supremo de la personalidad humana, el valor

pública de la historia del cristianismo, se efectuó en el porche delantero de Pilatos y fué injusta. ¿Qué diferencia hay entre la negación burguesa de los patrones absolutos de lo justo y lo injusto, y el comunismo? El segundo niega un orden eterno: dice también que la opinión pública es harto vaga y vacía, de modo que concentra la determinante de lo justo y lo injusto en el partido. Lo que el partido considera justo, es justo, y lo que considera injusto, injusto. No hay más conciencia que la conciencia del Estado, no hay más moral que la moral del Estado. Por eso, la idea del siglo XVIII de que el hombre, en sus actos morales, debe ser indiferente a otras consideraciones terrenas, concluye en un franco materialismo que persigue a todos los que se atienen a una moral ultraterrena.

Es un principio aceptado de educación de nuestro mundo burgués que la religión no debe enseñarse en la escuela, con la consecuencia de que el único al cual le gusta realmente la educación laica es el ateo. Por añadidura, nuestra civilización burguesa y capitalista enseña que la religión es algo individual, y por lo tanto debe ser negada política, económica y socialmente. Los comunistas aceptan esta premisa del mundo occidental, pero dan un paso más allá y dicen que si no tiene proyecciones sociales, debe ser excluída por completo. De conformidad con esto, el artículo 125 de la Constitución de los Soviets niega el derecho a enseñar la religión. Así, el ateísmo individual de nuestra civilización burguesa se convierte en el ateísmo colectivo del comunismo.

Finalmente, veamos lo básico en toda filosofía, esto es, el tema del hombre. ¿Hay alguna universidad o colegio superior laicos del mundo occidental, o cualquiera que escape inequívocamente a las influencias cristianas, que enseñe que el hombre es una hechura de Dios, que la vida es un noviciado para la otra vida, que Cristo es el redentor de su alma, que el matrimonio es monógamo, que la autoinhibición es esencial para la virtud y que un hombre debe salvar su alma inmortal? La enseñanza general, más bien, es que el hombre no pasa de ser un animal evolucionado, porque no hay

---

supremo del hombre económico, de un individuo guiado por el interés personal y del móvil del lucro en el desarrollo económico." Nicolás Berdyaiev, en "Christianity and the Crisis", ps. 579, 580.

"La mayoría de nosotros somos demasiado flemáticos para advertir el sabor de la situación moderna en todas sus derivaciones. Porque es lo cierto que el comunismo y el capitalismo liberal, tan difamados el uno por el otro, son animales análogos, provistos de organismos similares y que procuran devorar a la misma presa." J. F. T. Prince, "Creative Revolution" (The Bruce Publishing Company, Milwaukee), p. 67.

pecados o porque el hombre no es realmente libre. El hombre ha sido determinado biológicamente, lo cual es la teoría darwiniana, o determinado eróticamente, lo cual es la teoría freudiana, o determinado zoológicamente por su inteligencia superior. El comunismo afirma también que el hombre proviene de la bestia, de modo que —agrega— debiera obrar como tal: y así justifica su filosofía de la violencia. Niega también la culpa personal y el pecado, pero dice que el hombre no es determinado en forma darwiniana o freudiana sino económicamente, por los métodos de producción. Tanto da. Cuando el hombre se identifica con la naturaleza, de modo que la psicología no es más que behaviourismo, y la teología mera religión comparada, pronto empieza a ser tratado como lo es la naturaleza: como un medio, un instrumento, una herramienta; y entonces, el Moloch del colectivismo devora al hombre de la democracia[2].

Uno podría seguir haciendo comparaciones, pero evidentemente existe cierta relación entre el materialismo burgués y el capitalismo y el comunismo. El hecho mismo de que en la segunda guerra mundial optamos por luchar aliados a una forma de totalitarismo contra las otras dos, aunque todas eran intrínsecamente malas, prueba no sólo la afinidad esencial entre el materialismo occidental y el comunismo, sino también el grave error de querer expulsar al

[2] "Mucho más poderosa en sus efectos que el inmoralismo filosófico, es la relativización de la moral implícita en sistemas científicos como el materialismo histórico y la psicología freudiana. En la doctrina marxista, el dominio de las convicciones morales y los deberes no puede ocupar otro lugar que el de las capas superiores de la superestructura ideológica, que se eleva sobre la organización económica de determinado período y que, estando como está condicionada por aquélla, se halla predestinada a cambiar y a desintegrarse con ella. La idea ética, aquí, sigue sujeta al ideal social. Sólo tiene un valor relativo, relativo en el sentido más literal de la palabra... A pesar de que excluye absolutamente cierta independencia espiritual, el freudismo es esencialmente más anticristiano aun en sus derivaciones que la teoría ética del marxismo. Porque, al erigir los apetitos infantiles en base de toda vida del alma y del espíritu, ubica a la virtud —para decirlo en terminología cristiana— por debajo del pecado, ubica los orígenes últimos del reconocimiento de los más altos valores en la carne". J. Huizinga, "In the Shadow of Tomorrow" (Londres: William Heinemann, Ltd., 1936), ps. 132, 134. Citado con autorización del editor.

"El mundo moderno no tiene cemento con que aglutinar la moral personal, con la moral de la vida política y económica. La función de la religión es proveer esa fuerza unificadora. Y está en la naturaleza misma del secularismo, en el sentido estricto de la palabra, impedir que se ejecute esa función". F. Ernest Johnson, "Religion and the Worl Order" (Nueva York: Harper and Brothers, 1944), p. 9. Citado con autorización de los editores.

diablo valiéndose de Belcebú. Como prueba final de la afinidad, convendría preguntar: ¿Dónde empezó la filosofía del comunismo? No fué en Rusia, sino en el mundo occidental del siglo pasado. Es occidental por su origen: su filosofía es alemana, su sociología francesa y su economía política inglesa. El comunismo es una mezcla, un revoltillo de todo el pensamiento barato, deísta, *Aufklarung*, ateo y agnóstico del siglo XVIII, y que León Daudet llamó el "estúpido siglo XIX". Karl Marx, su fundador, juntó los remiendos de la dialéctica de un Hegel con el materialismo de un Feuerbach, con la sociología de un Proudhon, con los problemas económicos nacidos del liberalismo; y de esto surgió la filosofía que llamamos "el enemigo" de nuestra civilización occidental. Cada una de las ideas del comunismo es burguesa y occidental por su origen [3].

Sólo el dinamismo del comunismo es no occidental, pero se ha tragado todas las mentiras burguesas, desde el pragmatismo, para el cual lo útil es lo verdadero, hasta el materialismo, según el cual sólo importa la materia. Como nunca ha corregido los abusos de nuestro mundo occidental, limitándose a intensificarlos, el comunismo nos ha hecho comprender cuán equivocados estamos. No ha destruido una sola de las grandes premisas de la civilización capita-

[3] "Hoy, el egresado universitario medio sabe mucho más de ciencias físicas que de filosofía cristiana, e ignora que existe una filosofía cristiana inteligente. Rechaza la doctrina de la religión porque compara su infantil conocimiento de la religión con su adulta comprensión de la ciencia, de la antropología y de la política: contrasta las simples doctrinas que aprendió de su madre con el refinado barniz de mecánica estadística o de psicoanálisis, y cree firmemente que "piensa por sí mismo". Y lo que hace en un plano el egresado universitario, lo hace el colegial común en otro". Michael Roberts, "The Recovery of the West" (Londres: Faber and Faber, 1941), p. 100. Citado con autorización de los editores.

"Hay un enorme vacío allí donde, hace unas pocas décadas, había una substancia de educación. ¿Y con qué se llena ese vacío? Se llena con las improvisaciones y espontáneas curiosidades, electivas, eclécticas, especializadas, accidentales e incidentales de los maestros y la disciplina intelectual. Pero los egresados de esas escuelas modernas forman, cabe esperarlo, una comunidad civilizada. Se espera que se gobiernen a sí mismos. Se espera que tengan una conciencia social. Se espera que lleguen con la discusión a fines comunes. Cuando se comprende que no tienen una cultura común... ¿cabe asombrarse de que no tengan un propósito común? ¿De que adoren a falsos dioses? ¿De que sólo se unan en la guerra? ¿De que en la feroz lucha por la vida estén despedazando a la sociedad occidental?... Hemos creado un sistema pedagógico en el cual insistimos en que, aunque todos deben ser educados, no hay nada que un hombre educado deba saber preferentemente." Walter Lippmann, "Address to the American Association for the Advancement of Science", diciembre 29 de 1940.

lista burguesa, y sólo ha alentado la egolatría colectiva, para aplastar la individual. Ha aceptado nuestros degenerados patrones de la supremacía de lo económico. Como sólo ha corregido el sistema capitalista, haciéndole proporcionar un creciente número de servicios estatales a costa de la libertad, puede hacer un único aporte a nuestro mundo occidental; el de inducirnos a golpearnos el pecho y a gritar "*mea culpa, Domine*" y decidir que, desde hoy, nos purificaremos de la dominante insensatez de que un hombre que no codicia los bienes de su vecino no es ya un progresista, que quien afirma que el derecho de trabajar implica el deber de trabajar con responsabilidad es un "reaccionario", y que la lealtad a la conciencia, a la familia, a la patria, a la verdad y a Dios, nos convierte en "fascistas".

Esto no implica decir que hay identidad entre la civilización burguesa, capitalista, y el comunismo, porque no la hay. El parentesco, con todo, es como si tuviéramos el uranio y el ciclotrón por un lado, y la bomba atómica por el otro. El comunismo ha reunido los elementos de destrucción y éstos se han convertido en una novedad. El propio hecho de que nos horrorice ver los efectos de nuestro materialismo aplicado en escala mundial, prueba que no nos ha convencido aún la filosofía integral del materialismo.

Como hay afinidad entre los dos[4], ya que hay un Dios en los cielos, ya que hay una ley moral detrás de todas las

[4] "El propio Marx vinculó la consumación proletaria del mundo a una tradición burguesa definida. "*No hay cosa más burguesa en el mundo que el humanismo racionalista ateo*... Cuando vemos cuáles han sido los frutos del humanismo antropocéntrico para la civilización burguesa, podemos muy bien preguntarnos qué ganará el proletariado al asimilar su filosofía, y si implica algún honor convertirlo en heredero de lo más estúpido que ha conocido el mundo: el librepensamiento burgués." Jacques Maritain, "The Humanism" (Nueva York: Charles Scribner's Sons; Londres; Geoffrey Bles Ltd., 1938), p. 61. Citado con autorización de los editores.

"Numerosos síntomas indican que las naciones democráticas se disponen a inyectar en el torrente sanguíneo de su vida política algunos de los más peligrosos gérmenes del nihilismo. El nihilismo no sólo es la trasposición del medio al fin y la despiadada aplicación de la vieja y cínica máxima de que el fin justifica los medios. El nihilismo es, más que nada, el realismo llevado a su conclusión lógica. Es el materialismo, el materialismo racional o biológico, que considera al hombre un manojo de instintos, inservible en sí, pero valioso como material. Material para los gobiernos, para lo colectivo social. En una vida despojada de todo sentido y valor, el sentido y el valor son definidos por el órgano que posee el poder de validar sus definiciones mediante la coerción. Cuando eso sucede, todos los demás valores son puestos en la picota como filosofía sentimental, tarea para perezosos 'perfec-

naciones y más allá de ellas, existe la posibilidad de que tanto el comunismo como la civilización occidental perezcan juntos, aferrándose quizás de la garganta, o a causa de una enfermedad y corrupción interior. Ambos avanzamos hacia la catástrofe, y tanto el marxista como el cristiano creen en esto. El mundo liberal suponía que la historia seguía una línea ideológica ascendente, gracias a la evolución y la ciencia, hasta que dos guerras mundiales en el curso de veinte años redujeron esa idea a la nada. Pero el cristianismo nunca pensó que la historia funcionara así: y tampoco lo cree el comunismo. El evangelio del último domingo después de Pentecostés y el evangelio del primer domingo de Adviento son los Evangelios de la Catástrofe: proclaman que la era final de la paz sólo llegará cuando se produzca el conflicto último entre el bien y el mal, cuando Dios venga a juzgar a los vivos y a los muertos y se vea descender de los cielos la nueva ciudad de la Paz. Los cristianos liberales que querían un cristianismo sin cruz negaban ese elemento trágico de la historia, pero los marxistas lo conservaron y lo secularizaron. También ellos creen que la ciudad del hombre no llegará sin una gran catástrofe en que el dictador comunista, no Dios, vendrá a juzgar a los comunistas y a los anticomunistas, y hará morir a estos últimos en la sangrienta revolución. Luego, con el tiempo, nacerá el reino del hombre, en que surgirá el amor del odio; la fraternidad del fratricidio. Aunque utópico y violento, el marxismo revela una percepción más sagaz de los procesos históricos que el liberalismo, que veía llegar la paz sin lucha y que negaba que hasta una relativa Pascua del orden económico podía llegar sin un Viernes Santo de la Abnegación y el esfuerzo.

Nuestro mundo burgués occidental puede sufrir sin embargo por no ser cristiano: el comunismo puede sufrir

---

cionistas" que son en cualquier caso ineptos para la verdadera lucha por la vida." Hermann Rauschning, "Time of Delirium" (Nueva York: D. Appleton-Century, 1936), p. 41. Citado con autorización de los editores.

"El agnosticismo y el materialismo de nuestra época no son fundamentales: son los frutos de la herejía espiritual del humanismo por la cual el hombre llegó a considerarse un todo, en vez de considerarse un organismo espiritual-social-biológico, en relación viviente con el verdadero mundo del espíritu, de otros hombres y cosas. Este atomismo en el plano espiritual dió lugar al atomismo en el plano social... y luego, tenemos el colectivismo consagrado a la tarea de remendar al decadente capitalismo y al decadente comunismo ruso." V. A. Demant, "Christian Polity" (Londres: Faber and Faber, 1936), ps. 160, 161. Citado con permiso de los editores.

por ser anticristiano. Así como muchos padres que han educado a su hijo en una escuela muy progresista, donde el niño interpretó la libertad como el derecho de hacer lo que se le antojara, quieren saber qué hacer con su hijo rebelde, alcoholista, neurótico, el mundo occidental, que le enseñó a Rusia algunas buenas ideas, querrá saber pronto quizás cómo puede salvarse de un país que aprendió demasiado bien su lección. Un psicoanalista freudiano no puede ayudarle al hijo, de modo que ni la política ni la economía pueden ayudarle al mundo occidental, ya que el defecto es más profundo: el mundo es juzgado por Dios y necesita arrepentimiento.

Aunque la caída de Babilonia se debió a su maldad, fué el instrumento de Dios para disciplinar al pueblo de Judá. La Asiria fué bestial, pero también fué "la vara y el báculo" de la ira de Dios contra el pueblo de Israel. Por eso, bien podría ser que, a menos que hubiera un renacimiento moral en nuestro mundo occidental, un cumplimiento de los compromisos de la Carta del Atlántico, una resurrección de la vida de familia, el comunismo pudiese ser el instrumento destinado a liquidar a una civilización burguesa olvidada por Dios. *El comunismo no debe ser temido simplemente porque es anti-Dios, sino porque no tenemos Dios:* no porque sea fuerte, sino porque nosotros somos débiles. Porque si estuviéramos con Dios... ¿quién podría vencernos?

Antes de la segunda guerra mundial, le vendimos al Japón una enorme cantidad de hierro viejo, basándonos en el principio de que, si los apaciguábamos, los nipones serían amigos nuestros. Recobramos el hierro viejo, no en la misma forma en que lo enviáramos, sino en forma de balas, en Okinawa e Iwo Jima. Análogamente, en el siglo pasado enviamos a Rusia todas las ideas de desecho del materialismo que se acumularon como un subproducto de nuestro abandono de la civilización cristiana. Algún día, recuperaremos esas ideas, no en la misma forma en que las enviáramos, sino transformadas en almas asiáticas revolucionarias..., pero las recuperaremos.

¿Implicará eso el fin de la civilización? No. Implicará el fin de la civilización burguesa capitalista y liberal, así como el del comunismo, y el comienzo de una nueva civilización y un nuevo orden. Lo que sucederá, se parecerá mucho a lo que sucedió en la caída de Roma. Hubo una enorme cantidad de energía y de bondad durante su antiguo paganismo, esto es, las nacientes energías del cristianismo; pero no les permitieron ejercer influencia sobre la sociedad. La

invasión bárbara rompió la corteza de ese paganismo y permitió que el cristianismo llegara a ser una influencia vital en las almas de los hombres. Análogamente, hay una enorme cantidad de bondad, de decoro y de adoración de Dios tanto en Rusia como en nuestra burguesa civilización occidental. El comunismo tiene millones de prosélitos en nuestro mundo occidental, pero la civilización cristiana, con sus raíces hebreas y sus frutos, tiene millones de prosélitos no sólo aquí sino en Rusia. Así como hay vida bajo la cáscara del huevo, pero esa vida no puede afirmar sus derechos mientras la cáscara no ha sido rota, así también la savia latente de un mundo nuevo y mejor no podrá surgir mientras la cáscara no haya sido rota en Rusia y en nuestro mundo occidental. Entonces, habrá paz cuando Rusia reciba el don de la fe, y, Dios lo quiera, nuestro país, dado su idealismo fundamental, comprenderá por qué su símbolo es el águila que vuela hacia arriba y hasta el mismo Dios.

Resulta tan fácil creer que el mal es ajeno a nuestra civilización occidental y que sólo necesitamos pronunciar arengas contra el comunismo... Pero los más graves pensadores comprenderán que el comunismo y sus difuntos parientes, el fascismo y el nazismo, son enfermedades mundiales que surgieron de los órganos más débiles o de las naciones que no eran susceptibles de contagio. Indican la enfermedad del mundo entero. Sólo por haberse operado un cisma radical del alma, o un triple alejamiento del hombre de su Dios, de sí mismo y de su prójimo, han podido surgir esos sistemas totalitarios. Esta enfermedad es susceptible de diversas interpretaciones, pero ciertamente la egolatría y la envidia desempeñan un papel preponderante. Todo revolucionario, afirma Rauschning, no es fundamentalmente un socialista del tipo rojo, pardo o negro, sino un anarquista. El socialismo como tal nunca ha sido un movimiento popular. Lo que le ha agregado el comunismo al socialismo, es la anarquía como camino hacia el poder. El socialista dice: "Todo será poseído en común". El comunista añade: "Cuando todo sea poseído en común, esa casa será mía".

Aun antes de la primera guerra mundial, Gustave le Bon, en su "Psicología del Socialismo", vió que la enfermedad se posesionaba del cuerpo de la civilización occidental. "Es difícil prever cómo puede eludir la sociedad moderna la formidable tiranía que la amenaza —escribió—. El odio y la envidia en las clases inferiores, la indiferencia, la intensa egolatría y el culto excluyente de la riqueza en

la clase gobernante, el pesimismo entre los pensadores; he ahí las tendencias modernas en general. Cabe dudar de que la sociedad pueda resistir durante mucho tiempo".

En nuestra época, Emil Brunner advierte: "El Estado totalitario es el fruto inevitable de la lenta desintegración de la idea de justicia en el mundo occidental"[5]. Lewis Mumford, tocando la misma nota, advierte: "Hoy, todo ser humano vive en un apocalipsis de violencia... Ahora, por primera vez en la historia humana, no hay sitio sobre la tierra donde pueda refugiarse el inocente... Otra cosa se ha revelado a nuestros desprevenidos ojos: la podredumbre de nuestra civilización misma... Si ésta pereciera, ello se debería en parte a que no habría merecido sobrevivir"[6].

El comunismo, como ha dicho Vladimir Gurian, es a un tiempo un efecto y un juicio sobre nuestro mundo occidental: un efecto, porque ha nacido de nuestros deberes cristianos incumplidos, de nuestro abandono de la Casa del Padre en favor del materialismo; un juicio, porque revela cuán erróneo ha sido nuestro pensar, cuán perversos

[5] "Sin la filosofía de Hegel, el socialismo científico nunca habría llegado a existir." Friedrich Engels, "La Guerra de los Campesinos en Alemania", p. 28.

"La oposición socialista usual de la sociedad comunista y la burguesa es en realidad un falso dilema... La filosofía bolchevique es simplemente la *reductio ad absurdum* de los principios implícitos en la cultura burguesa." Christopher Dawson, "Enquiries" (Nueva York: Sheed and Ward, 933), p. 30. Citado con autorización de los editores.

"Hay razones para creer que gran parte de la filosofía de la era del liberalismo ha sido del tipo espiritual (comunista) ateo. Un examen consciente de los acontecimientos filosóficos que fluyen del dualismo cartesiano y kantiano, aun conservando el lenguaje de la religión, había hecho tan abstracta la relación entre lo espiritual y lo secular que, a los fines prácticos, el pensamiento guía del mundo moderno había sido ateo. El materialismo comunista había anulado la oposición entre la apariencia y la realidad del humanismo moderno, renunciando a la apariencia de la religión." V. A. Demant, "Christian Polity", p. 162.

"Tanto las concepciones históricas del liberalismo burgués como las del utopismo marxista están involucradas en errores, análogos a los que fustigó Cristo en su tiempo. Dan por sentado que la historia debe culminar con el triunfo de las clases burguesas sobre sus aristocráticos enemigos o con el de las clases proletarias sobre sus enemigos de la clase media... Por eso, el misterio de la historia sólo puede resolverse en la misericordia divina. Y por eso la misericordia sólo puede ser comprendida y captada por los que advierten que todas las clases y grupos, todas las culturas y naciones, están inficionados de hipocresía en su juicio de los adversarios y en el drama integral de la historia." Reinhold Niebuhr, "Discerning the Sins of the Times" (Nueva York: Charles Scribner's Sons, 1946), ps. 19, 20. Citado con permiso de los editores.

[6] Emil Brunner, op. cit. p. 7.

han sido nuestros actos. La guerra y el desasosiego sólo son síntomas de una desintegración más profunda. La circunstancia de que generaciones de impío humanismo hayan abrevado en Nietzsche, Oswald Spengler y los tres totalitarios, sugiere que la Encarnación es auténtica. "El Señorío de Cristo, si no aparece aún en el advenimiento de Su Reino, resulta visible en el hecho de que Su derrota en este mundo parece involucrar inevitablemente la derrota del hombre; y esa derrota es tanto más impresionante cuanto que se ha producido cuando el hombre ha acumulado todos los implementos necesarios para un mundo humanista triunfante" [7]. Cristo está a nuestras puertas, exhortándonos a arrepentirnos, pero sólo los que tienen ojos u oídos religiosos saben cuán urgente es la tarea.

[7] Lewis Munford, op. cit. Capítulo I.

"El mundo occidental está ahora en una pausa, en una confluencia de marejadas contrarias que suscita interrogantes en los mejores espíritus sobre el futuro, y también sobre muchas cosas que hemos considerado necesarias para el progreso de la civilización." Ralph Tyler Flewelling, "The Survival of Western Culture" (Nueva York: Harper & Brothers, 1942), p. 3. Citado con autorización de los editores.

William G. Peck, "The Salvation of Modern Man" (Londres, Centenary Press, 1938), p. 126. Citado con autorización de Geoffrey Bles Ltd."

CAPÍTULO III

LA FILOSOFÍA DEL COMUNISMO

Aunque el comunismo tiene millones de prosélitos, parásitos y compañeros de viaje en el mundo entero, sólo unos pocos, fuera de los propios dirigentes comunistas, saben en realidad algo sobre su filosofía. Muchos opinan que el comunismo es simplemente una teoría económica en que la producción está destinada al uso más bien que al lucro: otros creen que debe ser una defensa del obrero y del desheredado, y por cierto que si lo fuese todos seríamos comunistas. Otros más lo creen una forma de colectivismo opuesta al individualismo del mundo occidental. Esencialmente, el comunismo no es ninguna de esas cosas. Se trata más bien de una filosofía completa de la vida, lo que los alemanes llaman un *Weltanschaung*, una comprensión integral del mundo, que se diferencia de todos los demás sistemas seculares en que no sólo procura dominar la periferia de la vida, sino también fiscalizar la vida interior del hombre. El comunismo tiene una teoría y una práctica: quiere ser no sólo un Estado sino una Iglesia que juzga las conciencias de los hombres. Es una doctrina de salvación y como tal reclama al hombre integral, en cuerpo y alma, y en ese sentido es totalitario.

Se originó en el cerebro de un alemán, Karl Marx[1], que tanto por su rama materna como por la paterna, aunque

[1] Leopold Schwarzchild, "The Red Prussian, The Life and Legend of Karl Marx" (Nueva York: Charles Scribner's Sons, 1947).
Otto Ruhler. "Karl Marx" (Londres: George Allen & Unwin, 1929).
Niolaievsky and Maenchen-Helfen, "Karl Marx, Man and Fighter" (Filadelfia: J. B. Lipincott Co., 1936).
M. Beer, "The Life and Teaching of Karl Marx" (Londres: George Allen & Unwin, 1934).
Edwin H. Carr, "Life of Karl Marx".

su padre era abogado, descendía de un largo linaje de rabíes. Nació el 5 de mayo de 1818 en la ciudad de Treves, Alemania. A los seis años de edad, Karl, junto con su familia, fué bautizado y se convirtió en miembro de una de las sectas cristianas, no por razones religiosas sino por razones políticas y comerciales.

Lo que nos interesa, más que su vida, es su filosofía. La primera etapa del desarrollo de su pensamiento empezó cuando, a los diecinueve años de edad, se inscribió en la universidad de Berlín para estudiar derecho, pero, según sus propios términos, "más que nada para luchar a brazo partido con la filosofía". En esa ocasión, las universidades alemanas se veían obligadas a enseñar la filosofía de Hegel, que había muerto en 1831. Max se zambulló en las casi ininteligibles abstracciones de Hegel, cuya filosofía se conocía con el nombre de idealismo dialéctico: *idealismo*, porque se refería a ideas, pensamientos, espíritus, inteligencia, porque la realidad del universo no son las cosas sino las ideas; *dialéctico*, porque describía el método mediante el cual se desarrollaban los pensamientos o las ideas, esto es, la contradicción.

Para Hegel, no hay verdades o principios inmutables. Las ideas son flúidas y se llega a ellas por un proceso de discusión o dialéctico, en que son lanzadas como una pelota de tenis a uno y otro lado de la red que se marca un tanto. Primero, está la *afirmación* de una idea, luego, su *negación* mediante otra idea, y finalmente una síntesis de ambas. Supongamos que el problema discutido es la decoración de un aposento. Uno de los grupos dice "decorémoslo con azul", y el otro argumenta contra él y propone el verde, y finalmente del conflicto de las ideas surge una síntesis de opiniones de que debe hacerse en rojo. Esto es, en realidad, una versión hipersimplificada de Hegel, tan simple que si Hegel la oyera daría unas volteretas en su tumba; pero la misión de los filósofos, a menudo, es complicar y oscurecer las cosas sencillas de la vida.

A Marx lo impresionó muchísimo el aspecto dialéctico de Hegel, que negaba que toda verdad fuese permanente o todo principio inmutable. En 1841, Marx le presentó a la universidad de Jena una tesis doctoral, de carácter tan dialéctico que la segunda frase contradecía a la primera y la tercera unía a las dos. Entonces, recomenzaba. En el prefacio a aquel extravagante fragmento, Marx escribió una síntesis de su tesis: "Odio a todos los dioses".

Una presentación más concienzuda de la base del materialismo dialéctico exige un estudio de Hegel (1770-1831),

que expresó que todo elemento (la idea, el sentimiento, la institución humana, la emoción) tiene una tendencia esencial a engendrar su contrario, y como consecuencia a transformarse en algo nuevo, que *incluye* y aun supera los dos primeros términos antagónicos. Hegel llamó a este proceso, con sus tres etapas, tesis, antítesis y síntesis, o proposición, oposición y composición. Toda síntesis es una contradicción vencida o superada. En la síntesis, se dice que la tesis y la antítesis son "*Aufgeheben*", es decir franqueadas, vencidas, transfiguradas. La ley dialéctica se aplica a toda síntesis flamante, que a su vez como tesis engendra una nueva antítesis y luego se convierte en una nueva síntesis. Hegel hace por lo tanto de la contradicción la ley fundamental del pensamiento: "Lo que mueve al mundo en general, es la contradicción: y es ridículo decir que no se puede pensar la contradicción" [2].

Ahora, comienza la segunda etapa de la evolución de la filosofía de Marx. En el mismo año en que Marx obtuvo su doctorado, tuvo lugar el ataque más popular contra la religión asestado hasta entonces en Alemania. Mientras que otros alemanes como Strauss y Bauer trataban de destruir al cristianismo mediante el criticismo histórico, Ludwig Feuerbach, en su "Esencia del Cristianismo", intentó destruirlo con una filosofía materialista completa. Marx leyó el libro y su entusiasmo se califica de "ilimitado". Feuerbach había matado el idealismo de Hegel, que nunca le había gustado por lo demás, y destruído toda religión mostrando que era una ilusión proyectada por el cerebro del hombre. Esto, le gustó muchísimo a Marx. Feuerbach

[2] Debe ser inmediatamente evidente que los ejemplos usados por Hegel para probar su punto de vista no son esencialmente contradictorios, sino sólo afectados por una dualidad, relativos a otra cosa, quizás sus contrarios. "Logik, Werke", 8, p. 280.

En el prefacio a la segunda edición de "Das Kapital" (1873) Marx, al evocar treinta años de familiaridad con Hegel y algo entristecido por las críticas, escribió: "Me declaro públicamente alumno de ese gran pensador." (p. XXVIII). Pero él y Engels atribuían los errores del comunismo a su ignorancia de la dialéctica hegeliana: "Lo que falta en esos caballeros, es dialéctica... Para ellos, Hegel nunca existió." (Carta a Conrad Schmidt, oct. 27, 1890). El propio Lenin le rindió homenaje a Hegel, aunque en el tomo octavo de sus Obras Completas, la palabra "contradicción" es calificada de "lucha".

Dühring escribió una crítica de Hegel en que señaló que éste no hizo el distingo entre el pensamiento, donde podía existir la contradicción, y las cosas, donde sólo hay antagonismo de fuerzas. Engels le contestó a Hegel en una obra titulada "Anti-Dühring", en que destacó la naturaleza contradictoria de las cosas, un punto de vista compartido por el propio Marx. "Hegel presenta muy a menudo, en medio de la exposición especulativa, una verdadera exposición de las cosas mismas." "Heilige

hizo esto negando el pensamiento, las ideas, la mente y el espíritu, y afirmando que la materia es la realidad fundamental. "El hombre sólo es lo que come".

Ahora que los dioses estaban destronados, a Marx se le ocurrió algo que le pareció una buena idea. ¿No sería maravilloso tomar el método dialéctico que Hegel aplica a las ideas y aplicarlo a la materia y a la historia? Entonces, Marx llamó al altar de su construcción al novio de la dialéctica venido de la casa de Hegel y lo desposó con el materialismo dialéctico de la casa de Feuerbach y de esa unión nació el hijo, materialismo dialéctico, que Marx adoptó como filosofía del comunismo. La realidad fué entonces para Marx no el espíritu que se manifestaba mediante la materia móvil tal como la pensaba Hegel, sino la materia soberana y el espíritu móvil. Todo pensamiento, toda existencia espiritual, llegaron a ser así simplemente un producto de la materia dialéctica[3].

Familie, Gesamtausgabe", 1, 3, p. 231. La dialéctica para ambos comienza ahora a estar en las cosas antes que en el pensamiento. Este pensamiento cristalizó finalmente en la segunda edición de "Das Kapital". "Mi método dialéctico no sólo difiere del hegeliano en la base del método, sino que es todo lo contrario. Para Hegel el movimiento del pensamiento, que personifica con el nombre de Idea, es el demiurgo de la realidad, que no es otra cosa que la forma fenomenal de la Idea. Para mí por el contrario, el movimiento del pensamiento no es sino un reflejo del movimiento de la realidad, transportado y traspuesto al cerebro del hombre." Marx está preparado ahora para poner cabeza abajo a Hegel y para hacer que su dialéctica se aplique a la realidad antes que a las ideas. ("Das Kapital", segunda edición).

Esto se debe al odio de Marx por el idealismo. Al morir Hegel, sus adeptos se dividieron en dos grupos: el Ala Derecha y el Ala Izquierda. El Ala Derecha destacó el "Idealismo" de Hegel o la Supremacía del Espíritu: el Ala Izquierda destacó la Dialéctica. Marx nunca gustó del idealismo de Hegel, con su idea de que el espíritu proviene de la materia.

[3] Como un ejemplo del método abstracto mediante el cual ha llegado Marx a sus conclusiones, conviene citar sus repudios del tosco materialismo de Feuerbach. que era el aspecto negativo de su afirmación del Materialismo Dialéctico. En la tesis "Yo contra Feuerbach", Marx dice: "El defecto principal de todo el materialismo anterior —inclusive el de Feuerbach— es que el objeto, la realidad, la sensibilidad, sólo son concebidos bajo la forma del objeto o como una concepción, pero no como algo humano, sensorial, actividad, práctica; no subjetivamente. Por eso ha sucedido que el lado *activo* (del objeto), en oposición al materialismo, fué desarrollado por el idealismo, pero sólo en forma abstracta, ya que el idealismo, naturalmente, no quiere conocer la real actividad, la sensorial, como tal. Feuerbach quiere reconocer los objetos sensoriales que se diferencian realmente de los objetos del pensamiento, pero no concibe la actividad humana misma como objetiva. De ahí que, en la "Esencia del Cristianismo", considere sólo la actitud teórica como realmente humana, mientras que la práctica sólo es concebida como

Desde entonces, Marx vería la contradicción en el núcleo mismo de la realidad. No hay necesidad de un Dios, para explicar la materia, porque la materia misma está dotada de movimiento. Se desarrolla mediante choques, oposiciones, conmociones, luchas, catástrofes. Todo el universo es dialéctico. La *realidad es revolucionaria.* Marx adoptó ahora la posición de que el conocimiento no es especulativo (espiritual), sino práctico (materialista). Sólo conocemos el mundo viviendo en él y pasando por lo que Marx llamó "práctica revolucionaria". El materialismo tipo Feuerbach fué rectificado, porque tenía dos defectos que Engels revela en su "Anti-Dühring". Su visión del universo era demasiado mecanicista y no le dejaba lugar al proceso. Marx y Engels "rectificaron" este error aplicando la dialéctica obtenida de Hegel al materialismo tomado de Feuerbach y así nació el "materialismo dialéctico" o "filosofía del comunismo". A partir de entonces, lo que creció con la contradicción no fueron las ideas sino la realidad. La tesis, la antítesis y la síntesis no serían representaciones de la evolución del espíritu, sino etapas de la revolución que producirían una sociedad comunista.

Esto nos lleva a la etapa siguiente de la evolución de la filosofía marxista: la influencia de la sociología francesa. Marx había leído un prospecto de Proudhon sobre la propiedad y se sentía impresionadísimo: en él, Proudhon trataba de aplicar la dialéctica de Hegel a la economía política. Una noche, en casa del famoso revolucionario Bakunin, Marx se encontró con Proudhon y le expuso las bellezas de la dialéctica aplicada a la materia y también a la política, que le interesaba dada la importancia asignada por Hegel al Estado. Proudhon, el francés, le dijo a Marx que era típicamente alemán, que vivía en las esferas celestes con sus abstracciones y que le preocupaba demasiado la economía política. El gran problema, dijo Proudhon, es económico, no político, social, ni hegeliano; y si él, Marx, quería conservar su dialéctica, debía aplicarla en alguna forma a la propiedad. Proudhon hizo esto sugiriendo, con tono vacilante, que quizás el capital fuese la faceta afirmativa de la dialéctica, la cual a su vez engendraba su contradicción, que era el trabajo. En alguna parte, debía haber una síntesis, que involucraría cambios de propiedad. El alemán siguió al francés adondequiera iba éste, y cuando Marx se fué esa noche de la bohardilla de

fijada solamente en su impura forma judía. De ahí que no capte la significación de "revolucionario" de la actividad crítica práctica."

Bakunin, había nacido la filosofía completa del comunismo. Proudhon llegó a ser la inspiración del engranaje principal del comunismo marxista. El materialismo dialéctico aplicado a la economía política se convirtió en el *determinismo económico,* y aplicado a la historia se transformó en el *materialismo histórico;* aquí, estudiamos a ambos como una unidad.

Del mismo modo que Hegel usó la historia como método de investigación, debía hacerlo Marx, pero en el sentido de que la historia tenía que interpretarse ahora materialmente antes que idealmente. Lo que le interesaba a Marx no era el origen de los fenómenos históricos, sino más bien su evolución y cambio: buscaba la dinámica de la historia. Su sistema repudia la idea de que los hombres se crean libremente su propia historia. Recurre al mito de que la historia es determinada por leyes internas adecuadas a la evolución económica de la humanidad. Aun admitiendo que los hombres tienen móviles, Marx considera que falta hacer un análisis más básico todavía: se trata de saber qué factor histórico determina los móviles de los hombres. Así fué como Engels interpretó el pensamiento de Marx: "Hemos visto que las numerosas voluntades individuales activas en la historia producen en su mayoría resultados totalmente distintos de los esperados, a menudo opuestos: sus móviles, por ello, en relación con el resultado total, son asimismo de una importancia apenas secundaria. Por otra parte, surge esta otra interrogante: "¿Qué fuerzas impulsoras, en cambio, están detrás de esos móviles? ¿Cuáles son las causas históricas que se transformaron en esos móviles en los cerebros de los protagonistas?" [4].

Aunque Marx está dispuesto a admitir que ciertos factores, como la religión y la literatura y los grandes héroes, han influído sobre la historia, se opone a la afirmación de que son fundamentales. Partiendo del aserto de Franklin de que el hombre "es un animal productor de herramientas" [5], Marx dice que es a esta altura cuando se distingue el hombre del animal: por eso, la producción debe ser la fuerza básica de la historia.

Cuando Marx califica a la producción de básica para el hombre, no alude simplemente al proceso técnico de hacer

[4] F. Engels, "Ludwig Feuerbach", impreso en la U. R. S. S., 1934, p. 59.

[5] "Podemos distinguir a los hombres de los animales por su conciencia, por su religión, por lo que ustedes quieran. Pero ellos mismos empiezan a diferenciarse de los animales apenas comienzan a producir sus propios medios de subsistencia: un paso que necesita su propia organización corporal." Karl Marx, "Gesamtausgabe", Soc. I, tomo 5, p. 10.

las cosas. La incluye, pero también se refiere a otros dos factores: el material con que trabaja el hombre y su propio aporte psicológico y físico. Marx está preparado ahora para los principios fundamentales de su determinismo económico, esto es, que el arte, la literatura, la moral, la religión, el derecho, en una época dada, son el fruto de los métodos económicos de producción en uso en cualquier tiempo [6]. Ya lo dijo Marx en el "Manifiesto Comunista": "En toda época histórica, el modo predominante de producción económica e intercambio, y la organización social que derivó forzosamente de él, forman la base sobre la cual se construye la historia política e intelectual de esa época, y que son su única explicación." [7] Si hay un sistema en vigencia que reconoce los derechos personales de propiedad, habrá un sistema de moral para proteger derechos como el mandamiento: "No robarás". Donde no hay derechos personales de propiedad, no existirá semejante mandamiento moral, porque habría tal abundancia de prosperidad que nadie querría robar.

Pero hasta que se imponga el comunismo, mientras prevalezcan en la producción las relaciones de la propiedad privada, existirán necesariamente las clases. Una de esas clases poseerá y la otra trabajará. En el lenguaje marxista, una de ellas será la clase explotadora, y la otra, la explotada. La historia está llena de esas luchas del conflicto de clases. Ya lo expresa el "Manifiesto Comunista": "La historia de la sociedad existente hasta ahora, es la historia de la lucha de clases". La lucha de clases es la esencia de toda historia y todas las ideas son simplemente formas ideológicas en que los hombres tuvieron conciencia de ese

[6] El determinismo económico está vinculado por este medio con su materialismo dialéctico. Si el espíritu depende de la materia porque la materia es dialéctica o revolucionaria, se sigue que la filosofía, el arte, la literatura y la política de todo período dado se deben a las condiciones materiales o económicas que subyacen en ellos. Para traducir esto a un lenguaje más filosófico: así como la materia en movimiento produce el espíritu (materialismo dialéctico), así como las ideas de los hombres son el reflejo de sus sensaciones en el mundo externo (epistemología materialista), así también el mencionado principio traducido al lenguaje económico significa que las transformaciones técnicas de la vida económica determinan por intermedio de la formación de las clases sociales las ideologías de la sociedad, la religión, la ley, etcétera (determinismo económico).

"La historia individual de los hombres nunca es más que la historia de su desarrollo individual, tengan conciencia de ello o no. Sus relaciones materiales son la base de todas sus relaciones. Sus relaciones materiales sólo son las formas necesarias en que se realiza su actividad material e individual." Karl Marx, "Pobreza y Filosofía", p. 152.

[7] Karl Marx, "Manifiesto Comunista", 1848.

conflicto y libraron esa batalla hasta el fin. Al exponer su teoría de la supremacía de lo económico en la historia, Marx presenta la historia en tres series. Primero, apareció la sociedad feudal, que con su misma naturaleza originó conflictos internos y provocó la ascensión al poder de los burgueses y el advenimiento del capitalismo. En la fase final, la clase explotada o proletariado, en cooperación con las fuerzas internas de la historia, derrocará el régimen capitalista y creará un nuevo arte y una cultura más gloriosos que ninguno de los anteriores. Ya no habrá conflicto de clases, sino una comunidad sin clases en una edad de oro. De acuerdo con el lenguaje de Hegel, el capitalismo *(tesis)* en su monstruoso desarrollo de una clase proletaria y explotadora, engendra necesariamente una clase empobrecida y opresora *(antítesis)*. Entre ambos, surge forzosamente un conflicto de clases. La síntesis se producirá cuando los obreros destruyan toda propiedad poseída personalmente, y formen una comunidad proletaria que poseerá colectivamente la propiedad.

Pero... ¿cómo sufrirá la sociedad esta transformación revolucionaria fundamental? Mediante una "revolución en que la clase obrera usará su supremacía política para arrebatarle gradualmente todo su capital a la burguesía, para concentrar todos los instrumentos de la producción en manos del Estado... Al principio, esto sólo podrá hacerse con despóticas incursiones en los derechos de propiedad." Puede darse por sentado que nos esperan conflictos sangrientos. Los obreros deben proponerse impedir que mengüe el ardor revolucionario inmediatamente después de la victoria. Por el contrario, deben esforzarse por mantenerlo durante todo el tiempo posible. Lejos de oponerse a los llamados excesos y a los escarmientos ejemplares con los individuos aborrecidos o los edificios públicos cuya vista suscita recuerdos odiosos, y que se libran a la ira popular, esos ejemplos no sólo deben ser tolerados, sino que hasta debe acaudillarse su ejecución... Hay que proveer inmediatamente a los obreros de fusiles y municiones y tomar las medidas necesarias para impedir la rebelión del ejército, que se dirigiría contra los obreros... Si la pequeña clase media propone la compra de los ferrocarriles y las fábricas, los obreros deben exigir que esos ferrocarriles y fábricas, siendo propiedad de los reaccionarios, sean confiscados por el Estado sin compensación... Los obreros no deben dejarse extraviar por las vulgaridades

• "Manifiesto Comunista", parte II.

democráticas sobre la libertad... Su grito de batalla debe ser "la revolución permanente."[9]

La ética del comunismo es el resultado natural de su fe materialista. La teoría de la ética comunista es que todos los patrones morales emergen de ciertas condiciones económicas. "Todas las teorías morales son, en última instancia, el fruto de la etapa económica a la cual llegó la sociedad en esa época."[10] La moral, en consonancia con la Eterna Ley de Dios reflejada en la conciencia, es negada, ya que no es Dios sino lo económico lo que engendra la moral. Si se traduce la idea hegeliana de un estado de fusión en el mundo de las ideas a un estado de fusión en el mundo de la realidad y de la historia, habrá lógicamente un repudio de la creencia judía en una Ley Divina tal como se expresa en los Diez Mandamientos y de la fe griega en un Orden Divino que se expresa mediante una finalidad y una conducta. Entonces, no podrá haber ya un orden trascendente y sólo existirá el propio proceso histórico, que avanza por necesidad dialéctica hacia una sociedad sin clases. Si un hombre es miembro de la clase comunista, está predestinado como lo estaba el calvinista de antaño, sólo que su cielo será el reino sin clases sobre la tierra. Pero si pertenece a la "clase explotadora", está condenado históricamente. Entonces, habrá una certeza de elección en el deformado sentido paulino con respecto a los que no están ahora en Cristo, sino en Marx. Toda moral comunista, por eso, es una "moral de clase". Cuando las clases sean eliminadas mediante la expropiación revolucionaria de los que odian la propiedad, ya no hará falta lo que los comunistas llaman "moral burguesa". Ya lo dijo Lenin: "Negamos toda moral tomada de concepciones sobrehumanas o al margen de las clases. Decimos que esto es un engaño, una impostura, una niebla que se introduce en las mentes de los obreros y campesinos en interés de los terratenientes y de los capitalistas."[11]

Bajo la ética comunista, subyace el principio "el fin justifica los medios". La necesidad de la revolución determina la moral: de ahí que todo lo que estimule el derrocamiento revolucionario de la democracia y la desposesión violenta de los que poseen la propiedad es un acto moralmente bueno, y todo lo que entorpezca la revolución, como

[9] Discurso de Marx ante la Liga de los Comunistas en 1850.

[10] F. Engels, "Anti-Dühring".

[11] De un discurso pronunciado por Lenin ante el Tercer Congreso Panruso de los Komsomols, octubre 2 de 1920, citado en "Religión", de V. I. Lenin, 1933, p. 47.

una negativa a aceptar órdenes del dictador y a pensar como se supone debe hacerlo uno, es un acto moralmente malo. Ya lo expresó Lenin: "Decimos que nuestra moral está subordinada íntegramente a los intereses de la lucha de clases de los trabajadores... Deducimos nuestra moral de los hechos y la necesidad de la lucha de clases del proletariado. Por eso, decimos que una moral tomada fuera de la sociedad humana no existe para nosotros, es una patraña. Para nosotros, la moral está subordinada a los intereses de la lucha de clases de los obreros." [12]

Los comunistas no encuentran una contradicción ética cuando, por ejemplo, le tienden una mano amiga a la religión en determinado momento y al año siguiente la persiguen, o cuando se hacen aliados de la democracia y más tarde intentan destruirla; o cuando firman un tratado con el nazismo y luego lo combaten. Cuando cambian las condiciones, hay que crear nuevas técnicas, pero todas son igualmente verdaderas y morales para el comunista, con tal de que contribuyan al progreso de la revolución. Pero... ¿hay algún límite para la intriga, la duplicidad y la maquinación? ¡Absolutamente ninguno! Lenin dijo: "Es necesario... usar toda treta, todo método astuto, ilegítimo, y toda evasión u ocultación de la verdad" [13]. Stalin agregó, con tono de aprobación: "La dictadura significa ni más ni menos que el poder basado directamente en la violencia, que no es limitado por leyes ni restringido por normas absolutas" [14].

Como la ética comunista se funda en un repudio total de un orden moral vigente bajo la égida de Dios, de poco sirve quejarse de que no reconoce la piedad, el amor fraternal y la solidaridad. En realidad, los "santos" comunistas son "canonizados" en tanto en cuanto sufren en bien de su moral de clase. El comunista "es condenado siempre a hacer lo que más le repugna; a convertirse en asesino para eliminar el asesinato, a sacrificar corderos para que se mate más corderos, a azotar a la gente con *knuts* para que aprenda a no dejarse azotar, a despojarse de todo escrúpulo en nombre de la máxima meticulosidad y a oponerse al odio a la humanidad a causa de su amor por ella, un amor abstracto y geométrico." [15]

[12] Ibid, p 48.
[13] V. I. Lenin, "La Enfermedad Infantil del Izquierdismo en el Comunismo".
[14] José Stalin, "Problemas del Leninismo".
[15] Todo "Darkness at Noon" es un estudio de la negativa de un hombre sensible a aceptar esta paradoja.

La idea comunista de la religión resulta difícil de determinar, dado lo borrosa y confusa que suele tornarla la propaganda que, por razones tácticas solamente, se declara en favor de la religión. La verdad, en este sentido, es que el comunismo y el ateísmo están intrínsecamente emparentados y que no se puede ser un buen comunista sin ser ateo y que todo ateo es un comunista en potencia. Como el pensamiento de Marx sobre la religión fué inspirado principalmente por Feuerbach, conviene examinar las tres obras que ejercieron mayor influencia sobre Marx: "La esencia del cristianismo" (1841), "La tesis preliminar o la reforma de la filosofía" (1842) y los "Principios fundamentales de la filosofía del futuro" (1843)[16].

En cuanto concierne al origen de la fe, Feuerbach afirma que es psicológico. Un hombre que no tiene conciencia de su naturaleza soberana atribuye las cualidades que le faltan, tales como la bondad o el amor desinteresado, a un ser externo a él mismo, y así nace la idea de Dios. Todo acto de amor a Dios es engendrado por una necesidad de amarse a sí mismo: la exaltación de lo Divino se edifica sobre las ruinas del autoenvilecimiento[17]. Es mucho mejor amarse a sí mismo que a Dios[18], y declararse divino que vaciarse de divinidad. Todo hombre debe elegir entre él mismo y Dios. "Yo niego a Dios", significa para mí, "Yo niego la negación de mí mismo", escribe Feuerbach, al substituir la teología por la antropología. La idea de Dios para Feuerbach es teóricamente estúpida y virtualmente dañina, ya que sólo es una proyección de los ideales imaginarios de una naturaleza humana inconsciente aún de su divinidad. La religión parece entonces una *enajenación* de la naturaleza humana mediante la cual el hombre es convertido en un extraño a *sí mismo*. Al cederle a otro lo que es propio por derecho, resulta un menoscabo o desposesión que deforma la verdadera naturaleza del hombre.

De esto se sigue que la naturaleza humana debe ser reintegrada a sí misma. Esto se hace primero identificándose con los atributos antes vinculados a la Divinidad. "La religión progresa cuando suprime el parentesco con Dios y se transforma en una religión de forma nueva, superior, el culto del hombre." [19] En segundo lugar, la naturaleza humana pasa de un estado negativo a otro positivo, con

[16] Ver A. Cornu, "Karl Marx, l'home et l'oeuvre" (París: "De L'Hegelianisme au materialisme historique", 1934).

[17] "Wesen des Christenthums", Werke VII, ps. 55-62, 213-215.

[18] ibid. ps. 362, 266.

[19] ibid. ps. 62, 63.

la deliberada edificación del hombre, que se llama "humanismo absoluto". A partir de aquí se trata de destruir la antigua separación del cielo y la tierra, de modo que la humanidad pueda concentrarse en su propia alma, en todas las fuerzas de su corazón y en el presente. Sólo esta concentración provocará una nueva vida y grandes caracteres y grandes actos nuevos. En lugar de individuos inmortales, la nueva religión "exige hombres completamente sanos de cuerpo y alma" [20]. Feuerbach llama a esta religión "antropoteísmo" o religión consciente de sí misma [21]. La religión cristiana es el nombre del hombre unido al de Dios en la misma palabra: el Dios-hombre. El nombre del hombre es entendido aquí como un atributo del Ser Supremo. La nueva filosofía, amoldándose a la verdad, hace del atributo el sujeto, y del sujeto, el atributo [22]. "La misión de la filosofía no es conocer el infinito como finito, sino lo finito como lo infinito, o, mejor aun, no poner lo finito en lo infinito, sino lo infinito en lo finito." [23]

Engels, en su "Ludwig Feuerbach", narra el entusiasmo con que él y Marx se hicieron adeptos de Feuerbach, lo cual, ciertamente, es confirmado por el propio Marx. "Teólogos y filósofos especulativos, dejad que os dé un consejo... No hay otra manera de llegar a la verdad y a la libertad que el camino que pasa por Feuerbach. Este torrente de fuego es el purgatorio del presente." [24] Como Feuerbach, Marx insistía en que elegir a Dios era sacrificar al hombre. Usando el lenguaje de Feuerbach, escribió: "La religión no es la afirmación de la conciencia de uno mismo, sino de la conciencia enajenada del yo" [25]. En su "Crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel", Marx fué fiel a su maestro, afirmando que "la crítica de la religión es la primera condición de toda crítica... Cuando la sagrada imagen que representa el extravío del hombre ha sido desenmascarada, la misión de la filosofía es desenmascarar el extravío". "El gran mérito de Feuerbach es haber proporcionado la prueba de que la filosofía sólo es la religión transformada en pensamiento y desarrollada por el pensamiento." [26] Feuerbach representa el humanismo ma-

[20] "Werke" II, p. 389.
[21] "Werke" II, p. 260.
[22] "Werke" II, p. 268.
[23] Ibid., p. 252.
[24] Friedrich Engels, "Lutcher als Schiedsrichter Zuwischen Strauss und Feuerbach", in "Gesamtausgabe" I, a, p. 175.
[25] Karl Marx, "Okonomisch-Philosophische Manuskript, Gesamtausgabe" I, 3, p. 164.
[26] Ibid., 1, 3, p. 152.

terialista en el orden del pensamiento, así como el comunismo lo representa en el orden de la acción social [27]. Marx era ateo antes de ser comunista, histórica y lógicamente. Y fijó la relación intrínseca entre ambos en la forma siguiente: "El comunismo empieza donde concluye el ateísmo" [28].

En las Tesis 6 y 7 sobre Feuerbach [29], Marx censura a su maestro por haber desconocido el factor económico en la fe. Marx creía también que la religión no es una compensación por la falta de una conciencia divina en el hombre mismo, sino una compensación por las privaciones de la vida. Para expresar esta idea, pidió en préstamo la frase de Charles Kingsley y llamó a la religión "el opio del pueblo". Marx opinaba que cuando el proletariado se apodere de las fuerzas de la producción, desaparecerá toda necesidad de una religión que mantenga sometido al hombre. En otra obra, interpreta al cristianismo como la espiritualidad individual y como tal lo considera el progenitor de todas las formas del individualismo, como ser el liberalismo y el capitalismo [30].

Según la inspiración de Feuerbach, Marx arguye que el hombre ha sido enajenado de sí mismo en dos formas: por la religión y por la propiedad privada. La religión enajena a un hombre de sí mismo subordinándolo a Dios: la propiedad privada enajena a un hombre de sí mismo subordinándolo a su patrón. Se sigue de esto que, si se quiere que un hombre pueda reintegrarse a sí mismo, hay que destruir tanto la religión como la propiedad privada. Este argumento de Marx revela a las claras que todo sistema que socializara la producción pero no persiguiera a la religión, sólo sería comunista a medias y esclavizaría al hombre a medias. Engels afirmó enérgicamente esta rela-

[27] Ibíd., 1, 3, p. 301.

[28] Ibíd., 1, 3, p. 115.

[29] "Feuerbach resuelve la esencia religiosa en lo humano. Pero la esencia del hombre no es una abstracción que reside en un solo individuo. En su realidad, está el todo de las relaciones sociales.

"Feuerbach, que no entra en la crítica de su esencia real, se ve por lo tanto forzado a:

"(1) Abstraer del proceso histórico y fijar el sentimiento religioso como algo autónomo, y presumir un individuo humano abstracto, *aislado*.

"(2) Concebir sólo la esencia del hombre como "la especie", como un vínculo interior, inarticulado, *natural*, que liga entre ellos a muchos individuos.

"Feuerbach no ve por eso que el "sentimiento religioso" es en sí un *producto social*, y que el individuo abstracto que analiza pertenece en realidad a una forma específica de sociedad."

[30] Karl Marx, "Judenfrage, Gesamtausgabe", 1, 1, a, p. 589.

ción intrínseca entre el ateísmo y el comunismo, diciendo que "la putrefacción interna de todas las instituciones tiene su fundamento en la religión" [31]. Marx, en el mismo orden de cosas, afirma que "suprimir la enajenación que reina en el dominio de la producción bajo la forma de la propiedad privada, *importa necesariamente* suprimir todas las enajenaciones que constituyen o vician las distintas instituciones y actividades humanas. La enajenación religiosa como tal obra en el dominio de la conciencia en el *fuero interno* del hombre, pero la enajenación económica es la de la vida misma: su supresión abarca ambas facetas" [32].

A Marx no le interesa simplemente eliminar la religión, sino poner en vigencia lo que Feuerbach llama el "nuevo humanismo". Por eso, el ateísmo, para Marx, no es algo *negativo*, ya que hace la distinción entre el ateísmo "negativo" o supresión de Dios, y el ateísmo "positivo", que es el humanismo [33]. La finalidad de la persecución de la religión es devolver al hombre a sí mismo. Así, desde un punto de vista totalmente distinto, se nos impone una vez más la relación intrínseca del ateísmo y el comunismo. "La crítica de la religión tiene por finalidad... *hacer que el hombre gire alrededor de sí mismo como su propio sol*... La religión sólo es el sol engañoso que se mueve en torno del hombre, mientras éste no se mueve alrededor de sí mismo." [34].

"La crítica de la religión concluye en la doctrina de que el hombre es el Ser Supremo para el hombre." [35] Marx distingue, además, entre el humanismo teórico y el práctico, a fin de mostrar el inquebrantable vínculo existente entre las filosofías del anti-Dios y del anticapitalismo, o entre el ateísmo y el comunismo. El *humanismo teórico* implica darle al hombre, eliminando la religión, la conciencia de que es un ser absoluto y que posee el poder de convertirse en el ser más perfecto posible. El *humanismo práctico* es la comprensión lógica de la verdadera naturaleza del hombre, como ser social de una sociedad socialista donde no existe la propiedad privada. "Así como el ateísmo, que elimina a Dios, es el comienzo del humanismo teórico, así también el comunismo, como eliminación de la propiedad privada...,

[31] Friedrich Engels, "Du Lage Englands, Gesamtausgabe", 1, 2, ps. 424, 425.

[32] Karl Marx, "Okonomisch-Philosophische Manuskript, Gesamtausgabe", 1, 3, p. 115.

[33] Ibíd., 1, 3, ps. 166, 167.

[34] Ibíd., 1, 1, a, p. 608.

[35] Ibíd., ps. 614, 615, "El hombre es la causa de su propia vida".

gendrar el comunismo su contrario, como el trotzkismo, y por qué no habrán de convertirse ambos en otra cosa, en el fascismo, por ejemplo? Marx confunde sin cesar la *causa* con la *condición*. Una ventana es una condición de la luz, no su causa. Los métodos económicos de producción *condicionan* el derecho, la literatura, el arte, la filosofía, etc., pero no los *causan* o *crean*. Como la mayoría de los hombres poco prácticos —y él lo era, porque durante la mayor parte de su vida lo mantuvo un amigo rico— Marx aisla de la vida un factor, el económico, y se embriaga con él como cuando se bebe vino en ayunas. Si el método económico de producción fuese "la verdadera fuerza impulsora esencial de la historia"..., ¿por qué necesitaría el hombre agregar su fervor revolucionario? ¿Por qué no limitarse a quedarse sentado y a leer el "Daily Worker" hasta que se opere la revolución? Pero si el hombre puede añadir algo a la historia o acelerar la revolución con sus sentimientos... ¿no podrán ser desechados esos sentimientos contra los capitalistas como subproductos de lo económico? [41]

¿No tuvieron algo que ver Lenin y Stalin con la aceleración de la revolución? Pero si su conciencia ha sido determinada económicamente... ¿por qué elogiarlos por haber hecho lo inevitable? Si la transformación de la producción crea nuevas ideologías... ¿qué causa las transformaciones de la producción? ¿Debe pasarse por alto la invención y es la invención el triunfo del espíritu sobre la materia? O bien los hombres son *determinados* por lo económico o son *condicionados*. Si sólo son *condicionados*, uno debe renunciar a su distintivo marxista: si son *determinados*, no son libres, y si no son libres... ¿a qué charlar sobre la libertad? Los marxistas tratan de eludir el dilema diciendo que "la libertad es la necesidad", lo cual tiene tanto sentido como decir que la ceguera es la luz.

Además, afirmar, como lo hace el comunismo, que un código moral sólo es necesario para justificar un método capitalista de producción es una estupidez, porque el código moral cristiano existió siglos antes de que naciera un método capitalista de producción y por lo tanto era innecesario para apuntalarlo. Tampoco puede alegarse, como lo hace el comunismo, que el código moral cristiano se basó siempre en la defensa de la propiedad, porque cuanto más

[41] La mejor refutación en inglés del marxismo desde el punto de vista filosófico, es "The Philosophy of Communism" de Charles J. MacFadden (Nueva York: Benziger Bros. 1939).

se practica el código cristiano, menos apego se siente por la propiedad. Por eso se hace voto de pobreza en las comunidades religiosas rigurosas: para que, así como su Maestro no tenía dónde apoyar Su Cabeza, los que hacen el voto puedan ser pobres en espíritu. Si, como lo alega el comunismo, la ley moral cristiana es una moral de clase... ¿por qué ha engendrado santos en todas las clases, desde los campesinos hasta los reyes? ¿Y por qué los santos han surgido más que nada de lo que los comunistas llamarían la clase proletaria? Si la moral cristiana se hubiera propuesto alguna vez la defensa de una clase gobernante, el Salvador nunca habría elegido a Sus Apóstoles entre los pescadores, y la Iglesia no habría canonizado a Juan Bosco o a una Florecilla.

No hay una sola idea rusa en toda la filosofía del comunismo. Es burguesa, occidental, materialista y capitalista. Fué un fruto de su tiempo y no habría podido aparecer en el siglo XIII y ni aun en el XVIII, porque la influencia del cristianismo era demasiado fuerte todavía en el mundo. Sólo cuando el organismo del mundo occidental empezó a debilitarse, pudo contagiarlo esa bacteria. Si el origen intelectual del comunismo está en el Occidente... ¿cómo pudo llegar a Rusia? Evidentemente, mediante la propagación de ideas por los que se convirtieron en apóstoles de Marx. El acontecimiento concreto mediante el cual se tornó efectivo en su forma final, ocurrió durante la primera guerra mundial. Alemania, ansiosa de salvarse, sintió que su causa saldría ganando si lograba apartar a Rusia de sus aliados. Una manera de hacerlo, era provocar la revolución en Rusia. De conformidad con esto, el Estado Mayor alemán embarcó a treinta y un revolucionarios en un furgón que ostentaba el rótulo de "Extraterritorial" y lo enganchó a un tren que partía indirectamente rumbo a Rusia. En aquel furgón, viajaba Vladimir Ulianov, más conocido por el nombre de Lenin, que al llegar a Petrogrado subió a un automóvil blindado y empezó a predicar la revolución. El general Ludendorff, al justificar su actitud, dijo: "Al enviar a Rusia a Lenin, nuestro gobierno tomó a su cargo una responsabilidad especial, ya que, desde el punto de vista militar, su viaje se justificaba. Rusia tenía que caer". El papel de Alemania al ayudar al nacimiento del comunismo en Rusia, armonizaba en cierto modo con el esquema general de las cosas. Alemania había alumbrado ya la idea del comunismo, de modo que ahora podía engendrar su realidad. Rusia le pagó su deuda en 1939, cuando se firmó el vergonzoso tratado germanosoviético que les permitió a

es el comienzo del humanismo práctico." [36]. Este vínculo indisoluble entre ambos Marx, se refirma en un homenaje a Feuerbach. "Así como Feuerbach lo muestra en la teoría, así el socialismo, tanto francés como inglés, muestra en la práctica cómo coincide el materialismo con el humanismo." [37]

Un aspecto poco conocido del marxismo es que su odio al capitalismo no se basa en la dignidad humana, como lo querrían los "rojos", sino en la *divinidad absoluta del hombre.* "Ser extremista implica tomar las cosas por su raíz. La raíz, para el hombre, es el hombre mismo... La crítica de la religión concluye en la doctrina de que *el hombre es el ser supremo para el hombre* y en el imperativo categórico de destruir todas las relaciones sociales en que el hombre es degradado, sometido, abandonado y despreciado." [38] Aquí, Marx deduce negativamente la destrucción del capitalismo —y prácticamente el comunismo— del humanismo ateo. En este pasaje, por lo menos, el marxismo es comunismo porque es ateo.

Si se objetara de vez en cuando que el comunismo no es antirreligioso, habría que replicar que toda concesión hecha a la religión está vinculada por motivos ulteriores a la revolución mundial. Lenin expresó: "Nuestro programa radica integralmente en una filosofía *científica* y más que nada en una filosofía materialista... Por eso, nuestra propaganda abarca necesariamente el ateísmo" [39]. Uno no debiera limitar la lucha contra la religión a una exposición ideológica abstracta; debiera vincularla a un movimiento de clases práctico concreto, capaz de eliminar las raíces sociales de la religión... Sería un gran error creer que la aparente "moderación" del marxismo ante la religión debe ser explicada con consideraciones "tácticas", tales como el deseo de *ne pas effaroucher*. La línea política del marxismo, por el contrario, está vinculada indisolublemente con su fundamento filosófico [40]. Pero aunque el comunismo niega a Dios, afirma a otro dios: la colectividad comunista, ante la cual los hombres deben postrarse, a cuyos nuevos santuarios, las fábricas, deben hacer sus peregrinaciones, a cuya voluntad, expresada por el dictador, deben abandonarse por completo, ante cuya policía secreta, cual nuevo sacerdocio de órdenes profanas, deben beber su menjunje de pro-

[36] "Gesamtausgabe", 1, 3, p. 166.

[37] "Heilige Familie", 1, 3, p. 301.

[38] "Gesamtausgabe", 1, 1, a, ps. 614, 615.

[39] N. Lenin, "Novaia Jizn", Nº 28 16-3, diciembre de 1905. Citado en "Religión" de V. I. Lenin.

[40] "Proletarii", Nº 45 26-13, mayo de 1909. Citado ibid.

paganda; y aunque no poseen una tumba vacía que les infunda esperanza, tienen aún el cadáver de Lenin, al cual se le inyectan periódicamente flúidos de embalsamamiento, para darle la apariencia de la vida a lo que sólo es muerte y descomposición.

Hay que reconocerle a Marx que adivinó como pocos la debilidad innata del liberalismo histórico cuando estaba en su apogeo. Puede decirse que sólo otros tres hombres lo vieron con la misma claridad y desde ángulos totalmente distintos: Pío IX, Dostoyevsky y Nietzsche. Pero aunque Marx pudo anunciar la crisis de la sociedad capitalista, no logró ofrecer una solución, porque empezó con la propia presunción básica del capitalismo, esto es, la supremacía de lo económico. En este sentido, el comunismo es el capitalismo monopolista con una úlcera.

La filosofía del materialismo dialéctico no es más que un conjunto de remiendos hecho con trocitos de Hegel y Feuerbach cosidos entre ellos para cubrir la desnudez de sus propias ideas. Tomar los cabos sueltos de los pelos hegelianos y feuerbachianos y hacer de ellos una filosofía viviente, es lo mismo que querer obtener un organismo vivo con la cabeza de un buey, el cuerpo de un canario y la cola de un ictiosauro. Lo que no advirtió Marx, fué que Hegel, con su filosofía, procuraba secularizar y prostituir y humanizar la doctrina teológica del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo en la tesis, la antítesis y la síntesis; así como el propio Marx tomaría más tarde otra doctrina, la del Reino de Dios, y la secularizaría convirtiéndola en una sociedad sin clases, donde todos los hombres serían hermanos sin un Padre. El diccionario tiene un nombre más fuerte para ese tipo de sociedad.

Los errores de Marx, tales como su confusión de la contradicción y los contrarios, son tan evidentes para una mente pensante que no hace falta refutarlos. El materialismo dialéctico sólo fué una forma del animismo en el siglo XIX. Así como los pueblos primitivos suponían que los espíritus habitaban las piedras y las flores y el trueno y las nubes, así Marx creía que el pensamiento y el espíritu y la razón habitaban la materia, y que él podría traerlos a colación eventualmente, como saca conejos de un sombrero el prestidigitador. Cuando presume que la materia es revolucionaria, apela a la historia para probar su teoría de que toda la historia está determinada económicamente. Pero todo esto era demasiado endeble. En primer lugar... Si la historia es dialéctica... ¿por qué deja de ser dialéctica cuando aparece el comunismo? ¿Por qué no habrá de en-

los nazis durante dos años avasallar Europa, y probó que no existía una oposición categórica entre el nazismo y el comunismo. Cuando se firmó el tratado, Molotov dijo: "El fascismo sólo es una cuestión de gusto y nuestra amistad ha sido sellada con sangre". Desgraciadamente, ésta resultó sangre polaca.

El comunismo es a tal punto una secularización o desdivinación del cristianismo, que puede ser presentado como un *ersatz* de las doctrinas cristianas.

La Trinidad: Tres personas en un Dios: El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.	La Materia: tres procesos en una teoría: capital, trabajo y comunismo: tesis, antítesis y síntesis.
El Mesías: Cristo, el Hijo del Dios Vivo, profetizado por la historia judía.	El proletariado revolucionario: profetizado por la historia de los métodos económicos de producción.
La redención del pecado: Cristo en la cruz, crucificado por la maldad de los hombres.	La revolución: el explotador crucificado por el explotador.
La Iglesia: el Cuerpo Místico de Cristo, gobernado por una cabeza visible.	La Comunidad Mística de la Colectividad: la dictadura del proletariado.
El Juicio Final: la separación del bien y del mal.	La expropiación violenta de los propietarios y la destrucción de los enemigos.
La Biblia: El Verbo Revelado de Dios.	"Das Kapital": la palabra revelada de Marx.
La herejía: la desviación de la Verdad Divinamente revelada.	La desviación de las enseñanzas apostólicas de Marx y Lenin, como en el caso de los trotzkistas y los mencheviques.

El Sacrificio: la condición de la unión espiritual con Dios.	La lucha de clases y la violencia, la condición de una sociedad sin clases.
El Destino Final: el Reino de Dios en los cielos.	El Destino: el Reino del Hombre sobre la tierra.
Los sacramentos: Los caminos Divinamente ordenados de comunión con la Divinidad.	Las condecoraciones: la Orden de Lenin, etc.[42]

[43] Aunque el comunismo es una secularización del reino de los cielos, conviene recordar que, precisamente por serlo, ambos no están en este mismo plano terreno. Conviene recordar algunas diferencias básicas. Alexandre Miller lo expresó así: "No sólo está libre Dios de la necesidad histórica porque es el Señor viviente de la historia, sino que el hombre que sirve a Dios puede verse, no es concordancia con el proceso histórico, que es la única cordura marxista, sino contra él, hasta el extremo del martirologio históricamente infructuoso. En otros términos: aunque desde el punto de vista marxista el único acto cuerdo y válido es el que acepta la lógica del proceso histórico y se conforma a él, el cristiano, que no sirve al proceso histórico sino a la voluntad viva de Dios, puede ser compelido a oponerse al fluir de la historia, hasta como una olvidada voz de protesta." De Alexandre Miller, "The Christian Significance of Karl Marx", Copyright 1947, de The Macmillan Company, con autorización de The Macmillan Company, editores.

CAPÍTULO IV

LOS DEFECTOS BÁSICOS DEL COMUNISMO

La Iglesia Católica suele ser alabada porque se opone al comunismo. Este cumplido es merecido, porque la Iglesia es la única fuerza moral sólida del mundo que se ha opuesto sin desmayar a la nueva barbarie. La Iglesia previó los males del totalitarismo y los condenó sucesivamente. Condenó el fascismo en la encíclica "Non Abiamo Bisogno", que se escribió en italiano porque el fascismo era un fenómeno nacional: y condenó al nazismo en alemán en la encíclica "Mit Brennender Sorge" porque el nazismo era un fenómeno racial. Condenó al comunismo en el idioma universal, el latín, en la encíclica "Divini Redemptoris", porque el comunismo es un fenómeno internacional. A su vez, el comunismo ha concentrado sus ataques principalmente contra la Iglesia, ya que el instinto del comunismo es infalible cuando se trata de reconocer al enemigo. No pierde tiempo con peces chicos: no se forja ilusiones sobre la oposición. Sabe que Cristo no sólo afirma ser Divino, sino que es Divino. Su persecución de la Iglesia es un elogio indirecto: le rinde el bello homenaje de la hostilidad. Si el comunismo hiciera caso omiso de la Iglesia, si no apuntara sus dardos contra nuestros escudos, la Iglesia sabría que su fe ha desfallecido y que sus hogueras se han apagado y que su sal ha perdido su sabor.

Con todo, a la Iglesia la fastidia que la elogien como anticomunista, porque ese elogio se le hace por ser antialgo y no proalgo: por un modo de pensar que haría admirar a la Iglesia porque detesta a un enemigo, más bien que porque sus ideales son amados. Esos sentimientos de amistosa alabanza parecen los de una mujer gorda a su médico. Aquélla lo admira porque es el enemigo de su exceso de peso, pero

no simpatiza con él porque el facultativo le recomienda una dieta para curarla de su obesidad.

De vez en cuando, hay una coincidencia superficial de los ideales de la Iglesia y el mundo, así como hubo un Domingo de Ramos cuando las multitudes aclamaron al Salvador como Rey. Pero ese mismo Salvador le ha enseñado a Su Iglesia que debemos desconfiar de las hosannas del mundo, porque a los cinco días el Rey halló la muerte en el trono de la cruz, sin más púrpura que la de Su sangre y sin más cetro que un clavo. La Iglesia nunca ejerce una auténtica influencia sobre la sociedad cuando el mundo la considera un animador, cuyo oficio es darle el visto bueno a la política del partido que detenta el poder. Por razones de claridad, conviene decir algunas palabras acerca de por qué la Iglesia *no se* opone al comunismo.

La Iglesia no se opone al comunismo porque el comunismo sea anticapitalista. Si por capitalismo no se entiende una extensa posesión de propiedades, sino un capitalismo monopolista en que el capital solicita mano de obra en un mercado y concentra la riqueza en manos de unos pocos, entonces, sólo desde *un punto de vista económico,* la Iglesia se opone tanto al capitalismo como al comunismo. El comunismo subraya el uso social con exclusión de los derechos personales, y el capitalismo subraya los derechos personales excluyendo el uso social. La Iglesia afirma que ambos se equivocan, porque aunque el derecho a la propiedad es personal, el uso es social. Por eso, se niega a mantener al capitalismo como una alternativa de la faceta económica del comunismo. El capitalismo monopolista concentra la riqueza en manos de unos pocos capitalistas y el comunismo en manos de unos pocos burócratas, y ambos concluyen en la proletarización de las masas. El cristiano auténtico debe liberarse del espejismo de que, al oponerse al comunismo, la Iglesia se opone con ello a todos los que querrían así deformar el actual sistema económico. El concepto cristiano niega la existencia de una propiedad absolutamente poseída, con exclusión de los límites fijados por el bien común de la comunidad y la responsabilidad ante la comunidad. Cuanto más anónima e impersonal se torna la propiedad, menor es el derecho a ella. La Iglesia concuerda con el comunismo en su protesta contra el orden económico, pero diverge de él cuando se trata de considerar a la colectividad el único empleador, porque esto reduce al individuo a la condición de siervo o esclavo del Estado. La concentración de la riqueza es un error, hágase en el Hudson o en el Volga.

La Iglesia no se opone al comunismo porque sea una defensora del *statu quo.* En todos los movimientos, hay que distinguir entre las *protestas* y las *reformas.* Se puede protestar contra un dolor de cabeza sin abogar por la decapitación. Las protestas del comunismo son a menudo justas: pero sus reformas son erróneas. La Iglesia está de acuerdo con algunas de las protestas del comunismo. En realidad, hay una crítica mucho mejor del orden económico existente, basado en la supremacía de la ganancia, en dos encíclicas de León XIII y Pío XI, que en todos los escritos de Marx. Pero las reformas del comunismo son erróneas porque están inspiradas en los propios errores que combate. El comunismo comienza con el error liberal y capitalista de que el hombre es un ser económico, y en vez de corregirlo, lo intensifica simplemente hasta que el hombre se convierte en un robot de una gran máquina económica. Entre el comunismo y el capitalismo monopolista, hay una relación más íntima de lo que sospechan la mayoría de los espíritus. Ambos se entienden sobre la base materialista de la civilización: sólo divergen cuando se trata de saber quién fiscalizará esa base, si los capitalistas o los burócratas. El propio Marx admitió que había recibido la mayoría de sus ideas económicas de economistas liberales, como Ricardo y el autor de un libro anónimo sobre el interés. La economía capitalista no tiene Dios: el comunismo hace un Dios de la economía. El comunismo no es una solución radical de nuestro problema económico; por violenta que sea su manera de abordarlo, no llega a las raíces del mal. La solución comunista del problema recuerda la cínica insinuación de Oscar Wilde sobre la forma como puede reformar una mujer a un hombre: "La única forma como puede reformar a un hombre una mujer, es aburriéndolo tan a fondo que pierda todo interés por la vida".

Los que esperan que la Iglesia, en esta hora de peligro, saque del fuego las castañas del liberalismo, el laicismo, el materialismo y el capitalismo monopolista, están condenados a la decepción. Esa súplica le evoca a la Iglesia la del ladrón que estaba a la izquierda del Salvador y que le rogó a Nuestro Señor que lo salvara de la cruz, no por virtud, sino para poder seguir con su vida habitual, que era el oficio de robar. Es tan fácil, para quienes han amasado su dinero bajo un sistema dado, pensar que el sistema debe ser acertado y conveniente... El conservatismo, por esa razón, sólo es a menudo una seudofilosofía para los prósperos. La Iglesia, con todo, sabe que la desorganización del

mundo se debe en gran parte al hecho de que no está organizado por ninguna aceptación consciente de una finalidad que no sea el interés inmediato de una clase capitalista, por una parte, o una clase comunista, por otra. Es por eso que la política económica de la Iglesia se opone, con toda consecuencia, tanto al capitalismo como al comunismo.

La Iglesia no se opone al comunismo porque crea que Rusia es el enemigo del mundo. La Iglesia distingue entre una ideología y un pueblo. La ideología es mala: el pueblo, bueno. En realidad, sólo el tres por ciento del pueblo ruso pertenece al partido comunista... y no existe otro partido al cual pueda pertenecer. En otros términos, en Rusia hay unos 194.000.000 de personas que no son miembros del único partido al cual se le permite existir. El distingo entre los comunistas norteamericanos y el gobierno soviético es falso, como lo era el distingo entre los "bundistas" norteamericanos e Hitler, pero el distingo entre el gobierno de los Soviets y su tiranía policial, y el pueblo ruso, es positivo, y sobre esa base podemos argumentar. Hace algunos años, Yaroslavsky, el jefe del movimiento de los Sin Dios, admitió que la mitad de la población de Rusia seguía siendo religiosa. Probablemente, la cifra que dió era inferior a la realidad, porque cuanto más creyentes admitiera él en Rusia, mayor sería su reconocimiento de la ineficacia de la propaganda atea. No hay modo con que medir esto, pero puede ser que haya un fervor más auténticamente religioso, mayor voluntad de sacrificio y un espíritu más verdaderamente cristiano en las grandes masas del pueblo ruso que en los Estados Unidos. El día en que el pueblo ruso se libere del yugo de la esclavitud, el terrorismo y la policía secreta, habrá menos necesidad de educarlo en el Camino de la Cruz que a nosotros: sus reprimidas aspiraciones espirituales cuajarán entonces en un cristianismo que será un modelo y una inspiración para el mundo.

En cuanto a la explicación concreta de por qué se opone al comunismo la Iglesia, la mejor exposición es la contenida en la encíclica *Divini Redemptoris.*

"En esa doctrina, como resulta evidente, no cabe la idea de Dios; no hay diferencia entre la materia y el espíritu, entre el cuerpo y el alma.

"No hay ni supervivencia del alma después de la muerte ni ninguna esperanza de una vida futura.

"Insistiendo en el aspecto dialéctico de su materialismo, los comunistas afirman que el conflicto que lleva al mundo

hacia su síntesis final puede ser acelerador de la humanidad De ahí que se esfuercen por intensifican los antagonismos que surgen entre las distintas clases de sociedades

"Por eso, la lucha de clases, con su consiguiente odio violento y destrucción, reviste los aspectos de una cruzada por el progreso de la humanidad. En cambio, todas las demás fuerzas, si se resisten a esa violencia sistemática deben ser aniquiladas como hostiles a la especie humana.

"Además, el comunismo despoja al hombre de su libertad, priva a la personalidad humana de toda su dignidad y elimina todas las inhibiciones morales que impiden los desbordes del impulso ciego.

"No hay reconocimiento de ningún derecho del individuo en sus relaciones con la colectividad: a la personalidad humana, que es un mero engranaje en el sistema comunista, no se le concede derecho natural alguno.

"En las relaciones del hombre con los demás individuos, los comunistas sostienen el principio de la igualdad absoluta, rechazando toda jerarquía y autoridad de creación divina, inclusive la autoridad paterna.

"Lo que los hombres llaman autoridad y subordinación deriva de la comunidad, como primera y única fuente.

"Al individuo, tampoco se le conceden derechos de propiedad sobre los bienes materiales o los medios de producción, porque ya que éstos son la fuente de nuevas riquezas, su posesión le daría poder a un hombre sobre otro. En ese sentido, precisamente, deben ser desarraigadas todas las formas de la propiedad privada, porque están en el origen de toda esclavización económica.

"Al negarle a la vida humana todo carácter sagrado o espiritual, esa doctrina hace del matrimonio y la familia instituciones puramente artificiales y civiles, resultado de un sistema económico específico. No existe un vínculo matrimonial de naturaleza jurídicomoral que no esté sujeto al arbitrio del individuo o de la colectividad.

"Por eso, naturalmente, se rechaza con desdén la idea de un vínculo matrimonial indisoluble. El comunismo se caracteriza particularmente por el rechazo de todo nexo que ligue a la mujer a la familia y al hogar, y la emancipación de aquélla es proclamada un principio básico.

"Finalmente, el derecho de educación le es denegado a los progenitores, porque se lo considera un privilegio exclusivo de la comunidad, en cuyo nombre y por cuyo mandato, solamente, pueden ejercer este derecho los padres.

"¿Cuál sería la condición de una sociedad humana basada en dogmas tan materialistas? Sería una colectividad sin

más jerarquía que la del sistema económico. Tendría una única misión: la producción de cosas materiales mediante el trabajo colectivo, de modo que los bienes de este mundo pudieran ser disfrutados en un paraíso donde cada cual "diera de acuerdo con sus posibilidades" y "recibiera de acuerdo con sus necesidades".

"El comunismo le reconoce a la colectividad el derecho, o más bien el ilimitado albedrío, de contratar individuos para el trabajo de la colectividad sin tener en cuenta su bienestar personal; de modo que hasta la violencia puede ser ejercitada legítimamente para reducir al reacio contra su voluntad.

"En la comunidad comunista, la moral y el derecho sólo serían una derivación del orden económico existente, de origen puramente terreno y de carácter instable. En suma, los comunistas afirman que inauguran una nueva época y una nueva civilización, resultado de ciegas fuerzas revolucionarias que culminan en una humanidad sin Dios.

"Cuando todos los hombres hayan adquirido por fin la mentalidad colectiva en esta utopía de una sociedad realmente sin clases, el Estado político, que es concebido tan sólo por los comunistas como el instrumento mediante el cual el proletariado es oprimido por los capitalistas, habrá perdido toda razón de ser y se "consumirá". Sin embargo, hasta que se logre esa feliz consumación, el Estado y los poderes del Estado proveerán al comunismo de los medios más eficaces y amplios para lograr su fin.

"¡Tal es el nuevo evangelio que el comunismo bolchevique y ateo le ofrece al mundo como la buena nueva de la liberación y la salvación! Es un sistema lleno de errores y de sofismas.

"Se opone tanto a la razón como a la Revelación Divina.

"Subvierte el orden social, porque ello implica la destrucción de sus fundamentos, porque prescinde del verdadero origen y finalidad del Estado, porque niega los derechos, la dignidad y la libertad de la personalidad humana."

Algunos de estos puntos recuerdan inmediatamente unos cuantos de los muchos defectos básicos de la filosofía y práctica del comunismo.

El comunismo es un narcótico para las masas, en el sentido de que apaga y paraliza *la inteligencia humana.* Un narcótico es una droga que extingue las más altas facultades intelectuales del hombre, pero permite el funcionamiento de las inferiores, tales como las vegetativas y las animales. Bajo la influencia de una droga un hombre no

puede pensar, pero sí respirar; no puede querer, pero sí digerir; no puede seguir un proceso de razonamiento, pero su sangre circula. Ya no es un hombre, sino un animal. El comunismo es una droga en el sentido de que destruye totalmente la razón humana. Bajo su vigencia, un hombre no puede tomar decisiones por sí mismo sino que debe aceptar las tomadas por el dictador; no tiene conciencia, porque sólo existe la conciencia del Estado; no tiene ideas personales, porque sólo existe un pensamiento fiscalizado por el Estado. Por eso, se embrutecen tan a menudo los comunistas: tan pronto saludan amistosamente a los nazis como vociferan que son sus enemigos: tan pronto elogian al jefe del comunismo norteamericano calificándolo de gran pensador como, cuando aparece un artículo en un semanario francés inspirado por Moscú, 59 de los 60 miembros del Comité Ejecutivo lo censuran como enemigo de la línea partidaria.

Al decir que el comunismo es el opio del pueblo porque atonta al hombre para que se convierta en una mera hormiga, no se niega que Marx usó originariamente la expresión "el opio del pueblo" en relación con la religión, pero eso se debió a dos razones: la primera, que Marx no fué bautizado cristiano por razones religiosas sino políticas. Es simplemente natural que un hombre que usó la religión como si fuese opio crea que todos deben usarla del mismo modo. Marx no sabía una sola palabra de religión, salvo lo que había leído en las obras de Hegel y Feuerbach. Por eso, se le puede perdonar el haber interpretado erróneamente la naturaleza de la religión por razones de ignorancia. En segundo lugar, al decir que la religión era una suerte de *ersatz* místico para un mejoramiento racional del hombre en el mundo, distaba en realidad de atacar al cristianismo, porque el cristianismo nunca ha tenido el postulado de que las almas deben ser liberadas de un mundo malvado, o que haya un divorcio entre la salvación del mundo y la salvación del alma. Lo que atacaba en realidad Marx era el budismo, para el cual el mundo es intrínsecamente malvado y las almas no deben interesarse por su bienestar político ni por su bienestar económico[1].

El término "opio" es más propio del sistema de Marx, que destruye la función intelectual del hombre, función

[1] Una refutación de las mentiras divulgadas sobre la Iglesia y el fascismo por los propagandistas de inspiración comunista, aparece en el erudito estudio de D. A. Binchy, titulado "La Iglesia y el Estado en la Italia Fascista" (Londres: Imprenta de la Universidad de Oxford, 1941), que fué preparado para el Royal Institute of International Affairs.

que constituye su diferencia específica del animal. La rígida disciplina partidaria que exige la ideología comunista sólo puede adquirirse a costa de la bancarrota intelectual. La inflexibilidad misma de su literatura, la frecuente necesidad de las depuraciones de partido para eliminar a todos los que desafían a la autoridad, el embrutecimiento de los cambios y medias vueltas en la línea partidaria, todo esto implica la total renuncia al derecho del individuo a pensar por su cuenta.

El ex director del "Daily Worker", Louis Budenz, describe esta desracionalización del hombre en "La Camisa de Fuerza Roja", diciendo: "El primer requisito de un comunista es comprender que está sirviendo a la Rusia Soviética y no a otra nación ni interés. Nunca se le permitirá expresar una palabra de reserva o crítica del gobierno soviético, sus dirigentes ni sus decisiones. Todo lo que hagan o digan éstos está bien en un cien por ciento, y los Estados Unidos sólo tienen razón cuando están en total acuerdo con la Unión Soviética. En sus veinticinco años de existencia, el "Daily Worker" nunca se desvió de esta regla: nunca dejó de postrarse ante la jefatura soviética.

"El comunista profesional no puede ser como el norteamericano medio y decir: "Esto podrá ser bueno, pero tiene aspectos deficientes". Si pertenece a la prole soviética, debe decir: "Esto es infaliblemente correcto. No tiene lunares. El que alude a un lunar, debe ser acusado de embustero y difamador de la Unión Soviética". El comunista debe pensar con un método que le permita defender cada acto de la jefatura soviética y manchar la reputación de quienquiera se atreva a murmurar que ésta pueda equivocarse. Con ese recurso, los comunistas han tenido éxito a menudo, extorsionando políticamente a numerosos "liberales" que temen quedarse rezagados con respecto a la Rusia Soviética, pero a quienes los comunistas desprecian íntimamente." [2]

Debido al carácter fundamentalmente antirracional de su filosofía, es harto natural hallar incongruencias, como la de insistir por una parte en que todos los afiliados sigan sus imposiciones, y la de pedir por otra parte acompañantes y frentes únicos con los que confesadamente no aceptan todas sus teorías. En su propio círculo, el comunismo proclama la antirreligión, pero fuera de su círculo

[2] Louis Budenz, "This is my Story" (Nueva York: Whittlesey House, McGraw-Hill Book Co., Inc., 1947), p. 234.

usa el apoyo de "religiosos" profesionales, que hablan bien de la política exterior soviética. Harold Laski cree que ésta es la razón principal de que los obreros desconfíen de los comunistas: "El partido laborista, cosa muy lógica y comprensible, acoge con recelo las ofertas de alianza de los comunistas, por cuanto éstos les proponen hacer en sus filas lo que no les permitirían en las suyas. Su política, en suma, de una fidelidad que no admite una franca cooperación con puntos de vista alternativos, provoca naturalmente la desconfianza del propio frente unido que esperaban asegurar. Y todo acto que efectúen para obtener una obediencia rigurosa en sus filas, intensifica simplemente esa desconfianza, subrayando la dudosa sinceridad de la cooperación que ofrecen."[3]

Una segunda dificultad de la filosofía del comunismo es su carácter antidemocrático y antihumano, porque niega el valor del individuo. El comunismo corrige el error del capitalismo monopolista que ha hecho del hombre un "peón", convirtiéndolo en una hormiga del hormiguero colectivo. Generalmente, el asunto se pasa por alto, pero en realidad Karl Marx expresó que la finalidad del comunismo era destruir la naturaleza espiritual del hombre. Refiriéndose a la revolución religiosa del siglo XVI, Marx dijo: "Así como la Reforma de esa época empezó en el cerebro de un monje, así debe empezar hoy en el cerebro de un filósofo. Si la Reforma no constituía la verdadera solución, era por lo menos una indicación auténtica de la tarea. No se trata ya del conflicto del lego con el sacerdote corpóreo, sino con su propio sacerdote interno, con su propia naturaleza clerical."[4]

Según Marx, el hombre sobrenatural, saturado del Espíritu Santo, fué destruído hace unos pocos siglos: ahora debe ser destruído el hombre natural, dotado de un alma inmortal. Karl Marx repudió a la democracia debido a la naturaleza espiritual del ser humano. En 1843, expresó que la concepción democrática del hombre, esto es, que "no un hombre determinado, pero sí cada hombre, tiene valor como ser soberano", es la esencia de la democracia... y ciertamente lo es. Rechazó ese tipo de democracia diciendo que se fundaba en "la ilusión, el sueño y el postulado del

[3] Harold J. Laski, "Communism" (Nueva York, 1927), ps. 229, 230. Citado con autorización de la Imprenta de la Universidad de Oxford.

[4] Karl Marx, "Deutsch-Französiche Jahrbucher", 1844. Marx-Engels Historilal Critical Edition, Karl-Marx Institute, I, 1, 2, p. 615.

cristianismo, es decir, que el hombre tiene un alma soberana." [8]

Aquí, Marx enseña las diferencias fundamentales entre la democracia y el comunismo; esto es, que la democracia insiste en el valor de cada hombre, con prescindencia de su raza, su jerarquía o su color. Pero a Marx no le interesaban los individuos como tales, a menos que pertenecieran a su grupo. En la primera edición del primer tomo de "Das Kapital", expresó: "Hablo de los individuos en tanto en cuanto son la encarnación de categorías económicas y los representantes de clases especiales de relaciones e intereses." El hombre sólo tiene valor porque es miembro del grupo revolucionario; cuando deja de serlo, deja de tener valor. La eliminación, el traslado de poblaciones íntegras a Siberia, la negación del sufragio, los campos de concentración y todos los demás instrumentos del comunismo, son la secuela de esta degradada concepción del hombre. Por eso, el comunismo habla del proletariado, pero nunca de los pobres: el proletariado sirve a la revolución, los pobres no sirven a nadie, necesitan que los sirvan. Un cristiano le ayudará a un comunista en apuros y hay muchos cristianos que lo hacen: pero ningún comunista le ayudará a un cristiano en apuros, salvo que prometa ayudarle al partido. Ya lo dijo Molotov: "El pan es un arma política". Lo cual significa que sólo los que piensan como él pueden comer.

El propio Marx era un rebelde contra el mundo, pero en cierto sentido, desde otro punto de vista, no sólo fué el primer comunista sino también el último, porque su filosofía anuló completamente la personalidad. Sus primeras quejas contra el capitalismo, cuando afirmó que destruía la personalidad humana, eran exactas; pero cuando adoptó el antipersonalismo de Hegel, que admitió el dominio de lo general sobre lo individual, y el materialismo de Feuerbach, que ridiculizó al espíritu, Marx hizo imposible que la persona se rebelara contra el mundo. Más bien sublevó a un mundo contra la persona. Marx tenía razón al protestar contra el aislamiento total del individuo de la sociedad, pero creó una suerte de ofrenda demoníaca en que la entrega de la personalidad humana a la comunidad concluye en la autodestrucción. Por eso, Marx negaba el carácter espiritual del hombre. Como el

[8] Citado en "The Christian Understanding of Man" por Robert L. Calhoun (Chicago: Willett, Clarck & Company, 1938), p. 104. Citado con autorización de los editores.

cristianismo está edificado sobre la naturaleza espiritual de éste, puede recibirlo en la solidaridad mística de Cristo, sin destruir al mismo tiempo todos los valores de la personalidad. El comunismo le pide al hombre que no viva de acuerdo con la gracia de Cristo, sino según la gracia de la sociedad colectiva. Pero como lo colectivo social es la creación del hombre mismo, hay un círculo vicioso: el hombre no tiene alimento para su espíritu, vive de sí, se nutre de sí mismo. Al absorber al hombre en la colectividad, el comunismo no sólo destruye a la personalidad que es la condición de la democracia, sino que también crea al hombre-masa, que es la negación de la democracia, como lo indicó ya De Tocqueville en 1848[6]. Para la democracia, la personalidad humana es el valor supremo, para el comunismo lo son las masas: la persona se autogobierna, las masas son regidas por fuerzas extrañas o por la propaganda; la persona se autodetermina, las masas son determinadas por el dictador[7].

La concepción comunista hace de la personalidad una función de la clase, y de la clase una función del proceso dialéctico. Todo hombre recibe su ser y su condición de y por intermedio de la colectividad. En una democracia, el hombre tiene derechos dados por Dios: en el comunismo, los derechos son dados por el Estado y por lo tanto el Estado puede arrebatarlos. Si el problema fuera el colectivismo y el individualismo, el capitalismo y el comunismo, podría hacerse caso omiso de él. Pero hoy el problema es el valor del hombre, o más bien la supervivencia del hombre.

La comunión de los hombres entre ellos es una consumación que debe ansiarse devotamente, pero nunca se la puede alcanzar sobre una base compulsiva, o mediante la organización externa de la sociedad, que empobrece a la personalidad humana y niega lo espiritual en el hombre. La resurrección de un nuevo orden no puede iniciarse con la negación del hombre, sino con su refirmación, tal como

[6] "La democracia extiende la esfera de la libertad individual: el socialismo la rechaza. La democracia le asigna todo el valor posible a cada hombre: el socialismo lo convierte en un simple instrumento, un mero número." De Tocqueville, "Oeuvres complètes", IX, 8, p. 546.

[7] "La irrupción de las masas es la irrupción de gran número de personas en quienes la personalidad no está expresada y con quienes no hay una definición cualitativa, pero que tienen una gran excitabilidad y una aptitud psicológica para la esclavitud. Esto crea una crisis." Nicolás Berdyaiev, "Slavery and Freedon" (Nueva York, Charles Scribner's Sons; Londres; Geoffrey Bles Ltd., 1944), p. 121. Citado con autorización de los editores.

la hace la Divina Imagen. Imposible empezar mejor que con la doctrina cristiana de que un hombre es más precioso que el universo, que el universo existe para él, que la sociedad puede usar algunas de las funciones humanas, pero nunca a costa de la absorción, y que hasta en sus peores momentos vale la pena llamar al hombre en segunda persona singular, como lo hizo Nuestro Señor al ladrón en su hermosa afirmación de democracia de la cruz: "Hoy, *tú* estarás Conmigo en el paraíso".

En tercer lugar, el comunismo se topa con la dificultad de no ser suficientemente violento. Desde luego, enseña la noción de la lucha de clases, de la destrucción de toda oposición, de la expropiación, del uso de la fuerza para obtener sus fines, pero es ahí donde afirmamos que esto no es lo bastante violento para rehacer el mundo. El cristianismo cree en la violencia, porque Nuestro Señor dijo: "El Reino de Dios soporta la violencia y sólo el violento triunfará." (Mateo, XI, 12.) La gran diferencia entre la violencia comunista y cristiana es que la violencia comunista va dirigida contra el prójimo y la violencia cristiana va dirigida contra uno mismo. La espada comunista apunta hacia adentro, hacia la egolatría, el egoísmo, la adquisitividad, la codicia y mil otras cosas que contribuyen a los elementos antisociales de la sociedad. La historia respalda la posición cristiana, porque nunca se ha sabido que la violencia y la tiranía hayan realizado por sí mismas la libertad o que la lucha haya conseguido la fraternidad.

El comunismo se jacta de ser revolucionario, pero para el cristiano no lo es suficientemente. El documento más revolucionario que se haya escrito no lo redactó Ricardo Wagner o Karl Marx, sino Nuestra Bendita Madre, que en el "Magnificat" habló del derrocamiento de los reinos políticos y sociales: "Él había depuesto a los poderosos de su sitial y exaltado a los humildes. Había llenado de cosas buenas a los hambrientos y expulsado a los ricos." (Lucas, I, 52, 53.) La revolución del comunismo sólo se interesa por lo externo, no por el alma del hombre. Transfiere el botín y el saqueo del bolsillo de un hombre al de otro y cree que, por el hecho de que uno transfiera la propiedad, destruye el *deseo* de propiedad personal. No hay magia en la desintegración de la propiedad privada, porque el orgullo, la avaricia y la adquisitividad siguen existiendo. Todo lo que hace el comunismo en su revolución superficial, es substituir al capitalismo del poder por el capitalismo del dinero.

Los nuevos capitalistas no se reparten ya las ganancias, pero sí el derecho a fiscalizar las ganancias. No existe la menor seguridad de que, cuando las cosas se produzcan en común, el hombre no deseará ya la tarjeta de racionamiento de pan de su vecino ni su privilegio de viajar de Rusia a los libres Estados Unidos. Los hombres no son hermanos porque se repartan una manzana que han robado del jardín del capitalismo. Pero si los hombres son hermanos, la manzana será dividida sin robar. No se ha pergeñado una estupidez mayor que la idea de que si uno le quita veinte huevos a un hombre y diez a otro y mata a ambos y hace una tortilla para otros treinta hombres que tienen un solo huevo, todos serán hermanos. La verdadera revolución consiste en desarraigar el egoísmo que se manifestó en el acaparamiento de los huevos. Entonces, los hombres empezarán a repartirse los huevos porque son hermanos. Ya se dijo muy bien: "En el comunismo, cuando nadie tenga nada, todos tendrán todo; y cuando todos tengan todo, nadie tendrá más que otro. Pero si alguien tiene más que otro, alguno lo matará y entonces todos serán felices, salvo los parientes del muerto." [8]

Hasta en el comunismo existirá aun la envidia a los que tengan la suerte de ser enviados a los Estados Unidos como diplomáticos; y temor en los diplomáticos de que, cuando vuelvan, los eliminen porque les gustaba jugar al golf con un capitalista norteamericano. Todas las revoluciones económicas y políticas están predestinadas al fracaso, ya sea porque sus finalidades primitivas son olvidadas, y porque, aunque puedan eliminar el poder del dinero, no pueden eliminar la codicia del poder. El cristianismo concuerda con los comunistas cuando éstos señalan la necesidad de una revolución, pero no culpa a las instituciones sino a los hombres, no culpa a la legislación sino a los legisladores, no culpa a la política sino a los políticos, no culpa a la propiedad sino al hombre. Nuestro Señor no habría sido crucificado si hubiese culpado a las cosas. El Redentor fué muerto porque encontró la causa de la enfermedad en la persona. Salvad al hombre y salvaréis el mundo: deshumanizad al hombre y arruinaréis el mundo. El único lugar donde triunfa el comunismo es un convento o un monasterio, donde todos los religiosos hablan de "nuestra celda", "nuestros libros". Esa comunidad de bie-

[8] Clare Boothe Luce, "Is Communism Compatible with Christianity?" (Nueva York; Catholic Information Society, 1946). Citado con autorización de los editores.

nes nació sin muertes ni campos de concentración, porque la revolución se operó primero en las almas de los hombres. Los cristianos primitivos compartieron sus bienes porque tenían el Santo Espíritu del Amor, pero compartiendo sus bienes nunca crearían el Santo Espíritu de Amor. El comunismo procura lo imposible: una hermandad del hombre sin una paternidad de Dios.

Al comunismo le falta el verdadero espíritu revolucionario de la violencia, y también valor. Cobardemente, hace siempre que la revolución empiece por "el otro", olvidan que las revoluciones, como la caridad, empiezan por ca. En un sagaz estudio sobre la materia, J. Middleton Murr señala cuán fácil es para cualquiera aceptar el materialismo histórico para la historia o el determinismo económico para los demás; y reducir la conducta de nuestro prójimo a sus "intereses" determinantes. Pero, como dice él verdademente, eso sólo puede hacerse honestamente o con una ventaja concreta si, en cualquier momento, uno está pronto a aplicarse la misma reducción a sí mismo. El señor Murray cree que la impotencia del movimiento socialismo marxista europeo se debe más que nada a que no hizo esto. Los social-demócratas, desde los dirigentes hasta los funcionarios más insignificantes del partido, han olvidado que mientras servían ostensiblemente a un movimiento que apuntaba a la destrucción de la sociedad burguesa, con el mismo elemento se instalaban material y moralmente en la sociedad burguesa; que, inevitablemente, al negarse a aplicar la profiláctica de la conciencia del Yo a su propia "conducta", han cesado de intensificar la finalidad inconsciente de la clase obrera. En vez de hacerlo, se dedicaron a embotarla [9].

De nada serviría tener un nuevo sistema económico, a

[9] "Hoy, nuestros mejores planes fracasan porque están en manos de gente que no ha crecido por dentro. La mayoría de esa gente no ha querido mirar de frente la crisis mundial y no tienen idea de la forma como ha contribuido ella misma a provocarla. En toda situación nueva, sólo lleva un yo fosilizado. Sus prejuicios ocultos, sus volubles esperanzas, sus arcaicos deseos y automatismos —presentados usualmente en el lenguaje de una asertiva modernidad— recuerdan los de los griegos en el siglo IV a. de la E. C., o los de los romanos en el siglo IV de la E. C. Han entrado en picada y sus controles se han helado. Cerrando los ojos, creen poder evitar el choque... Las posibilidades de progreso volverán a ser reales cuando perdamos nuestra ciega fe en los progresos externos de la máquina sola. Pero el primer paso es personal: un cambio en la orientación del interés hacia la persona. Cuando ese cambio comienza, todo es posible." Lewis Mumford, "The Condition of Man" (Nueva York: Harcourt Brace & Company, 1944), p. 423. Citado con autorización de los editores.

menos que hubiese nuevos economistas: sería inútil tener una nueva teoría legal, a menos que hubiese nuevos abogados. El nuevo hombre del Evangelio debe ser un converso de alma cambiada, que nunca busca la suya. Entonces, puede empezar a cambiar el mundo. Si no le interesa cambiar el mundo después de haber sido convertido, ello implica que no está convertido realmente. San Pablo opuso la maldad del imperio romano con mayor fuerza que la que vertió Marx en ninguno de sus escritos contra el cristianismo, pero nunca incurrió en el error marxista de creer que el mundo mejoraría simplemente porque Nerón y unos cuantos tiranos más fueron derrocados. San Pablo no trajo odio, sino buenas nuevas, no anunció un lejano sueño futuro, sino un presente realizado, esto es, un hombre cambiado; y proclamó para toda la historia subsiguiente la sublime idea de que el comunismo no es lo bastante revolucionario, porque deja todavía odio en el alma del hombre.

En cuarto lugar, el comunismo tropieza con la dificultad de que no lo indignan suficientemente las injusticias del orden económico y político. Ello se debe a que niega una existencia independiente a la ética y la moral. El comunismo afirma que toda explotación económica sólo es un problema económico y no moral. Insiste en que las injusticias se deben exclusivamente a los métodos de producción. No deja lugar a la más vigorosa de todas las protestas, esto es, la basada en un orden moral y ético. Los hombres pueden ser llamados a la revolución, no simplemente porque exista una diferencia en los métodos de producción, sino porque se ha cometido una injusticia. Quizás haya una palabra más fuerte en todo el orden económico que la palabra "injusticia"; y es la palabra "justicia". Cuando la moral se convierte en una superestructura

"Una economía liberal y de competencia y su sociedad pueden funcionar perfectamente con valores neutralizados mientras no haya una amenaza desde dentro o desde fuera, que hace imperativo un consentimiento básico. Esto es lo que sucede, evidentemente, cuando los Estados totalitarios atacan a nuestras sociedades. Pero no sólo este caso negativo, el asalto desde fuera, hace que sea una necesidad social el tener la sociedad organizada en los planos profundos en que la religión organizaba nuestras sociedades preindustriales; la necesidad de planificación dentro de nuestras propias sociedades reclama un vínculo de integración análogo. No es una casualidad que tanto el comunismo como el fascismo traten de desarrollar y superponer una integración seudorreligiosa para crear un ambiente psicológico y sociológico a fin de planificar." Karl Mannheim, "Diagnosis of Our Time" (Nueva York; Imprenta de la Universidad de Oxford, 1944), p. 111. Copyright 1944 por la Imprenta de la Universidad de Oxford.

de la economía y por lo tanto reviste poca importancia, la explotación, la intolerancia y las injusticias raciales son ya actitudes perversas moralmente reprochables hombre a hombre. Si toda explotación se reduce a procesos económicos... ¿por qué indignarse moralmente? Decir que todo mal se debe a la economía, es tan absurdo como decir que todos los matrimonios desdichados del mundo se deben a la mala economía; cuando los hechos prueban en cambio que si las injusticias económicas fueran la única causa de la infelicidad, los felices serían los ricos y sólo los pobres sufrirían.

Los marxistas se contradicen cada vez que formulan una protesta moral contra los explotadores, los logreros, los capitalistas, los contrarrevolucionarios, los trotzkistas. ¿De dónde provendría esta ira moral si la realidad no fuese moral? Si todos los fenómenos sociales son amorales, si no existe una auténtica diferencia entre lo bueno y lo malo en la naturaleza de las cosas... ¿por qué es injusta la explotación y por qué no debemos cometer injusticias con el prójimo? Si el capitalista es un producto de los métodos económicos de producción... ¿por qué habría de ser condenado como inmoral, injusto, perverso? Esas categorías no pertenecen al orden económico. Los cristianos y los judíos que creen que el orden ético es independiente de la economía pueden condenar la explotación, pero el materialista del marxismo no puede hacerlo sin repudiar todo su sistema [10].

El comunista sólo es fuerte en su protesta contra los desórdenes económicos, como dice Berdyaiev, cuando toma en préstamo la moral del cristianismo. Es débil cuando se aparta de ella. Por eso, el cristianismo no se interesa por un hombre o un sistema que no pueda indignarse moralmente e irritarse con toda justicia, hasta como un Dios justo frente a las iniquidades morales existentes entre los hombres. "Sea que consideremos el marxismo una revelación de la verdad o un reflejo relativo de la realidad económica, lo uno o lo otro socava la base del propio mar-

[10] Hay un peligro mortal para toda filosofía o sociología o teología que pone el fin de la historia dentro de la historia misma. Puede hacer esto solamente desdeñando el hecho gigantesco y limitador de la mortalidad y desechando así toda su perspectiva; pero involucra también el miraje de que puede constituirse algo *total* en un orden de cosas transitorio, transicional y no total por naturaleza, y ese miraje engendra reivindicaciones idólatras y totalitarias." De Alexandre Miller. "The Christian Significance of Karl Marx". Copyright 1947 por The Macmillan Company. Con autorización de The Macmillan Company, editores.

xismo. El marxismo se ha saturado de contrabando de bien absoluto y verdad absoluta, y desde las cumbres de este bien y esta verdad, juzga al mundo"[11].

En el comunismo hay algo de infantil. Como un niño, asesta un puntapié a la puerta porque ha chocado con ella: como un jugador de golf, rompe sus palos porque ha fracasado el tiro; así como Jerjes azotaba las aguas del Helesponto porque lo demoraban, así también Marx, después de haberse golpeado las piernas contra la propiedad privada, comienza inmediatamente a golpear la propiedad. ¡Es tan fácil para todos nosotros incurrir en ese error, sobre todo cuando no queremos lo mejor!

Una quinta razón por la cual la Iglesia se opone al comunismo, es que éste destruye el amor por la patria. Al comunismo le falta una de las virtudes fundamentales que tienen hasta los paganos: la virtud de la piedad. *Pietas* se consideraba el respeto por Dios, la familia y la patria, porque están unidos. Cuando la gente pierde el respeto por Dios, empieza a perder el respeto por su propio país. La religión condena a toda organización que, mientras goza de las ventajas de nuestro país, inculca la lealtad a otro. Pero esto es precisamente lo que prescriben las tesis y estatutos de la Tercera Internacional, a la cual debe adherir el partido comunista de los Estados Unidos: "*Todo partido que desee afiliarse a la Tercera Internacional debe renunciar no sólo a todo patriotismo social confesado, sino también a la falsedad e hipocresía del pacifismo social: debe demostrarles sistemáticamente a los obreros que, sin un derrocamiento revolucionario del capitalismo, ningún arbitraje internacional, ninguna conferencia sobre desarme, ninguna organización democrática de la Liga de las Naciones, podrán salvar a la humanidad de nuevas guerras imperialistas.*"

Encontramos una confirmación de esto en las páginas 104 y 105 del "Manual de Organización" publicado por la Workers Library Publishers y editado por J. Peters. Es el juramento de fidelidad que han prestado todos los comunistas de los Estados Unidos. Y expresa: "Me comprometo a reunir a las masas para defender a la Unión Soviética, caudillo del socialismo victorioso. Me comprometo a seguir siendo en todo momento un defensor alerta y firme de la línea leninista del partido, la única línea que asegura un triunfo del poder soviético en los Estados Unidos." El

[11] Nicolás Berdyaiev en "Christianity and the Crisis", editado por Peecy Dearmer (Londres: Víctor Gollancz, 1933), p. 175.

comunismo no sólo logra que sus adeptos se agrupen en torno de una potencia extranjera, sino que también les induce a adherir a un programa revolucionario impuestos desde arriba. En la página 105 del Manual, leemos: "Nuestra solicitud de afiliación ostenta la siguiente declaración, el infrascrito declara su adhesión al programa y a los estatutos de la Internacional Comunista y del partido comunista de los Estados Unidos, y consiente en someterse a la disciplina del partido y en consagrarse activamente a su labor." Y, finalmente, en la página 8, leemos que todos los miembros del partido comunista deben trabajar por una revolución en los Estados Unidos. "Como caudillo y organizador del proletariado, el partido comunista de los Estados Unidos dirige a la clase obrera en su lucha por el establecimiento de una dictadura de la República Socialista Soviética en los Estados Unidos."

Los comunistas han confesado abiertamente su falta de patriotismo ante un comité especial de la Cámara de Representantes de los Estados Unidos. En el Informe Nº 2.290 del 71 Congreso, W. Z. Foster, del partido comunista, hizo algunas manifestaciones reveladoras en respuesta a las preguntas que le formularon:

Preg. — *...Los obreros de este país consideran su patri a la Unión Soviética... ¿no es así?*

Resp. — *Los obreros más adelantados, sí.*

P. — *¿Consideran su patria a la Unión Soviética?*

R. — *Sí.*

P. — *¿Consideran su bandera a la bandera soviética?*

R. — *Los obreros de este país... sólo tienen una bandera. Y es la bandera roja...*

P. — *¿Se oponen los comunistas de este país a nuestra forma republicana de gobierno?*

R. — *¿A la democracia capitalista? Sí, por cierto que sí...*

P. — *¿Y desean derrocarla con métodos revolucionarios?*

R. — *Quisiera leerles algo del programa de la Internacional Comunista... "La conquista del poder por el proletariado no implica un apoderamiento pacífico... por intermedio de una mayoría parlamentaria... ¡La violencia de la burguesía sólo puede ser vencida por la severa violencia del proletariado!"*

P. — *¿Recibe usted órdenes de la Tercera Internacional?*

R. — La Internacional Comunista es un partido mundial, basado en los partidos de masas de los respectivos países. Elabora la política por los principios de masas de esos partidos en todas sus deliberaciones... Cuando se llega a una decisión los obreros, con su habitual sentido de la disciplina proletaria, la aceptan y ejecutan.

P. — ¿Abogan los comunistas de nuestro país por la revolución mundial?

R. — "Sí..." [12]

Íntimamente ligado a la falta de patriotismo, aparece el sexto efecto del comunismo: su deformación de la auténtica doctrina de la libertad. Toda herejía, en cierto sentido, está formada por gemelos, ya que de una deformación de la equilibrada y viviente unidad de la verdad deriva una neta separación y divorcio de lo que Dios quiso que nunca se separara. Nada revela más claramente esta verdad que la historia de la doctrina de la libertad. De acuerdo con la justa razón, hay dos libertades: una libertad *menor* y otra *mayor*. La primera es la base del libre albedrío o libertad de elección: la segunda, la libertad de realización o perfección. San Agustín dice que la primera hace a un hombre libre en sus relaciones con Dios: la segunda es el logro de la perfección en Dios. La primera es la libertad de indiferencia o la libertad inicial que un hombre tiene de la coerción externa, y que le es dada como un medio de obtener la otra libertad, que es la de autonomía. La libertad de indiferencia es la libertad de elegir la verdad: la libertad de autonomía, la libertad en la verdad. La primera pertenece a la tierra, la segunda al cielo, o su anticipación. Cuando un hombre libre, con el uso adecuado de los medios de este mundo, llega realmente a Dios, pierde la libertad de indiferencia. Cuando se llega a Dios, no queda nada que desear. No habrá libertad de elección en el cielo. El primer tipo de libertad no proporciona garantía alguna de que el hombre alcance su fin, porque mientras el hombre ejercita su libertad de elección, está dentro de las posibilidades el que pueda elegir lo que no ayudará a su perfección final. Lo que recibe metafísicamente un hombre en la libertad menor, tiene que realizarlo moralmente en la libertad mayor. Esto constituye

[12] Repetido por Foster en la página 5390. "Hearings of the Committee on Unamerican Activities" ("Actas del Comité de Actividades Antiamericanas"), en la página 58 de las actas del mismo comité de septiembre y octubre de 1945.

el proceso de redención. Ya lo dijo San Agustín: "Es una gran libertad poder no pecar: pero lo es mayor aun el poder pecar". Cuando ambas libertades fueron ejercitadas adecuadamente en la civilización cristiana, la una se convirtió en el medio de llegar a la otra. Los hombres querían ser libres para satisfacer ciertos propósitos: la libertad de algo sólo era inteligible porque significaba la libertad *para* algo, es decir, para la perfección de la personalidad en Dios.

El caso es que la civilización moderna ha separado ambas libertades. El liberalismo histórico ha elegido la primera con exclusión de la segunda, y el totalitarismo, en sus tres formas de nazismo, fascismo y comunismo, ha elegido la segunda con exclusión de la primera. El liberalismo histórico ha definido la libertad como el "derecho de hacer todo lo que uno quiera", con el resultado de que empezó a juzgar la buena sociedad por la ausencia de la ley y la inhibición. En su mundo ideal un hombre sería políticamente libre, ya que escaparía al poder del Estado; económicamente libre, ya que el derecho a acumular dinero escaparía a la autoridad de la conciencia; religiosamente libre, ya que escaparía a la autoridad religiosa, la de la Biblia o la de la Iglesia. La libertad del liberalismo empezó por eso a ser una fuerza física antes que una fuerza moral, simplemente porque negaba la necesidad moral de querer dentro del marco fijo de un orden moral. Una de las razones por las cuales se ha interpretado erróneamente tan a menudo la posición de la Iglesia ante el liberalismo histórico, es que los hombres no han advertido que cuando la libertad se aparta de la ley, la finalidad y el orden concluyen en la licencia[13]. Los efectos de la falsa definición de la libertad como el derecho a ser inmunes de la coerción y la ley, tienen una doble repercusión: social y económica. Socialmente, han producido una civilización formada por corrientes encontradas de egolatría, en pugna entre sí. El mundo empezó a cobrar el aspecto de una arrebatiña, que fué dignificada llamándola la lucha por la vida. Nadie se interesaba por el bien común, sino solamente por un minúsculo yo, lo cual significaba que cada hombre era su propio dios, en un panteón de otros dioses. Económicamente, la libertad de indiferencia motivó tremendas desigualdades de fortuna en que la pobreza fué el destino

[13] Tal era la base de la crítica del liberalismo histórico en la encíclica "Libertas Praestantissimum", de León XII (Nueva York: Benziger Bros., 1903).

de los más y la riqueza la suerte de los menos. Ya William Ernest Hocking describió los efectos de la falsa libertad: 'Ser libre ha llegado a significar verse liberado de las viejas normas, tratando de violarlas un poco y luego otro poco, explorando sus fronteras... de modo que el modernismo ha logrado encontrar sus emociones típicas en la extravagante atmósfera de un medio social hecho seguro por las desviaciones a medias convencionales del convencionalismo: seguro para los riesgos de una imaginación embotada. Su mayor conquista es haber escarnecido los patrones cuyo sentido no se percibe ya porque basta con conocer su fecha: son viejos. Cuando hayamos llegado al extremo de medir nuestra libertad por el tamaño de la pila de nuestras inhibiciones descartadas... ¿estará dispuesto alguien a morir por ese desventurado huésped de la libertad moderna que fué antaño sagrado porque era importante?"[14]

Había que hacer algo para contrarrestar el egoísmo individual y las desigualdades económicas y el escarnecimiento de los patrones: había que descubrir alguna manera de liberar al hombre de sus egolatrías individuales y hacerle buscar el bien común, pero... ¿cómo hacerle comprender al hombre que es el guardián de su hermano? La religión podía haberlo hecho restaurando un sentimiento de moral y justicia desde *adentro*, pero ya que la religión fué rechazada como solución, en parte porque los espíritus habían perdido el amor a la verdad, sólo quedaba un camino, y era *obligarlos* a vivir para el bienestar general: esto es, para apoderarse de la riqueza y usar el poder a fin de nivelar las desigualdades. Así, nacieron las dictaduras del nazismo, el fascismo y el comunismo en Europa. Si las ovejas no quieren congregarse espontáneamente en la unidad del redil, hay que enviar a los perros para que les ladren a la zaga. Si los individuos no quieren responder ante sus conciencias dadas por Dios que los inducen a admitir sus responsabilidades sociales, los dictadores los obligarán a hacerlo. La unidad así lograda no provino de *dentro* mediante la religión, sino de *fuera*, mediante la fuerza. Así, se verificó lo dicho por Dostoyevski: "La falta de libertad total lleva a la tiranía total". Entonces, el totalitarismo empezó a aplicarle a la sociedad la libertad de autonomía que sólo le pertenece a Dios: procuró secula-

[14] William Ernest Hocking, "What Man Can Make of Man" (Nueva York: Harper & Brothers, 1942), p. 15. Citado con autorización de los editores.

rizar la perfección que sólo puede dar lo Absoluto Celestial, transfiriéndolo a un absoluto terreno. Por eso, así como el liberalismo buscó la libertad a expensas del bien común, el comunismo busca el bien común a expensas de la libertad. Así como el liberalismo hizo del individuo la finalidad que debía ser servida, el totalitarismo hizo de la colectividad el fin para el cual el individuo sólo es un medio. Desde el erróneo extremo del liberalismo según el cual la libertad era el derecho de hacer lo que a uno *se le antojara*, se pasó a la antípoda en que la libertad se definía como el derecho de hacer todo lo que uno *debía*. El filósofo comunista Engels definió la libertad como una "necesidad". Una piedra es libre cuando obedece a la ley de la gravedad y cae a tierra cuando la mano la suelta. El hombre es libre, según el punto de vista comunista, porque sabe que debe obrar de acuerdo con las leyes del dictador. Cuando un hombre sabe qué debe hacer y lo hace, es libre. Por eso, el artículo 124 de la Constitución Soviética les otorga a los ciudadanos los derechos de libertad de prensa y de palabra y de reunión, *a condición* de que los usen para apoyar el sistema comunista. Esto implica que, a menos que los ciudadanos usen la prensa y la palabra y la reunión para propagar el comunismo, pierden inmediatamente sus derechos. El comunismo remedió uno de los defectos de la teoría liberal de la libertad ofreciendo una finalidad social, pero convirtió esta finalidad en algo tan absoluto que podía destruir por completo la libertad de elección. Hizo esto asimilando la personalidad a la clase, lo cual es la esencia del comunismo.

Cristo dijo: "La verdad os hará libres". Pero si la verdad no existe, sólo queda la organización compulsiva de la felicidad social. Hoy, muchos están dispuestos a aceptar esta organización compulsiva del caos creada por un falso concepto de la libertad, porque temen seguir soportando la carga de la responsabilidad de la libertad.

Lo mismo que en el tema de la propiedad, en el de la libertad la posición cristiana adopta un término medio entre los extremos. La libertad, para el cristianismo, no implica el derecho de hacer lo que a uno se le *antoja*, ni tampoco el de hacer lo que uno *debe*, sino más bien el derecho de hacer lo que uno *debiera*. *Debiera*, implica orden, ley y justicia. La libertad, por definición, es un atributo que sólo le pertenece a la persona. No puede serle atribuído a una colectividad o comunidad, trátese de una nación, un Estado, una raza o una clase. El sofisma básico

del comunismo, en este aspecto, es la transferencia de la libertad de la persona a la colectividad.

La libertad del cristianismo es la libertad de una persona de ser una persona, y no una gota en el torrente de la historia terrestre. Cada hombre es una persona *sui juris,* un absoluto a su manera, que sólo es relativo si se lo compara con Dios. Cuando la persona humana se divorcia de Dios, de acuerdo con Cuya imagen ha sido hecha, el hombre mismo se convierte en dios y la libertad se vuelve absoluta en un individuo autónomo. Cuando se saca al hombre de un plan orgánico del universo, en el cual, al mismo tiempo, depende de Dios, y es por lo tanto independiente en el sentido de que está dotado de derechos inalienables, se lo deja oscilando entre concepciones de impotencia absoluta e independencia absoluta. La libertad de elección ilimitada lo deja finalmente desilusionado y se entrega a algún dios colectivo o histórico. Así, aparecen los falsos absolutos para ocupar el vacío dejado por la desaparición de los absolutos teológicos, en que los fines humanos son encauzados hacia Dios como meta final. En el orden psicológico, el efecto de la deshumanización del hombre es doble: aparecen el orgullo y la sensualidad. Ya lo expresó muy bien Reinhold Niebuhr: "El hombre cae en el orgullo cuando procura elevar su vida contingente a una significación incondicional; cae en la sensualidad cuando procura huir de sus posibilidades ilimitadas de libertad, de los peligros y responsabilidades de la autodeterminación, sumergiéndose en un "hermoso bien", perdiéndose en alguna vitalidad natural." [15] En el orden político, esos dos efectos son lo que se ha calificado ya de liberalismo histórico, que equipara la libertad a la licencia, y de totalitarismo, que equipara la libertad a la necesidad y la tiranía.

Como el comunismo niega la libertad de elección, substituye a Dios, el Único que puede dar libertad de elección, por el dictador y el Estado colectivo como fuente de libertad, y eso destruye necesariamente la libertad humana. En su metafísica, está implícita la necesidad misma de una revolución violenta. Por el simple hecho de que le arrebata al hombre el poder creador de la elección para su propia reforma, debe por fuerza verter la energía de la transformación en la violencia del todo. Como toda libertad per-

15 Reinhold Niebuhr, "The Nature and Destiny of Man" (Nueva York: Charles Scribner's Sons, 1943), tomo I, p. 186. Citado con permiso de los editores.

sonal implica razón, se sigue que la negación de la libertad personal implica necesariamente una revolución irracional. El gobierno se convierte sin remedio en un gobierno de compulsión y no de persuasión, y la compulsión es la expresión de la voluntad, no de la razón humana. La democracia, en el verdadero sentido de la palabra, es el gobierno de la razón: el totalitarismo, el gobierno de la voluntad colectiva, que destruye la voluntad personal. Como el comunismo descansa sobre el poder, está ligado necesariamente al miedo, que explica la crueldad de sus revoluciones. "El hombre a quien posee el miedo empieza siempre a perseguir. El hombre a quien domina una manía persecutoria es peligroso: siempre cabe esperar de él persecuciones. Nada es más terrible que los hombres poseídos por el miedo, los que ven por todas partes peligros y conspiraciones y tentativas contra ellos. Son precisamente esos hombres, presas de un loco pánico, quienes pueden ser bestiales y místicos, quienes establecen tribunales inquisitoriales y torturan y usan la guillotina... La violencia nunca lleva a la libertad. El odio nunca lleva a la fraternidad. El repudio general de la dignidad humana debido a una sola parte hostil de la humanidad, nunca llevará a la afirmación universal de la dignidad humana." [16]

Nuestra generación presencia, quiéralo o no, el conflicto de dos conceptos radicalmente falsos de la libertad: una libertad de indiferencia que le da al individuo el derecho de desconocer a la sociedad, y la libertad de necesidad, que le da al Estado el derecho de desconocer al individuo, absorbiéndolo en una competencia de clase y destruyendo así su libertad de elección. La libertad de indiferencia olvida a la sociedad, la libertad de necesidad olvida al hombre. La libertad de indiferencia estropea a la sociedad, definiendo a la libertad como la licencia individual: la libertad de necesidad destruye a la humanidad, definiendo a la libertad como la necesidad que le da al dictador el derecho de absorber a la persona. León XIII, en 1888, hizo ya la siguiente advertencia sobre las consecuencias de los falsos conceptos de la libertad: "La verdadera libertad de la sociedad humana no consiste en que cada hombre haga lo que quiera, ya que esto terminaría simplemente en el desorden y el caos y provocaría la caída del Estado... y tampoco consiste en la facultad de quienes detentan la autoridad, de imponerles exigencias irrazonables y caprichosas

[16] Nicolás Berdyaiev, "Slavery and Freedom" (Nueva York: Charles Scribner's Sons, 1941), p. 191. Citado con autorización de los editores.

a sus súbditos, lo cual sería igualmente criminal y llevaría a la ruina de la comunidad."[17]

La libertad es algo más que un fenómeno económico, como lo afirman los discípulos de la libre empresa; la libertad es algo más que un fenómeno político, como lo afirma una dictadura tiránica; es algo más aun que la separación del derecho de la responsabilidad, como lo afirmaba el liberalismo histórico; es algo más que el deslinde de las responsabilidades de los derechos, como lo asegura el comunismo; es algo distinto del librepensamiento y algo más que el pensamiento impuesto. El liberalismo histórico no fué la fuente de la libertad y la dictadura comunista no es su descubrimiento. La libertad tenía sus raíces en la naturaleza espiritual del hombre, antes de que existiese siquiera un liberal, un demócrata, un fascista, un comunista o un nazi. La libertad no surge de una organización social o una constitución o un partido, sino del alma del hombre. Por eso, se advierte tanta ausencia de meditaciones sobre la libertad civil, política y económica en el Nuevo Testamento, porque las últimas formas de las libertades fueron simplemente subproductos de la libertad del espíritu. Nuestro Divino Salvador, por eso, se negó a aceptar la oferta de amigos políticos que querían hacerlo rey y ponerlo a la cabeza de una rebelión. En el orden económico, se negó a ser juez entre dos hermanos que se disputaban una herencia, porque halló codicia en ambos. Sólo una regeneración moral podía desarraigar aquel vicio. Aunque tenía poco que decir sobre los múltiples problemas sociales de su tiempo, Él se interesó muchísimo por otorgar lo que San Pablo llamó "la gloriosa libertad de los hijos de Dios". Lo que se propuso liberar fueron las almas de los hombres. La libertad, para Él y para toda la tradición del mundo occidental, no proviene esencialmente de condiciones mejoradas de vida, sean políticas o económicas, sino que es más bien un torrente del cual deben fluir mejores condiciones de vida. Un espíritu libre crea instituciones libres, así como un espíritu esclavo crea una institución tiránica[18]. Desde el punto de vista cristiano, tanto

[17] "Libertas Praestantissimum."

[18] El hombre no puede vivir a menos que sea libre: esto es, a menos que posea esa alma que es la suya propia. Cristo les trajo a los hombres la seguridad plena de su ser personal. Les enseñó que al apreciar sus vidas individuales no se equivocaban, porque Dios los conocía y amaba por separado, y veía en cada uno de ellos algo que no debía dejarse perecer. Ernest F. Scott, "Man and Society in the New Testament" (Nue-

el liberalismo histórico como el totalitarismo son a medias justos y a medias injustos: a medias justos, porque toman una parte de la libertad: a medias injustos, porque desconocen la otra parte. Separan lo que nunca debiera separarse, esto es, la libre elección, como un medio para un fin que es la autoperfección. Dios unió la elección y la perfección, y separarlas por la fuerza es violentar al hombre. El hombre no ha sido enviado a este mundo para elegir y elegir y elegir, y morir luego sin haber hecho la elección suprema. A menos que el camino lleve a alguna parte, no hay motivo para seguirlo. Así como el galanteo se hace con vistas al matrimonio, así la elección busca fines, objetivos, la perfección. La libertad que ansía en última instancia el hombre no radica en la elección indefinida de fines indiferentes, ni en el abandono de la elección al reino de la tierra. El hombre procura hacer una elección que lo libere de la necesidad de volver a elegir. Quiere una libertad que le dé una evasión de la paradoja de la cacería y la captura. Esto es posible cuando uno ha vivido para Dios y ha encontrado a Dios. Cuando el hombre alcanza el éxtasis de Dios, apresa algo tan infinito que necesitará una eternidad de cacerías para sondear las profundidades de su Vida y Verdad y Amor, y en esa unión de la captura y la cacería consiste la felicidad del hombre.

El defecto básico del comunismo es el ineludible hecho de la muerte. Recientemente, una obra escrita sobre la filosofía comunista contenía un breve capítulo titulado "La actitud comunista frente a la muerte" y no se refería para nada a la filosofía del comunismo, sino que contenía tan sólo una cita de Gorki sobre los esfuerzos de la ciencia por vencer a la muerte. La práctica confirma esto, ya que todos los funerales rojos son glorificaciones de la colectividad. El símbolo perfecto de su filosofía es el cadáver de Lenin con sus inyecciones periódicas de flúido de embalsamar, para darle la apariencia de la durabilidad[19].

---

va York: Charles Scribner's Sons, 1946), p. 245. Citado con autorización de los editores.

"El cristianismo enseña que el alma humana está directamente emparentada con Dios. Esta proximidad es el sello de la divinidad en el alma y el centro de nuestra libertad." Reproducido de "Freedom Forgotten and Remembered" por Helmut Kuhn, con autorización de la Imprenta de la Universidad de la Carolina del Norte. Copyright, 1943, por la Imprenta de la Universidad de la Carolina del Norte.

[19] Si uno pregunta por qué fué embalsamado y exhibido en una suerte de solemne vitrina, no tarda en llegar a la conclusión de que las razones son numerosas y los fines variados. Se quería alejar de la eternidad por

La muerte es el gran problema no resuelto del comunismo, porque, pese a todas las tentativas dictatoriales de absorber a los hombres en la colectividad, el último aliento del hombre individualiza y personaliza. Durante algún tiempo, un comunista puede creerse el fruto del árbol de la sociedad sin clases, del cual cuelgan todos: así como el árbol se adhiere a la corteza y la corteza a la pulpa y la pulpa a la semilla, así se adhiere él al partido, el partido al Politburó y el Politburó al dictador. Pero debe recordar que llega el día en que el fruto cae del árbol: la pulpa podrá ser presa de los pájaros, pero en su núcleo hay una semilla que prepara para otra vida, sin partido, sin Politburó, sin dictador: un alma inmortal. Así como la muerte separó al Dives del Evangelio de sus cinco hermanos, así separará a los estudiantes de sus profesores, cuyos sofismas les robaron la fe; separará a los parásitos de la multitud, cada una de cuyas expresiones y modismos y estilos reflejaban; separará a los compañeros de ruta de la inspiración moscovita, y a cada miembro del partido del comité central. Durante la vida, la fuerza, el terror y el miedo podrán apagar la personalidad, pero la muerte la refirmará. Entonces, cada hombre tendrá que descubrir por sí mismo cuán estrecha es la puerta y cuán angosto el camino que llevan a la Vida Eterna, y cuán pocos entran allí. No habrá abogados que defiendan su pleito; ni alienistas para alegar que no estaba en su sano juicio cuando obró mal; ni freudianos que aleguen que era irresponsable porque tenía el complejo de Edipo; se quitarán todas las máscaras; el hombre saldrá de las filas, se alejará de la multitud y la única voz que oirá será la de su conciencia,

---

lo menos una parte de lo que le pertenece. Ya que es imposible vencer a la muerte, querían por lo menos vencer el cadáver, cuya ley es la descomposición y no la durabilidad. Se diría una aparatosa —pero al propio tiempo pueril— amenaza a la muerte, a quien se le prueba que su víctima puede ser conservada tanto como las alhajas que ya no se usan. Proporcionar la prueba visual de esto era uno de sus objetivos más importantes. "Tú nos lo has arrebatado —le dijeron los hombres a la muerte— pero te demostraremos que podemos retenerlo. Se lo exhibiremos al mundo con el mismo aspecto que tenía en vida". Si hubiesen podido oír la respuesta de la muerte, habrían oído algo así como esto: "Vuestra amenaza es pueril y vuestro orgullo estúpido. Mi misión es llevarme de este mundo no su apariencia física, sino lo que era su vida y que vosotros amáis: me refiero a su aliento. Está apagado como una lámpara. He tomado el pabilo y el petróleo, y vosotros podéis quedaros con el recipiente, que no me interesa. ¡Era su llama lo que amabais, y su luz! ¿Por qué alardeáis ahora con el insignificante recipiente en que estaban contenidos? Yo he apagado ya muchas grandes luminarias y les fueron

que no testimoniará en su favor, sino que lo revelará tal cual es realmente, sus rayos X penetrarán más allá de todos sus caprichos y fantasías, gestos y tretas e ilusiones; ninguna sonora orquesta tocará para acallar la voz de su conciencia; no se dará droga alguna que lo haga olvidar o lo arrebate hacia la deliciosa irresponsabilidad del sueño; no se servirán cócteles en celestiales bares, con camareras angélicas que lo ensordezcan ante la voz de la conciencia; ningún marxista se levantará para defenderlo y decir que fué determinado por las condiciones económicas en que

---

erigidos monumentos." Joseph Roth, "The Anti-Christ" (Nueva York Viking Press, Inc.), ps. 4, 6. Citado con autorización de los editores.

En cuanto a otros sofismas del comunismo en el orden filosófico, ver:

Charles A. McFadden, "The Philosophy of Communism" (Nueva York: Benziger Bros., 1939).

H. G. Wood, "Christianity and Communism" (Nueva York: Round Table Press, 1932).

J. E. Le Rossignol, "From Marx to Stalin" (Nueva York: Thomas Y. Crowell, 1940).

Frank Sheed, "Comunism and Man" (Nueva York: Sheed and Word, 1939).

E. Delaye, "What Is Communism?" (Saint Louis: B. Herder Book Co., 1938).

Max Eastman, "Marxism Is it a Science?" y "The End of Socialism in Russia" (Boston: Litlex, Brown &[3] C., 1927). Mauriac, Ducalleton, Marc, Berdyaiev, de Rougemont y Rops. "Communism and Christianity" (Londres: The Paladin Press, 1938).

E. Stanley Jones, "Christ's Alternative to Communism" (Nueva York: Abigdon Press, 1935).

Arnold Lunn "The Science of World Revolution" (Nueva York: Sheted and Ward, 1938).

Waldemar Gurian, "Bolshevism, Theory and Practice" (Nueva York: Sheed and Ward, 1932).

Richard Cudenhove Kalergi, "Tre Totalitarian State Aganst Man" (Glarius, Suiza: Paneuropa, Editions Ltd., 1938).

Pueden hallarse críticas desde un punto de vista más práctico en:

Arthur Koestler, "The Yogi and the Commissar" (Nueva York: The Macmillan Company, 1945).

Jhon Fischer, "Why They Behave Like Russians" (Nueva York: Harper and Brothers, 1946).

George Morrad, "Behind the Iron Curtain (Filadelfia: Fireside Press, 1946).

Louis Budenz, "This is My Story" (Nueva York: McGraw-Hill Book Co., Inc., 1947).

Alexander Barmine, "One Who Survived" (Nueva York: G. P. Putnam, 1945). William Bullitt, "The Great Globe Itself" (Nueva York: Charles Scribner's Sons, 1946).

Hamilton Fish, "The Challenge or World Communism" (Milwaukee: The Bruce Publishing Company, 1946).

Victor Kravchenko, "I Chose Freedom" (Nueva York: Charles Scribner's Song, 1945).

Report of the Royal Commission", junio 27, 1946 Ottawa, Canadá.

vivió y por lo tanto no era libre; no se leerá ningún libro del mes para probar que no hay pecado, que no hay juicio. Sólo habrá el libro abierto de su conciencia donde todo está revelado, porque entonces empezará a comprender qué significa autodeterminarse; entonces, descubrirá qué significa ser libre: la muerte hace que la personalidad se afronte a sí misma mejor que nada, mejor que el peligro mismo. Marx, que dijo que la persona carecía de valor, salvo como miembro de una clase revolucionaria, recibirá un gran mentís: un hombre tiene valor porque es una

---

W. L. White, "Report on the Russians" (Nueva York: Harcourt, Brace and Company, 1945).

David Dallin, "The Real Soviet Russia, The Big Three, Soviet Russia's Foreign Policy" (New Haven: Imprenta de la Universidad de Yale).

Rose Wilder Lane, "Give Me Liberty" (Nueva York: Longmans-Green, 1936).

W. H. Chamberlain, "The Russian Revolution", 2 tomos (Nueva York: The Macmillan Company, 1935).

F. A. Voigt, "Unto Caesar" (Londres: Constable & Co., 1938)

Jhon K. Turner, "Challenge to Karl Marx" (Nueva York: Reynal & Hitchock, 1941).

Richard Hich, "The Soviet Spies" (Nueva York: Duell, Sloan & Pearce, 1947).

Jean Ciechanowski, "Defeat in Victory" (Nueva York: Doubleday Doran, 1947).

Thomas G. Chase, "The Story of Lithuania" (Nueva York: Stratford House, 1946).

Prefacio por T. S. Eliot, "The Dark Side of the Moon", (Nueva York: Charles Scribner's Sons, 1947).

Edward H. Carr, "The Soviet Impact on the Western World" (Nueva York: The Macmillan Company, 1947).

George Orwell, "Animal Farm" (Nueva York: Harcourt, Brace & Company, 1946).

Arthur Koestler, "Darknees at Noon" (Nueva York: The Macmillan Company, 1946).

James Oneal and G. A. Werner, "American Communism" (Nueva York: E. P. Dutton, 1947).

Ann Su Carwell, "Poland and Russia" (Nueva York: Sheed and Ward, 1944).

David Martin, "Ally Betrayed" (Nueva York: Prentice-Hall, 1936).

N. S. Timesheff, "Three Worlds" (Milwaukee: The Bruce Publishing Company, 1936).

Kurt Von Schuschnigg, "Austrian Requiem" (Nueva York: G. P. Putnam, 1946).

N. S. Timasheff, "The Great Retreat" (Nueva York: E. P. Dutton, 1946).

N. S. Timasheff, "Religion in Soviet Russia" (Nueva York: Sheed and Ward, 1942).

Robert Ingrim, "After Hitler, Stalin" (Milwaukee: The Publishing Compeny, 1946).

Eugene Lyons, "The Red Decade" (Nueva York: The Bobbs-Merrill Company, 1941).

Semanarios y revistas:

persona. Poco a poco, a medida que la guadaña de la muerte siega las filas y permite que el yo hable y se afirme, el comunismo se encuentra con su mayor enemigo: su derrota final, de la cual no hay victoria. Entonces, quedará afirmado el mensaje cristiano... Lo más precioso que hay en el mundo es un alma que algún día deberá ir al encuentro de Dios.

"Plain Talk" (240 Madison Avenue) (Nueva York, 16, mensualmente. Diagnóstico de un Perito sobre el Comunismo.

"New Leader" (7 East 15th Street), Nueva York. 3. Análisis competente y crítica del comunismo por los liberales y los socialistas.

"Today's World" (Saint Louis, P. O. Box 2566, Merchants Station), mensualmente. Presentación concreta de la posición cristiana frente al comunismo.

"Wage Earner" (58 East Adams Street) Detroit, 26. semanalmente. Periódico Obrero Católico.

CAPÍTULO V

EL COMUNISMO HABLA POR SÍ MISMO

Karl Marx, sobre el tema de Rusia y los Balcanes:

"El conflicto entre el despotismo ruso y la democracia occidental parece eternizarse en los Balcanes. Los que trabajan por la supervivencia de la democracia en Europa deben introducir las artes, las ciencias, la justicia, la libertad y el espíritu de independencia en los Balcanes. La paz futura y el progreso de la humanidad están íntimamente ligados" [1].

Marx, sobre el tema de Rusia y las anexiones:

"Rusia sigue afirmando que no tiene designios anexionistas. Para probar lo hipócrita de esta afirmación, basta con pasar revista a las anexiones efectuadas por Rusia desde la época de Pedro el Grande.

"Los territorios arrebatados a Suecia por Rusia son más grandes que las posesiones actuales de ese país.

"Las conquistas de Polonia forman una zona casi equivalente a Austria. Los territorios que debió cederle Turquía a Rusia en los Balcanes, son tan grandes como Prusia. Los que obtuvieron de Turquía en el Asia, vastos como Alemania. Sus adquisiciones en Persia son comparables al área de Gran Bretaña." [2]

[1] Comunicación al "New York Tribune", marzo 22 de 1853.
[2] Comunicación al "New York Tribune", junio 14 de 1853.

Karl Marx, sobre el tema de la civilización occidental:

"La cobardía y la estupidez de las naciones occidentales le proporciona oportunidades a Rusia. Debido a su ignorancia, los estadistas occidentales están perdiendo la fiscalización de la situación. Las envidias son su perdición. Todo lo que puedan hacer beneficia a Rusia...

"¿Cederá ante la civilización occidental el bizantinismo representado por Rusia o encontrará algún día una oportunidad de renovar su perniciosa influencia en formas más terribles y tiránicas que nunca?" [3]

Karl Marx, sobre el peligro de la agresión rusa:

"Los intereses vitales deben hacer de Gran Bretaña el más serio e inflexible de los adversarios de los proyectos rusos de anexiones y expansión. Inglaterra no puede permitir que Rusia se adueñe de los Dardanelos y el Bósforo. Tanto comercial como políticamente ese hecho significaría un golpe grave, si no mortal, al poderío británico. Que Rusia entre en posesión de Constantinopla... y el Mar Negro será un lago ruso... Trebizonda sería un puerto ruso, el Danubio un río ruso. Pero después de haber avanzado tanto en su camino hacia el imperio universal... ¿hay probabilidades de que este poderío gigantesco e inflado haga un alto en su carrera? Y tan seguramente como que la conquista sigue a la conquista y la anexión a la anexión, puede afirmarse que la conquista de Turquía por Rusia sería solamente el preludio de la anexión de Hungría, Prusia, Galitzia y por fin la formación del imperio eslavo. Es fundamentalmente importante detener el plan de anexión de los rusos." [4]

Lenin, sobre el tema de las relaciones con otros Estados [5].

"No vivimos simplemente en un Estado, sino en un *sistema de Estados,* y es inconcebible que la República Soviética siga existiendo durante largo tiempo junto a Es-

[3] Comunicación al "New York Tribune", 22 de abril de 1853.

[4] "New York Tribune", abril 15 de 1853.

[5] Ver Christopher Hollis. "Lenin" Milwaukee: "The Bruce Publishing Company, 1938). William C. White, "Lenin" (Nueva York: Harrison Smith & Robert Haas, 1936).

tados imperialistas. En definitiva, deberán vencer aquélla o éstos. Mientras tanto, es inevitable que se produzcan muchos terribles choques entre la República Soviética y los Estados burgueses. Esto significa que si el proletariado, como clase gobernante, quiere gobernar y gobierna, debe probarlo también con una organización militar."[6]

Stalin[7], *sobre el mismo tema:*

"La victoria final del socialismo es la garantía total contra la intervención intentada, y por lo tanto contra la restauración del régimen anterior, porque una tentativa seria de restauración sólo podría operarse con una seria ayuda exterior, con la ayuda del capital internacional. De ahí que el apoyo de una revolución por obreros de todos los países, y lo que es más, la victoria de los obreros en varios países por lo menos, sea una condición necesaria para garantizar plenamente al primer país victorioso contra las intentonas de intervención y restauración; una condición necesaria para la victoria final del socialismo."[8]

"¿Puede considerarse definitiva la victoria del socialismo si ese país es cercado por el capitalismo, y no está garantizado totalmente contra todo peligro de intervención y restauración? Es evidente que no."[9]

Stalin, sobre el significado de la autodeterminación y la autonomía:

"Hay dos clases de autonomía: la nacional o cultural y la regional. La autonomía nacional es adversa a toda la evolución de las naciones... La autonomía cultural nacional es inadecuada. En primer lugar, es artificial e impracticable, porque propone artificialmente formar un solo pueblo con gente a quien el desarrollo mismo de los acontecimientos, de los verdaderos acontecimientos, desune y dispersa hacia todos los rincones del país.

"En segundo lugar, estimula el nacionalismo, porque tiendo al punto de vista que aboga por la "demarcación"

[6] V. I. Lenin, "Obras Completas" Tomo XXIV, p. 122, edición rusa.

[7] Boris Souvarine, "Stalin" (Nueva York: Longmans-Green, 1939). Isaac Don Levine, "Stalin" (Londres: Nennes, 1931). León Trotsky, "Stalin" (Nueva York: Harper & Brothers, 1941).

[8] José Stalin, "El leninismo", I. p. 299.

[9] Carta de Stalin a Ivanov, febrero 12 de 1938.

del pueblo de acuerdo con la curia nacional, la "organización" de las naciones, la "conservación" y cultivo de "peculiaridades nacionales", ...algo absolutamente incompatible con la socialdemocracia... Por lo tanto, la autonomía *nacional* no soluciona el problema.

"¿Cuál es la solución?

"La única solución auténtica es la autonomía *regional*, la autonomía para unidades cristalizadas como Polonia, Lituania, Ucrania, el Cáucaso, etc.

"La ventaja de la autonomía regional consiste, antes que nada, en que no se trata de una ficción privada de territorio, sino de una población definida que habita un territorio definido.

"En segundo lugar, no divide al pueblo de acuerdo con la nación, no fortalece las divisiones nacionales: por el contrario, sólo sirve para destruirlas y une a la población en una forma que permite abrirle el camino a una división de tipo distinto, a una división de acuerdo con la clase.

"El objetivo debe ser unir a los obreros de todas las nacionalidades de Rusia en cuerpos *unidos* e *integrales* en las diversas localidades y fundir esos cuerpos colectivos en un partido *único*.

"Por eso, *el principio de la solidaridad internacional de los obreros es un elemento esencial* en la solución del problema nacional." [10]

Stalin, sobre la subordinación de la autodeterminación a la dictadura del proletariado:

"Hay que recordar que, además del derecho de las naciones a la autodeterminación, existe también el derecho de la clase obrera a consolidar su poder, y el derecho de autodeterminación está subordinado a este último derecho. Hay ocasiones en que el derecho de autodeterminación entra en conflicto con el otro, el derecho más alto: el derecho de una clase obrera que ha asumido el poder de consolidarlo. En esos casos —hay que decirlo categóricamente— el derecho a la autodeterminación no puede ni debe servir de obstáculo al ejercicio de su derecho a la dictadura por la clase obrera. El primero debe cederle el paso al segundo." [11]

[10] "El marxismo y la cuestión nacional", de Stalin, ps. 58, 61.
[11] Del informe de Stalin al Doudécimo Congreso del partido comunista, abril 23 de 1923. "El marxismo y la cuestión nacional y colonial", p. 168.

Stalin, sobre el tema del apaciguamiento:

"Ellos (Inglaterra y los Estados Unidos) dejan que Alemania posea a Austria, pese al compromiso de defender su independencia; le dejan poseer la región sudete; han abandonado a su suerte a Checoslovaquia, violando así todos sus compromisos.

"Lejos de mí la intención de moralizar sobre la política de no intervención, de hablar de traición y todo lo demás. Sería una ingenuidad predicarle la moral a gente que no reconoce ninguna moral humana" [12].

Stalin, sobre la finalidad de la diplomacia soviética: la unión de todas las naciones del mundo en una República Soviética:

"El poder soviético está construído de tal modo que, siendo internacional por su naturaleza intrínseca, propicia sistemáticamente la idea de la unidad entre las masas y las impulsa hacia la unión [13].

"Digo que ahí, en el Occidente, donde predomina la democracia capitalista y donde los Estados se basan en la propiedad privada, el fundamento mismo del Estado alienta la enemistad, los conflictos y las luchas nacionales; aquí, en el dominio de los Soviets, donde el poder no se basa en el capital sino en el trabajo, donde no está construído sobre la propiedad privada sino sobre la colectiva, donde no se funda sobre la explotación del hombre por el hombre, sino sobre la hostilidad a esa explotación; aquí, por el contrario, la naturaleza misma del poder del gobierno estimula un esfuerzo natural en las masas trabajadoras hacia la unificación en una sola familia socialista.

"Confiemos en que, al formar nuestra república confederada, creamos un baluarte digno de confianza contra el capitalismo internacional y en que el nuevo Estado confederado será otro paso decisivo hacia la fusión de los trabajadores del mundo entero en una única República Socialista Soviética.

[12] Discurso de Stalin al Décimoctavo Congreso del partido comunista. 10 de marzo de 1939.

[13] Informe de Stalin al Décimo Congreso Panruso de los Soviest, diciembre 26 de 1922. En "El marxismo y la cuestión nacional, pa. 121-124, 127-128.

"En el caso de un éxito eventual, los invasores tratarán de destruir el sistema soviético y de restaurar el sistema burgués en las zonas ocupadas.

"Estaríamos en condiciones de decir que la victoria (del socialismo en la Unión Soviética) es completa, si nuestro país estuviese situado en una isla y si no hubiera muchos países (capitalistas) a su alrededor. Pero como no vivimos en una isla sino en "un sistema de islas", muchas de las cuales son hostiles al país del socialismo, creando así el peligro de la intervención y restauración, decimos franca y abiertamente que la victoria del socialismo en nuestro país no es completa aún.

"Este problema está aún por solucionarse... Sólo puede ser resuelto unificando los serios esfuerzos del proletariado internacional con los más serios aun de todo el pueblo soviético" [14].

Stalin, sobre el sentido de la democracia:

"Hay dos clases de democracia. Por eso, es evidente que la democracia, según el texto de la nueva constitución, no es la democracia "común" y "universalmente reconocida", sino la democracia *socialista*" [15].

"¡Cuánta charla sobre la democracia! ¿Qué es la democracia en el partido? ¿La democracia para quiénes? Si se entiende por democracia el derecho de unos pocos intelectuales, separados de la verdadera revolución, a charlar sin límite y a tener sus propios órganos de prensa, no la necesitamos, porque es la democracia de una minúscula minoría oponiéndose a la voluntad de una enorme mayoría" [16].

"...Lenin definió la autoridad del Soviet como una forma nacional de dictadura proletaria... Destacó muy especialmente el hecho de que esa dictadura del proletariado es el modelo supremo de democracia en una comunidad de clase, ya que expresa, por una parte, los intereses de la mayoría, y por la otra, se opone a la demo-

[14] Stalin a Ivanov, febrero 12 de 1938.

[15] Informe de Stalin al Octavo Congreso de los Soviets, noviembre 25 de 1936.

[16] Informe político de Stalin al Comité Central del partido comunista del Décimoquinto Congreso del Partido, diciembre 22 de 1927, tomo 7, Nº 72, p. 1645.

cracia capitalista, que representa los intereses de una minoría. El partido encarna el tipo más alto de organismo de clase proletario si se lo compara con los demás organismos proletarios, como los sindicatos, las cooperativas y los órganos del Estado, cuyas actividades deben ser unificadas y dirigidas por el partido. La dictadura del proletariado debe ser realizada por el partido, como órgano rector superior. La dictadura del proletariado sólo puede ser completa si es dirigida por un partido, el comunista, que no puede compartir esa dirección con ningún otro. La tarea de la dictadura del proletariado sólo podrá ser consumada si se establece una dictadura de hierro dentro del partido..." [17].

Stalin, sobre el tema de la federación de los Estados no rusos en una república soviética:

El 12 de junio de 1920, Stalin era comisario de nacionalidades. Lenin lo invitó a preparar varias tesis para el segundo congreso de la Internacional Comunista. Stalin le presentó el plan siguiente:

"Para las naciones que formaban parte de la vieja Rusia, nuestro tipo soviético de federación puede y debe considerarse oportuno como camino hacia la unidad interna... El tipo soviético de federación *se injertará en ellos* sin una fricción seria.

"Lo mismo puede decirse de las nacionalidades que *no formaban parte* de la vieja Rusia y que se crearon su propio Estado. Si se convierten en el Soviet, la *fuerza de las circunstancias* las hará entrar en tal o cual vínculo gubernamental con la Rusia Soviética, verbi gracia una futura Alemania Soviética, una Hungría Soviética, una Finlandia Soviética. Como esos pueblos tienen su propio Estado, su propio ejército, sus propias finanzas, difícilmente aceptarían contraer un vínculo federal con la Rusia Soviética. Para esas nacionalidades, la forma de federación más aceptable será una confederación (unión de Estados independientes)" [18].

17 José Stalin, "El leninismo".

18 "Obras completas de Lenin", segunda edición rusa. Tomo XXV, p. 624. Edición alemana, p. 737.

Molotov, sobre el tema del fascismo y la adianza con el nazismo:

"El fascismo es una cuestión de gusto... Nuestra amistad ha sido sellada con sangre" [19].

"El 23 de agosto de 1939, día en que se firmó el pacto germano-soviético de no-agresión, debe considerarse una fecha de gran importancia histórica. El pacto de no-agresión entre la U.R.S.S. y Alemania señala un momento culminante de la historia de Europa, y no sólo de Europa. Ayer, no más, los fascistas alemanes seguían una política exterior hostil a nosotros. Sí, ayer no más éramos enemigos en la esfera de las relaciones exteriores. Pero hoy la situación ha cambiado y ya no lo somos.

"Sólo los enemigos de Alemania y la U.R.S.S. pueden esforzarse por crear y fomentar la enemistad entre los pueblos de esos países.

"El pacto germanosoviético ha sido objeto de numerosos ataques de la prensa inglesa, francesa y norteamericana. En esos esfuerzos, se han destacado varios periódicos "socialistas", diligentes servidores de "su" capitalismo internacional, servidores de los caballeros que les pagan decentemente. Es evidente que no se puede esperar la verdad auténtica de gente de ese calibre..." [20].

Molotov, sobre las cláusulas secretas de los acuerdos nazi-soviéticos firmados por él y por el canciller alemán Ribbentrop:

"Cuando se firmó el pacto de no-agresión entre el Reich alemán y la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas, los representantes de ambas partes que lo firmaron discutieron, en una conversación muy confidencial, el problema de la demarcación de las esferas de influencia de las signatarias en la Europa Oriental.

"Esta conversación tuvo el siguiente resultado:

"1. En caso de un cambio político-territorial en los territorios pertenecientes a los Estados bálticos —Finlandia, Estonia, Latvia y Lituania— la frontera norte de Lituania servirá también de demarcación a las zonas de in-

[19] Palabras a Von Ribbentrop, en oportunidad de firmarse el tratado nazisoviético.
[20] Discurso de Molotov ante el Soviet Supremo, 31 de agosto de 1939.

fluencia entre Alemania y la U.R.S.S. Ambas partes reconocen el interés de Lituania en el territorio de Vilna.

"2. En el caso de un cambio político-territorial en los territorios pertenecientes al Estado polaco, las zonas de influencia entre Alemania y la U.R.S.S. serán divididas aproximadamente siguiendo la línea de los ríos Narev, Vístula y San. La cuestión de si les conviene a los intereses de ambas partes mantener un Estado polaco independiente y de cómo deben fijarse las fronteras de ese Estado. sólo podrá aclararse definitivamente en el curso de los acontecimientos políticos ulteriores. En cualquier caso, ambos gobiernos solucionarán este problema por vía de cordial entendimiento.

"3. Con respecto a la Europa sudoriental, la U.R.S.S. subraya su interés por Besarabia. Alemania declara su total carencia de interés político por esa zona.

"4. Este protocolo deberá ser tratado por ambas partes en forma estrictamente secreta" [21].

El programa de la Internacional Comunista [22]:

Lo que se proponía hacer el comunismo al llegar al poder:

"El objetivo final de la Internacional Comunista es sustituir la economía capitalista mundial por un sistema de comunismo mundial.

"Entre la sociedad capitalista y la comunista media un período de transformación revolucionaria, durante el cual la una se convierte en la otra. Correlativamente, hay también un período intermedio de transición política, en que la forma esencial del Estado es la dictadura revolucionaria del proletariado.

"El rasgo característico del período de transición como un todo, es la despiadada eliminación de la resistencia de los explotadores.

"La conquista del poder por el proletariado no implica "capturar" pacíficamente la máquina del Estado bur-

[21] Firmado: "Por el gobierno alemán, J. Ribbentrop; en representación del gobierno de la U.R.S.S., V. Molotov".

[22] Todas las cifras son de la tercera edición de 1936, publicada por Workers Library Publishers, Inc. El texto completo fué editado inicialmente como documento del gobierno de los Estados Unidos y puede obtenerse ahora con la Constitución y Normas de la Internacional Comunista, en "Blueprint for World Conquest" de William Henry Chamberlain (Washington, D. C.: Human Events, 1946).

gués mediante una mayoría parlamentaria... De ahí que la violencia de la burguesía sólo pueda ser dominada por la severa violencia del proletariado. La conquista del poder por el proletariado es el derrocamiento violento del poder burgués, la destrucción de la máquina del Estado capitalista (los ejércitos burgueses, la policía, la jerarquía burocrática, la judicial, los parlamentos, etcétera) y su substitución por nuevos órganos del poder proletarios, para servir esencialmente de instrumentos de eliminación de los explotadores."

Misiones de la dictadura:

"A. La confiscación y nacionalización proletaria de todas las grandes empresas privadas (fábricas, talleres, minas, usinas de energía eléctrica) y la transferencia de todas las empresas estatales y municipales a los Soviets.

"B. La confiscación y nacionalización proletaria de los ferrocarriles, comunicaciones fluviales, servicios de transporte automovilísticos y aéreos (flota comercial y de pasajeros) pertenecientes a capitalistas privados y la transferencia de todos los servicios de transporte estatales y municipales a los Soviets.

"C. La confiscación y nacionalización proletaria de los servicios de comunicación capitalistas privados (telégrafos, teléfonos y radiotelefonía) y la transferencia de los servicios de comunicación del Estado y municipales a los Soviets.

"A. La confiscación y nacionalización proletaria de todos los grandes latifundios de la ciudad y el campo (terrenos privados, de las iglesias, monasterios y otros) y la transferencia de las propiedades del Estado y municipales, inclusive los bosques, minerales, lagos, ríos, etcétera, a los Soviets, con la subsiguiente nacionalización de toda la tierra.

"B. La confiscación de toda propiedad usada en la producción perteneciente a las grandes propiedades con terrenos, como ser edificios, máquinas y otros implementos, ganado, empresas para la fabricación de productos agrícolas (grandes molinos, queserías, lecherías, establecimientos para la desecación de frutas y legumbres, etcétera).

"C. La transferencia de las grandes propiedades rurales, sobre todo de las propiedades modelos y las de con-

siderable importancia económica, poniéndolas bajo la dirección de los órganos de la dictadura proletaria y de los organismos de chacra soviéticos."

La dictadura en relación con la cultura:

"El despertar en masa de la conciencia comunista, la causa del propio socialismo, reclama un *cambio en masa de la naturaleza humana,* que sólo puede lograrse en el curso del movimiento práctico, en la revolución. De ahí que la revolución no sólo sea necesaria porque no hay otra forma de derrocar a la clase *gobernante,* sino que también sólo en el proceso de la revolución puede depurarse a sí misma la clase *derrocadora* de la escoria de la vieja sociedad y tornarse capaz de crear otra nueva.

"Una de las misiones más importantes de la revolución cultural que afecta a las grandes masas, es combatir sistemáticamente y sin desfallecimientos a la religión, el opio del pueblo."

Naturaleza de las tácticas comunistas:

"...La dictadura del proletariado presupone la existencia en todos los países de un compacto partido comunista, endurecido en la lucha, disciplinado, centralizado, estrechamente ligado a las masas.

"*El partido* es la vanguardia de la clase obrera y lo integran los mejores miembros de esa clase, los más activos y valerosos y los que tienen más conciencia de clase.

"El partido comunista debe conseguir una influencia predominante en los grandes organismos proletarios de las masas (los Soviets, sindicatos, comités de las fábricas, cooperativas, organismos deportivos, organismos culturales, etcétera). Es particularmente importante para conquistar a la mayoría del proletariado lograr la fiscalización de los *sindicatos,* que son auténticos organismos de las masas obreras, estrechamente ligados a las luchas cotidianas de la clase trabajadora.

"El partido comunista debe extender su influencia a las masas pobres urbanas y rurales, a las capas inferiores de las clases cultas y al llamado "hombre pequeño", es decir, el pequeño burgués en general.

Variabilidad de las tácticas:

"Al determinar su línea *táctica*, cada partido comunista debe tener en cuenta la situación interna y externa concreta, la correlación de las fuerzas de clase, el grado de estabilidad y poder de la burguesía, el grado de preparación del proletariado, la posición asumida por las diversas capas intermedias en su país, etcétera. El partido determina sus lemas y métodos de lucha de acuerdo con esas circunstancias, con vistas a organizar y movilizar a las masas en la más amplia escala posible y en el más alto nivel posible de esta lucha.

"Cuando se está incubando una situación revolucionaria, el partido formula varios lemas de transición y exigencias parciales que corresponden a la situación concreta: pero esas exigencias y lemas deben ser amoldados al objetivo revolucionario de capturar el poder y derrocar a la sociedad capitalista burguesa. El partido no debe mantenerse aislado de las necesidades y luchas cotidianas de la clase obrera, ni tampoco limitar exclusivamente sus actividades a ellas. Su misión es usar esas necesidades cotidianas de menor cuantía como *punto de partida* desde el cual guiar a la clase obrera hacia *la lucha revolucionaria por el poder.*"

Frente Único:

"Cuando no hay rebelión revolucionaria, los partidos comunistas deben formular lemas y exigencias *parciales* que correspondan a las necesidades cotidianas de los obreros, vinculándolos a las misiones fundamentales de la Internacional Comunista. Los partidos comunistas, empero, no deben formular en esas ocasiones lemas *transicionales* que sólo sean aplicables a situaciones revolucionarias (por ejemplo, a la fiscalización de la industria por los obreros, etcétera). Formularlos cuando no hay situaciones revolucionarias, implica transformarlos en lemas que propician la fusión con el sistema de la organización capitalista. Las exigencias y lemas parciales forman generalmente una parte esencial de las tácticas correctas: pero ciertos lemas transicionales van inseparablemente de la mano con una situación revolucionaria. El repudio de las exigencias parciales y los lemas transicionales "en principio", con todo, es incompatible con la norma táctica del

comunismo, porque en realidad ese repudio condena al partido a la inactividad y lo aisla de las masas. Durante *todo el período prerrevolucionario,* una parte básica muy importante de la estrategia comunista es la *táctica del frente único,* como medio conducente a una lucha de más éxito contra el capital, a la movilización clasista de las masas y al desenmascaramiento y aislamiento de los dirigentes reformistas."

CAPÍTULO VI

CÓMO DEBE COMBATIRSE AL COMUNISMO

Hay mucha incomprensión sobre lo que deben hacer una nación y un pueblo para combatir al comunismo. Inmediatamente, a uno se le ocurren cuatro formas de no hacerlo. El comunismo no debe combatirse con denuestos, epítetos insultantes y odio personal. El odio es como una semilla: crece. Odiando a los comunistas damos alas al comunismo, porque el comunismo crece con la discordia como prospera la enfermedad en la mugre. Manzoni escribió: "Pocas cosas corrompen tanto a un pueblo como el hábito del odio" [1]. Sólo un falso distingo entre la moral individual y social ha hecho posible la exhortación al odio en la lucha de las naciones. Pío XII, en su Mensaje de Navidad de 1940, declaró que una de las primeras victorias que deben ganarse es "la victoria sobre el odio que divide hoy a las naciones". El comunismo es una ideología y como tal es intrínsecamente mala, pero los comunistas son personas, hechas a la imagen y semejanza de Dios, y por lo tanto deben ser objeto de nuestra bondad y caridad, a fin de que podamos probarnos dignos hijos del Padre Celestial. No hay alma extraviada que no pueda alcanzar los tesoros de la Redención. El pecado es odiado precisamente por amor al pecador. "El hecho mismo de que odiemos en nuestro hermano su defecto y la ausencia de bien, se debe al amor que nos inspira" [2]. Ni siquiera la violencia del comunismo hace caducar la ley cristiana, y más bien la torna más imperativa.

El comunismo no debe ser atacado por la circunstancia de oponerse al sistema capitalista monopolista, porque *desde un punto de vista económico solamente* ninguno de esos

[1] Allesandro Manzoni, "Observations on Catholic Morals", capítulo 7.
[2] Santo Tomás, "Summa Theologica", 2ª 2ª e, q. 34, art. 3.

sistemas es satisfactorio. Hay afinidad entre los dos en cuanto ambos empiezan con la supremacía de lo económico: ambos hacen del hombre un animal económico; ambos presumen que no tiene más objetivo en la vida que el económico, que implica obtener ganancias, como lo hace el capitalismo monopolista o socializar la producción, como lo hace el comunismo. Ambos le arrebatan la soberanía a Dios: el primero, haciendo del individuo el dueño absoluto de la propiedad privada, y el segundo, haciendo de los burócratas del colectivismo los propietarios absolutos [3].

Tampoco debe combatirse al comunismo sobre la falsa base de que, si se mejoraran las condiciones económicas, lo eliminaríamos. El comunismo no es simplemente un sistema económico: es una filosofía de la vida. Las condiciones de vida eran muy buenas en el Jardín del Edén, pero Lucifer inició allí su rebelión. Las malas condiciones económicas sólo son una *condición*, pero nunca una *causa* del comunismo. En vano supondrá un cristiano que ha eliminado la amenaza comunista equiparando el regateo colectivo al Reino de Dios. El principio fundamental del marxismo es que toda tentativa de conciliación del capital y el trabajo para que ambos puedan cooperar en paz y prosperidad es una traición al comunismo.

Finalmente, no debemos creer que estamos llamados a ser los instrumentos de Dios para juzgar con ánimo de

[3] "Podrá parecer una paradoja, pero la realización económica técnicamente más perfecta de la civilización capitalista es el sistema soviético, en que todos los esfuerzos privados tienen un solo fin: la racionalización económica de la vida, al extremo de abolir la propiedad privada y la familia y de intentar la destrucción de todos los ideales religiosos que pueden amenazar esa racionalización materialista. Rusia ha llevado el experimento racionalizador del capitalismo a su conclusión lógica." Fanfani, "Catholicism, Protestantism and Capitalism" (Londres: Sheed and Ward, 1935), ps. 91, 92. Citado con autorización de los editores.

León XIII en su encíclica "Rerum Novarum" se refirió a los perniciosos efectos del capitalismo monopolista, al producir "gran número de ganadores de salarios sin propiedad, por una parte, y superabundantes riquezas de los pocos afortunados, por otra." Pío XI, en Su "Quadragessimo Anno", mencionó una triple lucha que resultó del financialismo del capitalismo monopolista:

"1. Lucha por la dictadura en la esfera económica misma.

"2. Lucha para adquirir la fiscalización del Estado, de modo que sus recursos y su autoridad puedan ponerse a contribución en la lucha económica.

"3. Choque entre los Estados mismos."

F. Ernest Johnson, "Religion and the World Order" (Nueva York; Harper and Brothers), p. 9. Citado con autorización de los editores.

venganza a los comunistas, sino a ver al mundo entero hundido en el pecado. Cuando un germen contagia un cuerpo, no se localiza generalmente en tal forma que un médico pueda extraer un litro de sangre y eliminar el mal. Los gérmenes están tan dispersos que todo el cuerpo debe ser salvado. Así, también, hay mal en todo el mundo: el comunismo es uno de sus síntomas principales. El punto de vista cristiano consiste en considerarnos parte integrante de un mundo culpable. En realidad, cuanto más inocentes somos, más debemos sentir esa culpa, porque entonces advertimos mejor nuestra identificación con nuestros prójimos. Nuestro Señor era inocente, pero tomó sobre sí los pecados del mundo. ¿Cómo podemos cargar con las culpas ajenas, como lo dispone la Escritura, si no vemos que al tocar en cualquier punto el círculo de la humanidad tocamos la propia humanidad? Nuestra misión no consiste exclusivamente en protestar contra los males de nuestra civilización materialista, ni simplemente en desafiar sus presunciones, ni aun en disminuir sus rigores, sino en considerarnos en cierto modo ciudadanos de un mundo culpable. La culpa es tan social como personal, porque el hombre es formado por la hermandad. No hay pensamiento más saludable, en la crisis actual, que el reconocimiento de que ésta se debe en buena parte a que no hemos cumplido con nuestros deberes cristianos. En otros tiempos, Abraham Lincoln, en el discurso inaugural de su segunda presidencia, dió hermosamente y en escala nacional esta nota de humildad frente a la maldad del mundo: "El Todopoderoso tiene Sus propios fines. ¡Ay del mundo a causa de sus culpas!... Si suponemos que la esclavitud norteamericana es una de esas culpas que, según la providencia divina, debían llegar forzosamente, pero que, habiendo continuado durante el tiempo dispuesto por Dios, Él quiere ahora eliminar, y que Él les da tanto al Norte como al Sur esta guerra terrible, como el infortunio debido a aquéllos de quienes provino el agravio..., ¿hemos de ver ahí alguna desviación de los atributos divinos que los creyentes en un Dios Vivo le asignan siempre? Esperamos tiernamente y oramos con fervor por que este terrible azote de la guerra pase pronto. Sí. Aunque Dios quiera que eso prosiga hasta que toda la riqueza acumulada por los dos siglos y medio de afán sin compensación del siervo se desmorone, y hasta que cada gota de sangre arrancada por el látigo se pague con otra arrancada por la espada, como se dijo hace tres mil años, aun así debe de-

cirse: "Los juicios del Señor son absolutamente verdaderos y justos."

Esto nos lleva a unas pocas maneras positivas de combatir al comunismo, ninguna de las cuales es excluyente, y las sugestiones combinadas tampoco son exhaustivas.

Políticas: El comunismo puede ser combatido políticamente eligiendo candidatos en las elecciones no sobre la base de los partidos políticos, sino sobre la de su valor moral. Hay dos maneras, en general, de que el pueblo norteamericano elija candidatos para representarlo en el gobierno. Una de ellas son los partidos. Esto ha perdido mucho de su significado, porque el partido que empezó defendiendo los derechos del Estado es hoy partidario de la fiscalización federal, y el partido que empezó insistiendo en los derechos federales es hoy el que insiste en los derechos del Estado. El procedimiento más reciente se basa en las clases. Así, uno elige al grupo que puede *prometer* (no forzosamente satisfacer) el mayor aumento de comodidad y de lujo a una clase frente a otra, o más dispuesto a vaciar el tesoro público para dispensarle liberalidades a un grupo de preferencia a otro. Pero también esto va perdiendo su sentido a medida que la gente empieza a notar que lo soberano no es la ventaja de una clase sino el bien público.

Queda el único patrón que no ha sido usado aún universalmente, esto es, la elección de los candidatos sobre bases morales. Una nación tiene siempre la clase de políticos que se merece. Cuando nuestros patrones morales sean distintos, nuestra legislación también lo será. Mientras la gente decente se niegue a creer que la moral debe manifestarse en todas las esferas de la actividad humana, inclusive la política, no afrontará debidamente el desafío del marxismo. La historia contemporánea prueba que los dirigentes políticos modernos desprovistos de una inspiración moral y que sólo confían en una base moral, resultan ineficaces en épocas críticas, como lo fueron el régimen de Kerensky y los políticos de Weimar. Como son la creación de una masa desorientada y no esencialmente los defensores del derecho, resultan en definitiva las únicas fases transicionales en un movimiento tendiente a un régimen revolucionario. La apatía de un electorado ante la orientación moral, se refleja siempre en la apatía de sus políticos. "Lo que no ven los hombres, es que la ruptura de la comunidad espiritual implica la pérdida de amplias y unificadoras sanciones morales sobre la totalidad de las actividades del hombre... El mundo moderno no

tiene un cemento que una a la moral personal con la moral de la vida política y económica"[4]. Si llega una época en que los judíos, protestantes y católicos religiosos deban sufrir bajo la férula de un Estado totalitario que les niegue el derecho de adorar a Dios de acuerdo con las luces de su conciencia, será porque durante años creyeron que no importaba quiénes los representaban en el Congreso y porque nunca oponían la verdad espiritual a la mentira materialista. San Pablo dijo: "Ay de mí si no predico el Evangelio" (1 Corintios IX, 16): y ay de nosotros si el elemento creyente de nuestro país no permite que su fe en Dios y en la moral impregne su acto en el cuarto oscuro electoral. La primera campaña eficaz contra el comunismo, consiste en librar la guerra contra nuestra tentación de abandonar lo espiritual en el dominio de lo político. Nada puede dañar más a los hombres de buena voluntad que las transacciones aparentes con los partidos

[4] "Y si se quiere que exista la Iglesia, que es una sociedad cristiana, su espíritu y su voluntad deben determinarse dentro del tipo de conducta específicamente cristiano. De ahí que la aceptación por sus miembros de una norma de vida esté involucrada en la esencia misma de la Iglesia. Normalmente no lograrán, desde luego, vivir a la altura de la misma. Pero cuando deje de atraerlos por completo, cuando la consideren, no la más verdadera sabiduría, sino una impracticable locura, cuando crean que la aceptación del cristianismo es compatible con cualquier norma de vida, o con ninguna, habrán dejado, en tanto en cuanto puede influir en el asunto su propia elección, de ser miembros de la "Iglesia militante aquí sobre la tierra". R. H. Tawney, "The Acquisitive Society" (Londres: G. Bell and Sons, Ltd., 1930), p. 236.

"Debemos abandonar la idea de que el cristiano ha de estar satisfecho de la libertad de cultos, y de no sufrir incapacidades terrenas a causa de su fe. Por intolerante que pueda parecer esta declaración, el cristiano sólo se da por satisfecho con una organización cristiana de la sociedad, que no es lo mismo que una sociedad integrada exclusivamente por devotos cristianos. Sería una sociedad en que el fin natural del hombre —la virtud y el bienestar en la comunidad— es reconocido por todos, y el fin sobrenatural —la beatitud— por quienes tienen ojos para verlo." T. S. Elliot, "Idea of Christian Society" (Londres: Faber and Faber; Nueva York; Harcourt, Brace and Company, Inc. 1939), p. 33. Citado con autorización de los editores. (Versión castellana en la Colección Austral de Espasa-Calpe Argentina. N. del E.).

"Más aun, miremos donde estamos. Hallamos al Estado secular, en interés de una humanidad mínima, impelido a la casi imposible tarea de regular la industria y negocios desde fuera, porque la comunidad no puede confiar en que esas actividades se regulen desde dentro: y se libra una suerte de guerra de trincheras entre la comunidad como soberana y sus organismos integrantes. En realidad, es inútil que una sociedad no cristiana se burle de la burocracia. La burocracia es su único substituto de la virtud." William A. Orton, en "Affirmations", editado por Bernard Iddings Bell (Nueva York: Sheed and Ward, 1938), p. 29. Citado con autorización de los editores.

para adherirse a las fuerzas antimorales, antidemocráticas y anti-Dios. Debemos tener el valor de restarles nuestro apoyo a los hombres que hacen el mal. No debemos odiarlos, pero sí romper con ellos.

Económica: La manera económica de combatir al comunismo, es convertir a los obreros en capitalistas con una amplia difusión de la propiedad privada. Antes de sugerir cómo puede hacerse eso, debemos decir unas palabras sobre la moral de la propiedad. La ley moral afirma que el derecho a la propiedad varía en razón directa de su proximidad a la personalidad. Un hombre, por ejemplo, podrá no usar la palabra "mío" en la misma forma cuando la aplica a su comida, su ropa y su techo, como cuando se trata de su yate o su Rembrandt. Cuanto más cercanas están las cosas a la personalidad, que es la fuente de la responsabilidad, más fuerte es el derecho a la propiedad; cuanto más lejos están de la personalidad, más débil es. Cuando la propiedad era real más que financiera, como hoy, el derecho de propiedad solía ser inseparable de la responsabilidad. Un hombre tenía un caballo; podía exhibir su título al animal, podía decir "Es mío". Pero también respondía por él. Si el caballo pisoteaba el jardín del vecino, su dueño tenía que indemnizar a aquél. Pero como era el dueño del caballo, lo fiscalizaba, cuidaba y usaba, y tenía derecho asimismo al cien por ciento de las ganancias que daba éste.

Con el desarrollo de las finanzas, esas dos cosas que estaban destinadas a estar unidas, esto es la propiedad y la responsabilidad, han tendido a separarse. Hoy, harto a menudo, los que poseen no trabajan ni administran, y los que trabajan o administran, no poseen [5]. En esas condi-

[5] "Dos aspectos conciernen al hombre en cuanto a las cosas exteriores. Uno de ellos, es el poder de conseguirlas y distribuirlas, y en este sentido es legítimo que el hombre posea propiedades. Además, esto es necesario para la vida humana por tres razones. Primero, porque todo hombre se preocupa más de conseguir lo que es sólo para él que lo que es común para muchos o para todos: ya que cada uno eludiría el trabajo y dejaría a cargo de otro lo que concierne a la comunidad, como sucede cuando hay gran número de servidores. En segundo lugar, porque los asuntos humanos son manejados en forma más ordenada si a cada hombre se le encarga que cuide algo determinado, mientras que habría confusión si alguien tuviera que cuidar de cualquier cosa indeterminada. En tercer lugar, porque al hombre se le asegura una condición más tranquila si cada cual se contenta con lo suyo. Por eso, puede notarse que las riñas surgen más a menudo cuando no hay división de las cosas poseídas.

"Lo segundo que concierne al hombre con respecto a las cosas exteriores, es su uso. En este sentido, debe poseer esas cosas, no como suyas,

ciones, los accionistas se diferencian de los directores y de los obreros. Cuando los propietarios o accionistas descargan su responsabilidad en la dirección, renuncian a una de las características esenciales de la propiedad, y por lo tanto a uno de los títulos a las ganancias. Pero los dueños o accionistas pretenden todas las ganancias, aunque han renunciado al 50 por ciento del título, esto es, a la responsabilidad. Los accionistas sólo son creadores pasivos de la riqueza: los creadores activos son los obreros. Por esa razón, la encíclica papal recomienda que "debe modificarse el sistema de los salarios en forma tal que se le dé al obrero una participación en las ganancias, en la dirección y en la propiedad de la industria donde trabaja."

Gran parte de la tensión de hoy en el orden económico existe entre los accionistas que no trabajan y el obrero que trabaja. No cabe duda acerca de quién tiene un título más limpio a las ganancias: ciertamente, el hombre

---

sino como comunes, de modo que esté pronto a comunicárselas a los demás si éstos están en apuros." Santo Tomás, "Summa Theologica", 2ª 2ª e, q. 66, art. 1.

"La causa raíz de las injusticias actuales no debe serle atribuida a la división de los bienes, ni siquiera a la desigualdad de la división, sino más bien a la circunstancia de que la masa del pueblo está virtualmente desprovista de propiedad. Hay que proyectar algún medio para darle acceso al proletariado al sistema de los propietarios. La propiedad ampliamente distribuída tiende a la estabilidad social. Toda alternativa que se ofrezca, carece de la disciplina moral de la propiedad responsable. Quizás el mejor argumento inmediato en favor de la propiedad privada, es la imposibilidad de hallar algún sistema general mejor que lo reemplace." McDonald, "The Social Value of Property According to Saint Thomas Aquinas" (Washington, Imprenta de la Catholic University of America, 1939), ps. 184-5, párrafos 7 y 8. Citado con autorización de los editores.

"En otros tiempos, la propiedad de las empresas comerciales, única forma de la propiedad que nos interesa aquí, involucró siempre, al menos en teoría, dos atributos: primero, el riesgo de la riqueza previamente reunida en la empresa que busca el lucro y luego, la dirección final de esa empresa y la responsabilidad por la misma. Pero en la sociedad comercial moderna, esos dos atributos de la propiedad no se vinculan ya al mismo individuo o grupo. El accionista ha abandonado la fiscalización de su riqueza. Se ha convertido en un proveedor de capital, en un arriesgador puro y simple, en tanto que la responsabilidad y autoridad definitivas son ejercitadas por los directores y la "fiscalización". Un atributo tradicional de la propiedad está vinculado a la propiedad de acciones: el otro está ligado a las fiscalización colectiva. ¿No deberíamos reconocer, por lo tanto, que ya no tenemos que vérnoslas con la propiedad en el viejo sentido de la palabra?" De Berle y Means, "The Modern Corporation and Private "Property". Copyright por The Macmillan Company. Con autorización de The Macmillan Company, editores.

que arranca los cupones y manda su tarjeta postal para votar por apoderado a la sociedad anónima tiene menos derecho a las ganancias de la industria que los que ayudaron a crear la riqueza y las ganancias. El hombre que guarda sus acciones en una caja de seguridad, tiene menos derecho a los frutos de la industria que el obrero que se enjuga el sudor de la frente al término del día.

Uno de los medios sugeridos para ayudar a la unión de los propietarios y los obreros, es la propiedad de acciones en la industria por estos últimos. Los dirigentes obreros no siempre miran con simpatía esta idea, porque pierden su influencia sobre los trabajadores cuando éstos se sienten satisfechos, pero esta política miope duraría poco cuando los obreros advirtieran la lógica de la situación. Sin duda, los obreros tienden hoy a obtener algunos derechos de propiedad en la industria, aunque lo procuran muy torpemente. Sus pretensiones serán más fuertes y sus exigencias más justas cuando vean que, ya que el capitalismo financiero ha separado a la propiedad de la responsabilidad, es injusto que el capitalismo reclame para sí todas las ganancias, así como es injusto que los comunistas reclamen para el Estado todos los beneficios. Ni el capital ni el trabajo deben ser excluídos de la participación en las ganancias. Por lo mismo, los obreros industriales deben negarse a aceptar a dirigentes cuya única labor sea la dirección de los sindicatos.

Los obreros estarían en su derecho al formular esas exigencias, porque el trabajo asalariado ofrece un doble aspecto: el individual y el social. Tiene un carácter individual porque Fulano trabaja y está cansado al cabo de la jornada. Pero también tiene un aspecto social, porque Fulano ha contribuído a crear la riqueza social junto con los demás obreros. Fulano forma parte de una combinación de finanzas, trabajo y dirección. Por su aporte individual, debiera percibir un salario suficiente para mantener a una familia; y por su cooperación social, su creciente aporte al bien común, debiera recibir una participación en la ganancia que ayuda a crear. El salario le compensa el aporte de su tiempo; pero no es resarcido por su cooperación con el capital y la dirección en la producción de nuevas riquezas, ni por su aporte al bien común. Esto podría remediarse dándoles a los obreros alguna participación en las ganancias, en la dirección o propiedad de la industria. La participación en las ganancias no debe adoptar la forma de un aguinaldo de Navidad, lo cual es un gesto paternal; pero un acuerdo por el

cual los empleados se conviertan en accionistas participantes sería una forma legítima y normal del contrato de empleo, que haría del obrero un socio más bien que un servidor. Esta dignificación del obrero ha sido inhibida generalmente en dos formas: por la lentitud de los capitalistas en notar su mérito antes de que el gobierno empezara a apoderarse de las ganancias excesivas para verterlas en las burocracias, donde no las comparten ni el capital ni el trabajo, y por una falta de sentido político en los dirigentes obreros, que sin cesar pider más y más, lo cual puede matar a la gallina que puso el huevo capitalista, en vez de buscar el principio más flexible, realista y sólido de la participación en las ganancias.

Las ventajas de este sistema son numerosas. Haría superflua la lucha de clases que trata de provocar el comunismo. Un hombre está dispuesto a cruzarse de brazos cuando trabaja con herramientas ajenas, pero no lo estará cuando sean propias. Los obreros se interesarán por el capital cuando cada uno tenga capital que defender. En segundo lugar, abundarán más los frutos de la tierra. Los hombres trabajan con más tesón y buena voluntad cuando lo hacen en cosa propia. En tercer lugar, eso haría a los hombres menos susceptibles a las ideologías extranjeras y a las descabelladas promesas de los revolucionarios, ya que ningún hombre cambiará a su patria por un país extranjero si su patria le ofrece el medio de vivir una vida tolerable y feliz. En cuarto lugar, se trata de la réplica inteligente a los comunistas que quieren *volar* el capitalismo: esta solución prefiere *desfondarlo*. En vez de concentrar la riqueza en manos de un Estado administrado por unos cuantos burócratas, la forma humanitaria es repartirla entre quienes la crean. El comunismo aboga por la entrega de toda la propiedad productiva a un dictador: los cristianos abogan por compartirla con los obreros. La solución capitalista consiste en permitir que un hombre posea la mayoría de las gallinas, y a cambio de ello, distribuya huevos entre los obreros que le preparan los gallineros. La solución comunista consiste en poner todos los huevos en manos de un cocinero dictador, que hace una tortilla condenada a ser insatisfactoria porque las tortillas no le gustan a toda la gente y a algunos no le gusta en todo caso la forma como las prepara el cocinero dictador. La solución cristiana consiste en distribuir los huevos en tal forma que cada hombre pueda cocerlos a su gusto, y aun comérselos crudos, si es ésa su definición de la libertad. Distribuyendo una vasta masa de propieta-

rios por un país con sus facultades, privilegios y responsabilidades dispersos, uno crea la mayor resistencia imaginable a la tiranía, sea política o económica, porque así como un hombre es libre por dentro porque puede llamar propia a su alma, empieza a ser libre por fuera cuando puede llamar propias a las cosas. Así la propiedad se convierte en lo que siempre debió ser: la garantía económica de la libertad humana. Prívese a un hombre de su derecho a modelar las cosas de acuerdo con su voluntad y se lo privará de la base social de su libertad.

La Iglesia sólo pide que los hombres empiecen a pensar en la propiedad como pensarían en el amor, en el sentido de que poseer significa también ser poseído. Lo uno no es posible sin lo otro. La beatífica visión consiste en ser uno mismo y al propio tiempo en ser Dios. La visión económica de la felicidad consiste asimismo en poseer un jardín, pero también en ser poseído por éste, en el sentido de que uno trabaja para él. Los derechos nacen de la posesión; los deberes nacen de ser poseído, y lo uno es inseparable de lo otro. La alegría de un hombre poseído a medias por la pipa que fuma, por la mujer que ama, por el campo que cava, halla su contrafigura dentro de la estructura económica en el poseer y ser poseído por la industria. Así, el hombre es elevado a la dignidad de productor-poseedor, de socio y accionista; porque si renuncia a toda facultad de autodeterminación con respecto a las ganancias, a la dirección o propiedad del sitio donde trabaja, no sólo pierde ese privilegio especial que lo distingue de una vaca que pasta, sino que, lo que es peor, pierde toda capacidad de determinar cualquier trabajo. Esto es el comienzo de una esclavitud que suele ostentar el nombre de seguridad. Cuando el capital y el trabajo comprendan que ambos son obreros porque son personas, y que el capital no puede existir sin el trabajo ni el trabajo sin el capital, tendrán una visión, una visión de Dios, que, como Señor del Universo, baja a esta frívola tierra nuestra para trabajar durante más de dos décadas como carpintero en el pueblecito de Nazareth.

Cristo está en una relación singular con la humanidad, como único obrero voluntario del mundo. El trabajo le fué impuesto al hombre a causa del pecado original. Como Él estaba sin pecado, fué liberado de sus penalidades. Además, el Señor del Universo no tenía necesidad de afanarse con Su universo. Y, sin embargo, optó libremente, como Hijo de Dios encarnado, por ingresar a las filas de los trabajadores. Por ser voluntario, era único. No era simple-

mente un obrero en el sentido de que se oponía a un capitalista que vive virtuosamente. Ése es el error en que muchos suelen incurrir. No era simplemente un hombre pobre: era una Persona rica que se convirtió en un hombre pobre; porque siendo rico se empobreció por nosotros, a fin de que mediante Su pobreza pudiéramos ser ricos. El propio oficio que eligió, el de carpintero, fué una prueba de que poseía aquello con que trabajaba. No era un empleado que trabajaba para una sociedad; no era un patrón que usaba el capital para contratar a otros, a fin de que el capital fuese rendidor. Trabajaba en el universo que poseía como un artista en la tela que posee. De ahí que ni el patrón ni el empleado solos pueden invocarlo como protector; ninguno de los dos puede decir "Perteneció a nuestra clase." Estaba fuera de todas las clases porque era el obrero, y el obrero no es el empleado que odia al capitalista: ni tampoco el capitalista que esclaviza al empleado. El obrero es aquel que con su trabajo crea vínculos con Dios, sometiéndose a la penitencia del trabajo; y con su vecino, mediante la creación de necesidades comunes; y con la naturaleza, dándole el sello de un espíritu hecho a la imagen y semejanza de Dios. Fué el olvido de esos fines lo que indujo a los carpinteros a clavar al Carpintero en la cruz; cuando eso sucede, salen perdiendo tanto el capital como el trabajo.

Moral: Otra forma de combatir al comunismo sería nombrando capellanes de las tres religiones en todos los tipos y tamaños de la industria. La función de ese capellán sería algo así como la del capellán del ejército. No sería el de los soldados rasos, ni el de los sargentos; sería más bien el mediador entre ambos, que obraría siempre en beneficio de todo el servicio, de su orden y de su decoro. En nuestras grandes ciudades la policía, los bomberos, el correo, los servicios de salubridad y hasta algunas agrupaciones de seguridad tienen sus capellanes. La función del capellán en la agrupación es distinta de la que desempeñaría entre los mismos individuos al margen de la agrupación. Como la agrupación más grande e importante de nuestra vida nacional es la industrial, no hay motivo para que la religión abandone su pretensión, afirmada con tanta confianza en siglos primitivos, de dar instrucciones morales en materia de negocios. No hay evasión posible del hecho de que, cuando el individuo crea una nueva relación humana en que insume la mayoría de sus días de vigilia, casi toda su semana, hay una necesidad específica de ayudarle *en esa relación,* y no aparte de ella.

Esta necesidad es acrecentada cuando se comprende que las causas básicas de las disputas son la conducta antisocial, o la preocupación egoísta de determinado grupo que desafía toda cooperación. Ninguna clase es siempre y universalmente justa por el solo hecho de ser una clase. Esta situación puede remediarse no equilibrando las fuerzas contrarias, sino sólo mediante un representante del orden moral que invoque a una conciencia que esté más allá de las crueles y frías fuerzas de lo económico.

A fin de que el capellán pueda obrar mejor dentro de un grupo industrial, debe construir una iglesia o sinagoga muy cerca de la fábrica, donde los obreros y los directores, el capital y el trabajo, puedan practicar el culto, y aprender que todos los que comen el mismo pan son un solo cuerpo. Si los hombres se hincaran de rodillas juntos, habría menos necesidad de que usaran sus puños los unos contra los otros. Pero las funciones del capellán excederían la iglesia de la fábrica. Así como los campamentos del ejército le asignan al capellán una oficina en el campamento, así también la industria le asignaría un alojamiento en que podrían consultarlo libremente a todas horas tanto los obreros como los directores, porque no hay motivo para que las verjas de hierro de una fábrica le impidan disfrutar al obrero moderno de lo que disfrutaba el herrero de la aldea: el acceso a su sacerdote, su reverendo o su rabí. El capellán industrial no recibiría sueldo, ni dinero para gastos de los accionistas, los directores o los obreros, sino solamente de su iglesia, a fin de estar libre de toda obligación con una u otra parte.

A su debido tiempo, el capellán podría crear allí salas de lectura y clubes de debates y hasta organizar el culto de la fábrica, donde los rencores de menor cuantía de las horas de trabajo se disiparían al recordar que todos los hombres son hermanos, porque Dios es su Padre. La ventaja suprema de ésas y otras funciones del capellán, sería que los hombres quedarían organizados sobre una base distinta de la de la competencia. El comunismo sólo prospera intensificando el odio, la oposición, la tensión y la lucha entre un grupo que compra trabajo y otro que lo vende. El valor de los capellanes de la industria, sería la organización de los hombres sobre una base de no competencia o espiritual. Al llegar la hora de elegir a los dirigentes obreros de la industria, los comunistas que prosperan en las minorías vociferantes a último momento se verían dominados y contrarrestados por los que aparecerían en gran número, no para aprobar una decisión que

favoreciera la confiscación de Lituania o Polonia por Rusia, sino para insistir en la conservación de los derechos humanos esenciales derivados de un Dios soberano y reconocidos por un gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo.

La educación: Ya que los comunistas saturan su filosofía de mentiras y mitos, es indispensable que los componentes de una democracia estén informados debidamente no sólo de los errores de su ideología, sino también de las grandes verdades de la naturaleza humana, de la historia y de la religión. Las escuelas sólo funcionan durante seis horas diarias, cerrando la mayoría de ellas a las tres de la tarde. Parecería aconsejable, en la crisis actual, el uso de la escuela durante el resto de la tarde y en las primeras horas de la noche para la educación de los adultos. Los clérigos, abogados y médicos, así como otros profesionales, podrían darles cursos a los adultos. Entre muchos temas enseñados. allí figurarían los cursos de religión, la enseñanza a los dirigentes obreros, clases sobre el matrimonio y la propiedad y también sobre la filosofía de la paz. Esa educación de los adultos no trataría la religión en una forma privada, cuya consecuencia sería la dominación del orden social por fuerzas antirreligiosas, sino como levadura de la sociedad. Nuestro pueblo descubriría que la alternativa entre la Derecha y la Izquierda no equivale a la alternativa entre lo justo y lo injusto: que la conciencia social no tiene por qué hacer cobardes de todos nosotros, y que no necesitamos ir hacia la Izquierda para impresionar a nuestros contemporáneos; que no conviene quedarse a la zaga de los movimientos sociales, sino al frente de ellos; que la pugna que presencia el mundo no se entabla entre lo religioso y lo profano, sino entre lo espiritual y lo demoníaco, y que la tendencia del Estado a asumir funciones que incumbían antaño a las unidades sociales aisladas, tales como la familia, está provocando la ruina nacional; que los dirigentes obreros y los capitalistas no tienen derechos sin deberes; que la política debe dejar de ser una movilización de las masas para obtener el poder y empezar a ser una organización de hombres libres para el logro responsable de una finalidad común. Pero por sobre todo lo demás estará la enseñanza de la Divina Sabiduría, en que el pueblo no dará un asentimiento ortodoxo al dogma, sino que la Divina Gracia saturará a tal punto su cabeza, sus manos, su corazón y su alma que el mundo será mejor porque sus vidas serán mejores [6].

Espiritual: El comunismo seduce más que nada a dos clases, los ingenuos y los frustrados que creen que el comunismo se interesa por los pobres y los obreros. Esta seducción no dura mucho cuando llegan a conocer la filosofía del comunismo o su verdadera práctica, cuya consecuencia es la propagación del caos creado por una dictadura sobre el proletariado. Entonces, lo rechazan como contrario al derecho, la razón y el decoro. Por eso el partido comunista ha sufrido un cambio tan rápido, que ha llegado hasta un 40 por ciento en el curso de unos pocos años. En otros tiempos, los que simpatizaban con los nazis ingresaron al partido porque los Soviets hicieron un tratado con los nazis. Más tarde, cuando los Soviets rompieron con los nazis, los simpatizantes de éstos se retiraron e ingresaron otros grupos. A medida que aumenta el conocimiento entre los hombres de buena voluntad, el comunismo se vuelve menos satisfactorio. La encíclica papal sobre el comunismo menciona las atrayentes promesas de éste como una de las razones de su éxito. "¿Cómo es posible que semejante sistema, rechazado científicamente desde hace mucho tiempo y que ahora la experiencia ha probado erróneo, haya podido propagarse tan rápidamente por el mundo entero? La explicación radica en el hecho de que pocos han sabido captar la naturaleza del comunismo. La mayoría sucumbe en vez de ello a sus engaños, hábilmente ocultos por las más extravagantes promesas. Fingiendo desear sólo el mejoramiento de la condición de las clases obreras, incitando a la eliminación de los abusos muy concretos atribuibles al orden económico liberal y exigiendo un reparto más equitativo de los bienes de este mundo (objetivos absoluta e indudablemente legítimos), el comunismo aprovecha la actual crisis económica para atraer a su esfera de influencia aun a los sectores del pueblo que rechazan por principio todas las formas del materialismo y la violencia. Y como cada error contiene su parte de

[6] "Las Iglesias cristianas necesitan una hermandad de teólogos legos o eruditos cristianos que consideren parte de su vocación como intelectualidad cristiana la creación de una concepción cristiana del mundo." Arnold Nash, "The University and the Modern World" (Nueva York: The Macmillan Company, 1943), p. 287.

"Los tiempos exigen la creación de un nuevo colegio superior o de un movimiento evangelista en algunos viejos, que tengan por objeto la conversión de los individuos y finalmente de la profesión de la enseñanza en una auténtica concepción de la educación general." Robert Maynard Hutchins, "The Higher Learning in America", New Haven: Imprenta de la Universidad de Yale, 1936, p. 87.

verdad, las verdades parciales a que nos hemos referido están presentadas hábilmente de acuerdo con las necesidades de tiempo y lugar, para disimular cuando hace falta la repulsiva crudeza e inhumanidad de los principios y tácticas comunistas. Por eso, el ideal comunista seduce a muchos de los miembros mejor intencionados de la comunidad. Éstos, a su vez, se convierten en los apóstoles del movimiento entre los jóvenes intelectuales, demasiado inmaturos aún para advertir los errores intrínsecos del sistema. Los predicadores del comunismo logran también explotar eficazmente los antagonismos raciales y las divisiones y pugnas políticas. Aprovechan la falta de orientación característica de la moderna ciencia agnóstica para infiltrarse en las universidades, donde respaldan los principios de su doctrina con argumentos seudocientíficos"[7].

Con respecto a la gente engañada que cree en las mentiras del comunismo, debemos reconocer sus buenos instintos y su pasión de justicia social. A pesar de su espejismo son instrumentos involuntarios e inconscientes del Espíritu Santo. Nuestra misión debe ser educar a los ingenuos, porque así como su apego al comunismo crece con la ignorancia, debe disminuir con la educación. Hay que demostrarles que su ansia esencial de comunidad y de mejoramiento social es satisfecha mejor en el marco de la democracia y la fraternidad de una sociedad redimida, donde reina el espíritu del Amor que nos envían el Padre y el Hijo.

El comunismo seduce más que nada a los desilusionados y los fracasados. Muchos se pliegan al comunismo no porque estén convencidos de que *tiene razón,* sino porque sienten un *odio* oculto contra alguien o contra algo. Los que son individualmente impotentes para desahogar su odio sobre una persona o clase o institución, podrían hallar una expresión concreta para sus animosidades reprimidas y su odio contenido. Algo de esta psicología está presente en los aficionados a las películas de pistoleros u otras donde hay asesinatos y violencia. Con ellas, encuentran un desahogo para su odio subconsciente; les proporciona cierta satisfacción verlo ejercitado a modo de sucedáneo.

Para este grupo, la seducción del comunismo no radica en su teoría, sino en sus odios. Es por eso que el comunismo necesita siempre un demonio. El primer argumento que usa todo comunista es provocar el desdén de su de-

[7] Papa Pío XI, "Encíclica sobre el comunismo ateo", ps. 11, 12.

monio o el de su vecino, trátese del fascismo, que nunca está definido, o del capitalismo o la democracia o la religión o la moral. Un hombre casado y al cual la Iglesia niega autorización para casarse por segunda o quinta vez, es siempre en potencia un afiliado del partido comunista, porque por su intermedio puede "ajustar cuentas" con la religión que ha irritado a su conciencia. Cuanto más adivina subconscientemente el mal que ha hecho, más violenta será su oposición a la religión. Por eso, los más enconados perseguidores de la religión son los que han sido bautizados. "La corrupción de lo mejor es lo peor". Hitler, Mussolini, Stalin y Marx fueron bautizados y renegaron. Cuando los comunistas alcanzan una etapa en que sus progenitores ya no son cristianos sino adeptos del materialismo dialéctico, su odio a la religión disminuye. No habiendo perdido tanto como la vieja generación, estarán menos irritados contra sí mismos por haber renunciado al tesoro.

En el mismo sentido, los que empezaron con una gran codicia de riquezas y nunca las alcanzaron o que llegaron a ser capitalistas fracasados, ingresarán al partido comunista para ajustar cuentas con los capitalistas cuya riqueza envidian y que ahora quieren poseer por expropiación. Los que tienen tanto dinero que no saben qué hacer con él o los que lo han ganado con demasiada facilidad, buscarán compensar su mal habida fortuna consagrándose a causas antisociales para dar satisfacción a sus inquietas conciencias. En el fondo, su amor al comunismo se debe a una forma exagerada de conciencia monetaria. Los que han sentido la picadura de los prójimos poco caritativos que se han burlado de su raza o color y se han negado a tenderles la mano de la camaradería, son también un material probable para el comunismo, no porque el comunismo pueda darles un reconocimiento, cosa que no sucede en la práctica, sino solamente porque tienen oportunidad de ajustar cuentas con los que fueron malévolos. También los que nunca han podido pensar con claridad y que con el mucho leer y el mucho cavilar han abarcado más de lo que pueden digerir, afluyen al comunismo, donde no tendrán que pensar para nada, donde su misma obediencia a un dictador les dará la ilusión del poder. Como los ha desilusionado su propia libertad, que ha causado un caos en su alma, esperan que una dictadura comunista externa a ellos organice su caos. Como han perdido la capacidad de autorregularse desde dentro, buscan una regulación impuesta por comunistas desde fuera:

como han perdido el objetivo de la existencia y la finalidad, invitan a una tiranía comunista a que les imponga un objetivo y les dicte un fin; como han estado aislados de sus prójimos, buscan una restauración en una comunídad no sobre la base del espíritu y el amor, sino de la materia y de la fuerza.

La suprema ventaja de todos esos odios, es que les permiten a los frustrados y desilusionados que combinen las más fuertes afirmaciones sociales con el más desdeñoso menosprecio del mejoramiento personal. No podrían convertirse en cristianos —cosa que ansían en el fondo— porque el cristianismo exigiría rectitud personal, pero en el comunismo pueden obtener un sentimiento aparente de rectitud y justicia odiando las iniquidades ajenas, sin obligación alguna de mejorar sus propias vidas. Si quienes conocen el comunismo quieren combatirlo en forma efectiva, deben empezar por presumir que los individuos frustrados y desilusionados no están quizás tan lejos del Reino de Dios como podría creerse. En realidad, están probablemente mucho más cerca que el indiferente sin odios ni amores. Los cargos formulados por esas almas fracasadas contra la sociedad son a menudo muy justificados, pero en su afán de curar al niño de la tos convulsa aceptan la solución de decapitarlo. Cuando han comprendido que lo que odian es el pecado, y no un método de producción, y que buscan a Dios y no a su mísero ateísmo, en que cada uno hace de sí un Dios y del prójimo un "ateo", están a un paso de la paz que sólo Cristo puede brindarles.

Hay que distinguir entre la ideología y la persona, entre el comunismo y los comunistas. El comunismo debe ser odiado como odia el médico la pulmonía en su hijo enfermo; pero los comunistas son hijos de Dios en potencia y deben ser amados como se ama al niño enfermo. Un cristiano que parte de la presunción de que los comunistas deben ser aniquilados o enviados a los campos de concentración —cosa que en realidad nos harían a nosotros— no es digno del nombre de Cristo. No debemos buscar su extinción, sino su transfiguración. ¿Nos odia Dios porque somos pecadores? Entonces... ¿debemos odiarlos por ser pecadores de un tipo especial? ¿No fué acaso Pablo, en la Iglesia primitiva, un más enconado perseguidor de la religión que Tito o Stalin o Hitler? Sin duda, miles de cristianos, íntimamente, confiaban en que Dios le mandaría una trombosis coronaria a Pablo para llevárselo de esta vida. Se multiplicaron las plegarias a Dios para que en-

viara a alguien que le diera una réplica a aquel fogoso y fanático enemigo. ¡Ojalá enviara a alguien el cielo para responderle a Pablo! Y bien: Dios oyó aquellas plegarias y envió a Pablo para responderle a Pablo. El poder de Dios se manifiesta más en la conversión que en la destrucción, porque sabe que los mejores santos son los que han sido los más enconados enemigos, y no los hermanos pusilánimes que aborrecen el comunismo cuando los editoriales lo condenan y lo aman cuando los periódicos lo glorifican. Roma fué el mayor perseguidor de la religión que hubo antes de Rusia en los tiempos modernos, pero llegó a ser el centro del cristianismo. ¡Ojalá transfigure Dios a Rusia para que, desde allí, se irradie algún día una luz capaz de renovar la fe en Europa y dársela al Asia!

CAPÍTULO VII

LA ACTITUD FRENTE A LA FAMILIA EN RUSIA Y LOS ESTADOS UNIDOS

El comunismo, en su filosofía y práctica primitiva, era tan antimoral y antihumano, que se opuso necesariamente a la familia como unidad social. Poco después de haber probado la llamada moral comunista y todas las extrañas prácticas en que creen aún los niveles inferiores de la democracia, comenzó a repudiar tanto su teoría como su práctica. Sin pestañear siquiera, adoptó una actitud totalmente inversa. El comunismo no reconoció su error. Ningún gobierno de la historia del mundo ha reconocido jamás su error. Simplemente, adoptó otra actitud, sin dar explicaciones.

A fin de apreciar y comprender la media vuelta total de la teoría y práctica comunista, veamos primero su primitiva actitud con respecto a la familia y luego la actual. La filosofía del comunismo enseña que toda la moral, el arte, la literatura y las instituciones reposan sobre los métodos de producción. En consonancia con esto, el "Manifiesto Comunista" afirma que la familia burguesa descansa sobre el capital o la ganancia individual, y que "la familia desaparecerá por lo tanto con el capital". Engels, en su obra "El origen de la familia", declaró que la familia se basa principalmente sobre una economía que reconocía la propiedad privada, de la cual fluía el derecho de una generación a heredar la propiedad de otra; y en segundo lugar, en el dominio del marido sobre la esposa, porque aquél recibía el sobre con el sueldo del patrón. De esto, Engels deducía que si uno eliminaba el derecho de sucesión que se funda en la propiedad privada y se les daba a las mujeres la igualdad de derechos con los hombres, se eliminaba la necesidad económica de una familia.

Si resultaban hijos de una unión, el Estado debía encargarse de educarlos. En la misma obra, Engels sacó el amor de la voluntad y lo alojó en las glándulas, y arguyó luego que "sólo una unión basada en el amor es moral: por lo tanto, sólo debe existir mientras exista el amor. Cuando ese amor deja de existir o lo sucede una nueva pasión, el divorcio se convierte en un bien."

Cuando Rusia se hizo comunista y empezó a llevar a la práctica esta filosofía, el concepto comunista de la moral fué llamado "teoría del vaso de agua". La señora Kollontai, delegado soviético a la Liga de las Naciones, manifiesta: "...El amor es un vaso de agua que se bebe para satisfacer una sed". Se bebe el agua y se olvida el vaso, se disfruta del placer y se olvida a la persona. Los códigos matrimoniales de 1918 y 1927 afirmaron la ley: "Todos los niños le pertenecen al Estado". A ese fin, el código de la familia del 22 de octubre de 1918 declaró que todos los matrimonios religiosos eran nulos y podían ser disueltos por la sola voluntad de una de las partes, con el simple requisito de enviar una postal a la oficina de inscripciones, que enviaría a su vez otra postal disolviendo el vínculo. El Décimotercer Congreso del partido comunista calificó inclusive a la familia de "formidable baluarte de todas las infamias del antiguo régimen".

Por una peculiar paradoja, con todo, el comunismo responsabilizó colectivamente a la familia del antisovietismo de todos sus miembros. "En caso de fuga o de que un soldado adulto franquee la frontera, los miembros de su familia —si le han ayudado en cualquier forma a preparar o ejecutar la traición, o si estaban enterados simplemente del hecho pero no informaron a las autoridades— serán castigados con la privación de la libertad durante un período de cinco a diez años y con el secuestro de todos sus bienes. Los miembros adultos de la familia del traidor que se hayan quedado, y que vivan con él o sean mantenidos por él en el momento de la consumación del crimen, serán privados de los derechos electorales y deportados por cinco años a los lugares más lejanos de Siberia." [1]

En los albores mismos de la revolución comunista en Rusia, se decretó que todas las mujeres de 17 a 32 años se convertirían en "propiedad del Estado, y que los derechos de los maridos eran abolidos." [2] En consonancia con la idea de que la liberación implica trabajar en una fábrica

[1] Código Penal de la U.R.S.S., artículo 58 N. I. C.
[2] "Novaia Zhizn", Nº 54, 1918, p. 2.

más bien que en un hogar, leemos en un libro soviético publicado en 1935: "El trabajo de la mujer se ha convertido en una de las fuentes principales donde puede obtener la industria nueva mano de obra. Durante los años iniciales del primer plan quinquenal, había unos seis millones de dueñas de casa en las ciudades. Todos los organismos comunistas locales recibieron orden de convocar a esas reservas y de vincularlas a la producción."[3] Las mujeres se negaron a aceptar lo que los comunistas llamaban "la emancipación de las mujeres de la deprimente atmósfera doméstica", pero se las obligó en definitiva a la "emancipación" y empezaron a trabajar en las minas y alcantarillas y en el manipuleo de los taladros neumáticos. Hace unos pocos años, el 23 por ciento de los mineros eran mujeres. Los poetas del Soviet compusieron baladas para que las cantaran las mujeres, ya que habían sido "liberadas del ajetreo doméstico, socialmente improductivo y agotador."[4]

"Antes, las mujeres sólo sabían cocer la sopa y el potaje.
Ahora, van a la fundición.
En la fundición, se está mejor."[5]

No se requería razón alguna para separar al marido de la esposa, ni siquiera el consentimiento de la otra parte. Desapareció toda distinción entre los hijos legítimos e ilegítimos. Los jóvenes fueron alentados a espiar a sus progenitores y a denunciarlos a las autoridades comunistas al menor indicio de fascismo y anticomunismo. Como las leyes del trabajo exigían que una persona aceptara cualquier trabajo que le diera el Estado, ya que en el régimen comunista hay un solo patrón, sucedía a menudo que al marido le daban un empleo en una ciudad y a la esposa en otra. El Comité del Trabajo solucionó la dificultad decretando que cada uno de los cónyuges podía encontrar otro compañero en su nuevo lugar de trabajo. El Estado estableció clínicas para abortos en todo el país y se usaron todos los medios disponibles para debilitar a la familia.

Pronto la filosofía comunista, errónea ya en la teoría, porque la familia no se basaba, según lo alegado, en el capitalismo, empezó a resultar errónea en la práctica. Rusia se dedicó a contar las cabezas y las que debían haber

[3] Shaburova, "La mujer es una gran fuerza", edición de 1935, p. 32.
[4] Shaburova, ibíd., p. 36.
[5] Ibíd., p. 38.

sido cabezas y se descubrió que en Moscú solamente habían nacido en 1934 57.000 niños, mientras que se habían practicado 154.000 abortos. En las aldeas, habían tenido lugar 242.979 nacimientos y 324.194 abortos[6].

Esta proporción de 3 a 1 en favor de la muerte, fué acentuada por los divorcios. El "Izvestia" del 4 de julio de 1935 expuso: "En Moscú, en los primeros cinco meses de 1935, los divorcios superaron en un 38 por ciento a los matrimonios registrados. En mayo, la cifra saltó al 44.3 por ciento. Ya es hora de que digamos que la frivolidad en la unión matrimonial es un crimen, y que la infidelidad marital es una ofensa a la moral de un régimen socialista. Alrededor de un 2.3 por ciento de los matrimonios divorciados tienen hijos y sólo un 10 por ciento de esos padres divorciados pueden mantenerlos." Los divorcios registrados, naturalmente, no incluyen las separaciones que nunca llegaron a conocimiento de las autoridades. Los niños sin hogar vagaban por las calles, robando, asaltando y matando. La mujer de Lenin calculó su número en siete millones. El crimen y la delincuencia infantil llegaron a tal extremo que una resolución conjunta del 7 de abril de 1935 del Comité Ejecutivo Central y del Consejo de los Comisarios del Pueblo de la U.R.S.S., uno de los cuales era Molotov, decretó el máximo de la pena para los niños de más de 12 años, mientras que la muerte en otros casos era obligatoria[7].

A esta altura, los comunistas empezaron a repudiar el comunismo. Así como Lenin vió antaño que el colectivismo era un error porque causaba el hambre y volvió a darle cierta proporción de propiedad privada al pueblo, así también ahora los Soviets comprendieron que la desintegración de la familia es la desintegración de la nación. Todas las prácticas sociales que predicaran antes, fueron entonces condenadas: el aborto, el divorcio, el amor libre y hasta la pena de muerte. El Estado se negó a responsabilizarse por los niños y afirmó la autoridad paterna. Comenzaron a aparecer novelas como "El Tercer Frente" de Shoubine,

[6] "Izvestia", julio 12, 1936.

[7] Ver Nicolás A. Timasheff, "Three Worlds" (Milwaukee: The Bruce Publishing Company, 1946), ps. 88-90.

Id., "Religion in Soviet Russia" (Nueva York: Sheed and Ward, 1942).

Id., "The Great Retreat" (Nueva York: E. P. Dutton, 1946), ps. 197-203.

P. Malevsky-Malevitch. "Russia, U.R.S.S." (Nueva York: William Farquar Payson, 1932), p. 236 f.

N. De Basily, "Russia under Soviet Rule" (Londres: George Allen & Unwin, 1938), p. 296.

Hélène Iswolsky, "Femmes Sovietiques" (París: Desclée de Brower, 1937).

que señalaban las malas consecuencias del divorcio y los abortos y refirmaban el instinto maternal, desconocido y repudiado durante tanto tiempo. El gobierno ordenó que se dieran conferencias en todas partes glorificando la vida familiar. La prensa comunista, que ridiculizara quince años antes el matrimonio, publica ahora editoriales como éstos: "Una de las normas básicas de la moral comunista es el fortalecimiento de la familia. El derecho al divorcio no es un derecho al relajamiento sexual. Un mal marido y un mal padre no puede ser un buen ciudadano. La gente que abusa de la libertad de divorcio debiera ser castigada." El órgano oficial "Diario del Comisariato de Justicia" afirma la perpetuidad del vínculo matrimonial: "El matrimonio sólo es de un valor positivo si los cónyuges ven en él una unión para toda la vida. El llamado amor libre es una invención burguesa y nada tiene que ver con las normas de conducta de un ciudadano soviético. Además, el matrimonio sólo reviste todo su valor para el Estado cuando hay prole, y los cónyuges experimentan la dicha máxima de la paternidad y maternidad." En 1936, el gobierno soviético empezó a fabricar los anillos de alianza matrimonial. Se abolieron las postales de divorcio. Se tomaron medidas para que los casos de separación legal fuesen muy difíciles y raros. Los honorarios por los divorcios fueron elevados de 3 rublos a 2.000, a fin de que, como lo expresó la prensa comunista: "...las muchachas tontas lo piensen dos veces antes de casarse con un hombre con veinte o treinta divorcios en su haber". Los distingos llamados "burgueses" entre los hijos legítimos e ilegítimos reaparecieron en la Ley Soviética.

1. Prohibición de los abortos. Los abortos sólo son legales cuando la vida de la mujer corre peligro. La pena es de dos años de prisión para el médico y demás responsables, y para la madre una censura pública por la primera falta y una multa de 300 rublos por la segunda.

2. Para combatir una torpe irresponsabilidad en las relaciones de familia, hay que indicar todo divorcio en el pasaporte. Esto es una innovación comunista.

3, Un perceptible aumento en los honorarios por la declaración de divorcio. El primer divorcio cuesta 50 rublos, el segundo 150 y el tercero 300.

4. Mantenimiento. El padre que abandona a sus hijos debe pagar un cuarto de sus ganancias por un hijo, dos

tercios por dos, y el cincuenta por ciento por tres o más: la pena por la falta de pago del mantenimiento es de dos años de prisión.

5. Nuevo mejoramiento de los beneficios concedidos a la maternidad. Las madres grávidas tendrán ocho semanas de licencia antes del alumbramiento y ocho semanas después. También se les aumentará la ayuda económica. El aporte del presupuesto de previsión social para alimentar al hijo es aumentado de cinco a diez rublos. Este aumento es muy engañoso. En 1928, con cinco rublos se podía comprar 25 botellas de leche, pero en 1937 con diez rublos se podía comprar de 10 a 12.

6. Como un esfuerzo destinado a mejorar las condiciones materiales de la madre, el fondo de previsión social aportará una suma para las necesidades de los recién nacidos. La asignación indicada es de cuarenta y cinco rublos. Antes de los planes quinquenales, la asignación media para este fin era de 20 rublos. Más tarde, fué aumentada a 32. De 1929 a 1937, los precios por todas las necesidades de un niño y sobre todo la ropa interior, aumentaron a no menos del quíntuplo. Por lo tanto, los 45 rublos apenas si eran una garantía de "maternidad feliz". Además, el país que superaba al capitalismo y lo dejaba rezagado carecía de los objetos más elementales para las criaturas. "Es difícil hallar una tetina de goma para madera, tira emplástica, un catre-baño para niño o una artesa para lavar la ropa de las criaturas." [8]

Las clínicas para abortos fueron suprimidas cuando el aborto fué equiparado legalmente al homicidio; todo aquel que aconsejara el aborto, era condenado a dos años de prisión. En los periódicos, aparecieron artículos donde se enumeraban sus dañosos efectos. A los niños, a quienes en el régimen comunista anterior se indujera a espiar a sus progenitores, se les dijo ahora: "Uno debe respetar y amar a sus padres, aunque sean chapados a la antigua y no gusten de la Liga Juvenil Comunista." A las madres de familias numerosas, les dieron subsidios.

En agosto de 1944, la prensa soviética se jactó de que desde que estaba en vigencia la ley contra el divorcio no se había registrado en todo el país un solo pedido de divorcio. Les fijaron impuestos a las solteronas, los célibes y las familias con menos de tres hijos [9]. El "Prav-

[8] Declaración del Soviet de Comisarios del Pueblo, 27 de junio de 1936.

da", olvidando la historia y hasta las constituciones actuales de Portugal e Irlanda, se jactó: "Con nosotros, *por primera vez en la historia* de los pueblos y los países, la maternidad fué motivo de preocupaciones para el Estado." Stalin empezó a hacerse fotografiar con niños y cierto día apareció en uno de los jardines de Moscú con sus propios hijos. La mayoría de los ciudadanos soviéticos ignoraba, hasta entonces, que tuviera hijos.

La publicación comunista "Trud", el 23 de abril de 1936, citó palabras de Stolz, el presidente de la Comisión de Juristas y Sociólogos, que hizo las siguientes reformas: "(a) El matrimonio es una cuestión social. Hasta ahora, el divorcio había sido siempre muy fácil. Ya es hora de hacerlo más difícil. (b) La mujer soviética es igual al hombre, pero no se la debe liberar del gran deber que le ha conferido la naturaleza, el de la maternidad: su salud es doblemente preciosa, primero como ser humano y luego como madre. (c) El aborto es inadmisible en un país socialista."

El "Izvestia" del 28 de marzo de 1936 dice que algunas mujeres empezaron inmediatamente a adoptar hijos, a simular gravidez y a representar la comedia del embarazo, para encuadrar mejor en la línea partidaria. Así Rusia, después de veinte años de práctica del comunismo, rechaza toda su filosofía comunista de la familia, y aun sin proponérselo, prueba que cuando dejamos de obedecer las leyes de Dios, expresadas en la naturaleza racional, nos derrotamos a nosotros mismos, así como el hombre que usa un lápiz para abrir una lata no sólo no abre la lata sino que hasta rompe el lápiz. Hay dos modos de descubrir cuán verdadero y bueno es Dios. El uno es no abandonarlo nunca: el otro, abandonarlo, porque en nuestra desolación redescubrimos que deshumanizamos nuestros corazones al desdivinizar nuestras vidas. Cuando derramamos la religión de la copa de la vida, toda otra bebida que se vierta en ella sabe a acíbar. Las mujeres a quienes Lenin había ordenado dejar el hogar por las minas y la llave inglesa, oyeron decir que debían volver a sus hogares y ser mujeres. A las que glorificaban el amor libre, les dijeron que el amor libre ni era libre ni era amor, sino egolatría glandular. Pero más importante que este repudio total de su ideología es el hecho generalmente ignorado de que, al refirmar la familia como unidad social, los comunistas rechazaron también la idea de que la clase

[9] Decreto del 8 de julio, 1944, artículos 16, 17, 18.

es el cimiento de la sociedad. Así como la constitución soviética cita las Santas Escrituras, y más concretamente la Epístola de San Pablo a los tesalonicenses, sin saberlo, así también ahora el comunismo, en la mayor de sus derrotas, proclama la victoria de la familia sobre la clase, de la persona sobre el proletariado, de la lumbre y el niño sobre la hoz y el martillo.

Esta nueva actitud de Rusia frente a la familia merece ser comparada con el materialismo del mundo occidental. No cabe duda de que hoy la filosofía norteamericana relativa a la familia es idéntica a la de Rusia entre los años 1917 y 1935, esto es, la creencia en el divorcio, el amor libre y un extraño sistema que no sólo rechaza el "control de nacimiento" (birth control) sino también el control y los nacimientos. Rusia detuvo la desintegración de la familia en un solo año, porque era una dictadura y podía imponer sus decretos con balas, sentencias de muerte para delincuentes de doce años de edad, campos de concentración y policía secreta. Los Estados Unidos son una democracia: de ahí que la única manera —y la más adecuada— de detener la putrefacción no es con un decreto presidencial, o con una ley de divorcio uniforme, o con el estudio del problema de la delincuencia juvenil en cada nueva época sin ponerle coto siquiera en su fuente misma, el hogar, sino mediante una conciencia ilustrada por la religión y la moral.

El desorden de la vida familiar de los Estados Unidos es más desesperado que en cualquier otro período de nuestra historia. La familia es el barómetro de la nación. Los Estados Unidos son lo que es el hogar medio. Si el hogar medio vive del crédito, gastando dinero pródigamente e incurriendo en deudas, los Estados Unidos serán una nación que acumulará deuda tras deuda hasta el día del Gran Colapso. Si el marido y la esposa medios no son fieles a sus votos matrimoniales, los Estados Unidos no insistirán en la fidelidad a la Carta del Atlántico y a las Cuatro Libertades. Si hay una deliberada frustración de los frutos del amor, la nación se formará la política económica de malograr las cosechas de algodón, de tirar el café al mar y de frustrar a la naturaleza en beneficio de un precio económico. Si el marido y la esposa sólo viven cada uno para sí y no el uno para el otro, si no ven que su felicidad individual está condicionada por la reciprocidad, tendremos un país en que el capital y el trabajo se combatirán como el marido y la esposa, haciendo estéril la vida social e imposible la paz económica. Si el marido y la esposa

viven como si Dios no existiera, los Estados Unidos tendrán a burócratas que abogarán por el ateísmo como política nacional, repudiando la Declaración de la Independencia y negando que todos nuestros derechos y libertades nos son dados por Dios. Es el hogar el que decide la suerte del país. Lo que sucede en la familia, sucederá luego en el Congreso, en la Casa Blanca y en la Suprema Corte. Todo país obtiene el tipo de gobierno que se merece. Así como vivimos en el hogar, así vive la nación.

Cuando la proporción de divorcios en 30 grandes ciudades de nuestro país es de un divorcio por cada dos matrimonios, cuando una nación tiene más de 600.000 divorcios contra 2.285.500 matrimonios contraídos en un año, hay signos inconfundibles de que los Estados Unidos se están pudriendo por dentro. A esto se agrega la alta cantidad de ineptos de nuestro ejército. Un tercio de las solicitantes para ingresar a los Organismos Auxiliares Femeninos fué rechazado a causa de su neurosis y psicosis. Más de un millón y medio de hombres fueron rechazados en el ejército por el mismo motivo. El aumento en la proporción de homicidios del 3.4 por 100.000 en 1900 al 6 en 1941, prueba un estado de ánimo netamente antisocial. Las enfermedades mentales debidas al alcohol han aumentado en un 500 por ciento desde 1920. Ahora, está claramente establecido que muchas de las neurosis y psicosis de la mujer moderna se deben a su temor a la maternidad, a su evasión del cumplimiento de la alta vocación a la cual la llamó Dios. Asimismo, la razón de la instabilidad del hombre se debe a su evasión de la paternidad. El divorcio es una expresión de infelicidad y lo precede siempre un estado de desequilibrio mental. El ochenta y tres por ciento de los divorcios, en los Estados Unidos, ocurren en los matrimonios sin hijos. La educación no cura esto, porque las mujeres con una educación de colegio superior no tienen descendencia en una proporción del cuarenta y cinco por ciento y los egresados del colegio superior en un veintiún por ciento.

A menos que los Estados Unidos cambien fundamentalmente de actitud frente a la familia y no traten ya de obtener éxito en el dominio en que Rusia probó haber fracasado, habrá, al margen de todas las consideraciones morales y religiosas, tres consecuencias desastrosas. En primer lugar, los Estados Unidos correrán el peligro de convertirse en un país de traidores. Si llegan a un estado de cosas en que el 50 por ciento de los matrimonios creen poder arrojar por la borda la lealtad jurada para confor-

mar a su propio placer o conveniencia, los ciudadanos ya no considerarán necesario cumplir con sus juramentos como tales. Cuando hay una ciudadanía que no se siente ligada a la más natural y democrática de las comunidades autónomas, el hogar no tardará en sentirse desvinculado de una nación. Cuando una señora White esté pronta en cualquier momento a llamarse señora Brown, los norteamericanos estarán a un paso de ser soviéticos. Los traidores al hogar de hoy, serán los traidores a la nación de mañana. Si un marido y una esposa se sienten justificados al desintegrar su matrimonio porque han tenido alguna mala administración en el hogar... ¿por qué no repudiar a la nación a causa de alguna mala administración en su gobierno? Antaño, la gente seguía casada y trataba de solucionar las dificultades, porque era leal. En aquellos tiempos, los ciudadanos creían necesario quedarse en un país hasta cuando era mal gobernado, para mejorarlo. Un pueblo desleal a un hogar, no le será leal a una bandera.

Un segundo peligro posible para una nación que no impide la decadencia de la familia, es la formación de un estado de ánimo propenso a negarse a los sacrificios, a soportar pruebas e incomodidades para proteger al país. En las familias, cada cual aprende a renunciar al "mío" por el "nuestro" de la comunidad. La familia es una escuela de adiestramiento en la autodisciplina, la destrucción de la egolatría en beneficio del grupo y el aprendizaje de la suprema lección de vivir con los demás en bien de los demás. Así como los monjes sentían que las penurias de la vida monástica eran voluntarias, así también lo sentían el marido y la esposa porque las habían elegido "para mejor o para peor". Pero si se produce la más leve desavenencia conyugal en el orden de cosas actual, el matrimonio se desintegra. Si se advierte un estado de cosas en que se permite la separación porque la otra parte no proporciona satisfacción o porque unos pastos más tiernos hacen menos seductora la actual dehesa o porque todo capricho, apetito y fantasía tienen el derecho de ser satisfechos aún a costa de otra persona... ¿qué sucederá con el espíritu de sacrificio, tan necesario en tiempos de crisis y de conflicto? Cuanto menos sacrificios se le exijan a un hombre, menos dispuesto se mostrará a hacer esos pocos. Sus lujos se convierten en necesidades, los niños en cargas y el yo en Dios. ¿De dónde saldrán nuestros héroes nacionales si no tenemos héroes domésticos? Si un hombre no soporta las pruebas que le impone el hogar... ¿podrá soportar las de una crisis nacional?

Respetamos todavía a un soldado no porque va a la batalla a morir, sino porque está pronto a sufrir una tortura, en caso necesario, antes que renunciar a su honor. Así sucedían las cosas en una familia: un marido o una esposa cargaban con las flaquezas del otro cónyuge en beneficio de la salvación de ambos, o por devoción a un voto. Si un hombre puede obtener un divorcio por incompatibilidad con su esposa —¿y acaso hay dos seres totalmente compatibles en el mundo?— ¿por qué no ha de desertar de su ejército o su nación un soldado por el hecho de tener que sacar sus raciones de una lata? Cuando éramos cristianos, al heroísmo lo eclipsaba la santidad, pero cuando el cristianismo dejó de proyectar sobre la familia la sombra de la cruz, lo substituyeron el lujo y la obstinación. Admitido esto... ¿cómo hemos de afrontar a una potencia bárbara que le ha pedido y exigido penosos sacrificios al pueblo durante años? Cuando el sacrificio desaparece del hogar, se desarraiga de la nación.

Sólo el país que reconoce que el sudor, el afán, la penuria y el sacrificio son aspectos normales de la vida puede salvarse... y esto se aprende antes que nada en el hogar. Si nuestra proporción de nacimientos volviera a disminuir, como ocurrió hace quince años y esa disminución continuara... ¿no nos convertiríamos en presa de otros países? La historia no revela la supervivencia de una sola nación cuyo índice de natalidad haya decrecido en un momento de prueba y de crisis. Cuando Francia cayó en 1940, un general francés dijo que la razón fundamental del desastre era la circunstancia de que la familia había dejado de perpetuarse. En el año 150 antes de la E. C., Polibio, escribiendo sobre la decadencia de Grecia, expresó: "Porque el mal de la despoblación era cada vez mayor y no le prestábamos atención; ya que nuestros hombres eran pervertidos por la pasión de la exhibición y el dinero y el placer de una mala vida, y por eso no se casaban o si se casaban se negaban a criar a sus hijos, o a lo sumo criaban a uno o dos de los muchos para dejar asegurado su bienestar, y los educaban en un lujo extravagante. La consecuencia fué que las casas se quedaron sin herederos, y como enjambres de moscas, poco a poco, las ciudades se tornaron despobladas y débiles."

La decadencia de las poblaciones empieza siempre en el apogeo de su prosperidad: los que más podrían permitirse tener hijos, no los tienen. El grupo menos favorecido económicamente es el que más los produce. Pronto, la epidemia antifamiliar se propaga de los que están bien apunta-

lados económicamente hacia abajo y la civilización decae. No cabe duda de que el Estado reclamará más poder para él a medida que la familia decaiga, pero el Estado y la sociedad no son la misma cosa. Cuando mengua la energía vital de una sociedad, la maquinaria burocrática mecanizada decae. Cuando la blandura y el afeminamiento se apoderan de un país, los demás pueblos le envidian más y se convierte en presa de los ojos codiciosos y las manos voraces. Los Estados Unidos no peligran por razones externas, sino que el peligro es grave por dentro. El peligro interior puede motivar el exterior. La invasión fué una posibilidad desde que la moral romana empezó a decaer: se tornó realidad cuando llegó a ser ley universal. No hay motivo para creer que las leyes de la historia deben funcionar de un modo distinto con respecto a los Estados Unidos.

En tercer lugar, la decadencia de la vida familiar está ligada intrínsecamente a la decadencia de la democracia. Aquí, se entiende la democracia en su sentido filosófico, como un sistema de gobierno que reconoce el valor soberano del hombre. De ello deriva la idea de la igualdad de todos los hombres y el repudio de todas las desigualdades basadas en la raza, el color y la clase. Pero... ¿dónde se conserva y practica mejor este dogma del valor del hombre que en la familia? En cualquier otra parte, el hombre será venerado y respetado por lo que puede *hacer*: por su riqueza, su poder, su influencia, su simpatía. Pero en la familia una persona es apreciada por lo que *es*. En el hogar se valúa el ser, no los bienes y la influencia. Es por eso que los tullidos, los enfermos y los que carecen de valor económico para la vida son objeto de mayor afecto que quienes proveen normalmente a su subsistencia. La familia es la escuela de adiestramiento y el noviciado para la democracia. Cuando una nación deja de asignarle el más alto valor al hogar, pronto dejará de darle valor a la persona. El hombre no tardará en ser apreciado por lo que pueda hacer por una *raza,* y entonces resucitará el nazismo, o por lo que pueda hacer por un Estado, y entonces resucitará el fascismo, o por lo que pueda hacer por una *clase* revolucionaria, y entonces aparecerá el comunismo.

Cuando los hombres y las mujeres llegan a tal extremo que ya no les interesa observar cómo crece la semilla que han plantado o cuidar su flor; cuando ya no advierten que la emoción de ver desarrollarse la vida que han creado es más deseable que los intensos goces de sus cuer-

pos; cuando les importa más aumentar los dólares de su cuenta bancaria que obedecer al primitivo impulso de crecer y multiplicarse, sabed que ha caído la noche, la noche en que una *cosa* es más importante que una *persona,* y que sobre la lápida de la democracia hay que inscribir el *hic jacet.* Detrás de todas las maquinaciones y planes de la política y la economía, nada hay de más fundamental para la resurrección de la verdadera democracia que la restauración de la familia. En ese círculo, nuestros ciudadanos aprenderán que hay otra riqueza fuera de la riqueza del papel, el dinero de papel, las acciones de papel, las alegrías de papel: la cascabeleante y vibrante riqueza de los niños, el inquebrantable vínculo entre marido y mujer, el juramento de la democracia y los futuros herederos del Reino de los Cielos.

Pero aunque Rusia ha abandonado a la clase como unidad de la nación para acercarse a la familia, aunque ha querido restablecer lo que intentara destruir antaño, no debe presumirse que lo ha hecho por razones cristianas o por obediencia a una ley natural. Las circunstancias han obligado al gobierno soviético a opinar que la nación no podía sobrevivir sin la familia, pero ello no se debió a que estime a la familia, sino a su deseo de que sobreviviera el sistema soviético. Si la U.R.S.S. aboga por la educación separada de los muchachos y muchachas, lo hace más que nada con el objeto de preparar a los varones para la guerra. La educación no se destina a la enseñanza de la verdad, sino a la glorificación del comunismo y de Stalin. En 1935, Kirov publicó versos en los cuales se presentaba a Stalin como capaz "de ver a través de una pared y de iluminar al mundo como el sol". El periódico oficial del partido comunista de Rusia publicó este himno a Stalin, de Ayak Bergen:

"Le ordena al sol de los enemigos que se ponga.
Habla y el Este se convierte en un resplandor para los [amigos.

Si dice que el carbón debe ser blanco,
es como Stalin lo quiere...
El dueño del mundo entero —recordadlo—
es ahora Stalin [10].

Aunque Rusia está restableciendo la familia, y aunque los Estados Unidos, según Sorokin en su "Crisis de Nuestra

[10] "Pravda", mayo 23, 1935.

Era"[11], tiende a la desorganización creciente de los moldes familiares y maritales hasta que el matrimonio sea una mera sombra de la verdadera unión para toda la vida, no debe olvidarse que, desde otro punto de vista, los Estados Unidos tienen antecedentes muy superiores. En primer lugar, proporcionan un patrón de vida más alto para la familia, y no desorganizan, en un frenético acceso de imperialismo, la vida familiar de los demás países del mundo. El Ministerio de Trabajo de los Estados Unidos publicó hace poco una comparación de la vida económica de los Estados Unidos y de la Rusia Soviética, basada en un estudio oficial de los precios y salarios rusos. El jefe de familia soviético puede comprar con su salario semanal 23 hogazas de pan, pero el norteamericano puede comprar 390. El obrero ruso puede comprar con su salario semanal 17 libras de azúcar, pero el norteamericano puede comprar 500. El ruso tendría que gastar hasta el último centavo de su salario semanal para obtener 16 litros de leche, pero el norteamericano podría comprar 275 litros y le quedaría un poco de dinero. El ruso puede comprar 10 libras de carne de vaca con sus ingresos, pero el norteamericano puede adquirir 82.

Más importante que el nivel de vida, es el hecho de que los Estados Unidos no tienen campos de concentración, mientras que, de acuerdo con cálculos moderados, Rusia tiene confinados a 15 millones de sus ciudadanos en los campos-prisiones. Aunque Rusia se enorgullece de su nueva actitud con respecto a la familia, le destruye separando por la fuerza a maridos y esposas al enviarlos a esos campos. Cuando, por ejemplo, el Soviet se apoderó de Lituania, empezó inmediatamente una desorganización integral de la vida familiar. En el campo de concentración de Vorkuta, que está ubicado en la confluencia de los ríos Pechora y Usa, en los Urales septentrionales subárticos, hay 60.000 latvianos, 50.000 estonianos y 100.000 lituanos, que trabajan en las minas los siete días de la semana; y los que no cubren la cuota fijada por el sistema stajanovista deben contentarse con tres cuartos de libra de pan negro diario, apenas. En el campo de concentración de Bykomys, en la república "autónoma" de Komi, que limita con el océano Ártico, hay polacos y lituanos a quienes llaman *spetzposlentsky* o sea "colonos especiales", contra quienes nunca se ha formulado un cargo concreto. Se levantan a las 3.30 de la mañana y trabajan hasta las 6 de la tarde,

[11] La versión castellana ha sido publicada por Espasa-Calpe Argentina. (N. del E.)

custodiados por la guardia de la M.V.D. (policía soviética). De noche, duermen sobre unos tablones. En las minas de oro existentes sobre el río Kolyma, más de un millón de prisioneros trabajan afanosamente bajo el látigo. Cuando el general Sikorsky, el ex primer ministro polaco, intervino en favor de sus compatriotas, Stalin le contestó: "¿Por qué protesta por la circunstancia de que haya 1.500.000 polacos en Siberia? Tengo a 12.000.000 de rusos allí."

El 7 de octubre de 1946, los Soviets les ordenaron a todos los empleados, técnicos y obreros especializados de la mina de carbón polaca de Rozwar, en Byton (Alta Silesia), que comparecieran en la escuela local. La M.V.D. rodeó a 2.000 de ellos, inclusive a 100 mujeres. Se los hizo subir a trenes de carga y fueron deportados a Rusia. En Riga, setenta y dos de ellos trataron de huir y fueron fusilados. Además de esto, para destruir la cultura nacional y religiosa de los Estados satélites, hay una importación en masa de asiáticos para "expiar" la deportación en masa de los cristianos y judíos. En el territorio occidental polaco, cerca de los ríos Oder y Neisse, les asignaron 1.250.000 acres a los importados. En Estonia, 53.397 personas fueron deportadas durante la primera ocupación soviética, y durante la segunda hubo tal disminución que, de los 974 médicos del país, sólo quedan ahora 320. Un episodio histórico que describe la desintegración de una familia polaca da una idea de la tragedia ocurida en la Europa Oriental, si se lo multiplica por decenas de miles de casos.

"Natalia C., al narrar su partida del amado y familiar escenario, cuenta cómo se levantó temprano una mañana, soñolienta aún, para despedir a su marido, que debía irse a la ciudad por negocios. Después de ordeñar a las vacas, decidió acostarse y volver a dormir mientras el pan levaba. Cuando sujetaba una sábana sobre la ventana para oscurecer la habitación, vió que su marido volvía con cuatro hombres. Todos entraron en la casa, y su marido, mortalmente pálido, les sonrió a ella y a sus hijos. Los niños eran Tomus, un varón de seis años de edad, y Wandeczka, una niña de cuatro. Después de simular un registro de la finca, los acompañantes de su marido le ordenaron a la familia que partiera. Los hijos, al ver que su madre iniciaba sus preparativos, empezaron a sollozar, aferrándose de sus brazos y sus piernas e incitándola a quedarse. Al ver que esto de nada servía y que la madre ya estaba sentada en la carreta, ambos treparon con decisión a ésta, "agarrándose de mí —dice Natalia C.— como gusanos", sobre los envoltorios y equipajes en los cuales estaba sentada. Cuan-

do llegaron a la estación, el padre fué separado de ellos e instalado en otra carreta. La madre confiaba en que el tren se iría de noche, porque las vías rodeaban una baja loma próxima a su heredad, para que sus hijos no vieran aquello y no volviesen a sufrir. Por desgracia, el tren partió en pleno día. Al avistar la heredad, vieron a vecinos y otros miembros de la familia parados sobre la loma y al cura de la parroquia con un crucifijo en la mano. Al acercarse el tren, el cura se levantó y alzó al crucifijo para que lo vieran desde los primeros vagones. La esposa pensó con alegría que aquella bendición estaba destinada a su marido, que viajaba en esa parte del tren. El crucifijo brillaba al sol. Cuando las chimeneas, el huerto y los árboles aparecieron nítidamente a la vista, Tomus gritó, con terrible voz: "Mamita, mamita... Nuestro huerto, nuestro estanque. Mamita, nuestra gierba (la vaca) está pastando. ¡Mamita! ¿Por qué tenemos que irnos?" [12].

Junto a la desorganización física de la familia, figura el envenenamiento de la juventud con falsa propaganda, como los nuevos "Diez Mandamientos Comunistas" publicados para los jóvenes polacos y dados a conocer por la central soviética de Novosibirsk, en la Siberia rusa:

"1. No olvides jamás que el clero es un enemigo declarado del Estado y del comunismo.

2. Procura convertir a tus amigos al comunismo. No olvides que Stalin, que le dió su nueva constitución al pueblo ruso, es el caudillo de los anti-Dios, no sólo en la Unión Soviética sino también en el mundo entero.

3. Trata de persuadir a tus amigos de que dejen de ir a la iglesia, pero sin forzarlos.

4. Vigila a los espías: denuncia el sabotaje.

5. Difunde la literatura atea entre el pueblo.

6. Todo buen "komsomol" es también un ateo militante. Debe saber usar armas de fuego y ser experto en disciplina militar.

7. Trabaja con entusiasmo para impedir que cualquier elemento religioso que notes influya sobre tus vecinos.

8 Todo ateo debe ser un buen comunista. La custodia de la seguridad del Estado es el deber de todo anti-Dios.

[12] "The Dark Side of the Moon", anónimo, prefacio de T. S. Elliot (Londres: Faber and Faber, 1946), p. 69. Citado por cortesía del propietario.

9. Apoya al movimiento ateo con donaciones que ayuden especialmente a la propaganda de los organismos extranjeros, obligados por las circunstancias a trabajar clandestinamente.

10. Si no eres un ateo convencido, no serás un buen comunista y un fiel ciudadano del Estado Soviético. El ateísmo está ligado permanentemente al comunismo y ambos ideales son la base del poder soviético en la Rusia comunista.

CAPÍTULO VIII

PASIÓN

La condición para obtener paz es la resurrección de la pasión. Sólo oímos la palabra "pasión", o poco menos, en una película o en una novela moderna. Pero la pasión fué en otros tiempos algo real. Nació en los lindes del imperio romano, sobre una colina llamada el Calvario y un viernes llamado Viernes Santo. Aquella pasión fué el Amor, el Fuego, el Entusiasmo, y su extática culminación apareció a las siete semanas en Pentecostés bajo la forma de lenguas de fuego, y luego como un martirologio, un misticismo, una actividad misionera y un apostolado que eliminó del mundo el ideal griego de la moderación y la indiferencia romana ante la verdad. Los hombres fueron devorados a tal punto por esta Pasión del Amor, que abandonaron sus casas para difundir la Buena Nueva: las jóvenes se entusiasmaron tanto con ella que pensaron en los divinos desposorios sin la mediación de los humanos. Esta antorcha de la Pasión fué transmitida de generación en generación, y millones de seres han amado tanto a su Señor que todos los halagos de la tierra no habrían podido apartarlos de esa posesión, que torna vanas todas las demás posesiones. Esa Pasión indujo a algunos a darle algo al Divino Amante y así nació el voto de pobreza. También inspiró a los jóvenes a darle lo mejor que uno tiene a Dios, y como lo mejor no está en el cuerpo sino en el alma, nació el voto de castidad. Inspiró a los demás a renunciar a sus propias voluntades para identificarse con la voluntad del ser amado, y así nació el voto de obediencia. Esta clase de fuego es lo que Thompson llama "la pasión sin pasión, una frenética tranquilidad" y el "amor que no logramos en todo amor".

Aunque esta pasión sigue dominando a unos cuantos fieles, en lo que al mundo concierne, la Pasión ha dejado ya de existir, nuestros fuegos se han apagado El mundo occidental se ha vuelto secular, si no ateo, en forma vaga. Aunque el burgués o liberal occidentales ya no iban a la iglesia, no les parecía muy caballeresco transformar sus catedrales en impíos museos; aunque se negaban a que enseñaran la religión en las escuelas, querían aún que sus estadistas hablaran de la libertad de cultos; aunque negaban el pecado, seguían opinando que el egoísmo podía ser vencido por la educación y las relaciones entre el capital y el trabajo; aunque nunca adoraban a Dios, consideraban que si un hombre quería adorarlo tenía el privilegio de hacerlo, así como tenía el derecho de votar por los republicanos o los demócratas.

Ya no hay Pasión, Celo, Fuego, sino más bien liberalidad, lo cual se considera ahora la más grande de las virtudes, ya que el hombre incapaz de formarse una opinión definitiva sobre algo es llamado liberal, y el que ha descubierto unos cuantos principios para orientar su vida es condenado como de estrecho criterio. La tolerancia ha degenerado en una indiferencia ante la verdad, ya que a lo justo y a lo injusto, al bien y al mal, se los trata en pie de igualdad. Cuando el mundo, como Pilatos, presta oídos por igual a Cristo y a Barrabás, a la virtud y al vicio, al bien y al mal, y permite que una votación determine al elegido, no hay necesidad de contar los votos. La bondad será llevada invariablemente a una cruz. Uno se pregunta si la crucifixión de Nuestro Señor no fué interpretada más bondadosamente por Él que la indiferencia moderna ante la Verdad. G. Studdert Kennedy compara al Cristo del Gólgota con el Cristo de la moderna y liberal ciudad de Birmingham.

"Cuando Jesús vino al Gólgota, lo colgaron de un árbol,
le traspasaron con grandes clavos las manos y los pies e [hicieron un Calvario;
le pusieron una corona de espinas, rojas y profundas eran [sus heridas,
porque aquellos días eran duros y crueles, y la carne [humana era barata.
Cuando Jesús vino a Birmingham, ellos pasaron [simplemente a Su lado,
no le tocaron un solo cabello, simplemente lo dejaron [morir;

porque los hombres se habían vuelto más tiernos y no
[queríamos causarle dolor
pasaron simplemente calle abajo y lo dejaron bajo la lluvia.
Pero Jesús gritó: "Perdonadlos, porque no saben lo que
hacen."
y seguía lloviendo la lluvia invernal que lo empapaba
las multitudes volvieron a casa y en las calles no quedó
[un solo ser humano,
y Jesús se acurrucó contra la pared y clamó por el
[Calvario." [1]

La crucifixión era más soportable que la liberalidad, que no daba frío ni calor, y por eso lo que decía Dios lo vomitaba por Su boca. Pero el mundo no podía vivir mucho tiempo sin fuego y pasión. ¿Por qué adoptó Europa en las postrimerías de la primera guerra mundial los sistemas totalitarios del fascismo, el nazismo y el comunismo? Los fascismos pardo, negro y rojo no habrían podido engullirse a Alemania, Italia y Rusia si no hubiesen contenido alguna atracción básica y dado satisfacción a un anhelo largamente reprimido. El hombre occidental podía seguir mostrándose indiferente a la religión, pero esto nunca fué una condición estable. La tolerancia le abre paso siempre al cinismo y el cinismo a la persecución. Ninguna civilización puede mostrarse indiferente con la religión durante mucho tiempo Eventualmente, los hombres la amarán o la odiarán: los nazis, los fascistas y los comunistas dieron los pasos decisivos. No eran pusilánimes. Si el mundo occidental creía en el ateísmo individual, debía ser lo bastante audaz pará hacerlo organizado y oficial y para ponerlo en práctica. El comunismo, el nazismo y el fascismo fueron rebeliones contra un materialismo apático en nombre del materialismo total, protestas contra el individualismo en nombre de la colectividad, siendo la única diferencia entre las tres formas del totalitarismo que el nazismo absorbía a la persona dentro de la raza, el fascismo dentro del Estado y el comunismo dentro de la clase. Los tres sistemas representaban rebeliones contra la desintegración del mundo.

Nunca podremos comprender nuestros tiempos si consideramos ingenuamente esos sistemas como la obra de

1 Studdert Kennedy, "The Rhymes of G. A. Studdert Kennedy" (Londres: Hodder and Stoughton Ltda., 1940), p. 34. Citado con autorización de los editores.

unos cuantos pistoleros o la creación de un hato de criminales. La seducción del nazismo, el fascismo y el comunismo era más que nada negativa; eran protestas contra un liberalismo de agua de rosas, contra una indiferencia cobarde ante las causas, el desconocimiento de que nada era suficientemente malo para ser odiado y nada suficientemente bueno para morir por ello. Los europeos querían algo que habían perdido al renunciar a la Iglesia; sin saberlo, querían una fe, una religión, una creencia en un absoluto: querían dogmas, infalibilidad, disciplina, autoridad, obediencia y sacrificio; querían desahogar el fastidio que emerge de un falso sentido de la libertad o de la licencia, de modo que afluyeron hacia un dictador; querían una organización compulsiva para el caos resultante de un liberalismo que juzgaba el progreso por el número de responsabilidades e inhibiciones que ofrecía; querían peregrinaciones, y como habían destruído los santuarios de la Virgen, querían reemplazarlos por fábricas de tractores; querían creer que había algo de malo en el mundo; para algunos lo malo eran los judíos, para otros los capitalistas, para otros los cristianos, para otros el parlamento, y para otros la democracia, pero por lo menos aquello les hacía sentir que la vida tenía una finalidad, que el deseo femenino de dar la vida podía ser sublimado tomando la vida como lo haría una amazona, y ese sacrificio podía hacerse en bien del partido, la clase o las naciones, recibiendo un balazo en la espalda. La pasión volvió y los fuegos se reavivaron, aunque era pasión por una vaga colectividad, que, como Moloch, destruía la dignidad personal, anulaba todos los valores morales y negaba todas las lealtades celestes.

El totalitarismo le dió al europeo una religión; una contraiglesia para reemplazar a la Iglesia, una fe para combatir a la Fe; el inspirado evangelio de Marx a cambio del abandonado Evangelio de Marcos; un dios de la tierra a cambio de un Dios del Cielo, un nuevo cuerpo místico cuya cabeza visible no estaba en Roma sino en Moscú, infalible cuando hablaba *ex cathedra* sobre el tema de lo político y lo económico; y también una cabeza invisible, harto terrible para ser nombrada. Alemania, Italia y Rusia tenían razón al querer un cambio; lo equivocado eran sus soluciones. El hijo pródigo tenía razón al sentir hambre; se equivocaba al vivir de hollejos.

El tremendo vacío que Europa llenó con sistemas totalitarios en las postrimerías de la primera guerra mundial, existe ahora en las naciones victoriosas en las postrimerías

de esta otra. ¿Por qué tiende la juventud a ser revolucionaria? No por una mala razón, sino por una buena. La juventud empieza a desconfiar del llamado mundo liberal, que intenta inútilmente conservar la libertad individual en un medio social que ha abandonado todos los códigos morales y religiosos. Quiere que un absoluto substituya a un relativo; ve cuán incongruente es estar sentado en un aula y oírle decir a un profesor que no hay distinción entre el bien y el mal, y verse luego incorporado a las fuerzas armadas para morir porque existe una distinción entre el bien y el mal. Nuestros jóvenes ven la superficialidad de la anestesia emotiva de los optimistas de que todo terminará bien gracias a la evolución y la educación; ven cuán inútil es tratar de mantener el respeto a la religión sin practicarla siquiera; y que la vida es vana si tienen que seguir caminando en la noche como sonámbulos que encienden fósforos mientras el resto del mundo enciende antorchas [2].

La juventud moderna quiere lo que quería Europa a fines de la primera guerra mundial: Pasión, Fuego, Entusiasmo También quiere creer que el mal existe en el mundo y que el hombre debe luchar contra él. Pero, desgraciadamente, tanto los capitalistas como los comunistas han convencido a los jóvenes modernos de que el único mal radica en el orden económico. La consecuencia es que los comunistas creen posible combinar la pasión de justicia social con una total despreocupación por la austeridad individual. Tienen una conciencia social para rectificar los errores ajenos, pero no una conciencia individual para corregir los propios: se organizan para combatir la presunta maldad de los demás, pero hacen caso omiso de todo deber personal ante la moral, la conciencia y Dios. Mientras luchan por los no privilegiados, se sienten con

[2] "La crisis ha gravitado más que nada sobre la juventud de todas las naciones. No se trata de las preocupaciones materiales, de los años de desocupación, de la inactividad y la falta de perspectivas materiales: esas cosas no son las más duras de soportar. Aun más oprimentes son las lagunas materiales: la incertidumbre, la ausencia de sentido y de objetivos, las profundas contradicciones entre lo que se presume es el mundo y lo que es en realidad. Porque la juventud lo ve falto de patrones y de valores, sin orientación, en marcha hacia un espantoso naufragio. Y no puede comprender las causas y las interrelaciones porque todos los que tratan de explicarlo sólo ofrecen frases vacuas, planes partidarios y jerigonza científica. ¿Qué pueden hacer los jóvenes sino volver al primitivismo, buscar distracciones y juegos?" Hermann Rauschning, "Time of Delirium" (Nueva York y Londres: D. Appleton-Century Co., 1946), ps. 219-220. Citado con autorización de los editores.

privilegios para hacer el mal. Por eso, la juventud siente un despiadado espíritu de agresión contra la injusticia que colma el vacío causado por la pérdida de la Gran Pasión del Amor, pero que sólo aumenta el desorden del mundo, porque ahora sus fuegos queman las casas de sus vecinos y no la escoria de sus propios corazones.

Nuestra civilización se halla en el estado descrito por Nuestro Bendito Señor en la parábola de la casa vacía. Hemos expulsado a un demonio de la casa de Europa, pero como la Bondad, la Justicia, la Verdad, la Responsabilidad y el Amor no ocuparon esa casa, han ido a morar allí otros siete demonios peores. Los hombres de las democracias occidentales no tenemos fe ni filosofía de la vida ni finalidad común. Sabíamos lo que odiábamos al ir a la guerra, pero no podemos ponernos de acuerdo sobre lo que amamos, ahora que la guerra ha terminado. Nuestro vacío nos hizo presas del Gran Dietista que nos ofrece el fascismo rojo, como un ebrio le da un trago a otro ebrio para conseguir que se ponga de pie. Eso llena el vacío, aunque lo hace como llenaría un buitre el nido de un petirrojo. Esta tiranía nunca habría ejercido atracción en otra época, cuando la atmósfera del mundo era todavía cristiana. Si atrae ahora es porque, aunque nos hayamos apartado de la Divina Luz, no hemos perdido la necesidad de tenerla, pero como mariposillas nos quemamos en la diminuta llama de las velas y de los incendios totalitarios.

¿Cómo deben afrontarse esta pasión y este fuego y este entusiasmo por la nueva religión del totalitarismo? Por sí solo, el humanismo no puede restablecer la pasión necesaria, antes que nada porque ningún hombre tiene un valor intrínseco, salvo como ser de Dios. Si sólo es un descendiente de la bestia, sólo puede esperarse de él que obre como una bestia: si se identifica con la naturaleza, y la psicología no es otra cosa que fisiología, puede ser usado, al igual que todas las cosas naturales, como un medio o una herramienta o un escalón. Si el hombre está identificado esencialmente con la naturaleza y no la trasciende por el hecho de poseer un alma inmortal, cuesta ver cómo difieren los llamados valores humanos de los valores materiales. Cuando el hombre es reducido al nivel de un plano único, sólo resta organizarlo, y la organización en el nivel de un plano concluye en la deshumanización del hombre

Sin la resurrección de la religión, habrá un abismo creciente entre la cultura y las masas, porque la fe ha sido en

la cultura occidental el único terreno común entre ambas. Privada de la religión, una cultura se vuelve pedante y las masas se *standardizan* y se tornan víctimas de una dirección inculta. Berdyaiev observa: "La clase intelectual superior ha estado viviendo durante largo tiempo una vida hermética y aislada, privada de toda ancha base social y alejada de la vida común del pueblo."

Una pasión sólo puede ser vencida por otra pasión; se requiere la Fe para vencer a la fe; un dogma para enfrentar a un dogma: una filosofía de la vida para combatir a una filosofía de la vida. En la época actual, todo lo que podemos ofrecerle a esta nueva pasión los hombres del mundo occidental es un cambio en la política editorial, una alteración en el estado de ánimo nacional, tal como la revela una encuesta Gallup o la substitución ocasional de un miembro del gabinete. ¿Por qué será que nuestros diplomáticos del mundo occidental han sido impotentes ante los apóstoles de la nueva pasión? Por cierto, esto no se ha debido a que les faltara el deseo de conservar cierto decoro y orden y libertad en el mundo, sino simplemente a que su posición ha sido ilógica desde el primer momento. *El mundo occidental ha estado tratando de conservar los frutos del cristianismo después de haber entregado las raíces.* Está tratando de conservar el respeto a la dignidad del hombre, a la libertad humana y a la inviolabilidad de los derechos humanos, después de haber renunciado a la creencia en Dios, Quien le da al hombre una dignidad porque está hecho a Su Imagen y Semejanza; después de haber renunciado al espíritu, que es el cimiento de la libertad, y de haber negado al Creador, Quien es el Autor de nuestros inviolables derechos. En vano tratará nuestro mundo occidental de mantener las cruces en lo alto de los campanarios de las iglesias después de haber hecho caer los cimientos de los edificios. La posición del enemigo es mucho más fuerte y nos dice: "Ustedes niegan los frutos de la democracia y del humanismo cristiano lo mismo que nosotros... ¿Por qué, pues, tratan ilógicamente de conservar cosas ya infundadas?"

La situación se reduce a esto. Los cristianos modernos tienen verdad, pero no celo; los materialistas tienen celo, pero no verdad; ellos tienen calor, pero no luz; nosotros tenemos luz, pero no calor; ellos tienen pasión, pero no ideales; nosotros tenemos ideales, pero no pasión. Ni nosotros ni ellos somos perfectos. Ellos pecan contra la Luz, nosotros pecamos contra el Amor. ¿Cuál de los dos es más grato a los ojos de Dios? Nuestro Señor contó la historia:

"Un hombre tenía dos hijos; y yendo al primero, Él dijo: Hijo, ve a trabajar hoy a mi viñedo. Y aquél, contestando, dijo: No iré. Pero luego, arrepentido, fué. Y yendo al otro, le dijo lo mismo. Y aquél, contestando, dijo: "Yo iré, señor. Y no fué. ¿Cuál de ambos hizo la voluntad del padre?" (Mateo, XXI, 28-31). Nuestro Bendito Señor dió a entender que fué el hijo que se mostró primero reacio a ir y luego fué quien mereció elogio de Él. Así, los merecedores de condenación somos nosotros, los que afirmamos creer en el cristianismo y en la existencia de Dios y en la ley moral, y que sin embargo no obramos movidos por esas creencias. Nuestro delito es nuestro deber cristiano incumplido, el salpicar los fuegos de la pasión con las frías aguas de la indiferencia, nuestra mediocridad, que nos ciega al hecho de que el día de la tolerancia ha pasado y de que toda la humanidad está en busca de un alma.

En cierta oportunidad, Hitler dijo: "Algo ha terminado". Y lo que ha terminado, es la fase no religiosa de la historia moderna, basada en el materialismo y el positivismo. El capítulo post-renacentista ha concluído: la época en que el hombre era la medida de todas las cosas ha acabado en la desilusión. El mundo está descubriendo que no puede vivir sin religión y sin un absoluto, y que los días de la neutralidad y la indiferencia y la tolerancia han pasado; la humanidad está buscando a Dios y su elección se establece entre una verdadera religión y una religión *ersatz.* No habrá términos medios; todo hombre arderá de odio, aborrecerá a los que quieren impedir la construcción de la ciudad del hombre sobre las ruinas de la ciudad de Dios, o arderá de amor por los propios destructores y rezará hasta entre sus ruinas: "Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen."

¿De dónde, cabe preguntarlo, proviene esta pasión del comunismo por el mal y por la destrucción y por la violencia? ¿Será que los fuegos de Pentecostés han sido robados por las fuerzas del anti-Dios, ya que sus misioneros igualan en celo a los misioneros mismos del Evangelio? ¿De dónde proviene este espíritu de sacrificio del fascismo rojo gracias al cual los comunistas relegan para más adelante la ganancia inmediata a cambio de los futuros beneficios y poderes? ¿Cómo explicar el hecho de que un antifé tenga tanta pasión por su fe? La respuesta es: esos enormes sacrificios sólo son posibles debido a la influencia cristiana que queda en el mundo y porque la Sombra de la Cruz se proyecta todavía sobre su camino. Su pasión sólo es real porque han caricaturizado la Gran Pasión del que dijo:

"Ningún hombre tiene un amor más grande que éste, al punto de dar su vida por sus amigos." (Juan xv, 13.) Si esta pasión antirreligiosa del fascismo rojo lograra expulsar del mundo al cristianismo, lo cual no puede concebirse, el propio fascismo rojo se tornaría imposible, porque ya no podría interpretar el servicio con vistas a altos fines. No habría ya una gran pasión que imitar ni un gran amor que corromper.

El fervor antirreligioso de los totalitarios proviene solamente de la religión: su ciega obediencia es una parodia de sumisión a la Divina Verdad; su teísmo sería tonto si no hubiese Dios, porque todos ellos serían a manera de Quijotes que combatieran contra molinos de viento imaginarios. Es sólo la realidad de Dios la que enardece su ateísmo. Enloquecerían si Dios fuese una invención de su imaginación, pero no enloquecen porque combatan contra algo tan real como una estocada o un abrazo. La verdad de esta afirmación es sustentada por el hecho de que, cuando el fascismo rojo triunfa en su campaña antirreligiosa en algún país del mundo, todos sus adeptos pierden entusiasmo y se instalan como maleables capitalistas en los palacios zaristas, profiriendo anatemas contra el capitalismo desde sus torres de marfil. Es la realidad del cristianismo la que le da sentido a su anticristianismo, ya que el diablo no estaría tan atareado si Dios no existiera.

Berdyaiev [3], que conoce tan bien el alma rusa, ha expresado esto diciendo: "...el logro del comunismo exige la energía religiosa del espíritu, supone la capacidad de abnegación al servicio de una finalidad suprapersonal. ¿Dónde se obtendrá esta energía espiritual, esta capacidad de sacrificio, esta aptitud de dedicarse a las altas causas? Cuando se sequen finalmente las fuentes religiosas de la vida, cuando bajo la influencia de la propaganda antirreligiosa se ahogue la energía religiosa del espíritu, la realización del comunismo se tornará imposible, porque nadie se preocupará de hacer los tremendos sacrificios necesarios o de servir a un objetivo suprapersonal. A pesar de ser tan hostil al cristianismo y a la religión en general, el comunismo está usando los resultados del adiestramiento cristiano del espíritu, de la formación cristiana del alma. Todos los movimientos del mundo, hasta los que asumen formas anticristianas, están utilizando los resultados de siglos de influencia cristiana. Si esos resultados fuesen

[3] Nicolás Berdyaiev, "The Fate of Man in the Modern World" (Londres: S. C. M. Press, 1935), p. 117.

desarraigados finalmente del espíritu del hombre, eso pondría término a todas sus aptitudes para cualquier esfuerzo social altruista; ello implicaría reducirlo al nivel de la bestia. Por más que el comunismo europeo niegue al cristianismo, se nutre inconscientemente de elementos cristianos. El reconocimiento del valor de cada individuo, el valor de cada alma humana, la libertad de conciencia, todas estas verdades se obtienen de la revelación cristiana. Cuando se niega el cristianismo absoluto —la doctrina cristiana del hombre— no puede formularse argumento alguno contra un regreso a la esclavitud, contra la explotación del hombre por el hombre: nada puede impedir la apoteosis de la fuerza desbocada, completamente despiadada en su actitud frente a los débiles. Y en tanto en cuanto el comunismo rompe completamente con el cristianismo, permite la esclavización del hombre en el Estado comunista: sólo deja sitio para los fuertes y es despiadado con los débiles. Pero hasta la realización de sus propios fines anticristianos exige el entusiasmo y el egoísmo provocados por ideales superpersonales. El comunismo se refiere al hombre, debe ser realizado por hombres y no exige una gran parte, sino *todos* los poderes del hombre. Pero al formular sus fines, olvida al individuo y lo considera simplemente un instrumento, lo mismo que en el sistema capitalista." [4]

Porque a menos que los hombres del mundo occidental amemos a alguien fuera de nosotros mismos... ¿en qué bando estaremos cuando choquen las pasiones y riñan los amantes? La historia ha llegado ahora a un punto en que los Pilatos del mundo sólo presentan a dos candidatos, Cristo y Barrabás. Está próximo el día en que tendremos que elegir, no entre las cosas buenas, sino entre los dirigentes espirituales y los semidioses espirituales. En este conflicto entre ambas pasiones, ningún consejo de optimismo tendrá relación con la realidad. La lucha no se entabla entre sistemas políticos por la hegemonía material, sino entre sistemas religiosos por el alma humana El mundo ha llegado demasiado lejos para que lo arregle un remendón y todas las soluciones políticas y económicas son fundamentalmente remiendos. Sólo una pasión por la verdad, lo bastante fogosa para que nuestros enemigos nos puedan llamar soñadores y tontos y fanáticos, salvará al mundo [5].

[4] Nicolás Berdyaiev, "Christianity and the Crisis" (Londres: Victor Gollancz, Ltd., 1933), ps. 572-573.

[5] El comunismo le enseña al cristianismo lo que nunca debió olvidar: esto es, que la verdadera fe lo reclama todo en la vida del hombre. No quedarán "asuntos privados". Dr. Hans Lilje, "The Christian Faith of Today" (Londres: S. C. M., Press), p. 53.

El comunismo es una inútil tentativa de compensar psicológicamente la falta de fe. El hombre no puede vivir sin un Gran Amor, y al volverle la espalda al Amor Infinito, ha ido tambaleándose en busca de un extravagante amor por sí mismo. Pero el individualismo o el egocentrismo han producido el hastío. Aquí es donde entra en juego la pasión por el comunismo, para quienes no quieren volver a la Pasión del Divino Amor. Esto ha aliviado al hombre del hastío causado por una licencia harto agotadora. El hombre sólo tiene libertad para regalarla. Se la regalará a la opinión pública, a un dictador o a Dios... pero la regalará. Sin saberlo, el hombre que considera a la libertad como libertad de algo y libertad *para* algo produce una sociedad caótica. El comunismo, en sus primeras etapas, aumenta la licencia para provocar el caos y luego aprovecha el caos para adueñarse del poder y esclavizar al hombre. El hombre nunca escapó del hastío a tan alto precio.

Otra razón que explica lo atrayente que es la pasión del totalitarismo, es la negación de la culpa humana. Las condiciones psicológicas para una dictadura se presentan cuando vastas multitudes de nuestras poblaciones renuncian a toda responsabilidad personal y son educadas para creer que el hombre no está determinado desde dentro, sino por fuera, por campos de juego insuficientes, leche de calidad inferior, glándulas sin conducto, un medio desfavorable o el complejo de Narciso. La educación moderna, desde el darwinismo hasta el freudismo, está vinculada a la negación del hecho de que el hombre tenga pecados que confesar. Toda irresponsabilidad trae a la zaga el deseo de ser poseído; sea por la música que excita las vísceras, o por el alcohol, las tabletas de somníferos y el ruido, todo lo cual le ayuda al hombre a eludir la responsabilidad de la conciencia. Cuando los hombres reconocen que son determinados por influencias extrañas a la ley moral escrita en sus corazones, se vuelven materia prima para una propaganda de repetición que los sumerge en el divinizado poder de lo anónimo. Así como la responsabilidad implica religión, así también la irresponsabilidad implica antirreligión, cuando el nuevo colectivismo les da a los hombres despersonalizados un objeto de adoración en lugar de Dios El totalitarismo crece en proporción directa a la declinación de la responsabilidad en el individuo.

Esta pérdida de moral personal es compensada por una intensa devoción a la moral social. La conciencia social reemplaza a la conciencia individual. Por eso, los adeptos

del nuevo misticismo demoníaco creen que culpando a los demás se alivian de culpa; que eliminando a ciertas personas culpables de injusticia, se liberan de la culpa de sus propias injusticias. Por eso, también, en todo totalitarismo va de la mano una gran pasión de reforma social con una absoluta falta de interés por la necesidad de la reforma individual. Al sacar la viga del ojo ajeno, no necesitan preocuparse de la paja en el propio. La política, entonces, se convierte en la nueva ideología. La aceptación de una ideología se convierte en la medida de la Buena Vida, antes que en la amante relación con la Vida y la Verdad y el Amor. La negación de la moral ensancha necesariamente la zona del mal, y cada aumento de mal clama por un poder represivo en el dictador. Cuanto más refinada y sensible es la conciencia, menos necesidad hay de poder coercitivo. Sólo quienes reconocen a la moral personal son libres. La anticuada y desdeñada insistencia en la santidad individual como condición de un apostolado social produjo un orden social mucho mejor que el actual, basado en ideologías idealistas y en elementos antimorales de las ideologías. El comunismo está predestinado a fracasar precisamente en este punto: trata de hacer entrar por fuerza al Amor y la Rectitud dentro del marco de la regulación compulsiva y con eso los destruye.

La tercera razón para que la pasión del totalitarismo sea atrayente, es la necesidad de la unidad social. Cuando una civilización pierde una filosofía unificadora de la vida y una finalidad común, como un cuerpo sin alma, empieza a desintegrarse en mil elementos discordantes y en pugna. Durante algún tiempo —y ésa es la táctica actual— se trata de compensar a las fuerzas contrarias y de mantenerlas en equilibrio. Entonces, los hombres empiezan a reconocer la necesidad de unidad y autoridad. Como han abandonado un vínculo espiritual de unidad, semejante al que el alma le da al cuerpo o la moral al Estado, procuran compensar la pérdida con una organización compulsiva externa bajo la forma de una dictadura. La unidad no llega ahora desde dentro, sino desde fuera, como un latigazo. De este modo, la sociedad que ha perdido su fe en la autoridad de una Iglesia vuelve a obtener una autoridad de contrabando por la puerta de la Contraiglesia, así como Kant, que desterró a Dios mediante la *razón pura,* volvió a traerlo de contrabando mediante la *razón práctica.* La autoridad interior basada en la Verdad de Dios reveladora le cede el paso a la autoridad externa, basada en la línea partidaria del dictador que impone. Cuando se ha perdido

la fe interior, se hace imperativa una dictadura para restablecer algún tipo de orden mediante la fuerza. Todos buscan una solución que no sea mejorarse a sí mismo. El comunismo tiene el mérito de una Pasión a todo trance, aunque su gran demérito es que el fuego destruye pero no ilustra. Pero tanto el comunismo como el capitalismo monopolista sufren el espejismo básico del pensamiento de que si uno cambia lo externo cambia lo interno, y de que si se pinta el autobús, los santos y no los pecadores viajarán en él. Uno de los personajes de "Los hermanos Karamazov" sintetiza muy bien el sofisma básico de la Pasión Comunista. "Se proponen construir con justicia, pero negando a Cristo terminarán por derramar sangre sobre la tierra." Nuestros grandes pecados quizás no hayan sido tanto pecados de comisión como de omisión —el pecado de no amar— el pecado del cual nadie se acusa nunca.

Hasta ahora, sólo hemos soñado que queríamos tener a Dios y ahora sólo tenemos en las manos un periódico y sólo oímos la estridencia de un receptor radiotelefónico. ¿Cuándo volverán nuestros fuegos? Volverán cuando comprendamos por qué los hemos perdido, y los hemos perdido por la misma razón por la que los perdió Pedro. En cierta ocasión, cuando los apóstoles estaban en medio del mar durante la cuarta guardia de la noche, el Divino Salvador vino a ellos caminando sobre las aguas. Pedro le gritó: "Señor, si eres Tú, permíteme que vaya a ti sobre las aguas" y Él dijo: "Ven", y Pedro bajando de la barca, caminó sobre las aguas para ir hacia Jesús." (Mateo, XIV, 28, 29.) Fué entonces cuando Pedro comenzó a sumergirse bajo las aguas ¿Por qué se sumergió? Las Santas Escrituras nos lo explican: "Ver el viento era fuerte." En otros términos, Pedro comenzó a notar la oposición, a medir la velocidad del viento y la fuerza de la tempestad. Nosotros nos hundimos porque, como Pedro, hemos concentrado nuestra atención en los vientos de la opinión pública, en las corrientes de la indiferencia, en la oposición militar, económica y política de tal o cual círculo. Nos hundimos por la misma razón por la cual se hundió Pedro: *Hemos apartado los ojos del Maestro.*

Quizás cuando nos hayamos hundido un poco más a causa de nuestra falta de fe y de amor, desbordará de nuestros corazones el grito de Pedro: "Señor, sálvame". Entre las revueltas aguas de la oscura noche, Pedro sintió que las Manos de Su Maestro lo sujetaban y oyó que una voz le decía: "Oh, tú de tan poca fe... ¿Por qué dudaste?" Sólo cuando nosotros, que nos ahogamos en un mar más

borrascoso que el de Galilea, lancemos desde las profundidades de nuestra aparente ruina el mismo grito y la misma súplica, cesarán los vientos. Entonces, nos reuniremos en la barca con los demás apóstoles, diciendo con éstos como lo dijeron ellos cuando pasó la tormenta: "En verdad que Tú eres el Hijo de Dios." Entonces nuestra pasión, como Su Pasión, conquistará el mundo, y los enemigos de nuestra pasión estarán en paz con nosotros, porque nuestra victoria no será el poder, sino el Amor de Dios.

CAPÍTULO IX

RUSIA Y LA FE

Es propio de la confusión general de nuestros tiempos el que, cuando un hombre habla contra el comunismo, se lo crea antirruso. Hay que disipar esa confusión. Una ideología se diferencia de un pueblo. La ideología del nazismo ha pasado, pero el pueblo alemán sobrevive. Análogamente, Rusia existió mucho antes de que apareciera el comunismo y seguirá existiendo mucho después que haya sido olvidado. El comunismo abarca una parte tan pequeña del pueblo ruso que sólo ha existido durante unos treinta años en la casi milenaria historia de los cristianos en Rusia.

Los historiadores rusos afirman que el cristianismo fué predicado primero en Rusia por San Andrés, que vino a ese país por el río Dnieper hasta un sitio que más tarde fué Kiev. En apoyo de esta tradición, está el testimonio del historiador de la Iglesia primitiva Eusebio[1], que nos dice que San Andrés les predicó a los pueblos escitas. Los datos oficiales de la conversión de Rusia datan del bautismo del emperador Vladimiro en 988, aunque muchos de sus súbditos fueron bautizados antes que él[2]. En la época de esa conversión, las Iglesias griega y romana se identificaban aunque hubo un cisma pasajero en tiempos de Focio (857). Los misioneros de la Iglesia Occidental viajaban libremente por Rusia para difundir la fe cristiana e invariablemente fueron bien recibidos por Vladimiro. Entre ellos, se destacaba un monje de Ratisbona llamado Mauritius; luego,

1 "Church History", tomo III, capítulo I.

2 Hélène Iswolsky, "The Soul of Russia" (Nueva York: Sheed and Ward, 1943); Paul Miliukov, "Outline of Russian Culture", parte I (Filadelfia: Imprenta de la Universidad de Pensilvania, 1942).

apareció Bruno, famoso por sus milagros. Más tarde, fué martirizado cuando les predicaba la fe a los rusos, que le dedicaron un monasterio. Después de Bruno vino Bonifacio, que se hizo famoso como apóstol de Rusia.

La ruptura entre la Iglesia Oriental y la Occidental fué definitiva en la época de Cerulario (1053), pero Rusia no quebrantó la unidad de la Iglesia en esa época. Esto, resulta evidente a raíz de los siguientes hechos: los dos cardenales y el arzobispo que llevaban la Bula de Excomunión de León IX contra Cerulario atravesaron Rusia cuando se dirigían a Constantinopla y volvieron a Roma por el mismo país. Más aún: a los treinta años de la ruptura entre las Iglesias oriental y occidental, el Papa Urbano II intervino para evitar que el cadáver del ruso San Nicolás fuera profanado por los invasores musulmanes, y lo hizo trasladar a Bari, Italia, el 9 de mayo de 1089. La Iglesia rusa introdujo entonces en su liturgia una festividad que conmemoraba el traslado de los restos de aquel santo. El hecho de que, en 1097, se organizara una peregrinación a la Tierra Santa bajo la égida del rey latino de Jerusalén Balduíno I y de que muchos rusos participaran en ella, bajo la dirección del metropolitano Nicolás, revela que existía aún un sentimiento de cordialidad entre Rusia y la Iglesia occidental. En 1073, los rusos se quejaron a la Iglesia Latina de las injusticias de los polacos, que al parecer le habían robado algún dinero a Rusia. Esta exhortación a su dirigente espiritual les permitió reivindicar sus derechos, ya que en 1073 Gregorio VII, en un mensaje al rey Boleslao, pidió "en nombre de Dios y de acuerdo con la justicia", que el dinero robado fuese devuelto.

Aunque Rusia siguió manteniendo relaciones con la Santa Sede hasta mucho después de la caída de Constantinopla, varios hechos históricos obraron a modo de "Cortina de Hierro" entre el Oriente y el Occidente. El más importante fué la invasión tártara, que tuvo lugar precisamente cuando la civilización occidental prosperaba con las riquezas de Santo Tomás de Aquino, Buenaventura, Dominico, Francisco y las catedrales góticas. Este sojuzgamiento de Rusia por los tártaros duró unos 240 años. La Santa Sede estaba preocupadísima por la amenaza a la civilización rusa, e Inocente IV exhortó a Polonia a resistir el avance occidental de las hordas paganas. En Rusia, al mismo tiempo, había una creciente tendencia a adueñarse del poder de la Iglesia y a desalentar toda intromisión de los patriarcas. Finalmente, Iván IV (1533-1584) adoptó el título de "Padre de la Iglesia y del Estado". Después de la caída de

Constantinopla (1453), cuando los patriarcas de Jerusalén y Antioquía y Constantinopla visitaron Rusia, reconocieron solemnemente al zar como protector de la cristiandad. Desde entonces, los arzobispos y obispos quedaron literalmente esclavizados por el zar. En la ceremonia de la coronación, el propio zar colocó la corona sobre su cabeza, y abrió la puerta del santuario, tomó del altar pan y vino y comulgó con los obispos y sacerdotes. La reunión con la Iglesia Occidental resultaba ahora imposible a causa de la oposición de los zares.

Hubo varias tentativas de reunión: una de ellas, en el Concilio de Lyon de 1274. Rusia, entonces bajo la dominación tártara, no asistió a aquel concilio. En viaje a Lyon para participar en el mismo, Santo Tomás de Aquino murió. Se hizo otra tentativa en el Concilio de Florencia de 1437. Las condiciones políticas habían madurado ahora para la reunión, dado que la Iglesia Oriental corría peligro de ser avasallada por los turcos. La Iglesia griega se mostraba entonces muy entusiasta por la profesión de fe, y uno de los griegos más prominentes del Concilio era Isidoro, que había llegado a ser metropolitano de Rusia en 1431. Acompañado por cien delegados, Isidoro viajó durante un año y llegó finalmente a Florencia. En 1439, antes de que partiera de Roma, fué nombrado cardenal y designado por la Santa Sede legado papal en Lituania, Rusia y Polonia. A su regreso a Moscú, el 19 de marzo de 1441, se elevaron preces por la Iglesia y el Estado. El diácono dijo la plegaria en nombre del Santo Padre Eugenio IV. Entonces el zar aprisionó al cardenal Isidoro, aunque le permitió finalmente escapar y buscar refugio en Roma. En 1589, Moscú se convirtió en el centro de la Fe Oriental cuando su metropolitano fué promovido a la jerarquía de patriarca, con la sanción de los cuatro patriarcas orientales.

Durante los cinco siglos subsiguientes a la invasión tártara, Rusia tuvo muy poco contacto con el mundo occidental. Luego, en 1702, Pedro el Grande abrió las ventanas de Rusia que daban al Oeste. Después de una visita a Europa que duró cerca de un año, trajo la idea del gobierno lego de la Iglesia, y en 1721 ordenó la creación del Santo Sínodo, que subsistió hasta la época de la revolución bolchevique. En 1897, el censo religioso de Rusia reveló que los griegos ortodoxos formaban el 71 por ciento de la población, los católicos romanos el 9, los mahometanos el 9, los protestantes el 5 y los judíos el 3. El resto estaba distribuído entre la secta de los Antiguos Creyentes o "starovertzi" y otras de menor cuantía.

En los años iniciales de la revolución bolchevique, los comunistas publicaron cifras oficiales sobre la religión en que revelaban que, entre los años 1918 y 1919, habían sido ejecutados 30 obispos y 1.414 sacerdotes. Las cifras extraoficiales dadas por la Cheka expresaban que, durante ese mismo período, habían sido muertos 2.691 sacerdotes, 1.962 monjes, 3.447 monjas y clérigos y 8.100 figuras del clero ortodoxo.

En la época de la invasión de Rusia por Hitler después de 24 años de régimen soviético, Rusia había perdido:

el 75 por ciento de sus obispos;

el 75 por ciento de sus sacerdotes, disminuyendo el número de 50.960 a 5.665;

el 90 por ciento de los monasterios, disminuyendo éstos de 11.926 a 37;

el 90 por ciento de las iglesias, disminuyendo éstas de 40.474 a 4.225.

La Iglesia católica, en 1936, manifestó que ninguno de los 8 obispos que oficiaran en 1917 estaba vivo; sólo 10 de los 810 sacerdotes habían sobrevivido; y sólo 11 de las 410 iglesias estaban abiertas[3]. Después de cerca de treinta años de persecución religiosa Yaroslavsky, el jefe de la Sociedad de Ateos Militantes, anunció en 1937 que los dos tercios de la población de las aldeas y un tercio de la población urbana creían aún en Dios.

Durante la guerra y en la posguerra, se operó un cambio en la política rusa frente a la religión, dictado en parte por el deseo de usar los elementos ortodoxos rusos como instrumento político para el paneslavismo, y en parte por el deseo de conquistar, mediante un pretendido favoritismo hacia la religión, los elementos disidentes de las naciones que aquél absorbía El 31 de enero de 1945, los comisarios a cargo de la administración de la Iglesia Ortodoxa rusa concedieron los siguientes derechos a la Iglesia en el interios de Rusia:

De concertar reuniones para orar;

De administrar las propiedades en forma de un préstamo de la autoridad soviética local;

De publicar libros sobre religión;

De ejecutar muchas otras funciones prescritas por el Derecho Canónico.

[3] Una historia interesante de la persecución religiosa de esta época aparece en la obra de Francis McCullough, "The Bolshevik Persecution of Christianity" (Nueva York: E. P. Dutton, 1924).

Simultáneamente con el otorgamiento de esas concesiones a la Iglesia Ortodoxa rusa, se produjeron en forma paralela ataques contra la Iglesia Católica. Esto se debía en parte a una identificación de la política exterior rusa contra las actividades de la Iglesia Ortodoxa rusa. El patriarca le escribió a Stalin en esa época, manifestándole: "En estos tiempos de tensa lucha de la gente afecta a la paz contra el sanguinario fascismo, nuestra Iglesia se consagra *totalmente* al servicio de nuestra querida patria." Fuera de Rusia, las iglesias ortodoxas del mundo están divididas en dos grupos: el grupo anti-Moscú y el grupo Moscú. En los Estados Unidos, el obispo metropolitano de San Francisco, Benjamín, está trabajando con tesón por la unificación de la Iglesia Ortodoxa rusa de los Estados Unidos bajo la égida del patriarca de Moscú, que es gobernado por el ministerio de religión del Soviet. Sus tentativas han hallado fuerte oposición en los Estados Unidos, sobre todo en el obispo Vitalij, de Nueva Jersey.

La actitud del Soviet frente a la religión, se revela con mayor claridad en su persecución a todos los católicos de los Estados satélites. Esto no implica que los demás no sean perseguidos por otros motivos, tales como la falta de solidaridad con las autoridades soviéticas. El cardenal Mindzsenthy, primado de Hungría, expuso hace poco en una pastoral: "Tantas almas están privadas de la fe, la esperanza y la caridad que la luz de la fe no las ilumina ni las agita la creencia en la Vida Eterna ni las conforta el calor de la caridad. Están sentados en las tinieblas y viven a la sombra de la muerte." Muchas de las escuelas de los benedictinos, franciscanos, cistersienses y piaristas de ese país han sido cerradas y la Federación Universitaria Católica ha sido disuelta por los comunistas. Éstos han prohibido la publicación de los libros de texto católicos y están preparando ahora nuevos libros de texto comunistas para las escuelas. Y tienen en preparación un nuevo método de divorcio automático cuando las parejas hayan vivido separadas dos años. A fin de convencer al pueblo húngaro de que no se oponen a la práctica de la religión, los comunistas han pedido que todos sus adeptos concurran a misa los domingos.

El 12 de julio de 1920, el gobierno del Soviet firmó un tratado de paz con Lituania, en el cual manifestó: "Rusia, sin prejuicio alguno, reconoce la autonomía e independencia del Estado de Lituania con todas sus consecuencias jurídicas... y denuncia *para siempre* con buena voluntad todos los derechos de soberanía que ha poseído con respecto a

la nación o territorio lituano." A pesar de este tratado y del pacto de no agresión del 28 de septiembre de 1926, la Unión Soviética ocupó Lituania el 15 de junio de 1945, y la anexó desde entonces a los Soviets. Durante la primera ocupación, que se prolongó desde el 15 de junio de 1940 hasta el 22 de junio de 1941, los Soviets deportaron a Siberia a 34.260 lituanos. En la ciudad de Czerverne, la NKVD (policía secreta soviética) fusiló a 6.000 personas durante la breve ocupación. Durante la segunda ocupación, los Soviets deportaron en los primeros meses a 80.000 personas a Siberia. El "New York Herald Tribune" del 1º de diciembre de 1946 informó que Rusia había enviado a 115.000 personas a los campos de concentración. Uno de los periódicos clandestinos de Lituania, expresó hace poco: "A diario, sufrimos las brutalidades de los bolcheviques y lo rubrica la sangre de nuestros hermanos y los gritos de los inocentes que son deportados y asesinados. Nos preguntamos si el mundo está enterado de nuestros padecimientos y de nuestra difícil y heroica lucha por el derecho y la libertad de la humanidad de sustentar ideales democráticos, que han proclamado los dirigentes de las democracias occidentales. Cada gota de nuestra sangre derramada en la lucha contra la tiranía bolchevique es un sacrificio, no sólo por la libertad de Lituania, sino también por la del mundo." En Vilna, según la legación lituana de Wáshington, las fuerzas destacadas del ejército rojo se elevan a 50.000 hombres; en Kaunas, hay 80.000; en la ciudad de Siaulia, 20.000. En todo el país, hay dispersos 50.000 miembros de la temida NKVD.

En la zona soviética de Alemania, el clero es espiado sin cesar. En los territorios de jurisdicción soviética, no se han autorizado publicaciones religiosas. Esto se aplica tanto a la Iglesia católica como a la protestante. A las seis parroquias católicas de Leipzig no se les permite ninguna clase de actividad religiosa fuera de la iglesia. El cardenal von Preysing protestó contra "las ilegales deportaciones y arrestos... Alzo la voz para pedir justicia. Pienso en los miles y miles de internados civiles que, en muchos casos, han sido deportados sin avisárseles a sus familias. Pienso con dolor que, en mi diócesis, no ha sido posible enviar sacerdotes a sus campos de concentración y me acongoja el gran número de padres de Berlín cuyos hijos han desaparecido desde hace más de un año sin que se tenga noticia de ellos ni se dé razón de su paradero." El cardenal sigue diciendo que no hay constancias de ningún tribunal que haya juzgado a esos niños y lo atribuye a la

misma injusticia que prohibe la enseñanza religiosa en las escuelas.

A consecuencia de la anexión de la zona oriental de Polonia por el Soviet, la Iglesia perdió 9 diócesis, 7.000.000 de fieles, 5.000 sacerdotes y 4.300 iglesias y capillas. En la ciudad de Lwow, la última iglesia católica a la cual le habían permitido funcionar los comunistas ha sido clausurada.

En Yugoslavia, bajo la férula de Tito, se ha operado también la típica supresión de la religión por el Soviet. En 1939, Yugoslavia tenía 1.916 parroquias católicas; ahora tiene 394. En Macedonia, no queda una sola parroquia católica. 168 sacerdotes han sido arrestados sin la menor formalidad judicial; 32 de ellos han sido sentenciados a largas condenas; 85 están detenidos, esperando el juicio; y 409 han sido deportados a los campos de concentración Igualmente triste y trágica es la persecución de la Iglesia rutena, que prosperara antaño en la Ucrania occidental. El 11 de abril de 1944, los Soviets detuvieron a todos los obispos católicos y cerraron todas las escuelas y seminarios, con el pretexto de que la Iglesia necesitaba administración. Los Soviets crearon un "Comité de Iniciativa", que fué presidido por tres sacerdotes tránsfugas. Esos tres sacerdotes sondearon a los 2.700 sacerdotes de Rutenia y les dijeron que no serían deportados a condición de que abandonaran la Iglesia y se aliaran a la Iglesia Soviética de Moscú. Sólo 42 de los 2.700 se sometieron y algunos de ellos se arrepintieron más tarde. El 23 de diciembre de 1945, el Papa Pío XII les envió a los católicos rutenos una pastoral llena de presagios: "No ignoramos que le están tendiendo a vuestra Fe las más peligrosas celadas, y en verdad hay motivo para temer, según parece, que los que se niegan a traicionar nuestra sacrosanta herencia religiosa se vean sometidos a pruebas mayores aun."

Excedería los límites de este libro enumerar la extensión e intensidad de la persecución de que son objeto los pueblos de la Europa oriental que sólo son culpables de dos "crímenes": creer en Dios y creer en la libertad. El mundo vió indecibles horrores de persecución durante el régimen nazi. Ahora, ve horrores más grandes aun en el régimen soviético. Un mero indicio de la tortura que sufren millones de impotentes personas del Este de Europa aparece en las historias de innumerables polacos, registradas en "El Lado Oscuro de la Luna". Por razones evidentes el autor se mantiene en el anónimo, pero el prefacio de esta documentada historia ha sido escrito por el famoso poeta

T. S. Elliot. Hay todos los motivos posibles para creer que existen más mártires por la fe cristiana ahora, en un solo año, que durante 25 años cualesquiera de las persecuciones romanas de los tres primeros siglos.

Ahora, veamos el reverso del cuadro, porque hay un reverso, gracias al distingo existente entre una ideología y un pueblo Este distingo hecho aquí entre el comunismo y Rusia se basa en el distingo cristiano entre el pecado y el pecador; uno puede odiar el comunismo como un sistema inicuo, pero debe amar a los comunistas como seres hechos a la imagen y semejanza de Dios. La Iglesia nunca ha condenado el comunismo sin hablar al propio tiempo de su afecto por Rusia. Pío XI, por ejemplo, el 2 de febrero de 1930, escribió una encíclica titulada "La Campaña Soviética contra Dios", cuya mayor parte contenía plegarias por Rusia: "Aprobamos y enriquecimos con indulgencias la plegaria "Oh Salvador del mundo, salva a Rusia", y asimismo, en el curso de los últimos meses, dos plegarias en que el pueblo ruso es encomendado a la protección de la dulce obradora de milagros de Lisieux, Santa Teresa del Niño Jesús." Una encíclica posterior dirigida contra el comunismo ateo el 19 de marzo de 1937, concluye con estas palabras: "Le rogamos al Señor que ilumine al pueblo ruso, para que éste pueda abandonar el resbaladizo sendero que lo lanzará a la perdición y a la catástrofe, y para que pueda advertir que Jesucristo, Nuestro Señor, es su único Salvador, porque no hay otro nombre bajo el cielo dado a hombre alguno que pueda salvarnos." Todas las plegarias dichas al fin de cada misa en las iglesias católicas a diario en el mundo entero, se destinan a Rusia. En 1930, el Santo Padre ordenó que esas plegarias, que hasta entonces se habían dicho por la solución de la cuestión lateranense, se dijeran por la conversión de Rusia. Esto, implica que ahora, como siempre, la Iglesia está pronta a aceptar a los pecadores en la cámara del tesoro de sus almas, pero nunca al extravío en la cámara del tesoro de su sabiduría.

Hay que advertir dos puntos en lo relativo al pueblo ruso: primero, sus augurios proféticos en el siglo XIX sobre la impiedad del XX, y en segundo término, sus rasgos espirituales, que son una base de esperanza para la paz mundial.

En Rusia, hubo una tradición muy arraigada de que el país sería algún día muy malo antes de ser muy bueno. La Rusia del siglo XIX, que podría llamarse el crepúsculo del comunismo, previó el terrible cataclismo. A diferencia de los escritores occidentales que farfullaban hablando del

inevitable progreso, los escritores rusos rebosaban advertencias sobre la civilización burguesa y materialista. No encadenados por convencionalismos *standardizados*, veían más profundamente el misterio de la vida y de la muerte. Leontiev creía que la misión del pueblo ruso era engendrar al Anticristo. Previó que la Revolución sería tiránica y sangrienta, atrayendo a la gente del Este y aniquilando al mundo burgués del Oeste, provocando no el fin del mundo sino el fin de la época del materialismo, el nacionalismo y el liberalismo. Pecherín creía que Rusia provocaría "su propio aniquilamiento", por lo cual uno aborrecería a su patria durante algún tiempo, pero ello acabaría por inaugurar un nuevo ciclo de la historia del mundo. Pushkin previó la posibilidad "de una rebelión rusa, sin sentido y sin piedad", pero la libertad terminaría por surgir sobre sus "alas portadoras de luz". Lermontov, en su poema "Predicción", escrito en 1830, pronosticó la revolución contenida en el tratado de Gorodetzsky:

"Llegará el día, el día sombrío para Rusia
en que caerá la diadema del Zar, y ellos,
el populacho que lo amó antaño, ya no lo amará,
y muchos seguirán viviendo con la muerte y el horror.
La pisoteada ley no proporcionará refugio
al niño o la mujer inocentes La peste cabalgará
desde los hediondos cadáveres, a través del país herido por
[el dolor,
adonde los harapos agitados desde las casuchas piden
una ayuda que nadie puede brindar. Los royentes dolores
de una hambruna desgarrarán el campo con implacables
[colmillos.
El alba en los arroyos proyectará una luz escarlata
y entonces aparecerá el Hombre del poder
a quien tú conocerás; y comprenderás
por qué una reluciente espada está en su mano.
El dolor será tu suerte, la pena derretirá tus ojos.
Y él reirá de todas tus lágrimas y suspiros."

Tiutchev temía que todos los elementos oscuros e irracionales de Rusia provocarían una catástrofe y adivinaba en el cristianismo su fuerza salvadora:

"Huérfano sin hogar, el hombre, privado de poder
y desnudo, se yergue ante el temido abismo,
se enfrenta en esta su horrenda hora
con su oscuro vacío: y todo lo que vivifica,

las cosas alegres y la luz parecen ya un remoto sueño;
estas cosas no familiares, no resueltas, al espesarse la
[tiniebla,
revelan su siniestra herencia, finalmente."

Chaadaev previó el triunfo de la barbarie en Rusia, diciendo: "No triunfará porque tenga razón, sino porque nosotros estamos equivocados." Dostoyewsky, en "Los Endemoniados", estudió todas las fases de la rebelión del hombre contra su Creador, llegando a la conclusión de que la negación de Dios implica la deificación del hombre. El mal degenera en arbitraria obstinación y uno concluye por erigirse a sí mismo en ley arbitraria. "La libertad sin límites lleva a una tiranía sin límites." El ateísmo enfrenta al hombre con fuerzas oscuras e irracionales y finalmente con el suicidio. Kirilov llega a esta conclusión: "El conjunto de la historia está dividido en dos partes: la primera desde el gorila hasta la destrucción de Dios, la segunda desde la destrucción de Dios hasta la transformación de la tierra y del hombre. Todo aquel que quiera alcanzar la libertad absoluta, debe tener la audacia de matarse a sí mismo. El que se atreve a matarse a sí mismo, se convierte en Dios."

La revolución que veía venir Dostoyewsky no sería para él un resultado de fuerzas externas, sino una señal de la ruptura del parentesco original de Dios con sus criaturas. Asumiría la forma del socialismo que se "vincula al ateísmo, una encarnación moderna de la impiedad, la torre de Babel construida sin Dios, no para elevar la tierra al cielo, sino para traer el cielo a la tierra". Dostoyewsky hace que el diablo diga cómo lo organizará todo el socialismo: "Los haremos trabajar, pero en sus ratos libres organizaremos su vida como un juego de niños... Hasta los dejaremos pecar, sabiendo que son tan débiles e impotentes..." El socialismo era la evasión de la carga de la responsabilidad. Dostoyewsky predijo que Rusia sufriría la "tentación del pan y del poder" de una enseñanza social impía. Parecería casi que escribía en el siglo XX al describir cómo funcionaría el régimen sin Dios: "Todo miembro de la sociedad espía a los demás y su deber es delatarlos... Todos son esclavos e iguales en su esclavitud. A Cicerón le cortarán la lengua, a Copérnico le vaciarán los ojos, a Shakespeare lo lapidarán... Los esclavos deben ser iguales... Un maestro que se ríe con los niños de su Dios, y junto a su cuna, está con nosotros; el abogado que defiende a un asesino culto porque es más ilustrado que sus victi-

mas y no podría dejar de matarlas para obtener dinero, es uno de nosotros; los colegiales que asesinan a un campesino para lograr una sensación son de los nuestros; los jurados que absuelven a todos los delincuentes, son de los nuestros; el fiscal que tiembla en la audiencia porque teme no ser lo bastante liberal, es de los nuestros; entre los funcionarios y literatos tenemos muchos adeptos, y ellos mismos no lo saben... Proclamaremos la destrucción, encenderemos las hogueras, divulgaremos leyendas, todo grupo despreciable será útil. Habrá un cataclismo; habrá una catástrofe tal como nunca la ha visto el mundo. Rusia será avasallada por las tinieblas y la tierra llorará a sus dioses." Pero Dostoyewsky nunca vió en el comunismo al amo final de su país. En "El Diario de un Escritor", publicado en 1881, escribió: "El socialismo del pueblo ruso no está contenido en el comunismo, en sus formas mecánicas. Ellos creen que la salvación final y la unidad que todo lo ilumina está en Cristo y sólo en Él... El pueblo ruso soporta la imagen de Cristo y solamente lo ama a Él."

Otro escritor ruso del siglo XVIII que vió en el futuro para Rusia la tragedia y la esperanza, fué Alexei Jomiakov. El triunfo del individualismo en el mundo occidental no significaba para él progreso, sino degradación. "La sociedad moderna, en su decadencia, abandona a todo individuo a la libertad de su propia impotencia." Rusia estaba tomando demasiadas lecciones del mundo occidental que había olvidado a su Dios y se convertía en "algo así como un barco, a bordo del cual sólo se oyen voces de mando en alemán." Después de aludir a que un fanatismo sin Dios poseería a Rusia, Jomiakov previó un alba en que Rusia le daría la Fe a Europa y sería el medio de unir a Europa con el Asia. No esperaba ver ese día, pero confiaba en que llegaría: "Debemos recordar que ninguno de nosotros sobrevivirá hasta la época de la cosecha, pero que nuestros afanes espirituales y ascéticos de arar, sembrar y desyerbar no son para Rusia solamente, sino en bien del mundo entero. Sólo este pensamiento puede darles durabilidad a nuestros esfuerzos. La vida rusa contiene numerosos tesoros, no para su pueblo, sino para muchos otros, cuando no para todas las naciones."

Soloviev, que murió en las postrimerías del siglo pasado, afirmó que el hombre sin Dios tenía su origen en el racionalismo y secularismo del mundo occidental. Bajo el impacto de estas tendencias, los hombres orientales degeneraban en una pasiva resignación ante la dictadura Los

occidentales se tornaban arrogantes y altivos. Pese al hecho de que avizoraban una visión de catástrofe para el mundo a causa de su impiedad, creían que "Rusia tiene una vocación religiosa de significación mundial. En la pobreza y humillación de su pueblo están los signos de su vocación."

Dostoyewsky expresó mejor que nadie el mal y el bien de Rusia, tal como lo diría un joven de la tierra de Gerasa. "Todas las llagas, todos los contagios inmundos, todas las impurezas, todos los demonios grandes y pequeños, se han multiplicado en esa gran inválida que es nuestra amada Rusia." Pero recordando que así como el diablo fué expulsado del joven para encerrarlo en los cerdos, que se zambulleron entonces en el mar, así los diablos de Rusia "se arrojarán, poseídos y delirantes, de las rocas al mar, y todos nos ahogaremos... y esto será bueno, porque sólo para eso servimos, pero Rusia quedará curada y se sentará a los pies de Jesús y lo contemplará con asombro... El pecado es un hedor, pero el hedor pasará cuando el sol aparezca. El pecado es pasajero, Cristo es eterno: nuestro pueblo está sometido a muchos pecados, pero sólo tiene una idea, una verdadera idea de amor, y es la de Cristo."

Hay tres grandes cualidades en el alma rusa[4] que justifican el optimismo sobre el futuro esplendor de Rusia: el profundo sentimiento religioso, la capacidad de dolor y de sufrimiento y la fraternidad.

Primero, el profundo sentimiento religioso. El ateísmo no es natural en el pueblo ruso: más bien ha sido importado del mundo occidental. El pueblo ruso no se ha interesado jamás por el problema del ateísmo, sino tan sólo por el problema del trato de Dios con los hombres en un mundo pecador. Los escritores y filósofos rusos sólo han visto en la persecución de la religión en su país su tentativa de desconocer la verdad. ¿Qué le da substancia a la violencia de su ateísmo, sino la realidad del objeto atacado? ¿Podrían los hombres defender la prohibición si no hubiese algo que prohibir, podría haber anticristianos si no hubiese cristianos? ¿Cómo podría haber ateos si no hubiese algo que "atear"? Todos los ateos serían unos estúpidos que combatirían contra imaginarios molinos de viento si Dios no existiera. Si son capaces de acusar a ideales sagrados, de blasfemar y de escarnecer la verdad que han adorado, ello se debe tan sólo a que fundamen-

[4] En cuanto a un antecedente más lejano del alma rusa, ver George P. Fedetov, "The Russian Religious Mind" (Cambridge: Imprenta de la Universidad de Harvard, 1946).

talmente creen en Dios. Los hombres no pueden mostrarse tan violentos con los mitos. Sólo la realidad del Cristo a Quien odian los salva de ser tontos y de luchar contra una creación de la imaginación. ¿De dónde proviene su idea de la comunión de todos los hombres en un cuerpo, tan ajena al individualismo occidental, sino de la misma religión que atacan? ¿De dónde proviene la idea de la fraternidad de los hombres, del valor igual de todas las clases, tan extraña a la Grecia pagana y a la Europa liberal, sino del cristianismo, cuya doctrina fundamental sólo robaron para caricaturizarla? Dostoyewsky narra la historia de un campesino ruso que dispara un balazo contra la hostia en la Eucaristía. Esto revela no sólo cómo los pequeños adeptos de Cristo podrían esperar piedad a manos de esa clase de enemigos, sino que prueba también el sorprendente poder de la fe en los perseguidores Creen en Dios, pero no pudiendo amarlo, quieren atacarlo y destruir a todos lo que se atreven a adorarlo, como un hombre que no puede amar a una mujer a quien sabe buena, de modo que empieza a odiarla.

La razón fundamental por la cual el comunismo sedujo a Rusia, es religiosa. En el alma rusa, están profundamente incrustadas apasionadas convicciones religiosas: la vocación universal de Rusia de exhortar a todos los hombres a la fraternidad, la necesidad de sacrificio y de dolor para ejecutar esa misión y la suprema necesidad de resignarse a la voluntad de Dios. El comunismo, frente a una Iglesia en decadencia, le prometió al pueblo la realización de estos tres ideales, pero sin decirle claramente que se vería vaciado de Dios. La fraternidad se convirtió en un proletariado revolucionario, el sacrificio en violencia y la voluntad de Dios en voluntad del dictador. El comunismo es una religión, una rendición a un absoluto. Por eso seduce a los que no tienen fe, y por eso *la Rusia Soviética es considerada hoy la última esperanza del hombre occidental que vive sin Dios.* Así como el comunismo llena el vacío creado en el mundo occidental por la falta de fe, así también llenó el vacío causado en Rusia por una Iglesia secularizada o del Estado. El espíritu ruso no se sentirá satisfecho durante mucho tiempo con el ateísmo o con una Iglesia que se convierte en el instrumento de una ideología comunista. Jomiakov dijo: "Nosotros, los rusos, no pertenecemos a este mundo condenado". Y el fracaso de los rusos al no lograr convertirse en ateos después de treinta años de persecución, prueba que su temple para la resistencia espiritual hace de ellos los aliados naturales de

sus sufrientes hermanos del Este de Europa. Si las democracias occidentales no aprecian más las categorías políticas que las realidades espirituales, verían un gran vínculo entre ellas y el pueblo ruso. La solución del problema habrá de hallarse en el dominio del espíritu, no en el de la guerra.

La capacidad de Rusia para el dolor y el sufrimiento es inagotable. Es paradojal pero cierto que el alma rusa nunca es del todo feliz si la copa no contiene unas gotas de la amarga bebida del dolor. Mientras que el mundo occidental cristiano destacó la gloria del Cristo de la Ascensión, Rusia, en su historia, ha destacado más bien al Cristo vaciado [5]. Nekrasov expresó:

> *"Pero sólo una corona de espinas*
> *convenía a tu descolorida belleza...*
> *Tú amas al sufriente, oh pueblo ruso,*
> *tus sufrimientos nos unieron."*

El mundo occidental ha destacado al Cristo Glorificado, pero la Iglesia Rusa ha destacado al Cristo Sufriente o Cristo de la Transfiguración Quien en medio de su anticipada gloria les habló a Moisés y a Elías de Su Muerte. Muchas de las iglesias rusas del Norte son consagradas a la Transfiguración, testimoniando la necesidad del sacrificio como condición del mejoramiento. La palabra rusa que expresa fealdad, violencia y desorden es "besobrazie", lo cual significa, literalmente, "que ha perdido su imagen".

Hasta la misma capacidad de sufrimiento, aptitud para el sacrificio y poder de fe que revelan los comunistas rusos, prueban que esos sentimientos brotan de un dinamismo espiritual mucho más intenso que el del descristianizado y desilusionado hombre moderno del mundo occidental. Turguéniev, en "La Reliquia Viviente", nos habla de Lukera, la beldad de la aldea y su mejor cantante, que cae accidentalmente de la escalera. Consumida y paralítica, abandonada en una lejana cabaña, sin que la visite casi nadie, es todo amor y alabanza de Dios. Negándose a orar por su curación, pregunta: "¿Por qué he de preocupar al Señor Dios? ¿Qué puedo pedirle? Él sabe mejor que yo qué necesito. Me envía una cruz, lo cual significa que me

[5] "La aceptación de la humillación es un ideal nacional", de Nadejda Gorodetzky. "The Humliated Christ in Modern Russia Thought". Copyright 1938 por The Macmillan Company. Con autorización de The Macmillan, Company, editores.

ama. Se nos ordena comprenderlo así." Cuando le preguntan si quiere algo, responde: "Nada quiero. Estoy satisfecha de todo, a Dios gracias, pero ustedes debieran inducir a su madre a que les rebaje los arrendamientos a los campesinos."

No es un secreto la fuente y origen de la abnegación del comunismo ruso. Aunque es hostil al cristianismo, el comunismo está usando el milenario adiestramiento del alma rusa en el espíritu de la abnegación y la autodisciplina. Los hombres sólo son inspirados para la abnegación por una causa suprapersonal porque la sombra de la cruz de Cristo se proyecta todavía sobre Rusia. Sépalo o no, el comunismo está viviendo del legado del Calvario, tan arraigado aún en las almas de los campesinos... Campesino, precisamente, se dice en ruso "cristian". Si sucediera lo imposible, si el cristianismo fuera borrado del mundo, hasta el comunismo perdería su inspiración de sacrificio. Ninguna transfiguración del alma o de la sociedad es posible sin bajar al abismo donde se purga el pecado, ya que la cruz se convierte en el preludio de la corona. Por eso, aunque el comunismo ataca al cristianismo, sólo lo hace usando las mismas fuerzas que éste le ha proporcionado. Era esto lo que pensaba Soloviev cuando dijo que "la pobreza y la humillación son los signos de su particular preelección de una vocación religiosa de significación mundial." Así como Cristo, con el ejemplo de Su Amor, transformó las blasfemias de un sufriente ladrón en una súplica para obtener el reino de los cielos, así también puede llegar el día en que otro blasfemo, con capacidad de dolor, sea elevado por ese mismo Cristo para oír las benditas palabras: "Hoy... el paraíso."

Podrá entonces verificarse la verdad contenida en el poema de Alejandro Block, quien, al año siguiente ya de la revolución bolchevique, pinta a los soldados del ejército rojo que recorren el país cantando: "Libertad, libertad, eh, eh, libertad sin una cruz". Matan a tiros a una muchacha burguesa, que es casualmente hereje. Un leve ruido los perturba y una cuasi visión se mueve ante sus ojos; no ven claramente a nadie y no logran una respuesta, de modo que disparan en las tinieblas. El poeta continúa:

"De modo que van con paso soberano...
Los sigue un miserable hambriento,
y a su cabeza, con un estandarte ensangrentado,
invisible bajo la furiosa nevada,
ileso entre la tempestad de balas,

con gentil andar en la borrasca,
cubierto de perlas de nieve,
con blanca aureola de rosas,
a su cabeza va Jesucristo."

La tercera característica del pueblo ruso es un hondo sentimiento de fraternidad y solidaridad con sus prójimos. El mundo occidental se inclina a ser individualista en materia de religión. Una sociedad empieza a decaer cuando "abandona a cada individuo a la libertad de su propia impotencia." Una de las palabras más comunes del idioma ruso, es "sobornost", que implica trascender la pequeñez de todas las categorías, razas y clases en beneficio de la humanidad. Era natural que el comunismo, con su insistencia en lo colectivo, surgiese como un *ersatz* y un sucedáneo del espíritu de fraternidad cristiano que poseyera el alma rusa durante siglos. Se encuentra algo de este espíritu sinfónico en que todos trabajaban juntos, en el escritor ruso Gogol. En su cuento "La Capa" nos habla de un estúpido escribiente que, al ser zaherido en su oficina, solía decir: "¿Acaso no soy vuestro hermano?" Uno encuentra también esto en las meditaciones de Tolstoy cuando vagabundea por los barrios pobres de Moscú: "Contemplaba el dolor, el frío, el hambre, la humillación de miles de mis semejantes... Siento, y nunca podré dejar de sentirlo, que soy el cómplice de un crimen que se comete sin cesar mientras yo tenga alimento superfluo cuando otros carecen de alimento, mientras yo tenga dos chaquetas cuando existe un hombre sin una sola... Debo buscar en mi corazón a cada momento, con mansedumbre y humildad, alguna oportunidad de hacer la obra que Cristo quiere que se haga. ¿No podría yo servir para tapar un agujero? ¿Para borrar algo? ¿No podría ser usado como un ejemplo de ruindad, de vicio y de pecado?"

Este hondo sentido de solidaridad con nuestro hermano es un medio perfecto y natural con el cual puede obrar la Gracia Divina, y así como alabó antaño el Salvador al sargento romano que construyó una sinagoga para los judíos con un fuerte sentimiento de la unidad humana, así también pueden reservarse para algún día futuro elogios para los rusos, que, aunque demorados hoy por el impulso totalitario del comunismo, están en el camino a ese comunismo en que Cristo es el hermano de todos los hombres y Dios su Padre celestial.

Aunque esos escritores del siglo XIX sabían que se acercaba la rebelión contra Dios y que Rusia la acaudillaría,

esclavizando a los hombres so capa de liberación, estaban convencidos de que la arraigada fe del pueblo ruso sería algún día la luz y faro del mundo. En Rusia hay unos 200 millones de personas y debe repetirse que menos de 6 millones de ellas son miembros del partido comunista. Bajo los harapos de su crucifixión, se oculta la promesa de una resurrección. Andrey Bely, uno de sus poetas modernos, escribió sobre la expectación mística de Rusia, sobre su actual tormento y ansiedad de verse clavada a la cruz:

"Rusia, hoy eres la novia,
recibe el mensaje de la primavera."

El comienzo de la misión mundial de Rusia como portadora de fe a las demás naciones quizás tenga ya sus vagos albores en las pocas concesiones que le otorgó el gobierno comunista a la Iglesia Ortodoxa Rusa. Esta Iglesia, aunque disidente y disociada del centro de la cristiandad, es una Iglesia Divina, con un sacerdocio Divino, sacramentos Divinos y obispos que son sucesores de los apóstoles. Aunque la escasa tolerancia que le han concedido los comunistas ha sido comprada al precio de convertirse en un lacayo político de la ideología totalitaria; aunque esta rama moscovita de la Iglesia está enviando a sus "obispos", que son en realidad agentes de la M. V. D., para conseguir que las Iglesias Ortodoxas Rusas del resto del mundo sean en el extranjero instrumentos de la política exterior rusa; aunque la Iglesia no goza de una auténtica libertad religiosa porque la legislación del Soviet no le reconoce personería legal, ni permite que posea propiedades o imparta enseñanza religiosa a niños menores de 18 años, sigue en pie el hecho de que siempre que se efectúa una misa en Rusia, Cristo renueva su Calvario en medio de los verdugos; cada vez que las aguas del bautismo son derramadas sobre un niño, Cristo se instala allí como en Su templo; todo tabernáculo que alberga al Señor Eucarístico es un horno de amor donde pueden calentarse las frías manos del odio; cada vez que un sacerdote lleva al Señor para administrar los santos óleos y pasa junto al Kremlín, la sombra del Cristo viviente se proyecta sobre sus murallas; cada vez que se alza una mano en gesto de absolución sobre un pecador en los confesonarios ocultos, hay una mengua de odio, una nueva celda de amor; cada monasterio que se abre es un lugar donde los "yurodivii" o "idiotas natos" se dejan visitar por el mal, a fin de poder,

como Cristo en Getsemaní, beber el cáliz hasta las heces, de modo que no se derrame una sola de sus gotas sobre un país que reverencian y una tierra que aman. Los comisarios políticos no deben creer que tienen un cómplice en la Iglesia Ortodoxa Rusa —que lo sería sin duda si sólo fuese cristiana de nombre— sino que, más bien, les conviene saber que las concesiones que le han hecho a la religión por bajos móviles políticos son en realidad la firma de su propia sentencia de muerte. La más grande de las quintas columnas de la historia de los tiempos modernos se está formando hoy en la Rusia comunista. Alrededor de esas células de cristianos que se niegan a considerar definitivo el destino del hombre tal como lo revela el cadáver de Lenin, pero que miran la tumba vacía donde el amor de Cristo se revela como más fuerte que la muerte, está la llave de paz con que la Rusia cristiana iluminará al mundo.

Aquí, en los Estados Unidos, se está operando el procedimiento inverso, ya que se permite una nueva quinta columna de actividad comunista, cuyos miembros son como termites que roen los cimientos y la textura de la vida nacional. Así, mientras nosotros permitimos que una barbarie extraña nos destruya desde dentro, Rusia se está preparando inconscientemente para un nuevo nacimiento, gracias al celo de los que fueron llamados antes toxicómanos. El Santo Padre Pío XI dijo de los pueblos de la Iglesia Ortodoxa: "La gente no comprende cuánta fe, bondad y cristianismo hay en esos cuerpos, separados ahora de la verdad católica de tiempos inmemoriales. Los fragmentos desprendidos de la roca aurífera también contienen oro. Los antiguos cuerpos de la Iglesia contienen una santidad tan venerable que no sólo merecen respeto, sino la más absoluta simpatía."

La esperanza de la paz no reside en la mayor propagación de una ideología que niega la dignidad del hombre y su vocación para un destino sobrenatural, ni en planes económicos y subterfugios políticos, sino más bien en la conversión de Rusia. Cuando llegue ese día —¡y quiera Dios que no esté demasiado lejano!— los actuales defensores de Rusia en todos sus trabajos y faustos aborrecerán y despreciarán a la Iglesia, y nosotros, que somos considerados ahora sus enemigos, pero que no lo somos, porque oramos a diario por Rusia, seremos aún sus amantes. No es cristiano desear la extinción de los comunistas, aunque es muy cristiano orar por la extinción del comunismo

Este fenómeno se produce diariamente en el alma de todo converso, cuyas falsas ideas son disipadas por Cristo, Quien es perdurablemente amado. De las naciones, puede afirmarse lo mismo que de los individuos: lo que debemos anhelar es su transfiguración, no su derrota. Magdalena la pecadora no fué abrumada sino transformada, de modo que la pasión que antaño ardía por la carne ardió por el espíritu. Dios no envió a un santo a combatir el maniqueísmo de San Agustín: Agustín el santo le respondió a Agustín el retórico: "Ya que vivo, dice el Señor Dios, no deseo la muerte del malvado, sino que el malvado se aparte de su camino y viva." (Ezequiel, XXXIII, 11.) Los que se burlan podrán orar algún día, los que ignoran podrán algún día conocer; pero los hombres de Occidente que conocen a Dios y sin embargo lo ignoran, podrán ser expulsados. La protectora indiferencia ante la religión de nuestro mundo occidental nunca convino a la pasión del alma rusa. Tenía que suceder una de dos cosas: o bien la negación radical con la persecución, o bien la aceptación integral. Rusia está ahora en la primera etapa de la persecución, pero con nuestras plegarias y caridades podemos apresurar el día en que se cumplirán las palabras del Señor: "Ved que hago cosas nuevas, y ahora aparecerán y verdaderamente las conoceréis." (Isaías XXIII, 19.) Sería injusto que quienes quedan en la casa del Padre se quejaran como el hijo mayor del regreso del hijo pródigo, porque quien siente resentimiento al volver un pecador se hace indigno con ello del Reino de los Cielos. Debemos confiar en que mediante la plegaria y no mediante la guerra, el país que antaño se llamó Santa Rusia volverá a ser el manantial del cual fluirá un puro torrente de cristianismo. Entonces, veremos cumplirse las palabras del poeta ruso Jomiakov, que tuvo conciencia antes que nadie de los grandes pecados de Rusia:

"¡Pero ahora, ay, qué pecados agobian,
muchos y horribles, tu alma!
Te ha ennegrecido la negra injusticia,
y te ha estigmatizado el yugo de la esclavitud,
y la impía lisonja y la funesta mentira
y la pereza que es vergonzosa y negadora de la vida
y todas las cosas más aborrecibles las veo en ti."

Pero luego Jomiakov vió en su país un receptáculo de elección, que exhortaba a las almas a la penitencia:

"Por todo lo que clama por consuelo,
por todas las leyes que hemos desdeñado,
por los pecados que manchan nuestra generación,
por las maldades que aprendieron nuestros padres,
por la enconada pasión de nuestro país,
rogad con lágrimas mientras vivamos.
¡Oh, Dios del Poder, ojalá perdones
con Tu compasión! ¡Ojalá perdones!"

CAPÍTULO X

NUESTRA SEÑORA DE FÁTIMA Y RUSIA

¡Nuestro mundo se ha habituado tanto a juzgar los sucesos temporales de acuerdo con otros sucesos, perdiendo de vista otro patrón más grande, el Eterno, que irrumpe en la historia para reducir a la nada los insignificantes y triviales valores del espacio y el tiempo! Como no se puede esperar que quienes viven en un universo bidimensional, con sólo una derecha y una izquierda, conozcan esas celestiales manifestaciones, vale la pena recordar que las dos más importantes se presentaron cuando el mundo más las necesitaba y menos atención les concedía. Una de esas revelaciones tuvo lugar en el año del natalicio de las ideas que formaron nuestro mundo descristianizado; la otra, el año en que esas ideas se tradujeron en acción.

Si en algún año podemos decir que se inició el mundo moderno —y al decir mundo moderno hablamos por contraste del mundo cristiano— sería alrededor del año 1858 En ese año, John Stuart Mill escribió su "Ensayo sobre la Libertad", en que la libertad fué identificada con la licencia y la falta de responsabilidad social; en ese año, Darwin había terminado su "Origen de las Especies", en que apartó la perspectiva del hombre del eterno objetivo, y le hizo volver la mirada hacia su pasado animal. En 1858, Karl Marx, fundador del comunismo, escribió su introducción a la "Crítica de la Economía Política", en que entronizó a la economía política como base de la vida y la cultura. De esos hombres, han surgido las ideas que dominaron el mundo durante cerca de un siglo; esto es, que el hombre no es de origen divino sino de origen animal, que su libertad es licencia y evasión de la autoridad y la ley, y que, desprovisto de espíritu, es una parte integral de la materia del cosmos y por lo tanto no necesita religión.

En ese mismo e importante año 1858, el 11 de febrero, al pie de los Pirineos franceses, en la diminuta aldea de Lourdes, la Virgen Bendita hizo la primera de sus 18 apariciones ante una muchachita cuyo apellido era Soubirous, y que ahora es llamada Santa Bernadette.[1]. A los cuatro años de haber definido la Iglesia la doctrina de la Inmaculada Concepción, los cielos se abrieron y la Señora, tan bella, dijo Bernadette, que no parecía una imagen terrena, le habló a la muchachita y le dijo: "Yo soy la Inmaculada Concepción." En el preciso momento en que el mundo negaba el pecado original y sin saberlo decía que todas las personas del mundo eran concebidas en forma inmaculada, Nuestra Bendita Madre reclamó la prerrogativa como exclusivamente suya: "*Yo soy* la Inmaculada Concepción." No dijo: "Yo he sido concebida inmaculadamente." Hubo algo así como una identificación análoga entre ella y la Inmaculada Concepción que Dios creara desde el Monte Sinaí cuando dijo: "Yo soy Quien soy." Así como es de la naturaleza de Dios existir, así también es de la naturaleza de la Virgen Bendita ser la Inmaculada Concepción. Si ella y sólo ella fué inmaculadamente concebida, todos los demás nacieron en estado de pecado original; si no hay pecado original, todos han sido inmaculadamente concebidos. El reclamar el privilegio como propio de ella, era una contradicción con todas las ideas que estaba empezando a producir en abundancia entonces el mundo cristiano. Para quienes creen que el hombre pertenece solamente a la tierra, el cielo protesta cuando la Madre llama a los hombres para que vengan en peregrinación a su santuario en testimonio del espíritu; para quienes reducen al hombre a la condición de animal, y al animal a la naturaleza, la Hermosa Señora exhorta a los hombres a elevarse por sobre el animal, hasta su suprema vocación en su Divino Hijo; para quienes hacen degenerar la libertad en licencia, lo eterno refirma que sólo la Verdad Divina nos hace libres con la gloriosa verdad de los hijos de Dios; a quienes dicen que la religión es el opio del pueblo, ella viene a despertarlos del narcótico de la mentira a la gloriosa posibilidad de que el hombre herede los cielos.

Pero el mundo no prestó atención al celestial llamado al espíritu. Las ideas paganas de 1858, según las cuales el hombre es un animal, la libertad el alejamiento de la ley y la religión antihumana, se escaparon pronto de un

[1] Margaret Mary Blanto, "Bernadette of Lourdes" (Nueva York: Longmans, Green & Co., 1939).

libro de texto y de los cuatro muros de un aula y se convirtieron finalmente en la violencia de la primera guerra mundial de 1914-1918. Así maduraron en acción las falsas ideas de 1858. El verbo secular se hizo carne, en forma de guerra. Para concentrarnos en un solo año de esa guerra mundial, el 1917 parece ser el más significativo, debido a los hechos ocurridos en tres lugares del mundo. El 13 de mayo de ese año, Benedicto XV le impuso las manos a monseñor Eugenio Pacelli, convirtiéndolo en sucesor de los apóstoles. Cuando las campanas de Roma doblaban con el Ángelus del mediodía, le habían dado a la Iglesia un nuevo obispo que algún día, por los ocultos designios de la Providencia, subiría al trono de Pedro y gobernaría a la Iglesia universal con el nombre de Pío XII, nuestro Santo Padre.

El 13 de mayo de 1917, en Rusia, María Alexandrovna estaba enseñando el catecismo en una de las iglesias de Moscú. Tenía ante sí, en los bancos, a 200 niños. En la puerta principal se oyó un gran estrépito; entraron jinetes, cargaron por la nave media de la gran iglesia, derribaron el pasamano de la comunión, destruyeron el altar y embistieron por las naves laterales, destrozando las estatuas; y, finalmente, cargaron sobre los niños, matando a algunos de ellos. María Alexandrovna salió corriendo de la iglesia, gritando. Ése fué el primero de los esporádicos estallidos que anunciaron la inminente revolución comunista. María Alexandrovna fué a ver a uno de los revolucionarios, que debía ser famoso más tarde, y le gritó: "Acaba de suceder lo más terrible que pueda imaginarse. Yo estaba enseñando el catecismo en la iglesia cuando entraron hombres a caballo, destruyeron la iglesia, pisotearon a los niños y mataron a varios de ellos." Lenin, el revolucionario, respondió: "Lo sé. Yo los mandé."

En Portugal, el 13 de mayo de 1917, tres niños de la parroquia de Fátima —Jacinta, Francisco y Lucía— estaban cuidando sus rebaños cuando se oyó doblar el Ángelus en el campanario de la iglesia parroquial[2]. Los tres pastorcitos se arrodillaron, y como lo hacían a diario, recitaron juntos el rosario. Cuando lo hubieron concluído, decidieron construir "una casita" que los protegiera mejor en los días tormentosos. Pero los pequeños arquitectos se vieron

[2] Thomas Joseph Walsh, "Our Lady of Fatima" (Nueva York: The Macmillan Company, 1947). Barthas-Fonseca, "Fatima" (Montreal: Fides, 1045). Finbar Ryan, "Our Lady of Fatima" Saint Louis: B. Herder & Co., 1939).

interrumpidos repentinamente por un cegador relámpago y contemplaron con ansiedad el cielo. Ni una sola nube empañaba el brillo del sol del mediodía. Asustados, habían echado a correr cuando, a dos pasos de allí, entre el follaje de una encina perenne, vieron a una "hermosa señora", más resplandeciente que el sol. Con un gesto de maternal ternura, la señora les dijo: "No temáis, no os haré mal." La señora era muy hermosa: su edad parecía fluctuar entre los 15 y los 18 años. Su vestido, blanco como la nieve y ceñido al cuello por un cordón de oro, le llegaba hasta los pies, que apenas se veían, y sólo rozaba las ramas del árbol. Un velo blanco con bordados de oro le cubría la cabeza y los hombros, cayéndole hasta los pies como el vestido. Sus manos estaban juntas en lo alto de su pecho, en actitud de plegaria: de su diestra, pendía un rosario de relucientes perlas, con un crucifijo de plata. Su rostro, de incomparable belleza, fulgía en un halo brillante como el sol, pero parecía velado por un leve aire de dolor.

Lucía fué la primera en hablar:

—¿De dónde vienes?

—Vengo del cielo —respondió la señora.

—¡Del cielo! ¿Y para qué has venido? —preguntó Lucía.

—He venido a pediros que estéis aquí el décimotercer día de cada mes a esta hora, durante seis meses consecutivos. En octubre, os diré quién soy y qué quiero.

En ese preciso momento, cuando en el confín oriental de Europa el Anticristo se había desencadenado contra la idea misma de Dios y contra la sociedad en uno de los más terribles derramamientos de sangre de la historia, aparecía en su esplendor en el confín occidental de Europa aquel grande y eterno enemigo de la infernal serpiente.

De las seis apariciones de la Bendita Madre a aquellos niños, la más importante fué la del 13 de julio de 1917. Conviene recordar que ése era el tercer año de la primera guerra mundial, y refiriéndose a eso, ella dijo:

—Esta guerra acabará. Si la gente hace lo que os he dicho, muchas almas se salvarán y encontrarán la paz.

Y agregó:

—Pero si la gente sigue ofendiendo a Dios, no pasará mucho tiempo —y ello ocurrirá precisamente en el próximo pontificado— sin que estalle una nueva y más terrible guerra.

Y efectivamente, durante el pontificado de Pío XI se produjo la espantosa guerra española que fué el preludio de la segunda guerra mundial. En esa época los rojos, en su odio a la religión, masacraron cruelmente a trece pre-

lados y 14.000 sacerdotes y religiosos y destruyeron 22.000 iglesias y capillas.

La Bendita Madre sugirió entonces cuándo empezaría en realidad la segunda guerra mundial. "Cuando veáis una noche iluminada por una luz desconocida, sabed que es la señal que os da Dios de que está próximo el castigo del mundo por sus muchos pecados, mediante la guerra, el hambre y la persecución de la Iglesia y del Santo Padre."

Más tarde, a Lucy le preguntaron cuándo apareció de hecho la señal y la niña dijo que aquello era en realidad la extraordinaria aurora boreal que iluminó gran parte de Europa la noche del 25 al 26 de junio de 1938. Hablando de la guerra próxima, Lucy dijo:

—Será horrible. Horrible.

Todos los castigos de Dios son condicionales y pueden ser evitados con la penitencia. La Bendita Madre, conviene notarlo, dijo que la segunda guerra mundial podía ser evitada, porque añadió:

—Para evitarlo, pediré la consagración del mundo a mi Inmaculado Corazón y la comunión en resarcimiento el primer sábado de cada mes. Si mis ruegos son complacidos, Rusia será convertida: habrá paz. En caso contrario, propagará su error por el mundo, provocando guerras y persecuciones a la Iglesia. La buena voluntad sufre el martirio y la Santa Madre tendrá que sufrir mucho. Distintas naciones serán destruídas.

A esta altura, la Iglesia creyó conveniente no transmitirnos parte de ese mensaje. No sabemos en qué consistía éste. Aparentemente, no era una buena noticia y se refería también al parecer a nuestros tiempos. En cualquier caso, se nos da la conclusión del mensaje con esperanza y alegría: "Pero finalmente mi Inmaculado Corazón triunfará. El Santo Padre consagrará a Rusia al Inmaculado Corazón y Rusia será convertida y el mundo tendrá una era de paz."

La revelación final tuvo lugar el 13 de octubre de 1917, cuando la Bendita Madre prometió hacer un milagro para que todos los presentes pudieran creer en Sus apariciones. La noche del 12 de octubre, todos los caminos a Fátima estaban atestados de coches, bicicletas y peregrinos que iban a ver la aparición. Los testigos eran una multitud de 60.000 personas que se congregaron al mediodía siguiente, muchas de ellas incrédulas y burlonas.

No nos interesa aquí probar la autenticidad de esos fenómenos de Fátima, porque quienes creen en el dominio del espíritu y la Madre de Dios no necesitan pruebas, y los

que rechazan el Espíritu no los aceptarían de todos modos. ¿Qué significación debemos asignarle a la aparente caída del sol presenciada por los habitantes de Fátima ese día de octubre de 1917? No hay modo de saberlo con certeza, pero como su efecto general era tan impresionante podemos hacernos conjeturas. Quizás presagiara el día en que los hombres robarían un poco de la energía atómica del sol y la usarían no para iluminar un mundo, sino como una bomba, para lanzarla desde los cielos sobre una población indefensa. Antaño, cuando el hambre se paseaba por la tierra, cuando la guerra devastaba la herencia acumulada durante siglos, cuando los hombres obraban como lobos con los hombres y los grandes campos de concentración devoraban como Moloch a millones de seres, los seres humanos podían mirar siempre los cielos en procura de esperanza. Si la tierra era cruel, por lo menos los cielos serían bondadosos. ¿Auguraba aquella Aparición que ahora hasta los cielos, por algún tiempo, se volverían contra el hombre, y desatarían sus fuegos contra los indefensos hijos de Dios? No sabemos si aquello era o no una premonición de la bomba atómica. Pero hay algo indudable: que había muchas esperanzas, porque entre todas las nubes perdura aún la visión en los cielos de la Señora, con la luna a sus pies, las estrellas a guisa de corona en torno de su cabeza y el sol sobre ella. Los cielos no están contra nosotros, y no nos destruirán mientras ella reine como Señora de los Cielos.

Con todo, quizás valga la pena preguntarse por qué Dios Todopoderoso, en sus providenciales tratos con el universo, creyó conveniente ese día darnos una revelación de Su Bendita Madre para reintegrarnos a la plegaria y la penitencia. Se nos ocurre inmediatamente una razón. Ya que el mundo ha perdido a Cristo, puede ser que mediante María lo recupere. Cuando Nuestro Bendito Señor se extravió a los doce años de edad, fué la Bendita Madre quien lo encontró. Ahora que Él ha vuelto a extraviarse, quizás el mundo recupere a Cristo su Salvador por intermedio de María. Otra razón, es que la Divina Providencia le ha confiado a una mujer el poder de vencer al mal. En el primer día —horrible día— en que el mal fué introducido en el mundo, Dios le habló a la serpiente en el Jardín del Edén y dijo: "Pondré la enemistad entre la mujer y tú: entre tu simiente y la de ella; y yacerás al acecho de sus talones." (Gén., III, 15.) En otros términos, el mal tendrá una prole y una simiente. También el bien tendrá una prole y una simiente. El mal será vencido mediante el

poder de la mujer. Vivimos hoy una hora aciaga, porque aunque la bondad tiene su día, el mal tiene su hora. Nuestro Bendito Señor lo dijo precisamente la noche en que Judas entró en el jardín: "Ésta es vuestra hora, el poder de las tinieblas." (Lucas, XXII, 53.) Todo lo que puede hacer el mal en esa hora, es apagar las luces del mundo: pero puede hacer eso. Si vivimos, pues, en una hora aciaga... ¿cómo hemos de vencer el espíritu de Satanás salvo con el poder de esa Mujer, a quien Dios Todopoderoso ha ordenado que aplaste la cabeza de la serpiente?

Ya no se oye la mentira de que la Iglesia Católica adora a María, o la pone en el nivel de Dios, o que María reemplaza a Dios. Más bien, los hombres empiezan a advertir la verdad de la tradición cristiana de que, así como el pecado llegó al mundo por intermedio de Eva, así también vendrá al mundo la Redención del pecado mediante la nueva Eva, María. El obispo metodista G. Bromley Oxnam, escribiendo un comentario sobre las palabras de Nuestro Señor a Juan al pie de la cruz, "Contempla a Tu Madre", dice: "¿Está escrita la finalidad moral en la naturaleza de las cosas? ¿Se destinó el universo a los locos? ¿Espera la condenación a los dictadores que se pavonearon en forma efímera por el escenario, negándose a repetir las frases del Eterno Autor, haciendo caso omiso de las indicaciones del Divino Director? ¿Tendrá que caer un telón final y han de oír ellos "Has sido pesado en la balanza y te han encontrado falto de peso?" En suma... ¿hay algo en lo que Jesús quiso revelar, ese algo que es revelado en la vida de una verdadera madre? ¿Será ese algo que hemos definido la realización del yo en el don total del yo a los demás, será ese algo la ley que debe regir?... ¿Espera la paz la revisión fundamental de los conceptos contemporáneos de la soberanía? ¿Debe vincularse el derecho de tener una propiedad al uso que hace el dueño de esa propiedad? Se trata de problemas desconcertantes, pero deben ser afrontados si queremos tener una paz permanente. No pueden encararse, a menos que esto se haga con el espíritu adecuado. "Y estaba con Él al pie de la cruz Su Madre"... El hombre necesita una nueva empresa unificadora, lo bastante grande para unir a todos los hombres. La clase, la raza y la nación son conceptos demasiado pequeños. ¿Ha de hallarse esa empresa en la doctrina cristiana de la solidaridad de la familia humana, en el ideal de la fraternidad? ¿Y en cuanto al espíritu que debe subyacer en ella?... "Y estaba con Él al pie de la cruz Su Madre"... El espíritu que ella había revelado al servir

a su hijo, era el mismo que Él vió debía ser revelado para que fuese el Salvador de todos. Y ella fué con Él. Ella llevó un corazón destrozado al Calvario, pero reveló en ese corazón destrozado, como lo revelara Él en Su cuerpo destrozado, el espiritu que debía regir aún a la humanidad. Hace falta un gran acto de fe para creer, como se creía hace tiempo, que Jesucristo llegaría a ser el Gobernante de los reyes de la tierra. Antes de que Él gobierne, los hombres deben contemplar el espíritu encarnado en Él, revelado en gran medida en los corazones de las madres en todas partes. Es el espíritu el que debe gobernar a la humanidad. Cuando los hombres sepan eso y lo practiquen, cuando comprendan la verdadera significación de una madre en pie junto a la cruz. Él se convertirá en Gobernante de los reyes de la tierra.

"El yo se realiza en el don completo del yo a los demás, y todos los hombres logran la libertad en el espíritu y práctica de esa ley.

"Y estaba con Él al pie de la cruz Su Madre."[3]

La revelación de Fátima es un recuerdo de que vivimos en un universo moral, de que el mal se derrota a sí mismo, de que el bien se protege a sí mismo; de que las dificultades fundamentales del mundo no radican en la política o la economía, sino en nuestros corazones y almas, y de que la regeneración espiritual es la condición del mejoramiento social. La Rusia Soviética no es el único peligro que acecha al mundo occidental: más bien lo es la desespiritualización del mundo occidental, a la cual Rusia dió forma política y substancia social. La segunda guerra mundial ocurrió, según Nuestra Señora de Fátima, porque no hubo enmienda en los corazones y en las almas de los hombres. El peligro de la tercera guerra mundial radica precisamente en esto, no sólo en la Internacional Comunista. El mundo occidental se escandaliza ante el sistema soviético, pero esto sucede fundamentalmente porque ve su propio ateísmo individual socializado y puesto en práctica en una escala casi cósmica. El gran problema en juego no es el individualismo ni el colectivismo, porque ninguno de ellos reviste una importancia social; no se plantea entre la libre empresa y el socialismo en el orden económico, porque ninguno de ambos tiene mucha importancia; la lucha se libra más bien por el alma humana. Esto equivale

[3] "The Poems of Francais Thompson" (Londres: Imprenta de la Universidad de Oxford, 1937), p. 122. Citado por autorización de la Nearman Bookshop and Burns Oates & Washbourne Ltd.

a decir que la crisis se concentra sobre la libertad en el sentido espiritual de la palabra. La guerra no serenará la atmósfera del mundo, sino que dará por único resultado la atomización del hombre, un hecho del cual la bomba atómica sólo es un símbolo. Ya que el mal no es totalmente externo, una guerra no lo eliminará. Toda guerra mundial es, en realidad, una objetivación del mal en la vida de los hombres. Una guerra microcósmica es el reflejo de la guerra microcósmica que se libra en los corazones individuales. Como el cristiano sabe esto mejor que nadie, su responsabilidad por el estado del mundo es mayor. El mundo está así porque todos nosotros somos como somos. La responsabilidad del cristiano consiste en no discernir en dos guerras mundiales, a lo largo de veintiún años, el juicio de Dios sobre nuestra manera de vivir. Mientras el cristiano piense que sólo puede tomar dos direcciones, la "Derecha" o la "Izquierda", no sólo no hará aporte alguno al mundo, sino que lo empeorará si deja de reconocer que además del plano horizontal de la vida, están también la vertical que lleva a Dios, y las dos direcciones más importantes de "hacia adentro" y "hacia arriba". Buscando víctimas propiciatorias, trátese de partidos políticos o de comunismo, no eludiremos la responsabilidad de soportar la carga de la culpa del mundo, como lo hizo Cristo en Getsemaní. La revelación de Fátima fué para los cristianos un lacerante recuerdo de que el llamado problema de Rusia es el problema de los cristianos: de que mediante la plegaria, la penitencia y la reparación, y no mediante la guerra, los malos tratos y la agresión, ingresará Rusia a la sociedad de las naciones amantes de la libertad.

No hay "cortina de hierro" para esta visión del mundo, porque las plegarias no atraviesan una cortina de hierro sino que pasan por sobre ella, así como las partículas radiactivas transportadas por la atmósfera son llevadas por sobre las montañas y los continentes. La conversión de Rusia es la condición de la paz mundial, pero es condicionada por nuestra propia reconversión. Bien puede ser que el mismo odio que Rusia revela hoy por el cristianismo pruebe que está más cerca de él que el hombre "liberal" del mundo occidental, que nunca dice sus plegarias. Rusia tiene que pensar en Cristo para odiarlo, pero el hombre indiferente no piensa en Él para nada.

Sólo podemos adoptar tres actitudes frente a la vida y a la historia. Primero, la del optimismo engreído, para el cual la vida avanza necesariamente hacia un objetivo próspero, gracias a la educación, la ciencia y las leyes de la

evolución. Segundo, el pesimismo del totalitarismo, para el cual la naturaleza humana es intrínsecamente malvada, y el poder dictatorial del Estado es necesario para fiscalizar los impulsos anárquicos de los individuos, que no son dignos de confianza. La libertad, en este orden de cosas, debe serles arrebatada a las personas y depositada en la colectividad. Esta concepción de la vida ha probado ser igualmente insatisfactoria, por cuanto deposita la esperanza en el lejano futuro sin garantía alguna de que será alcanzada. En tercer lugar, está el cristianismo que llega al optimismo pasando por el pesimismo; a una resurrección pasando por una pasión, y a una corona de gloria pasando por una corona de espinas; a la gloria del Domingo de Resurrección pasando por la ignominia del Viernes Santo. Proclama que, a menos que la semilla caiga en tierra, se queda sola, pero si muere para sí, vuelve a cobrar nueva vida. Este optimismo del cristianismo no se presenta con un poder que proviene de nosotros mismos o de la naturaleza, sino por y mediante el poder de Dios: no al ser domados los impulsos vagabundos por un Estado ni derramando la sangre ajena, sino con la ley del sacrificio en que se revela el amor.

A los que se sienten desalentados momentáneamente por la persecución a la Iglesia, conviene recordarles que la Iglesia, más que algo continuo, es una vida que muere y resucita. El Señor Resucitado le dijo a Magdalena: "No me toques." (Juan, xx, 17.) "No me retengas dentro de la tumba, o ¿piensas que debo ser siempre como lo fuí antes de Mi Resurrección?" Magdalena había olvidado que Él estaba ahora en el jardín y no en la tumba, que era una Fuente Viva de Vida y no un cadáver que debía ser cubierto de especias. También nosotros podemos creer que se supone a la Iglesia la misma en todos los tiempos, olvidando que su Dios es Uno que supo hallar Su camino para salir de la tumba. Una imputación frecuente contra la Iglesia es que no se adapta al mundo moderno. Esto es absolutamente cierto. La Iglesia nunca se ha adaptado a los tiempos en que ha vivido, porque de haberlo hecho habría perecido con ellos, en vez de sobrevivirlos. En la Iglesia hay siempre algo de idéntico y sin embargo de muy distinto. Lo idéntico es que "Jesucristo es el mismo ayer, hoy y para siempre". Lo distinto es el hecho de que la Iglesia está convirtiendo siempre toda nueva época, no como una vieja religión, sino como una nueva. Los árboles que retoñan ahora en esta temporada de primavera son los mismos que están tan firmemente arraigados ese mismo

año, y hay en ellos algo nuevo, porque si no murieran no volverían a vivir. La Iglesia no es una supervivencia. Ha reaparecido repetidas veces en el mundo occidental de los rápidos cambios, a fin de reconvertir el mundo. Repetidas veces, la vieja piedra ha sido rechazada por los constructores, pero antes de un siglo la han traído nuevamente de la pila de escombros para convertirla en la piedra angular del templo de la paz.

He aquí la gran diferencia existente entre la Iglesia y las civilizaciones seculares: la Iglesia tiene el poder de renovarse a sí misma, y las civilizaciones, no. Se agotan y perecen, pero nunca se renuevan. Cuando una civilización como Babilonia, Esparta y Atenas cumple su vocación señalada y se agota, desaparece para siempre de la faz de la tierra. No hay un solo testimonio de una civilización como ésa que haya reaparecido. Pero el caso de la Iglesia es distinto: tiene el poder de surgir de la tumba, de ser derrotada aparentemente por una época, y de resultar de improviso victoriosa, "porque las puertas del infierno no prevalecerán contra ella".

La Iglesia ha sido "matada" a menudo, primero con la herejía arriana, luego con la albigense, después con Voltaire y con Darwin, y ahora con las tres formas del totalitarismo, el rojo, el pardo y el negro, pero en una forma u otra, a pesar de que cada época doblaba las campanas en toque de difuntos anunciando su ejecución, fué la Iglesia quien, finalmente, sepultó a la época. En este preciso momento, hay quienes creen que como vivimos en días de persecución y la Iglesia ha vuelto a las catacumbas en Europa, deben verter piadosas y respetuosas lágrimas sobre su sepulcro, sin comprender que si miraran por entre sus lágrimas como Magdalena, verían resurgir victorioso al Hijo de Dios sobre las colinas de la mañana. Podría creerse que el mundo, después de 1900 años de experiencia, renuncia a traer las especias para su entierro. Se suponía que había sido asesinado durante las diez primeras persecuciones; que se había consumido bajo la luz de la edad de la razón; que había sido engullido por la tierra en la época de la revolución; que lo había dejado rezagado el progreso de la ciencia y la evolución; y se supone ahora que está sepultado en los días de nuestras revoluciones antirreligiosas contemporáneas. Pero lo positivo es que está simplemente enterrado en las entrañas de la tierra, donde cava catacumbas y de las cuales resurgirá algún día para reconquistar el mundo. Si en este momento entramos en las catacumbas, sólo lo hacemos como cuando Cristo entró

en la tumba. El mundo podría muy bien confiar en verlo enterrado allí permanentemente, como podría esperarse que se helara una estrella, porque "el cielo y la tierra desaparecerán, pero Mi Verbo no desaparecerá".

Francis Thompson, en los albores del siglo, describió la futura persecución de la Iglesia con el nombre de "Lilium Regis" y luego su victoria final.

"*¡Oh, Lirio del Rey! Está caída tu ala de plata*
y larga ha sido la hora de tu destronamiento;
y tu fragancia de paraíso en el viento nocturno vierte sus
[suspiros,
y nadie descifra los secretos de su significado.
¡Oh, Lirio del Rey! ¡Digo una cosa pesada,
oh paciencia, la más pesarosa de las hijas!
Ved, la hora está próxima de que se turbe la tierra
y rojo será el romperse de las aguas.
Afírmate sobre tu tallo cuando la ráfaga hable contigo,
con las mercedes del rey por dosel;
y el justo comprende que tu hora está próxima,
tu hora está próxima y hay poder en el alba.
Cuando las naciones yacen ensangrentadas y sus reyes son
[una progenie destrozada,
¡mira, oh la más pesarosa de las hijas!
¡Alza la cabeza y escucha los sonidos de las tinieblas,
porque Sus pies vienen hacia ti sobre las aguas!
¡Oh, Lirio del Rey! ¡Yo no veré la hora,
la hora de tu coronamiento!
Pero mi Canto lo verá, y despertará como una flor que
[sacuden los vientos del alba,
y aspiran con alegría los olores de su sentido.
¡Oh, Lirio del Rey, recuerda, pues, lo que cantaba
aquella boca muerta!; ¡y tus hijas,
al bailar en Su Camino, cantan allí el Día
lo que canté yo cuando la Noche estaba sobre las aguas!" [4]

La catástrofe es la condición de la grandeza. La Iglesia es como un cordero que es esquilado cada primavera, pero que sigue viviendo. La estación en que vivimos, pues, es la época de la esquila del cordero de Cristo, cuando quizás hasta los pastores sólo tendrán cayados de hierro. La tarea de la Iglesia es siempre usar la derrota.

Toynbee nos dice que ha habido tres filosofías concernientes a las relaciones entre el cristianismo y la civili-

[4] Arnold Toynbee, "Burg Memorial Lelcture", p. 22 ff.

zación. La primera expresa que el cristianismo es el enemigo de la civilización. Este punto de vista fué desarrollado en la época de los romanos primitivos por Marco Aurelio y por Juliano el Apóstata, y en el siglo pasado por Gibbon y en éste por Marx y sus adeptos. La segunda filosofía es la del liberalismo histórico, según el cual el cristianismo es la criada de la civilización, una suerte de objeto transicional que cubre el abismo entre dos civilizaciones. La religión tiene el útil y disciplinado talento de parir una nueva civilización cuando ha muerto su predecesora. La Iglesia es, por lo tanto, una suerte de animador, una ambulancia, un peldaño para llegar a un nuevo orden, una comadrona que lleva a una civilización más progresista. El tercer punto de vista, y el más correcto de los tres, es que las civilizaciones florecen y decaen para facilitar el desarrollo del reino de Cristo en este mundo. El colapso de las civilizaciones seculares constituye los escalones que llevan a algo más alto. La afirmación de Esquilo de que se aprende con el sufrimiento, fué repetida en Emaus, al expresarse que la gloria llega con el juicio y la catástrofe. Puede ser que, como dijo Toynbee, "todos los sufrimientos de las civilizaciones sean los puntos de parada de la cruz en el camino a la crucifixión, y que la religión sea una carreta. Se diría que las ruedas sobre las cuales sube al cielo son las caídas periódicas de las civilizaciones terrenas" [5].

Las civilizaciones son cíclicas, reincidentes y pasan por los mismos fenómenos de la vida y la muerte y nunca resucitan. Pero la religión es un continuo movimiento lineal hacia arriba, que se eleva a nuevas cumbres al decaer cada civilización. Así como una civilización cristiana surgió de la decadencia del mundo grecorromano, así también surgirá un nuevo orden cristiano de la decadencia del liberalismo histórico y del comunismo. Lo que presenciamos en nuestro tiempo no es la decadencia de la Iglesia, sino más bien la muerte de una civilización que ha sido egocéntrica y ha tratado de convertir en éxito el egoísmo, y de equilibrar las fuerzas contrarias entendidas como la indiferencia ante la verdad, o apelando a organizaciones externas para compensar la pérdida de la vitalidad y virtud personal. De esta tiranía en que los hombres caminan en procesiones y creen ser originales, de su muerte en

[5] G. K. Chesterton, "Queen of Seven Swords" (Londres: Sheen and Words, 1926), p. 23. Citado con autorización de los editores y de la albacea del autor.

que sufre la Iglesia, surgirá un renacimiento de la fe en que una nueva generación descubrirá que la Iglesia no está en el mundo para mejorar la naturaleza humana, sino para redimirla: no para hacer mejores a los hombres, sino para salvarlos. Lo que presenciamos, pues, es la muerte de una era de la civilización, pero no la muerte de Aquel que es el Señor del Universo.

Al morir, cada civilización persigue, y en medio de esa persecución, Cristo nos dice, como se lo dijo a los discípulos de Emaus: "¿No debiera sufrir el Hijo del Hombre para entrar en Su Gloria?" En la plenitud del aparente fracaso, es donde se revela con más claridad el poder de Dios. Cuando más desesperado es el trance del mundo, irrumpe un nuevo factor externo que cambia por completo la situación. Cuando parecen invencibles el caos y el miedo y el poder de las tinieblas, la finalidad de Dios sigue adelante, al parecer en los momentos más sombríos de la historia. Así como hubo una Invasión Divina en Belén, así también hay ahora una Invasión Divina después del Calvario. Así como los antiguos judíos fueron salvados del cautiverio en el Mar Rojo por la mano del Señor, que separó las aguas para ellos e hizo que esas mismas aguas se tragaran a sus perseguidores, así también ahora, cuando los hombres se apiñan en apretada multitud, se manifiesta el poder de Dios. El reino de Dios no nace *de* la historia, sino que se expresa *mediante* la historia. La resurrección fué el hallazgo de sentido en la historia, porque si la Crucifixión fuera el fin, el poder que está tras de Nuestro Señor no se encargaría de la vindicación de los inocentes.

En medio de nuestro temor de hoy, cuando para nuestra protección hemos levantado barricadas contra el enemigo detrás de cada puerta, Cristo aparece entre nosotros y nos recuerda que debemos vivir en paz. Lo peor que le puede suceder a la Iglesia es que sea tolerada. Como la Iglesia vive hoy en el temor y es perseguida, se ve colocada psicológicamente en una posición más favorable que nunca para conservar su verdadera naturaleza. Si Cristo hubiese sido un éxito terreno, sólo podría ser imitado en su mundanidad. Si fuese un fracaso y no resucitara jamás de entre los muertos, seríamos vengativos, y los que somos Sus adeptos odiaríamos a los judíos y a los romanos y a los griegos. Si Él fuese solamente un hombre, habría sido olvidado como lo son todos los hombres. Si hubiese escrito un libro, todos seríamos profesores, pero si viniera a este mundo para traernos la victoria median-

te la derrota... ¿quién carecería de esperanza? Aunque los hombres de esta generación hemos visto dos guerras mundiales en el término de 21 años, aunque la primera guerra mundial se libró a fin de lograr que el mundo fuese un lugar seguro para la democracia sin Dios, y la segunda para lograr un imperialismo sin Dios, y nos amenaza una tercera en que la democracia sin Dios quizá combata contra el imperialismo sin Dios, seguimos creyendo que, aunque las puertas están cerradas contra la Divinidad y nos encogemos asustados, habrá otra Invasión Divina de ese poder extrahistórico en esta hora sombría. Nosotros, que tenemos fe en la gloria y certeza de Su resurrección, sabemos que hemos vencido ya. ¡Sólo que la noticia no se ha divulgado aún!

Como norteamericanos que somos, no podemos olvidar la relación de nuestro país con la Mujer a quien Dios dió el poder de aplastar la cabeza de la serpiente. El Concilio de Baltimore del 8 de diciembre de 1846, consagró a los Estados Unidos a la Inmaculada Concepción de Nuestra Bendita Madre. Sólo ocho años después, la Iglesia definió a Su Inmaculada Concepción. Fué el 8 de diciembre de 1941, en la Festividad de la Inmaculada Concepción, cuando los Estados Unidos se trabaron en guerra con el Japón. Fué el 13 de mayo de 1945, el Día de la Madre, el día en que toda la Iglesia celebra el día de la Hermandad de Nuestra Señora, cuando el gobierno de los Estados Unidos proclamó un Día de Acción de Gracias Nacional por el Día de la Victoria en Europa. Fué el 15 de agosto de 1945, la Fiesta de la Asunción de Nuestra Bendita Madre, cuando obtuvimos la victoria en la guerra contra el Japón. Fué el 19 de agosto de 1945 cuando el gobierno de los Estados Unidos declaró fiesta oficial el Día de la Victoria contra el Japón y esa fecha era el aniversario de una de las apariciones de Nuestra Señora de Fátima. El 1º de septiembre de 1945, el primer sábado del mes que Nuestra Señora de Fátima pidió le fuera consagrado, el general Mac Arthur aceptó la rendición del Japón a bordo del "Missouri". El 8 de septiembre de 1945, Nacimiento de Nuestra Señora, izaron en Tokío la primera bandera norteamericana, y cuando la desplegaban el general Mac Arthur dijo: "Que ondee en toda su gloria como un símbolo de la victoria del derecho."

Bajo la inspiración y las sugestiones de la Señora de Fátima, ojalá sea el destino de los Estados Unidos ver la gran solidaridad espiritual que existe entre el 97 por ciento del pueblo ruso que no es miembro del partido comu-

nista, y el idealismo, el amor a la paz, la generosidad y la amistad del pueblo norteamericano. Sobre la tumba de Dostoyewski, Pushkin dijo un panegírico que expresó los altos destinos del pueblo ruso. "Nuestro destino es la universalidad adquirida no con la espada, sino con la fraternidad, y con nuestro deseo de ver reinar nuevamente entre los hombres la concordia." Tal ha sido siempre el ideal norteamericano. Cuando una minoría quiere desorganizar estas pacíficas relaciones entre los rusos y el pueblo norteamericano, no sólo los Estados Unidos, sino también la conciencia del Occidente tienen ahora la grata carga de restablecer nuestras relaciones con Dios, con la Madre de Cristo, "sobre cuyo cuerpo, como sobre una torre de marfil, trepaba Él para besarla en los labios como dejando una rosa mística".

"Tú eres más bondadosa para nuestros sueños, Madre [Nuestra
que los sabios que nos tejen los sueños para darnos sombra.
Dios es más bueno con los dioses que lo parodiaron
que los hombres con los dioses que crearon...

¿Cuál es el hogar del corazón liberado
y dónde anida la libertad,
y dónde se protegerá el mundo del mundo
y será amo el hombre, y no estará Contigo?

La sabiduría es instalada en su trono tonante,
el Espejo de la Justicia ciega la luz del día...
¿Dónde están las torres que no son de la ciudad,
los trofeos y trompetas, dónde están?
¿Dónde más allá del laberinto del mundo, volviendo,
los trofeos y trompetas, dónde están?

F I N